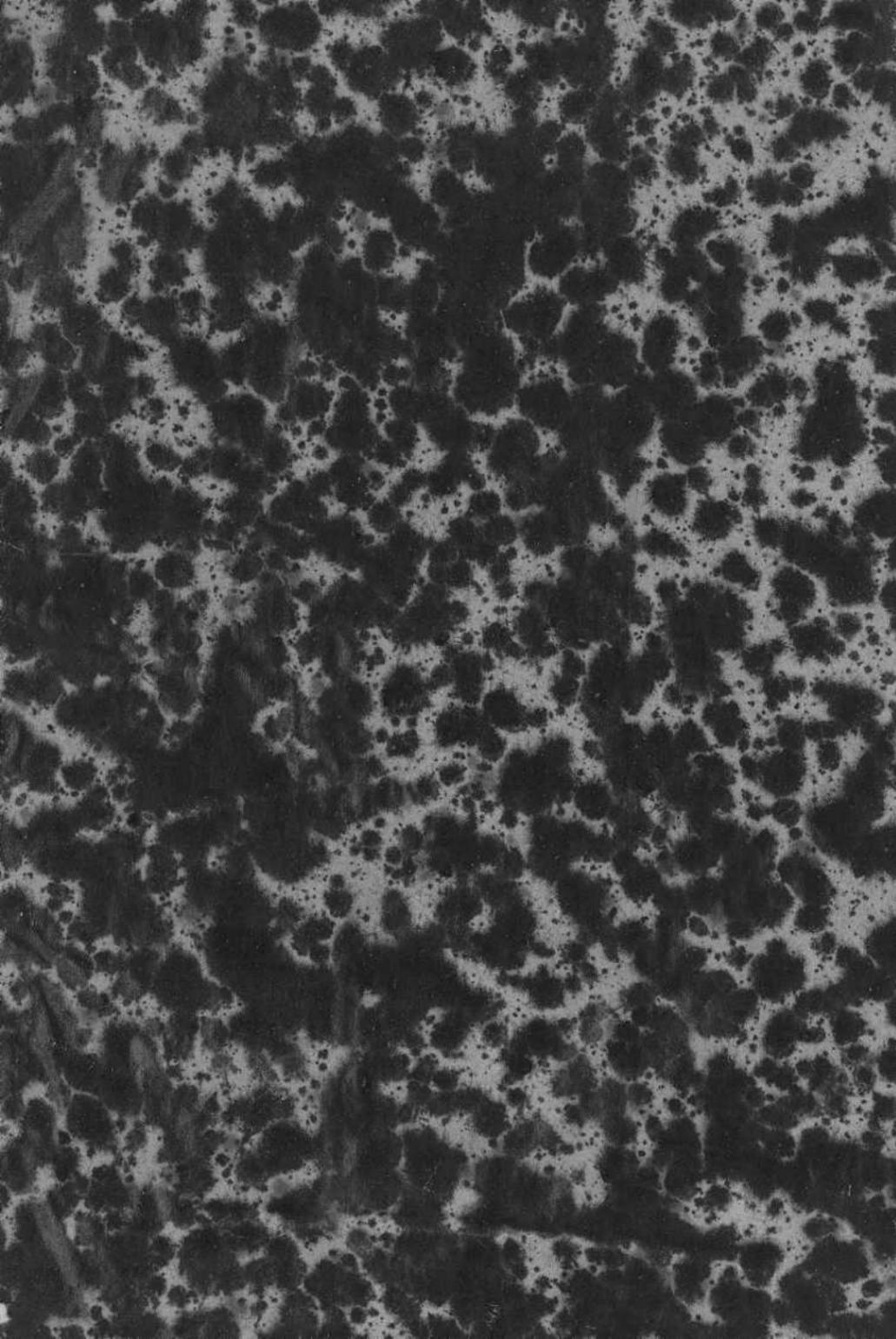


A. 22. - T. 2.

4208





Antiquary Library

HISTORIA
DE INGLATERRA,

Y DE SUS REYNOSES, DESDE SU ORIGIN HASTA NUESTROS DIAS.

ABRIDIDA

CON LA HISTORIA DE IRLANDA Y ESCOCIA.

Y AUMENTADA

SEGUN AL. GUIZOT, MR. BUME,

Y OTRAS ALCUNAS ESCRITORES.

CON UN COMPENDIO

DEL OSOLOSAR HISTORICO.

DE LA EUROPA

DE A. CAMPBELL.

TOMO I Y II.

MADRID: 1844.

(Hist. univ. y particular

HISTORIA

DE INGLATERRA,

Y DE SUS REVOLUCIONES, DESDE SU ORIJEN HASTA NUESTROS DIAS,

AUMENTADA

CON LA HISTORIA DE IRLANDA Y ESCOCIA,

FORMADA

SEGUN MR. GUIZOT, MR. HUME,

Y DEMAS CELEBRES ESCRITORES.

OBRA COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.

—•••••—
TOMO I Y II.
—•••••—



MADRID: 1847.

HISTORIA

DE AMERICA

Y DE SUS REVOLUCIONES, HECHO EN OCHOS VOLUMENES

COMPLETADA

CON LA HISTORIA DE IRLANDA Y ESCOCIA

IMPORTANTE.

Téngase presente que esta historia pertenece á la gran obra del Conde de Segur; por esto, aunque principia con *Libro undécimo*, nada le falta, porque los Libros anteriores comprenden la historia de la China y otras.

DE LA HISTORIA

DE AMERICA

Y DE SUS REVOLUCIONES

HECHO EN OCHOS VOLUMENES

TOMO I Y II



Imprenta de M. R. y Fonseca,
Calle de la Gorguera, n.º 7.

HISTORIA

UNIVERSAL.

LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA DE INGLATERRA.

CAPITULO PRIMERO.

Descripcion geográfica del pais. — Montañas. — Ríos. — Clima y terreno. — Producciones naturales. — Industria. — Comercio. — Marina. — Caminos y canales. — Riqueza nacional. — Constitucion. — Clases. — Ordenes de caballeria. — Religión. — Instrucción. — Division política y administrativa del reino de la Gran Bretaña.

DESCRIPCION GEOGRAFICA DEL PAIS. — El poderoso imperio británico, llamado comunmente *la Inglaterra*, se estiende á todas las partes del mundo; su poblacion jeneral asciende á mas de ciento cincuenta millones de almas. La parte europea consiste en un grupo de islas denominado *archipiélago británico* el cual es-

tá situado al Norte de Francia, al Oeste de los Países Bajos y de la Dinamarca, entre el mar del Norte y el océano Atlántico. Las dos mayores de estas islas son la *Gran Bretaña* y la *Irlanda*, que dan su nombre á todo el imperio, pues se llama el *reino unido de la Gran Bretaña y de Irlanda*. La Gran Breta-

ña comprende el antiguo reino de Inglaterra, con el principado de *Gales*, y el antiguo reino de *Escocia*: el de Irlanda tambien formaba antiguamente un reino separado. La poblacion de las islas británicas se compone de unos veinticuatro millones de habitantes, repartidos de este modo: trece millones en Inglaterra; dos millones y medio en Escocia; ochocientos mil en el principado de Gales; siete millones y medio en Irlanda; y doscientos mil en las pequeñas islas de alrededor. La superficie es de unas quince mil ochocientas leguas cuadradas, comprendidas entre los cero grados, treinta y cinco minutos y trece de longitud occidental, y entre los cincuenta y sesenta y un grados de latitud Norte.

MONTAÑAS. — La Gran Bretaña es en jeneral un pais de llanuras y colinas. Solo al Oeste y al Norte presenta verdaderas montañas, de las cuales las mas altas no pasan de cuatro mil pies de elevacion sobre el nivel del mar. En la Inglaterra propiamente dicha las comarcas mas montuosas son el principado de *Gales*, el condado de *Derby*, el de *Westmoreland* y el de *Cumberland*. Al Sud está atravesado el suelo por ribazos gredosos, cuyo

color blanco hizo que se diese al pais el nombre de *Albion*, usado todavia por los poetas. Hacia los confines de Escocia se encuentran los montes *Cheviotes*, que se prolongan hasta el interior de este reino, tomando los nombres de *Pentland* y de *Grampian*. Casi toda la Escocia está atravesada de montañas, la mayor parte de ellas desnudas de bosques, lo que les da un aspecto triste y desierto. Entre los numerosos promontorios se distinguen el cabo de *Finisterre*, el de *Lizard*, el de *Wrath* y el de *Clear*.

Rios. — La Gran Bretaña está regada por muchos rios, cuyo curso es muy limitado: los principales son:

En Inglaterra: el *Támesis*, que entra por una ancha embocadura en el mar del Norte; el *Humber*, que, hablando propiamente, no es mas que una vasta embocadura, á la cual concurren al mismo tiempo varios rios; comunmente se le mira como formado por la union del *Ousa* con el *Trento*: el Ousa recibe á la derecha el *Warf* y el *Air*, y á la izquierda el *Derwent*; el Trento recibe á su derecha el *Dova*; el *Mersey*, que recibe á su derecha el *Irwel* y á la izquierda el *Weaver*; y el *Severno*, que es el rio

mayor de Inglaterra, recibe á su derecha el *Wia* y á su izquierda los dos *Avon*.

En Escocia: el *Tweed*, que se para la Inglaterra de Escocia; el *Fort*, que recibe á su izquierda el *Teith*; el *Tay*; el *Clyde*; el *Spey* y el *Ness*; todos desaguan en el mar del Norte, escepto el *Clyde* que lo verifica en el de Irlanda.

En Irlanda: el *Shannon* que es el mayor de sus rios, y se pierde en el océano Atlántico; el *Barrow*, que recibe el *Nore* y el *Suirra*; el *Liffey* que atraviesa á Dublin, y se arroja en el mar de Irlanda; y el *Bann*, que sale del lago *Neagh*, y entra en el océano Atlántico.

CLIMA Y TERRENO. — El clima de las islas británicas es muy benigno con respecto á su posicion jeográfica: el invierno es mucho menos rigoroso en Londres que en París; el Támesis rara vez se yela, y la nieve ordinariamente se derrite á poco de haber caido. Esta temperatura moderada del invierno resulta de la humedad casi continua que mantienen en el pais las nieblas y lluvias que reinan en él. La misma causa obra igualmente sobre la constitucion atmosférica de las demas estaciones: un dia sereno en el estío es un aconteci-

miento raro en las islas británicas; y la vejetacion, aunque jeneralmente es abundante, no produce los frutos que necesitan un calor fuerte para llegar á su madurez. Atribúyese á esta humedad del aire la bella encarnacion que distingue á los ingleses, en particular á las mujeres; pero tambien es probablemente la causa de esas afecciones melancólicas conocidas con el nombre de *esplin*, á que con tanta frecuencia están sujetos los ingleses.

El suelo de las islas británicas es fértil en jeneral. Sin embargo en cada uno de los tres reinos hay considerables arenas incultos, y ademas en Irlanda y Escocia se encuentran hornagueros muy estensos. En Inglaterra la agricultura está adelantada; pero en Irlanda no lo está tanto, por la ignorancia y pobreza de los arrendadores. Aunque los productos de la agricultura son abundantes y variados no bastan para subvenir á las necesidades de la poblacion; por lo cual se importan anualmente de los paises que pueblan el mar Báltico inmensas provisiones de trigo. Y no es porque el suelo sea insuficiente por su su estension ó por su naturaleza; sino porque la quinta parte

de las tierras productivas está sin cultivar. Este grave inconveniente resulta á la vez del uso de los parques que los grandes han conservado, de las cargas excesivas que en Inglaterra pesan sobre la agricultura y de la preferencia que las clases inferiores dan jeneralmente á las ocupaciones industriales, que les prometen una existencia mas cómoda, mientras que la agricultura lo mas que les ofrece es el estado dependiente y poco lucrativo de arrendadores de algun rico propietario. Los pastos son muy estensos y alimentan gran número de animales.

PRODUCCIONES NATURALES. — Ya hemos dicho que los ingleses Hevan del extranjero una gran parte del trigo que consumen. El suelo de su país se presta muy bien al cultivo de las legumbres y de las diferentes especies de frutas. Las manzanas y las peras, abundantes y de buena calidad, suministran sidra y una especie de perada llamada *perry*. La vid no prevalece sino en emparrados, y esto á fuerza de cuidados y trabajo. El vino se importa principalmente de Portugal y Francia.

La cria de los ganados en Inglaterra es muy importante, porque los propietarios ricos se

dedican á ella por predileccion y en perjuicio del cultivo de los cereales. Las ovejas son numerosas; su lana superfina no cede en belleza á ninguna otra, á no ser á la de España. El inmenso gasto que se hace de lana en la fabricacion de tejidos de toda clase, ecsije que la importen en gran cantidad de Alemania, España y Hungria.

Los caballos ingleses tienen mucha reputacion en Europa: los ricos invierten sumas enormes en procurarse los mas corredores, porque las carreras de caballos son en Inglaterra el placer mas buscado del pueblo. Otra de las diversiones á que tiene mucha aficion el pueblo bajo es las riñas de gallos, aunque en otro tiempo eran mas frecuentes que en nuestros dias.

Como la Inglaterra carece de bosques, no abunda la caza menor, y la mayor no se encuentra en el estado salvaje; pero los grandes señores cuidan de hacer criar en sus parques gran cantidad de volatería, principalmente faisanes, perdices y gallos silvestres; tambien mantienen ciervos, gamuzas, gamos y jabalíes, y se divierten cazándolos de vez en cuando, pero sin matarlos. La caza principal es la de las zorras, que se corren con numerosas

jaurias: no estan en uso las ba-
tidas, por los grandes gastos que
ocasionan.

La pesca del mar es muy im-
portante, sobre todo la del aren-
que, que se hace principalmente
en las costas setentrionales. Las
ostras son de superior calidad.

La islas británicas son ricas
en minerales: abundan en ellas
las minas de sal, de cobre y de
plomo: hállanse sobre todo en
los condados de Chester, Cum-
berland y Gales. El hierro no es
de excelente calidad, ni basta
para las ecsijencias de la fabri-
cacion, por lo cual se surten de
la Suecia. El estaño, tan raro en
los demas paises de Europa, se
encuentra con abundancia en
Inglaterra; sin embargo el de
mejor calidad que corre en el
comercio, viene de las Indias y
de la China. Otro fósil que se
encuentra en Inglaterra en gran
cantidad, es el *grafito* ó lapiz
mineral, que le preparan muy
bien para dibujar. La *castina* ó
espato fusible, que no es raro en
Europa, en Inglaterra es de ex-
celente calidad asi por la her-
mosura y variedad de sus co-
lores, como por su solidez: sirve
para la fabricacion de vasos, can-
delabros y otros objetos de lujo.

Pero el fósil mas importante
de este pais es la *ulla*, especie

de carbon de tierra, de que ec-
siste enorme cantidad en los tres
reinos. Solo las minas de New-
castle ocupan veinte mil obre-
ros. El vuelo extraordinario de
la industria, la inmensa esten-
sion del comercio, y el alto gra-
do de opulencia de la Inglater-
ra, se deben en gran parte á la
esplotacion de este mineral. An-
tiguamente habia en Inglaterra,
como en los demas paises de Eu-
ropa, bosques bastante conside-
rables; pero cada dia fué esca-
seando mas la madera, y se hizo
necesario buscar otras materias
combustibles: el uso de la ulla
llegó á ser cada vez mas indis-
pensable; y en el dia, que los
bosques han desaparecido casi
enteramente de la superficie del
suelo, el carbon de tierra es una
condicion de ecsistencia para la
poblacion.

En estos últimos tiempos se
ha aumentado la importancia y
el consumo de este fósil, á causa
de la invencion de las máquinas
de vapor y del alumbrado de
gas. Ya en el siglo XVII se hi-
cieron en Inglaterra algunos en-
sayos, aunque imperfectos, para
aplicar á las máquinas la fuerza
del vapor del agua. En 1711, dos
hombres sin estudios, *Newcome-
ny*, simple herrero, y *Cawley*,
vidriero, construyeron la pri-

mera máquina de vapor, despues de cinco años de trabajo. Cincuenta años mas tarde, dos hábiles mecánicos, *Wat* y *Fulton*, perfeccionaron el mecanismo de estas máquinas, y hallaron el medio de disminuir mucho el gasto de la ulla, que hasta allí habia sido muy considerable. Entonces se aplicó prontamente este sistema de fuerza á casi todos los oficios, en vez de los brazos de los hombres que antes se empleaban; y aun se sirvieron de él para remplazar las fuerzas de los animales y de los elementos, haciendo andar con semejantes máquinas los molinos de viento y de agua, las embarcaciones y los carruajes. El número de máquinas que se emplean en los diferentes oficios, asciende en el dia á mas de quince mil, cuya fuerza iguala á la de dos millones de hombres por lo menos.

A fines del siglo último, la observacion, ya antigua, de que una cantidad de ulla calentada en un recipiente cerrado, despedia hidrógeno carbonado, condujo al ingeniero francés, *Francisco Lebron*, á la aplicacion de este gas al alumbrado.

INDUSTRIA. — Ningun pueblo ha sabido jamás, como el pueblo inglés, aprovechar tan bien

los recursos del suelo y de la posicion jeográfica del pais que ocupa. Su espíritu industrial ha hecho nacer en todos los puntos del reino millares de fábricas de todas clases, que cada dia se aumentan y perfeccionan mas. En la fabricacion de los tejidos de lana, los franceses, los belgas y los alemanes igualan á los ingleses; en los de seda, la Francia, favorecida por su clima, es incontestablemente superior á la Inglaterra; pero en los demas artículos de algodón, de fundicion, de acero, monturas, carruajes, cuchillería, loza, cristalería, y curtidos, la Inglaterra sobrepuja eminentemente á los demas paises de Europa.

COMERCIO. — Los ingleses exploran todas las partes del mundo para proporcionarse las primeras materias necesarias á su industria: sacan de la Suecia, de la Rusia y de los demas paises del Báltico, madera, hierro, cobre y cáñamo; España, Alemania y Hungría les proveen de lanas, y las dos Indias de algodón en rama. Por todas partes su comercio y su industria estan ligadas con intereses recíprocos: las mismas embarcaciones que esportan los productos de su fabricacion, cargan á

su retorno de trigo, vino, mercancías coloniales y primeras materias: aun surten ellos casi esclusivamente á toda la Europa del té de la China y de las especias de ambas Indias. Mas de treinta mil buques mercantes, con una tripulacion de doscientos mil hombres lo menos, cooperan á estas empresas comerciales, que son sin contradiccion las mas estensas y lucrativas que se conocen en la historia.

MARINA. — La marina inglesa, sin contar los buques mercantes, es por sí sola mas importante que la de todos los demas estados de Europa reunida. En 1814 contaba mil cincuenta y cuatro buques de guerra de todo tamaño, de los cuales doscientos dieziseis eran navíos de línea. Este prodijioso estado naval es en cierto modo un lujo onerosísimo, pues únicamente la mitad de los buques estan en activo servicio; los demas se pudren desarmados en los puertos. Pero la Inglaterra, celosa de su supremacia marítima, se impone este enorme sacrificio para estar segura de poder, y en caso de guerra, cubrir repentinamente todos los mares con sus escuadras. El armamento de la escuadra inglesa ecsije, en tiempo de guerra, mas de cien mil

marineros y cerca de cuarenta mil soldados. En Inglaterra no ecsiste ley alguna de reclutamiento para la marina, porque bastan ordinariamente los alistamientos voluntarios; pero si estos no pueden llenar los cuadros en tiempo de guerra, el gobierno permite arrebatarse de los parajes públicos y aun de los buques mercantes, los hombres que parezcan útiles para el servicio de mar.

CAMINOS Y CANALES. — La inmensa actividad industrial y comercial que reina en todos los puntos de Inglaterra, ha hecho nacer allí la necesidad y el gusto de una comunicacion rápida y poco costosa: asi es que ningun pais de Europa posee vias de comunicacion tan numerosas y tan espeditivas. Sin embargo, antes del año 1750, los caminos de Inglaterra eran horribles y casi impracticables gran parte del año. El estado de los caminos era cada vez mas intolérable, y el pueblo se oponia á fuerza abierta al establecimiento de los portazgos para la mejora y conservacion de los caminos. Fué necesario que en 1754, un acta del parlamento declarase que todo atentado contra los portazgos se consideraria como una felonía, y como tal seria

castigado. Desde esta época la perfeccion sucesiva de los caminos ingleses ha ido en aumento, y las comunicaciones son en el día mas fáciles y prontas en Inglaterra que en cualquiera otra parte del mundo. Soberbias calzadas conservadas perfectamente, atraviesan el país en todas direcciones. Las diligencias de vapor ruedan por los caminos de hierro y aventajan en celeridad á las diligencias ordinarias que hacen el servicio por las calzadas. Tambien se hacen rápidamente las travesías por medio de los canales que surean el país en todos sentidos, y ascienden á ciento próximamente, en los cuales hay mas de cuatrocientos barcos de vapor que sirven para trasportar los pasajeros.

En las posadas de Inglaterra, aun las que estan en las aldeas, se nota el mayor aseo y limpieza; pero hay un inconveniente para los viajeros aislados, que es la poca seguridad en ciertos caminos, aun en las inmediaciones de la capital, como, por ejemplo, los matorrales de Hounslow, que solo están á tres leguas de Lóndres. Sin embargo, debemos decir en honor de la verdad, que los robos en los caminos reales, tan frecuentes y famosos en otro tiempo, van

siendo cada vez mas raros.

En Inglaterra son numerosos los caminos de hierro: en 1836 habia ya mas de cien leguas concluidas, y ciento setenta y dos en construccion.

La Escocia cuenta tres caminos de hierro, y uno la Irlanda.

RIQUEZA NACIONAL. — Considerando las vastas posesiones de la Inglaterra en todas las partes del mundo, la inmensa estension de su comercio, el estado floreciente de su industria y la importancia de su marina, debe suponerse necesariamente que este país es el mas rico y el mas dichoso del globo. Esta suposicion es bastante fundada, en el sentido de que no se encuentra en ningun otro país un número tan considerable de individuos escesivamente ricos y que vivan con un lujo extraordinario: solo en Inglaterra hay mas de cincuenta familias de las cuales cada una posee una renta anual de trescientas cincuenta mil libras esterlinas (sobre veintiocho millones de reales), y varios centenares de familias que gozan de una renta desde tres á siete millones de reales al año. Pero al lado de estas riquezas enormes, se halla una miseria mucho mas estensa y mas profunda que en ningun otro país de Europa: el

número de pobres faltos de todo medio de subsistencia comprende la décima parte de la población. Una contribucion, llamada *cuota de los pobres*, que asciende anualmente á unos setecientos millones de reales, no basta para cubrir las primeras necesidades de los mas menesterosos. En vano se han esforzado algunos economistas célebres en hallar un remedio eficaz á este contraste terrible; ninguno podria emplearse sin atacar los fundamentos del orden social del pais, porque una de las principales causas de este desgraiciado estado de cosas, es la falta casi absoluta en Inglaterra de la clase saludable de pequeños propietarios de fincas rurales. El terreno está repartido entre un número muy limitado de familias ricas y casi todas nobles, que le arriendan por porciones y á precios subidos; los arrendadores pagan ademas las enormes contribuciones establecidas sobre la agricultura. Esta circunstancia aleja á la clase trabajadora del cultivo de la tierra y hace que ofrezca sus brazos con preferencia al comercio y á la industria.

CONSTITUCION. — La constitucion inglesa, una de las mas antiguas y mas liberales de Euro-

pa, divide los altos poderes legislativos y administrativos entre el rey y el parlamento. El rey es el jefe supremo del Estado; su persona es sagrada é inviolable; sus ministros son los responsables de todos sus actos oficiales. Solo el rey tiene el poder ejecutivo; está considerado como juez supremo, y en su nombre se pronuncian todas las sentencias. Los demas derechos que la constitucion concede al rey son: el nombrar para todas las dignidades y empleos, civiles, eclesiásticos y militares; declarar la guerra; concluir los tratados de paz y de alianza, en una palabra, dirigir todo lo respectivo á las relaciones políticas del exterior; convocar, prorogar ó disolver el parlamento; y por último el derecho de perdonar.

La asignacion del rey consiste en una lista civil que se fija por el parlamento al advenimiento de cada príncipe al trono, para toda la duracion de su reinado; los príncipes y princesas de la sangre tienen tambien señaladas sus asignaciones, que paga el estado. La lista civil de un rey de Inglaterra asciende ordinariamente á treinta y cinco ó treinta y seis millones de francos, comprendiendo la renta que saca del reino de Hanno-

ver. Pero como es costumbre en Inglaterra el que pague el rey sobre su lista civil las pensiones de los ministros, de los embajadores, de los grandes jueces y de otros dignatarios eminentes del reino, rara vez basta para cubrir todos estos gastos la suma de treinta y cinco millones; el deficit se cubre con sumas supletorias que vota el parlamento siempre que son necesarias.

Todo lo que concierne á la administracion interior, á la legislacion y al fijamiento de las contribuciones, no puede hacerse sin el concurso del parlamento, que se compone de dos cámaras, la de los *pares y lores*, llamada tambien cámara *alta*, y la de los diputados, que se designa igualmente con el título de *cámara de los comunes*.

La cámara de los pares se compone de miembros de derecho, miembros elejidos, y miembros de nombramiento real. Los miembros de derecho, son los príncipes de la sangre, todos los jefes de las familias de la alta nobleza, y los arzobispos y obispos ingleses. Los miembros elejidos son los que envian Escocia é Irlanda. El número total de pares es de cuatrocientos veintiseis. El lord canceller, miembro del ministerio,

es el que preside esta asamblea.

La cámara de los comunes, se elije para siete años, y se compone de seiscientos cincuenta y ocho miembros, á saber: cuatrocientos setenta y uno elejidos por la Inglaterra; veintinueve por el principado de Gales; cincuenta y tres por la Escocia, y ciento cinco por la Irlanda.

Los diputados de los condados se designan con el título de caballeros; los de las ciudades con el de ciudadanos, y los de las villas con el de burgueses. El censo de elejibilidad está fijado para los condados en seiscientas libras esterlinas de renta líquida; para las ciudades y villas en trescientas libras esterlinas, procedentes en ambos casos de una tierra libre poseida desde un año antes. Los hijos primojénitos de los lores y los diputados de las universidades son los únicos que estan esentos de estas condiciones.

El censo electoral en los condados no consiste esclusivamente en la posesion de una tierra libre, como antes de la ley de reforma de 1832; una tierra poseida á título enfitéutico, ó arrendada por sesenta ó mas años, es suficiente. En cada uno de estos tres casos, ecsije la ley diez libras esterlinas de renta neta y

la posesion anual (escepto cuando la tierra se posee á titulo de sucesion). Si el arrendamiento solo es de veinte ó mas años, se necesitan cincuenta libras esterlinas de renta, en vez de las diez. En las ciudades y villas tambien goza del derecho electoral el que posee una casa que produzca diez libras esterlinas de renta. No puede ser elector el que no tenga veintiun años cumplidos.

La cámara de los comunes elige su presidente (*speaker*) de su mismo seno. Cada diputado tiene el derecho de hacer una *mocion*, es decir, de proponer una ley. Esta mocion debe ser redactada por escrito, y despues de haber pasado por cuatro pruebas, se somete á una votacion definitiva. En las ocasiones importantes la cámara entera puede constituirse en comité. Entonces el *speaker* deja su asiento, que va á ocupar otro presidente llamado *chairman*. Mientras que la asamblea conserva esta forma democrática, cada miembro tiene el derecho de hablar varias veces; y aun el mismo *speaker* puede tomar la palabra como diputado. La cámara examina la mocion artículo por artículo, llena los blancos dejados en la redaccion, hace las

enmiendas que cree oportunas, y enseguida vuelve á tomar su forma ordinaria, ocupando de nuevo su asiento el *speaker*. Si el *bill* (proyecto de ley) se aprueba en una de las dos cámaras, pasa á la otra, donde recorre los mismos trámites. Votado el *bill* por las dos cámaras del parlamento, se somete en seguida á la sancion del rey: si el monarca no pone el *veto*, se proclama en nombre del rey, y recibe la fuerza de ley bajo el nombre de acta del parlamento.

Las leyes fundamentales del Estado, que sirven de base á la constitucion inglesa, son: 1.^a la *gran Carta* de 1215, el mas antiguo monumento legal de las libertades inglesas, de la cual han cesado de estar en vigor varios artículos, por no hallarse en armonía con el estado actual de la civilización: 2.^a la *petition de derechos* de 1628, por la cual se devolvió al parlamento el derecho de votar los impuestos, sin escepcion alguna: 3.^a el acta del *habeas corpus* de 1679, la cual garantiza la libertad individual de los ciudadanos: 4.^a la *declaracion de derechos* de 1689, la cual confirmó é hizo mas estensos los derechos del parlamento, especial-

mente el de la libre discusion: 5.^a la *ley de sucesion* de 1705, que arregló definitivamente la sucesion al trono: 6.^a el *acta de union* de 1707, que reunió la Escocia á la Inglaterra: 7.^a el *acta de union* de 1801, que incorporó la Irlanda á la Inglaterra; y 8.^a la *ley de reforma* de 1832, que arregló las elecciones parlamentarias de una manera mas justa y saludable.

Cuatro cuerpos diferentes de altos funcionarios ayudan al rey en la direccion política y administrativa de los negocios del Estado: 1.^o el *consejo íntimo privado*, cuyos miembros de derecho son los príncipes de la sangre, los dos arzobispos, el *speaker* del parlamento y siete grandes dignatarios de la corona: tambien pueden ser llamados otros miembros á voluntad del rey y que merezcan su confianza: 2.^o el *consejo de ministros*, del cual el primero en rango tiene el título de primer lord de la tesorería, aunque este no es siempre el que preside el consejo: 3.^o la *tesorería*, supremo colejio de hacienda; y 4.^o el *almirantazgo*, que está á la cabeza de la marina.

En Inglaterra no hay tribunales permanentes, y la justicia se administra con la asistencia de

los jurados. Solo se conoce una escepcion, que es la *cancillería*, tribunal supremo de apelacion, y al mismo tiempo el único que está en actividad permanente y que sentencia sin la asistencia del jurado.

Otros tres tribunales conocen de los negocios importantes, pero asistidos de jurados, á saber: el *tribunal del banco del rey*, para las causas criminales; el *tribunal de la tesorería*, para los intereses pecuniarios; y el *tribunal de los procesos comunes*, para las causas civiles. Cada uno de estos tres tribunales se compone de cuatro miembros, que se reúnen cuatro veces al año en Lóndres, y por algunas semanas únicamente cada vez: el tiempo restante le emplean los doce miembros de los tres tribunales en viajar, con el título de grandes jueces, por las provincias, donde sentencian las causas criminales.

Ademas de esto, el consejo íntimo del rey, la cámara de los lores y el almirantazgo, tienen, en ciertos casos, el derecho de reunirse en tribunal para juzgar los negocios cuyo conocimiento les está sometido por las leyes.

En las provincias ó condados la justicia, asi como la policia y la administracion, está en manos

de empleados, la mayor parte elejibles, que desempeñan gratuitamente sus funciones. El primer magistrado del condado se llama *lord lugarteniente*; á este sigue el *high-sherif* (gran notario). Los distritos tienen tambien *sherifs* á su cabeza. Los comunes son administrados por *mayors* (corregidores), y por un consejo municipal, cuyos miembros se llaman *aldermanes*. La policía está bajo la direccion del lord lugarteniente, de los *sherifs* y de los corregidores, y los agentes inferiores se denominan *constables*. Por último, la justicia en primera instancia se administra por un *juez de paz* asistido de jurados. Los jueces de paz de un condado se reúnen de tres en tres meses en la capital respectiva, y se constituyen en tribunal, siempre con la asistencia del jurado. De allí pueden ser llevados los negocios ante los tribunales superiores.

CLASES. — Las leyes y las costumbres inglesas no reconocen mas que dos clases en la sociedad; la nobleza y la clase burguesa. La nobleza se distingue en alta y pequeña; pero esta última cuyo nombre colectivo es *gentry*, se confunde con los burgueses.

La alta nobleza se compone

de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones; el título y el rango son hereditarios, pero solo, se transmiten á los hijos primojénitos; los demás hijos reciben los títulos que siguen al del hermano mayor; por ejemplo, tres hijos de un conde, el primero, viviendo su padre, será vizconde, el segundo baron, y el tercero, no contándose entre la alta nobleza, pertenecerá á la *gentry*. Todos los individuos de la alta nobleza tienen el título de *lores*. La *gentry* propiamente dicha, comprende los diferentes grados de la pequeña nobleza, los *squires* (escuderos), los *knights* (caballeros) y los *baronets*; pero, segun el uso del país, se cuentan tambien en ella los empleados del estado, los sabios, los profesores, los negociantes, en una palabra, todas las personas instruidas y acomodadas de la clase burguesa, y se les dá, como á los individuos nobles, el tratamiento de *gentlemen* (jenthombre), título distintivo de todos los miembros de la *gentry*. Despues de los *gentlemen* siguen los diferentes cuerpos de los oficios, los pequeños industriales, los pequeños propietarios de tierras, y los arrendadores: en fin, la última clase se compone de los

trabajadores, de los criados, y de todos los que no tienen establecimiento fijo.

La distincion de clases no concede ningun privilegio esencial. Todo inglés es libre en su persona; cada uno contribuye á las cargas del estado en proporcion á su fortuna: todos son iguales ante la ley; todos tienen el derecho de espresar libremente, de palabra ó por escrito, su opinion sobre todo objeto, de reunirse en cualquier número que sea, de deliberar sobre los negocios públicos, y de presentar peticiones al parlamento.

En la conversacion se acostumbra á dar el título de *sir* desde el rey hasta el último paisano; pero en este caso no va seguido del nombre de la persona á quien se habla. La palabra *sir* antes del pronombre, como por ejemplo, *sir Roberto Peel*, está afecta á los baronets y á los caballeros. El título distintivo del rango, se pone, segun su naturaleza, antes ó despues del nombre, v. gr.: *duque de Cumberland*, *vizconde Neville*, *sir Roberto Peel*, *baronet*, *Tomas Moore*, *squire*. Los gentlemen que no son nobles reciben ordinariamente delante de sus nombres de familia el título de *master* (señor). Las damas nobles ó

distinguidas, tienen el título de *lady*; para las demas se emplea el de *miss* si son solteras, y el de *mistress* si son casadas.

El rey se titula comúnmente *rey de la Gran Bretaña y de Irlanda*, y *protector de la fé*. Su divisa se compone de palabras francesas, que dicen *Dios y mi derecho*: tambien en la sancion ó desaprobacion de los bills del parlamento, se sirve de frases francesas que se remontan á la dominacion normanda. El príncipe real lleva, cuando nace, el título de *duque de Cornuailles*; despues le confiere el rey el de *príncipe de Gales*. Los hijos segundos llevan diferentes títulos, como *duque de York*, *duque de Cambridge*, *de Cumberland*, etc. — La corona es hereditaria para ambos sexos.

ORDENES DE CABALLERIA.

Cuéntanse en Inglaterra cuatro órdenes de caballería, que son: 1.^a la orden de la *Jarretiera*, fundada en 1349, cuyas insignias se llevan alrededor de la rodilla izquierda, en forma de liga: esta orden solo se confiere á los príncipes y á los señores de la mas alta nobleza: 2.^a la orden de *Bath*, fundada en 1399, y dividida en tres clases: 3.^a la orden escocesa del *Cardo*, llamada tambien de *San Andres*, fundada

en 1540 por Jacobo V, rey de Escocia: y 4.^a la órden irlandesa de *san Patricio*, fundada en 1783 por Jorje III, la cual solo se confiere á los pares irlandeses.

RELIGION. — La religion de la mayoria, en Inglaterra y Escocia, es la protestante: en Irlanda la católica. Se cuentan en los tres reinos diezisiete millones de protestantes y siete millones de católicos. La libertad de cultos está garantida por la constitucion; no obstante, la *Iglesia anglicana ó episcopal*, llamada tambien la *alta Iglesia*, á cuya comunión pertenece la familia real, es la única que se considera como religion del estado en Inglaterra é Irlanda, y como tal disfruta de ventajas considerables. Las doctrinas de la Iglesia anglicana son, en todos los puntos esenciales, las mismas que las de las iglesias protestantes del continente: no hay mas diferencia que la jerarquía del clero y ciertos ritos y ceremonias que han conservado del catolicismo, antigua religion de Inglaterra. El rey es el jefe de la Iglesia anglicana: el alto clero se compone de arzobispos, obispos y rectores. Las escandalosas riquezas de estos dignatarios, y los abusos y el relajamiento del

celo, que son sus consecuencias, han hecho nacer numerosas sectas religiosas que se han separado de la Iglesia dominante. Designase á los individuos de estas sectas, asi como á los católicos y miembros de la Iglesia escocesa, con el nombre de *disidentes ó no conformitas*.

La mas considerable de las sectas salidas de la Iglesia anglicana, es la de los *metodistas*, fundada á mediados del siglo último por *Wesley* y *Whitefield*. Sus doctrinas son casi enteramente las mismas que las de la Iglesia madre, solo que ellos no reconocen la potestad eclesiástica, é insisten particularmente sobre la nocion del pecado, y sobre la necesidad de la penitencia y de las plegarias asíduas. Su culto consiste en predicaciones, oraciones y cánticos: tienen obispos y presbíteros. Débeseles las escuelas del domingo y la mejora moral de las clases inferiores, objeto constante de su solitud.

Otra secta notable es la de los *cuakeros*, que se denomina á sí misma *sociedad cristiana de los amigos*. Fué fundada en 1650 por *Jorje Fox*, simple cordonero; y *Willian Penn*, célebre fundador de las primeras colonias de Pensilvania, la introdujo en

América. Según los cuakeros, cualquier cristiano que busca seriamente el espíritu divino, es susceptible de revelación. No ven en los sacramentos más que símbolos sin importancia real. Su culto escude en sencillez al de todas las demás comuniones cristianas: en sus salas de reunión no hay altares, imágenes, ni púlpitos; no se oyen cánticos, música, ni sonido alguno de campana. Reúnense á cierta hora; todos permanecen con la cabeza cubierta y esperando silenciosamente las revelaciones del espíritu. Aquel que se siente inspirado, anuncia su inspiración con suspiros, y entonces se esparce una grande agitación entre los asistentes, que se levantan y descubren sus cabezas para escuchar la plegaria ó el sermón del inspirado. Las emociones y los movimientos de este se comunican frecuentemente á los oyentes, y de aquí les viene el nombre de *cuakeros* ó *tembladores*. Por lo demás, las revelaciones no llegan siempre á cada reunión; algunas veces se separan después de haber esperado en vano muchas horas; otras veces en la misma sesión, varios inspirados predicán uno después de otro. Los cuakeros no tienen clero particular: sea hombre ó

mujer; el que se siente inspirado se convierte en predicador por aquel momento: solo los misioneros son especialmente escogidos y preparados para este estado. Sus principios de moral, que son muy austeros, les prohíbea prestar juramento alguno, hacer el servicio militar, y participar de las fiestas y diversiones: se abstienen del comercio, de toda especie de lujo, etc. Los cuakeros están esentos de la milicia mediante un impuesto que pagan en compensación.

Casi todas las demás sectas no son otra cosa que ligeras modificaciones de la de los metodistas ó de la Iglesia escocesa. Así los *baptistas* no difieren de la Iglesia de Escocia más que en el bautismo, que le administran á los adultos en vez de administrarle á los niños. Los *hermanos moravos*, conocidos por sus misiones al cabo de Buena-Esperanza, son semejantes á los metodistas. Se dice que en Inglaterra, al presente, las diversas iglesias no conformistas proveen reunidas, á las necesidades espirituales de un número de personas igual por lo menos al de los miembros de la Iglesia anglicana. Esta va perdiendo cada vez más su influencia, particularmente entre las clases trabajadoras.

En Escocia la Iglesia dominante y la de la inmensa mayoría de los habitantes, es la *presbiteriana ó puritana*. Los adictos á esta comunión no están obligados en Escocia á contribuir al sostenimiento de la Iglesia anglicana, como lo están en Inglaterra é Irlanda, donde su número es muy escaso. Siguen de todo punto la doctrina y organización de los calvinistas, y desechan la jerarquía y la liturgia de la Iglesia episcopal. Las parroquias elijen por sí mismas sus pastores, así como los miembros de sus consistorios, es decir, los ancianos ó *señores*, especie de diputados que se reúnen con los pastores en sínodos para deliberar sobre los negocios religiosos de las parroquias.

INSTRUCCION. — El estado jeneral de la instrucción pública en la Gran Bretaña está muy distante de ser satisfactorio. La vijilancia del gobierno se limita á las universidades, á las escuelas especiales de facultades, y á un corto número de colejos reales; y aun esta vijilancia se ejerce de un modo poco activo: todos estos establecimientos están ricamente dotados por fundaciones particulares, y se administran por sí mismos sin depender de la autoridad.

Los establecimientos mas recientes y mejor organizados para la alta instrucción son la nueva *universidad de Londres*, instituída despues de 1830 sobre el modelo de las universidades alemanas, y el *King's college*, fundado por los toris en oposición á la universidad de Londres, que fué creada bajo el patronato de los wighs. Las universidades inglesas de antigua fundación, entre las cuales las mas nombradas son las de *Oxford*, de *Cambridge*, de *Edimburgo*, y de *Glasgow*, que gozan ellas solas del privilejio de conferir los grados universitarios, no son mas que escuelas particulares para los estudios clásicos, la filosofía y la teología. Su organización, que ha sufrido pocos cambios á través de los siglos, es defectuosísima, y los abusos están consagrados en ellas por la tradición. Igualmente ecsisten en muchos puntos de la Gran Bretaña escuelas especiales para las ciencias y para las facultades de medicina, jurisprudencia y matemáticas. Muchos pudientes hacen enseñar á sus hijos por maestros particulares.

Para los niños pobres están poco estendidos los medios de instrucción. En la campiña son muy raras las escuelas elemen-

tales; y á pesar del establecimiento de numerosas escuelas gratuitas en Lóndres y en las principales ciudades industriales, sobre todo despues de la invencion del método de enseñanza mútua (método de *Lancaster*), el estado de la instruccion primaria en la Gran Bretaña está todavía muy lejos de corresponder á las necesidades de un país civilizado. En Escocia está mucho más instruido el pueblo que en Inglaterra; pero en Irlanda, desgraciadamente lo está menos aun que en este último reino.

DIVISION POLITICA Y ADMINISTRATIVA. — Ya hemos dicho que el reino unido de la Gran Bretaña se divide jeográficamente en tres reinos, que son Inglaterra, Irlanda y Escocia, y en varias islas dependientes de ellos; vamos á manifestar ahora su division politica, principiando por

INGLATERRA. — Este reino, que comprende la Inglaterra propiamente dicha y el principado de Gales, está rodeado al Este por el mar del Norte, al Sud por la Mancha, cuyo estrecho entre Douvres y Calais, se llama *Paso de Calais*; al Oeste por el mar de Irlanda, cuya parte superior entre Escocia é Irlanda se llama *canal del Norte*, y la parte inferior, entre Irlan-

da y el principado de Gales, *canal de san Jorje*; por último, al Norte forma la frontera de Inglaterra la Escocia.

Antes de la conquista por los normandos (1066) la Inglaterra estaba dividida en siete reinos, además del principado de Gales que no perdió su antigua independencia hasta 1282. En el día está dividida en cincuenta y dos *condados ó shires*, cuarenta en la Inglaterra propiamente dicha, y doce en el principado de Gales. Indicaremos, pues, la doble division de reinos y condados, aunque la primera no tenga mas que una importancia histórica, é iremos de Norte á Sud.

I. REINO DE NORTHUMBERLAND.

Este reino comprende seis condados que son:

1. *Northumberlandshire*. Toca con la Escocia, de la cual está separado por el rio Tweed, que desagua en el mar del Norte, y por los montes *Cheviotes*. El suelo es poco fértil; pero lo que constituye la principal riqueza de esta comarca son las minas de ulla que en ella se explotan. Su capital es *Newcastle*.
2. *Cumberlandshire*. Este condado está al Oeste del precedente. El país es montuoso y ri-

co en minerales. Los paisajes son pintorescos, cortados por valles encantadores y por numerosos lagos. El mar de Irlanda, que baña este condado al Oeste y al Norte, forma allí el ancho golfo de *Solway*, entre Inglaterra y Escocia. La capital es *Carlisle*.

3. *Westmorelandshire*. Al Sud del condado anterior: está bañado por el mar de Irlanda, que forma en él la bahía de *Morrecamba*. El pais es montuoso y encierra gran número de lagos pintorescos. Su capital es *Appleby*.

4. *Durhamshire*. Al Norte del precedente y al Sud de *Northumberlandshire*: está bañado al Este por el mar del Norte. Su capital es *Durham*.

5. *Lancastershire*. Al Sud de *Westmorelandshire*, y terminado al Oeste por el mar de Irlanda. Esta provincia es montuosa y poco fértil; pero muy rica por sus minas de hierro y de ulla, por su industria y su comercio; atraviésanla varios canales. La capital de este condado es *Lancaster*.

6. *Yorkshire*. Es el condado mas grande de Inglaterra: está al Este del condado de *Lancaster* y al Sud de *Durham*. Las comarcas del Norte son montuosas y estan llenas de valles pin-

torescos. En el *Yorkshire* se hallan las montañas mas altas de Inglaterra; el interior de la provincia es una llanura. Las comarcas del Sud son pantanosas, y las costas del mar estan formadas de rocas escarpadas. El condado se divide en tres distritos, que son: *Nord-riding*, *Est-riding* y *Oest-riding*. Su capital es la ciudad de *York*.

II. REINO DE MERCIA.

Este reino es el mayor de todos; se estiende en el centro de Inglaterra, y comprende diezi-nueve condados.

7. *Lincolnshire*. Al Sud de *Yorkshire*, entre el *Humber*, el *Trento* y el mar del Norte, que le baña al Este. El pais es unido, fértil y propio para la cria y pasto de los ganados: la parte Sud-oeste está muy baja; su terreno es pingüe, y aun pantanoso en algunas comarcas. Su capital es *Lincoln*.

8. *Nottinghamshire*. Al Oeste del anterior: el pais es fértil. El gran canal de *Trento*, que une este rio á la embocadura del *Mersey*, cerca de *Liverpool*, y pone asi al mar del Norte en comunicacion directa con el mar de Irlanda, hace que el comercio de transporte en esta provin-

cia sea muy considerable. La capital del condado es *Nottingham*.

9. *Derbyshire*. Al Oeste del precedente: este pais es montañoso; abunda en sitios pintorescos y grutas notables. Su capital es *Derby*.

10. *Chestershire* ó *Cheshire*. Está situado al Norte de *Derbyshire*, toca con el principado de Gales, y le baña el mar de Irlanda. El pais es pantanoso y está cubierto de matorrales considerables. En las comarcas fértiles se alimentan numerosos rebaños. En este condado es donde se fabrican los quesos de *Chester*, tan nombrados por su buena calidad. *Chester* es la capital del condado.

11. *Shropshire* ó *Salopshire*. Al Sud del precedente, y á lo largo del principado de Gales. El pais es agradable y presenta sitios pintorescos. *Shrewsbury* es la capital del condado.

12. *Herefordshire*. Está situado al Sud del anterior y á lo largo del principado de Gales. El pais es igual al de *Shropshire*, sin otra particularidad importante. La capital es *Hereford*.

13. *Monmoutshire*. Al Sud de *Herefordshire* y tambien á lo largo del principado de Gales.

Como los dos condados precedentes, es muy nombrado por la amenidad y lo pintoresco de sus sitios. *Monmouth* es la capital.

14. *Staffordshire*. Está al Sudeste de *Cheshire*. Este condado se distingue por la explotación de las minas y por su industria. En las inmediaciones de *Newcastle-under-Lyne* hay un distrito llamado los alfares de *Staffordshire*, donde se halla una excelente arcilla para los alfareros: esta industria ocupa en el pais mas de sesenta mil habitantes: en una estension de muchas leguas está cubierto el terreno de alfares de todas clases. Asimismo en las inmediaciones de *Wolverhampton*, las minas y las fábricas de hierro, de cobre, y de plomo, ocupan una inmensa población. La capital es *Stafford*.

15. *Leicestershire*, al Este del precedente. Esta provincia se distingue por la cria de los ganados y por la fabricacion de los quesos. Su capital es *Leicester*.

16. *Rutlandshire*, al Este del anterior: es el mas pequeño de los condados de Inglaterra. Sus ciudades son poco populosas y de escasa importancia. La capital es *Oakham*.

17. *Northamptonshire*, al Sudoeste de Leicestershire. El país es fértil y está bien cultivado. *Northampton* es su capital.

18. *Warwickshire*, al Oeste del precedente. El país es unido, pero poco fértil y cubierto de pantanos y hornagueros de grande estension; sin embargo, la industria es grande en este condado. Su capital es *Warwick*; pero la ciudad mas importante de la provincia es *Birmingham*, la primera ciudad industrial de Inglaterra; su poblacion es de ciento cuarenta y dos mil habitantes, cuando hace cien años que apenas contaba cuatro mil.

19. *Worcestershire*, al Oeste del precedente. El país es fértil é industrial: su capital es *Worcester*.

20. *Gloestershire* ó *Glostershire*. Este condado está al Sud del anterior, y es una de las provincias mas agradables de Inglaterra, por la manera tan variada con que está cortado por las colinas y los valles. El país es fertilísimo; cultivanse en él buenos frutos, y se alimentan numerosos ganados. La capital es *Glocester*.

21. *Oxfordshire*. Al Este de *Gloestershire*. Su capital es *Oxford*, ciudad de mediana esten-

sion y una de las mas bellas y agradables de Inglaterra.

22. *Buckinghamshire*, al Este del precedente. El país es una llanura fértil, atravesada por el Támesis y muchos de sus afluentes, asi como por el canal de *Grand-Junction* que conduce desde el canal de Oxford á Londres. La capital es *Buckingham*.

23. *Hertfordshire*. Está al Nordeste de *Buckinghamshire*, y es un condado de poca importancia. Su capital es *Hertford*.

24. *Bedfordshire*, al Norte del precedente. Este condado se distingue por el cultivo del trigo y de las legumbres. La capital es *Bedford*.

25. *Huntingdonshire*, al Norte de *Bedfordshire*. Este país se distingue por su agricultura y sus ganados. *Huntingdon* es la capital.

III. REINO DE ESTANGLIA.

Este reino comprende tres condados:

26. *Cambridgeshire*, al Este de *Huntingdonshire*. Este país es pantanoso y está atravesado en todas direcciones por canales y por dunas como la Holanda. Su capital es *Cambridge*.

27. *Norfolkshire*, al Este del precedente, y rodeado al Norte

y al Este por el mar del Norte. *Norwich* es la capital.

28. *Suffolkshire*, al Sud del anterior: está bañado al Este por el mar del Norte. La capital del condado es *Ipswich*.

IV. REINO DE ESSEX.

Este reino comprende dos condados:

29. *Essexshire*, al Sud de *Suffolkshire*. Este país, que se estiende hasta la embocadura del Támesis, está bien cultivado, y hace un comercio muy activo. La capital es *Colchester*.

30. *Middlesexshire*, al Sud del precedente; condado de poca estension, pero muy importante, porque encierra la ciudad de *Lóndres*, capital de la Inglaterra.

V. REINO DE KENT.

Solo comprende este reino el condado del mismo nombre.

31. *Kentshire*, que forma la punta extrema de Inglaterra al Sudeste. El país es abundante en trigo, y está cubierto de bosques considerables. Su capital es *Canterbury*.

VI. REINO DE SUSSEX.

Este reino comprende dos condados:

32. *Sussexshire*, al Sudoeste de *Kentshire*, sobre la costa meridional de Inglaterra. *Chichester* es la capital del condado.

33. *Surreyshire*, al Norte de *Sussexshire*, provincia fértil y bien cultivada, que se estiende hasta los muros de *Lóndres*. Su capital es *Guilford*.

VII. REINO DE WESTSEX.

Este reino comprende siete condados:

34. *Hampshire* ó *Southamptonshire*, al Este de *Surreyshire* y sobre la costa meridional de Inglaterra. *Winchester* es la capital.

35. *Berkshire*, al Norte de *Hampshire*, y atravesado por el Támesis. *Reading* es la capital.

36. *Wiltshire*, al Oeste de *Berkshire*. *Salisbury* es la capital de este condado.

37. *Dorsetshire*, al Sudeste de *Wiltshire*, sobre las costas de la Mancha. Este condado se llama con razon el *jardin de la Inglaterra*. Las costas del mar son en jeneral difíciles de abordar: solo hay en esta provincia un puerto, el de *Lyme-Regis*, que presenta un asilo seguro. *Dorchester* es la capital.

38. *Domersetshire*, al Noroeste de *Dorsetshire*; el país es-

tá bañado al Norte por el canal de Bristol. Su capital es *Bath*.

39. *Devenshire*, al Oeste de *Somersetshire*: este pais contiene vastos matorrales, y está bañado al Sud por la Mancha, y al Norte por el canal de Bristol. Su capital es *Exeter*.

40. *Cornuallshire*, Este condado forma la punta Sudoeste de la Inglaterra: está atravesado por montañas y rodeado de costas escarpadas; sus valles son muy pintorescos, aunque poco fértiles: dos promontorios, el de *Lizard* al Sudeste, y el de *Landsend* ó *Finisterre* al sudoeste, terminan la provincia: este último forma una alta roca de pico: las costas de alrededor son peligrosas y encierran vastas grutas que se estienden á una profundidad de tres á cuatrocientos pies en el fondo del mar. La capital de este condado es *Launceston*.

PRINCIPADO DE GALES.

Confina al Este con la Inglaterra, al Oeste con el canal de San Jorje, al Norte con el mar de Irlanda, y al Sud con el canal de Bristol. El pais está cubierto de montañas, y por lo mismo es mas propio para pas-

tar los ganados que para la agricultura. Esplótanse en él ricas minas de hierro, de ulla y de cobre. Esta provincia es muy frecuentada por los viajeros ingleses, á causa de los sitios encantadores que encierra y de las vistas pintorescas que sorprenden á cada paso, sobre todo en la parte inculta de las montañas del Norte, llamadas *Alpes británicos*. El punto mas notable de esta parte es el valle de *Cappel-Cerrig*, donde tiene su origen el rio de *Wenol* que forma algunas leguas mas abajo una magnífica cascada de setenta pies de elevacion; la masa del agua tiene cuarenta pies de anchura. La parte meridional es igualmente bella, pero menos inculta, y se hallan en ella muchas ruinas de antiguos castillos.

El principado de Gales se divide, como ya hemos dicho antes, en doce condados, que son:

1. *Flintshire*, al Norte, sobre el mar de Irlanda y al Oeste de *Chestershire*.

2. *Denbighshire*, al Sud, y al Oeste de *Flintshire*, tambien sobre el mar de Irlanda.

3. *Caernarvonshire*, al Oeste del anterior, bañado al Oeste por el canal de San Jorje.

4. *La isla de Anglesey*, al Norte de *Caernarvonshire*, en

el mar de Irlanda: tiene cuarenta y ocho mil habitantes, y excelentes minas de cobre. Esta isla está separada de la Inglaterra por un brazo de mar muy estrecho, llamado el *Menay*, y comunica con la costa por un enorme puente de quinientos pies de longitud, sostenido por cadenas de hierro, á la altura de cien pies sobre la mayor elevacion del mar en este paraje. En su anchura de treinta y dos pies se ha practicado un camino para los carruajes, y otro para los que van á pie. Esta obra colosal se principió en 1820 y se terminó en 1826. Anglesey está cubierta todavía de bosques, antiguos santuarios de la religion druidica, cuyo pontífice residia en esta isla. Las colinas facticias y los montones de piedras recuerdan aun sus ceremonias.

5. *Merionethshire*, al Sudoeste de Denbighshire, bañado al Oeste por el canal de san Jorje, que forma allí el golfo de *Harlech*.

6. *Montgomeryshire*, al sudeste del precedente y al Este de Shropshire, atravesado por el Saverno.

7. *Radnorshire*, al Sud de Montgomeryshire.

8. *Cardiganshire*, al Oeste

de Radnorshire, bañado al Oeste por el mar.

9. *Pembrokeshire*, al Sudoeste del precedente; le rodea el mar por tres costados.

10. *Caermarthenshire*, al Este de Pembrokeshire.

11. *Brecknockshire*, al Este del anterior, y al Oeste de Herefordshire.

12. *Glamorganshire*, al Sud del precedente: está bañado al Sud por el canal de Bristol.

ISLAS DEPENDIENTES DE INGLATERRA.

1. *Isla de Man*, al medio del mar de Irlanda, al Norte del principado de Gales y al Oeste de Cumberlandshire. Esta isla, rodeada de playas escarpadas, es en el interior bastante propia para el pasto de los ganados, especialmente para el lanar. Tiene unas veintiocho leguas cuadradas de estension y cuarenta y dos mil habitantes. La mayor industria de estos es la pesca del arenque. Los naturales de esta isla, llamados *Manks*, son los descendientes de los antiguos bretones, y hablan la lengua *ersa*, dialecto del celta. En otro tiempo fué esta isla reino independiente; mas á pesar de su reunion á la Inglaterra, ha conser-

vado muchas prerogativas: conforme á su constitucion, está gobernada por un cuerpo elejible de veinticuatro representantes, llamados *keys*, presidido por un gobernador de nombramiento real. La capital de la isla es *Castletown*; pero la principal ciudad es *Douglas*.

2. *El archipiélago de Scilly* (islas Sorlingas) enfrente del cabo de Finisterre, al Sud de Cornuailles. Este archipiélago está compuesto de ciento cuarenta y cinco islotes, de los cuales solo seis estan habitados por unos tres mil individuos, todos pescadores ó marineros, y son: *Santa María, Santa Inés, San Martin, Tresco, Brehar, y Samson*. Todas estas islas carecen de árboles.

3. *Las islas normandas*, frente por frente de las costas de Normandía en Francia, y que son el último resto de las posesiones inglesas en este pais. Los habitantes, en número de sesenta mil, son franceses, y la mayor parte habla un dialecto de la antigua lengua normanda. No pagan contribucion alguna á la Inglaterra; se rijen, bajo la direccion de dos gobernadores reales, segun sus propias leyes y costumbres, y por un cuerpo de representantes compuesto de

jueces, sacerdotes y diputados elejidos por el pueblo. El único impuesto establecido entre ellos es el de la *renta*. Cada ciudadano está obligado á declarar aprocsimativamente, á fin de año y bajo la fe del juramento, á cuánto ascienden sus ganancias en el año corriente, y con arreglo á esta declaracion se le fija la cuota que le corresponde. La religion reformada es la de la gran mayoría de los habitantes. Las islas son montuosas, pero el suelo es fértil; produce legumbres y frutas, y pastos para los ganados. El comercio de contrabando entre la Francia y la Inglaterra, ocupa á una parte de la poblacion, y les produce ganancias considerables. Estas islas forman dos pequeños gobiernos: el de *Guernesey*, que comprende la isla de este nombre, cuya capital es *San Pedro*; y el de *Jersey*, compuesto de la isla del mismo nombre, la mayor del grupo, y cuya capital es *San Hellier*. Los islotes *Sark* y *Alderney* dependen tambien de estas islas.

REINO DE ESCOCIA. — La Escocia comprende la parte superior de la Gran Bretaña. Forma una península rodeada por el mar del Norte y por el océano Atlántico: solo toca á la Inglaterra

por el Sudeste; y al Sudoeste el canal del Norte la separa de la Irlanda. Las costas son escarpadas casi por todas partes, y hay numerosos promontorios. Las profundas bahías de las costas, los rios y los muchos lagos interiores han facilitado en este pais el establecimiento de las comunicaciones hidráulicas.

El interior de Escocia está lleno de montañas, entre las cuales se distinguen los montes *Cheviotes* al Sud, y los montes *Grampian* hácia la parte central. Pero los mas elevados é incultos estan situados en la parte setentrional, llamada *Higland* (tierra alta). Las montañas de Escocia presentan con profusion sitios agradables y pintorescos; y contribuye mucho á su belleza el gran número de lagos y cascadas que allí se encuentran. Los rios principales son el *Tweed* y el *Tay*.

En las comarcas meridionales, el suelo y el clima son casi lo mismo que en Inglaterra: hállanse ricas minas de hierro y de ulla; la industria y el comercio están bastante desarrollados; y sus habitantes gozan de comodidades. En las comarcas setentrionales el clima es ríjido, el pais poco fértil y casi desierto; mas en compensacion abun-

da en bellezas naturales y en monumentos antiguos llenos de interés por los recuerdos históricos y las tradiciones fabulosas que están unidos á ellos: el terreno produce pocas frutas y poco trigo; los habitantes no tienen mas que turbas para calentarse; son muy pobres en jeneral y su principal recurso es la pesca.

Segun la division natural, basada sobre la diferencia del pais y del carácter de los habitantes, se divide la Escocia en dos mitades desiguales, á saber: la *alta Escocia*, que comprende el *Highland* rodeada de montañas, al Norte; y la *baja Escocia* que comprende el resto del pais; pero siguiendo una division mas vulgar, se divide en tres partes que son: *Escocia del Sud*, *Escocia del centro* y *Escocia del Norte*. Por último la division oficial y administrativa es en treinta y tres condados, llamados en Escocia *stewartrie*, cuyos prefectos llevan el título de *stewards*. En la descripcion de la Escocia seguiremos las dos últimas divisiones que dejamos indicadas.

ESCOCIA DEL SUD.

Esta parte de Escocia toca la Inglaterra, de la cual solo está

separada por los montes *Cheviotes* y por los dos rios el *Tweed* y el *Esk*. La Escocia del Sud tiene dos golfos notables, el de *Edimburgo* y el de *Clyde*. El suelo es productivo, y el comercio y la industria estan tan adelantados como en Inglaterra. La Escocia del Sud comprende trece condados, que son:

1. *Edimburgo* ó *Mid-Lothian*, cerca del golfo de aquel nombre, en el mar del Norte: su capital es *Edimburgo*.

2. *Linlithgow* ó *West-Lothian*, al Oeste del precedente. Su capital *Linlithgow*.

3. *Haddington* ó *East-Lothian*, al Este del condado de *Edimburgo* y tambien sobre el golfo de este nombre. Su capital *Haddington*.

4. *Berwick*, al Sud del precedente, bañado al Este por el mar del Norte. Su capital *Greenlaw*.

5. *Roxburgh*, al Sud del anterior y al Oeste de *Northumberlandshire*. Su capital *Jedburgh*.

6. *Selkirk*, al Norte del condado de *Roxburgh*. Su capital *Selkirk*.

7. *Peebles*, al Noroeste del anterior. *Peebles* es la capital del condado.

8. *Lanark*, al Oeste del pre-

cedente, y atravesado por el *Clyde*. Su capital *Lanark*.

9. *Dumfries*, al Sud de los cuatro condados anteriores: está bañado al Sud por el mar, que forma aquí el golfo de *Solway*. Su capital *Dumfries*.

10. *Kirkudbrigh*, al Sud de *Dumfries*, bañado al Sud por el mar. Su capital *Kirkudbrigh*.

11. *Wigton*, al Oeste del precedente, bañado al Oeste y al Sud por el canal del Norte. *Wigton* es su capital.

12. *Ayr*, al Norte de *Wigton*, bañado al Oeste por el golfo de *Clyde*. Su capital es *Ayr*.

13. *Renfrew*, al Norte del anterior: el *Clyde* le baña por un lado y el golfo de *Clyde* por el otro. Su capital es *Renfrew*.

ESCOCIA DEL CENTRO.

Está al Norte de la Escocia del Sud, de la cual se halla separada por el curso del *Clyde* y por el golfo de *Edimburgo*. No contiene ciudades importantes, pero se encuentran sitios notables por los acontecimientos históricos que recuerdan. Esta parte de la Escocia se compone de catorce condados á saber:

14. *Fife*, sobre el golfo de *Edimburgo*, bañado al Este por

el mar del Norte. Su capital *Cupar*.

15. *Kinross*, al Oeste de *Fife*. Su capital *Kinross*.

16. *Clackmannan*, al Oeste del precedente. Su capital *Clackmannan*.

17. *Stirling*, al Sudoeste de *Clackmannan*. Su capital *Stirling*.

18. *Dumbarton* ó *Lenox*, al Oeste del anterior. *Dumbarton* es la capital.

19. *Bute*, al Sud de *Dumbarton*. Este condado está formado de las islas de *Arran* y *Bute*, con otros islotes situados al frente de la embocadura del *Clyde*. *Bute* es notable por su industria y por su poblacion bastante concentrada. *Arran* está cubiertas de montañas y llena de grutas. Sus ciudades son *Rothsay* en la isla de *Bute*, y *Kilbridge* en la de *Arran*.

20. *Argyle*, al Norte de *Bute* y *Arran*. Su capital *Inverary*.

21. *Perth*, al Este de *Argyle*, del cual está separado por los montes *Grampian*. Su capital es *Perth*.

22. *Angus* ó *Forfar*, al Este del precedente, bañado al Este por el mar de Irlanda. Su capital *Forfar*.

23. *Mearn* ó *Kincardine*, al Norte de *Angus*, y sobre el mar

del Norte. Su capital es *Stonehaven*.

24. *Aberdeen*, al Nordeste del precedente, bañado al Este por el mar del Norte. Su capital *New-Aberdeen*.

25. *Banff*, al Noroeste de *Aberdeen*, bañado al Norte por el mar. Su capital es *Banff*.

26. *Murray*, al Oeste de *Banff*, bañado tambien al Norte por el mar. *Eljin* es la capital.

27. *Nairn*, al Oeste del precedente, sobre el golfo de *Murray*. Su capital es *Nairn*.

ESCOCIA DEL NORTE.

La Escocia del Norte ó el *Highland*, abraza toda la parte Noroeste de Escocia. En este pais de montañas no se encuentra ninguna de las comodidades de la vida inglesa; no hay allí caminos ni posadas; y exceptuando las casas de algunos *lairds*, no se ven mas que miserables chozas sin ventanas ni chimeneas, cuyas paredes están formadas de piedras groseramente acomodadas y cubiertas de brezo. El humo de la turba que arde sin cesar en medio de la choza, se escapa por la puerta y por una abertura practicada en el techo. Los habitantes se alimentan con leche, pescados y

patatas: el pan de avena es un alimento de lujo, lo mismo que el *whisky*, especie de aguardiente, muy buscado por los montañeses. Sus riquezas se estiman segun el número de vacas, de ovejas y de cabras que poseen: el dinero es muy raro entre ellos; y aun hay algunas comarcas, particularmente en las islas de alrededor, donde su uso es del todo desconocido. Esta simplicidad de vida de los *highlanders*, asi como su falta de comercio y de industria, hacen inútiles todas sus relaciones con los ingleses, y ha conservado entre ellos la lengua y las costumbres de sus antepasados. La Escocia del Norte comprende seis condados, que son:

28. *Inverness*, al Noroeste de Argyle, bañado al Oeste por el mar de Irlanda. La capital del condado es *Inverness*.

29. *Ross*, al Norte del precedente, bañado por los dos mares. Su capital es *Tadn*.

30. *Cromarty*, al Este de Ross, sobre el mar del Norte. Su capital es *Cromarty*.

31. *Sutherland*, al Norte de Ross, bañado por los dos mares. Su capital es *Dornoch*.

32. *Caithness*, al Norte del precedente, bañado tambien por los dos mares. *Wick* es su capital.

33. *Orkney*, á la estremidad setentrional de Escocia. Este condado se compone de dos grupos de islas, el uno de las *Orcadas*, formado de treinta islas, al Norte de la Escocia, de la cual están separadas por el estrecho de *Pentland*; y el otro el de *Shetland*, al Nordeste de las Orcadas, y formado de ochenta y seis islas. La mayor parte de ellas están desiertas.

Las *Orcadas* cuentan unos treinta mil habitantes, en parte orijinarios de Noruega, de la cual dependieron en otro tiempo. Estas islas, cubiertas de rocas, tienen buenos pastos para las ovejas. El clima es húmedo y borrascoso: en el invierno apenas dura el dia seis horas. La mayor de estas islas es *Mainland* ó *Pomona*, donde está situada *Kirkwall*, que es la capital del condado.

Las islas de *Shetland* estan pobladas por cuarenta mil habitantes próximamente, en parte orijinarios tambien de Noruega. La pesca y la preparacion del *kelp*, especie de potasa que estraen de las algas marinas, son las principales ocupaciones de estos habitantes y de los de las islas Orcadas. Los de *Shetland* crian tambien ovejas cuya lana es muy estimada,

y unos caballitos del tamaño de un carnero inglés. La principal de estas islas es *Shetland*.

IRLANDA. — La Irlanda es la segunda de las dos islas británicas: está separada de la Gran Bretaña por el mar de Irlanda, que enfrente de Inglaterra tiene el nombre de *canal de San Jorge*, y enfrente de Escocia el de *canal del Norte*. El país es pantanoso, y el clima más húmedo que en Inglaterra. Las montañas no se elevan á más de cuatro mil pies; pero encierran minas de hierro, cobre y plomo. La ulla no es suficiente para las necesidades de los habitantes, y ordinariamente emplean la turba para calentar. La agricultura está atrasadísima á pesar de la fertilidad del terreno: las clases pobres se mantienen casi exclusivamente con patatas: se recoje cáñamo y lino en abundancia, por lo cual la fabricación de lienzos es el principal objeto de la industria irlandesa: también crían bastantes ganados. Otro recurso muy importante en este país es la pesca del salmon en el agua dulce, y la del arenque en las costas. En el interior los ríos y lagos son numerosos, aunque la mayor parte de corta extensión.

Los irlandeses tienen igual origen que los montañeses de Escocia y hablan la misma lengua, es decir el *ersa*, aunque modificada en diferente dialecto.

La Irlanda está naturalmente mejor repartida que la Gran Bretaña: sus costas son accesibles por todas partes, y están guardadas de gran número de puertos soberbios; las vastas llanuras del interior facilitan el establecimiento de caminos y canales; por último, el suelo, el clima y la abundancia de agua, favorecen en extremo la fabricación de los principales artículos de la industria inglesa. Sin embargo la Irlanda va á la zaga de la Inglaterra en todos conceptos: el cultivo de la tierra está descuidado; el comercio y la industria se hallan en su infancia, y la ignorancia y la miseria del pueblo son estremadas.

La Irlanda está dividida en cuatro provincias que son: *Leinster*, *Ulster*, *Connaught*, y *Munster*, las cuales se subdividen en treinta y dos condados á saber:

I. PROVINCIA DE LEINSTER.

Esta provincia ocupa la parte Sudeste de Irlanda, y comprende doce condados:

1. *Dublin*, sobre la costa o-

riental, bañado por el canal de San Jorge. Su capital *Dublin*, lo es de toda la Irlanda.

2. *Kildare*, al Sudoeste del anterior, bañado al Este por el canal de San Jorge. Su capital es *Kildare*.

3. *Wicklów*, al Sud de *Dublin*, bañado también al Este por el mar. Su capital es *Wicklów*.

4. *Wexford*, al Este del precedente, bañado al Este y al Sud por el mar. Su capital es *Wexford*.

5. *Carlow*, al Nordeste de *Wexford*. Su capital es *Carlow*.

6. *Kilkenny*, al Oeste del anterior. Su capital es *Kilkenny*.

7. *Queen's County*, al Norte de *Kilkenny*. *Marybough* es su capital.

8. *King's-County*, al Norte del anterior. Su capital es *Philipstown*.

9. *West-Meath*, al Norte de *King's-County*. *Mullingar* es su capital.

10. *Longford*, al Nordeste del que antecede. Su capital es *Longford*.

11. *Est-Meath*, al Nordeste de *West-Meath*. Su capital es *Trim*.

12. *Louth*, al Norte del precedente. *Dundalk* es su capital.

II. PROVINCIA DE ULSTER.

Esta provincia, situada al Norte de la de *Leinster*, ocupa la parte Nordeste de Irlanda y comprende los nueve condados siguientes:

13. *Down*, al Norte del condado de *Louth*, bañado al Este por el canal del Norte, casi enfrente de la península de *Kantyre* en *Eseocia*. *Down-Patrik* es la capital.

14. *Armagh*, al Oeste del precedente; es notable por sus fábricas de telas. Su capital *Armagh*.

15. *Antrim*, al Norte de los dos anteriores, bañado al Norte y al Este por el mar. Su capital es *Belfast*.

16. *Londonderry*, al Oeste de *Antrim*, bañado al Norte por el mar. Su capital es *Londonderry*.

17. *Tyrone*, al Sud del precedente, con fábricas de telas. Su capital es *Omagh*.

18. *Monaghan*, al Sud de *Tyrone*. *Monaghan* es su capital.

19. *Cavan*, al Sudoeste de *Monaghan*. Su capital es *Cavan*.

20. *Fermanagh*, al Nordeste del precedente. *Enniskillen* es su capital.

21. *Donegal*, al Norte del

anterior; rodéale el mar por tres costados. Su capital es *Donegal*.

III. PROVINCIA DE CONNAUGHT.

La provincia de Connaught está situada al Oeste de las de Leinster y de Ulster; forma la parte Nordeste de Irlanda y comprende cinco condados, que son:

22. *Leitrim*, lindante con la provincia de Ulster. Su capital es *Carrigon-Shannon*.

23. *Sligo*, al Oeste del precedente, bañado al Norte por el mar. Su capital es la ciudad del mismo nombre.

24. *Roscommon*, al Sud de los anteriores. Su capital *Roscommon*.

25. *Mayo*, al Oeste de los tres condados que preceden. *Castlebar* es su capital.

26. *Galway*, al Sud de los condados que anteceden. Su capital es la ciudad del mismo nombre.

IV. PROVINCIA DE MUNSTER.

Esta provincia está al Sud de la de Connaught; ocupa la parte Sudoeste de Irlanda y comprende seis condados, á saber:

27. *Clare*, al Sud de Galway, bañado al Este por el mar, y rodeado al Sud y al Este por el

Shannon. Su capital es *Ennis*.

28. *Limerick*, al Sud del precedente, del cual está separado por el *Shannon*. Su capital es *Limerick*.

29. *Kerry*, al Sudoeste de *Limerick*, bañado al Oeste por el mar. Su capital es *Tralee*.

30. *Cork*, al Sud del precedente y bañado por el mar: es el condado mas fértil en trigo. Su capital es *Cork*.

31. *Waterford*, al Este de *Cork*. Su capital es la ciudad del mismo nombre.

32. *Tipperary*, al Norte de *Waterford*. Su capital es *Uonmel*.

POSESIONES DEL REINO UNIDO.

— Además de las dos grandes islas de la Gran Bretaña y de Irlanda, y las otras que las rodean, que forman lo que se llama archipiélago británico, tiene el reino unido en todas las partes del mundo posesiones mucho mas estensas, á saber:

En Europa: 1.º la isla *Helgoland*, en las costas de Dinamarca: 2.º las islas de *Malta*, *Gozzo*, *Commino* y *Cominoto*, en el Mediterráneo: 3.º la fortaleza marítima de *Jibraltar*, sobre la costa occidental de España: 4.º las *Islas jónicas*, sobre las cuales ejerce su protectorado la Inglaterra.

En Asia: 1.º Las inmensas posesiones de la *compañía de las Indias*: 2.º la isla de *Ceylan*: 3.º la isla *del príncipe de Gales*: 4.º varios establecimientos en *Sumatra*, *Borneo* y otras islas del archipiélago indico.

En Africa: 1.º el territorio del *cabo de Buena-Esperanza*: 2.º las islas de *Santa Elena*, *Ascension*, é *Isla de Francia*: 3.º varios establecimientos en las costas orientales y occidentales de Africa.

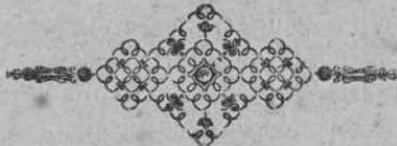
En América: 1.º el inmenso territorio de *Nueva Inglaterra*, que comprende el *Canadá*, el *Nuevo Brunswick*, *Newfoundland*, etc., al Norte de los Estados Unidos: 2.º la *Guyana*, en la América del Sud: 3.º gran nú-

mero de islas que forman parte de las *Antillas* y de otros grupos del archipiélago llamado *Indias occidentales*.

En la Oceanía ó Polinesia: vastos territorios y establecimientos en *Nueva Holanda*, *isla de Van-Diemen*, y otras muchas islas.

El reino de Hannóver, en Europa, forma parte de la confederacion jermánica y tiene una constitucion particular; pero está gobernado por la dinastía reinante de Inglaterra.

Todos estos territorios reunidos, comprendiendo en ellos la Gran Bretaña y la Irlanda, contienen una poblacion de mas de ciento cincuenta millones de habitantes.



CAPITULO II.

Primeros habitantes de Inglaterra. — Dominacion de los romanos. — Conquista de la Bretaña por los sajones. — La Heptarquía. — Egberto, rey de Inglaterra. — Ethelwolf. — Ethelbaldo y Ethelberto. — Ethelredo. — Alfredo el Grande. — Eduardo. — Athelstan. — Edmundo I. — Edredo. — Edwy. — Edgar. — Eduardo. — Ethelredo el Indolente. — Edmundo II. — Canuto. — Haroldo. — Hardicanuto. — Eduardo el Confesor. — Haroldo II. — Guillermo el Conquistador. — Guillermo II el Rojo. — Enrique I. — Estevan: Matilde. — Enrique II, primero de los Plantajenets. — Ricardo Corazon de Leon. — Juan sin Tierra. — Establecimiento de la gran Carta. — Enrique III. — Admision de los comunes al parlamento. — Eduardo I. — Conquista del pais de Gales y de Escocia. — Eduardo II. — Eduardo III. — Invasiones en Francia. — Ricardo II. — Enrique IV, primero de la dinastia de Lancaster. — Enrique V. — Enrique VI. — Eduardo IV, primero de la casa de York. — Eduardo V. — Guerras de la rosa blanca y de la rosa encarnada.

PRIMEROS HABITANTES DE INGLATERRA. — Todos los antiguos historiadores estan acordes en representar á los primeros habitantes de la Bretaña como una tribu de galos ó celtas, que abandonaron el continente para venir á poblar esta isla; y efectivamente tenian el mismo idioma, las mismas costumbres, el mismo gobierno y la misma religion. La instruccion que habian adquirido en las artes los galos que moraban en las comarcas contiguas á Italia, no se habia extendido aun hasta la

Bretaña; sin embargo, los que habitaban la parte Sudeste de la isla, antes del siglo de César habian dado ya los primeros pasos hácia una forma de gobierno civil, y la poblacion habia crecido á medida que se habia desarrollado la aficion á la agricultura. Los demas habitantes de la isla solo poseian algunos pastos, cubrian sus cuerpos con pieles de animales y vivian en chozas construidas en medio de los bosques ó de los pantanos de que estaba cubierto todo el pais. La conveniencia de los pastos pa-

ra sus ganados les hacia mudar con frecuencia su asiento, y en la ignorancia en que vivian de las comodidades de la vida, sus necesidades eran tan limitadas como su fortuna.

Los bretones estaban divididos en pequeños estados ó tribus; y como formaban un pueblo esencialmente guerrero y no poseian otra cosa que armas y ganados, luego que adquirieron el gusto á la libertad les fué imposible á sus príncipes ó jefes el mandarlos como á esclavos; así que, su gobierno aunque monárquico, era libre. Cada estado estaba dividido en facciones interiores, y siempre ajitado por la envidia ó el odio que le inspiraban los estados vecinos. La religion era la parte mas importante de su gobierno, y los druidas, sus sacerdotes, gozaban de una autoridad sin límites: estos inmolvaban víctimas humanas sobre sus altares, y frecuentemente ofrecian á sus divinidades los despojos de la guerra.

DOMINACION DE LOS ROMANOS.

— Mucho tiempo hacia que los bretones vivian en este estado de barbárie é independenciam, cuando César, deseoso de estender el dominio de las armas romanas á nuevas rejiones, aprovechó un corto intervalo que le dejó la

guerra de los galos para invadir la Bretaña (el año 55 antes de Jesucristo). Los habitantes de la isla conociendo la inferioridad de sus fuerzas se sometieron al conquistador, y este despues de imponerles sus condiciones y de ecsijirles rehenes en garantía de su fidelidad, dió la vuelta á la Galia por la procsimidad del invierno. Los bretones, recobrados del terror que les habian inspirado las armas del vencedor, se negaron al cumplimiento del tratado concluido con el jeneral romano; pero este á la primavera siguiente volvió con un ejército mas formidable; los desbarató en todos los encuentros, y despues de haberlos sometido nuevamente á la autoridad romana, mas bien en la apariencia que en la realidad, partió otra vez para la Galia.

Las guerras civiles que en seguida se encendieron en el imperio romano, salvaron á los bretones de su yugo. Ya hacia cerca de un siglo que estos gozaban tranquilamente de su libertad, cuando los romanos volvieron á pensar en sujetarlos nuevamente á su dominacion, para lo cual enviaron un ejército (el año 43 de nuestra era) bajo el mando de Plautio, que consiguió algunas victorias y la sumi-

sion de varios pueblos situados al sudeste de la isla. Los demas bretones hicieron una obstinada resistencia y detuvieron los progresos de los romanos hasta la época en que Plautio fué remplazado por Ostorio Scápula: este nuevo jeneral penetró en el pais de los silures, donde en una gran batalla que les dió deshizo á los bretones, y al jefe que los mandaba le envió prisionero á Roma (año 50): mas no por estos reveses estaban ya juzgados.

En el reinado de Neron, Suetonio Paulino recibió el mando del ejército romano y penetró en la isla de Mona (hoy Anglesey), principal asilo de los druidas: batió á los isleños, destruyó sus altares y echó á los druidas en las mismas hogueras que ellos habian encendido para quemar á los enemigos prisioneros. Despues de haber triunfado Suetonio de la religion de los bretones, juzgó que le seria facil subyugarlos; pero estos, bajo las órdenes de Boadicea, reina de los iconios, atacaron varios establecimientos de sus vencedores; y hasta el mismo Lóndres, que era ya á la sazón una colonia floreciente de los romanos, fué reducido á cenizas, y sus habitantes degollados sin piedad. Suetonio

se vengó de esta crueldad en una sangrienta batalla que les dió, en la cual se dice que perecieron ochenta mil bretones.

Julio Agrícola que gobernó la Bretaña bajo los reinados de Vespasiano, de Tito y de Domiciano, concibió un plan regular para subyugar la isla y hacerla útil á sus conquistadores (año 86). Condujo sus armas por la parte del Norte, batió á los bretones en todos los encuentros, avanzó hasta las montañas de la Caledonia (Escocia) y sometió toda la parte setentrional de la isla, estableciendo en seguida entre los golfos de Clyde y de Forth una línea de fuertes que puño las provincias romanas al abrigo de las incursiones de sus bárbaros vecinos.

En los reinados de Adriano, Severo y demas emperadores, fué tal la tranquilidad de la Bretaña, que apenas hacen mencion los historiadores de lo que en ella pasó: los naturales enteramente sometidos, habian perdido hasta el recuerdo de su primitiva independenciam.

Mas el imperio romano que habia llevado la esclavitud y la civilizacion á la mayor parte del universo, se aprocsimaba á su disolucion. Habiendo atacado los bárbaros del Norte todas las

fronteras romanas á un mismo tiempo, los emperadores romanos en vez de armar al pueblo para su defensa, llamaron las legiones que tenían de guarnición en países lejanos, en las cuales confiaban mas. Las que ocupaban la Bretaña fueron destinadas á proteger la Italia y la Galia. Cuando los pictas y los escoceses vieron la isla entregada á sí misma, principiaron sus escursiones por las fronteras de sus pacíficos vecinos. Los bretones pidieron auxilio á los romanos, pero fué en vano, porque estos no volvieron jamás á la Bretaña, cuya isla habían poseído cerca de cuatro siglos.

CONQUISTA DE LA BRETAÑA POR LOS SAJONES. — Los bretones, tan poco acostumbrados á las fatigas de la guerra como á los cuidados del gobierno, y privados del apoyo de los romanos, se dirijieron á los sajones pidiéndoles protección y socorro. Estos, deseosos de manifestar su valor y de satisfacer su ambición de riquezas, aceptaron la invitación de los bretones, y desembarcando en las costas de Bretaña un cuerpo de mil seiscientos hombres, marcharon contra los pictas y los escoceses, á los que vencieron facilmente.

Henjist y Horsa, jefes de los

sajones, creyeron que con la misma facilidad podrian subyugar á los bretones y enseñorearse de toda la isla: resolvieron, pues, continuar la guerra por su propio engrandecimiento, y no por defender á sus aliados. Para llevar á cabo su intento pidieron un refuerzo á sus compatriotas, que les enviaron cinco mil hombres, y hecha alianza con los pictas y los escoceses, principiaron abiertamente las hostilidades contra los mismos que los habian llamado en su defensa.

Indignados los bretones de la perfidia de sus aliados, tomaron las armas, nombraron por su jefe á Vortimer y presentaron á sus enemigos algunas batallas en las que constantemente fueron vencidos. Habiendo muerto Horsa en un combate, el mando del ejército confederado recayó en su hermano Henjist, quien recibiendo sin cesar nuevos refuerzos de la Germania, caminaba de victoria en victoria.

LA HEPTARQUIA. — Por muerte de Vortimer tomó el mando de los bretones Ambrosio, el cual continuó la guerra en defensa de su país. Henjist estableció una tribu de sajones en el Northumberland, y fundó el reino de Kent, que despues legó á su posteridad.

Los bretones meridionales se refugiaron á Cornouailles y al pais de Gales, y Ælla, jefe sajón, echó los cimientos del reino de Sussex.

El reino de los sajones occidentales le formó Cardic de las provincias de Dorset, Vits, Berk y de la isla de Wight. Uffa tomó el título de rey de los estangles ó ingleses occidentales en 574: Crida el de rey de Mercia en 585: y Erkewin el de rey de los sajones orientales, ó de Essex, casi por la misma época.

Los sajones sufrieron una resistencia tan obstinada por parte de los bretones, que durante mucho tiempo ninguno de sus jefes se atrevió á tomar el título de rey. Al cabo, en 547, Ida sometió enteramente el condado y el obispado de Durham y algunas provincias meridionales de Escocia, tomando entonces el título de rey de Berenice. Por la misma época, Ælla conquistó el Lancashire y la mayor parte del Yorkshire, y fué proclamado rey de Deira. Estas dos coronas se reunieron sobre la cabeza de Ethelfrido, nieto de Ida, que habiéndose casado con Acca, hija de Ælla, y arrojado á su cuñado Edwin del reino, tomó el título de rey de Northumberland. Así se estableció en Bretaña la Hep-

tarquia ó los siete reinos sajones; y el cristianismo que era la religion de los vencedores, substituyó al culto de los druidas en todas las provincias conquistadas.

Luego que los bretones se retiraron á las áridas comarcas de Gales y Cornouailles, y dejaron de inquietar á sus vencedores, se rompió la alianza que unia á los príncipes de la Heptarquia, y las guerras y las revoluciones fueron las consecuencias naturales de esta ruptura. Por último, cerca de cuatrocientos años despues de la primera irrupcion de los sajones en Bretaña (827), se reunieron todos los reinos de la Heptarquia bajo el dominio de Egberto, formando una vasta monarquía, cuya estension era, con corta diferencia, la misma que hoy tiene lo que se llama propiamente Inglaterra.

EGBERTO REY DE INGLATERRA. — (827) Cinco años despues que Egberto estableció su dominacion sobre la Inglaterra, los daneses descendieron del Norte á la isla de Shephey, de la que se apoderaron impunemente. Al siguiente año desembarcaron en el Dorsetshire, y Egberto los atacó en Charmouth, donde perdieron gran número de los suyos, retirándose en segui-

da á Cornouailles. Dos años despues fueron batidos segunda vez por el valiente sajón; pero la muerte de Egberto vino á reanimar sus esperanzas.

ETHELWOLF. — Sucedióle su hijo Ethelwolf, que al principio de su reinado dió á su hijo mayor, llamado Athelstan, las provincias de Essex, Kent y Sussex, y partió en peregrinacion á Roma; pero cuando volvió á sus estados halló que Athelstan habia muerto, y que su hijo segundo, Ethelbaldo, se habia apoderado del mando y formado el proyecto de escluir á su padre del trono. El débil Ethelwolf cedió á la mayor parte de las pretensiones de su rebelde hijo, y murió dos años despues, dejando en su testamento dividido el reino entre sus dos hijos mayores que fueron

ETHELBALDO Y ETHELBERTO. — (857) Al primero cupo la parte occidental, y al segundo la oriental. Ethelbaldo era un príncipe de costumbres corrompidas; casó con Judit, su madrastra, y su reinado fué de corta duracion. Por la muerte de Ethelbaldo, reunió toda la autoridad Ethelberto, que reinó cinco años con justicia y prudencia y dejó el centro á otro hermano suyo llamado Ethelredo.

ETHELREDO. — El reinado de Ethelredo fué turbado incesantemente por las incursiones de los daneses, que penetraron en el Northumberland y tomaron la ciudad de York (866). Ethelredo les dió algunas batallas en las que los derrotó, hasta que en la accion de Basing los daneses consiguieron una completa victoria: Ethelredo murió de una herida que recibió en la pelea, y dejó el reino á su hermano Alfredo, que solo tenia á la sazón veintidos años.

ALFREDO EL GRANDE. — Este Príncipe desde su mas corta juventud habia revelado las virtudes y la habilidad que, en los tiempos mas difíciles, salvaron á su país de una completa ruina. Apenas concluyó los funerales de su hermano, se vió obligado á entrar en campaña para contener á los daneses que se habian apoderado de Wilton y talaban aquellas comarcas (871). En el primer encuentro le fué adversa la fortuna: sin embargo, algun tiempo despues juntó nuevas tropas y les dió en un año ocho batallas (875) en que los derrotó sucesivamente, reduciéndolos al último extremo, por lo que se vieron obligados á pedir la paz. Alfredo les concedió que se estableciesen en al-

gunas partes de Inglaterra á condicion de no abrir la entrada del reino á sus compatriotas; pero mientras se aguardaba la ejecucion de este tratado, se supo repentinamente que un nuevo cuerpo de daneses acababa de desembarcar, y que reunidos á sus compatriotas se habian apoderado de Chippenham.

Este acontecimiento llenó de espanto á los anglo-sajones; unos se retiraron al pais de Gales; otros huyeron al través de los mares, y otros en fin, se sometieron á los conquistadores creyendo desarmar su crueldad con una obediencia servil. Alfredo, despues de hacer los últimos esfuerzos para reanimar á los suyos, se vió obligado, por sustraerse á la persecucion de sus enemigos, á refugiarse en la cabaña de un pastor, en donde trocando las insignias reales por la pellica y el cayado, estuvo oculto algun tiempo. Cuando cesaron las pesquisas de sus enemigos reunió algunos de sus partidarios y se retiró á un pantano en la provincia de Somerset, donde á poco supo que Oddune, conde de Devonshire, habia batido y muerto á Hunna, jefe de los daneses y apoderádose del famoso estandarte májico, en el que los bárbaros tenian puesta toda su

confianza, al cual llamaban *Reafen*, porque representaba la figura de un cuervo.

Cuando Alfredo supo esta noticia, salió de su retiro, reunió sus partidarios y atacó de repente á los daneses que estaban muy descuidados, y fueron vencidos facilmente: los que escaparon de la muerte imploraron la clemencia del vencedor, el cual los perdonó y les propuso que se estableciesen en el Northumberland, con la condicion de que abrazasen la religion cristiana, y los daneses accedieron á ella.

Despues de esto la Bretaña gozó algunos años de tranquilidad. No obstante, en 893, apareció Hasting, con otro cuerpo de daneses por la parte de Kent; pero fueron atacados por Alfredo, que los derrotó en varias batallas y consiguió echarlos de Bretaña, quedando todo el pais sujeto á su autoridad, desde el canal hasta las fronteras de Escocia.

Libre ya de las guerras, Alfredo se dedicó al arreglo y prosperidad de su reino: creó algunas instituciones relativas á la justicia, dividió el reino en condados, estos en cantones, y los cantones los subdividió en decenas de familias. Diez padres

de familia formaban una comunidad y eran responsables recíprocamente de su conducta, y de la de sus hijos y criados. Los crímenes que se cometían en el canton eran juzgados por doce propietarios que se reunían todos los meses bajo la presidencia del jefe del canton y prestaban juramento de administrar justicia imparcialmente. Este fué el origen, sin duda, de la admirable institucion del jurado. El tribunal de que dependían inmediatamente los de los cantones, era la asamblea del condado, compuesta de todos los propietarios de la provincia, cuya reunion se verificaba dos veces al año, presidida por el obispo y por el alderman ó conde que reunía la autoridad civil y militar; además había un *sheriff*, encargado de hacer respetar los derechos de la corona y vijilar sobre la inversion de las contribuciones. Asimismo redactó y coordinó Alfredo un código de leyes sabias, que se tiene jeneralmente por el origen de lo que llamamos derecho comun. Estableció varias escuelas, protejió las ciencias y las artes, y los empleos civiles y eclesiásticos los confirió á las personas mas instruidas. Murió este escelente príncipe en lo

mejor de su edad, á los veintinueve años y medio de su glorioso reinado. Su justicia y su valor le merecieron el sobrenombre de Grande y el título de fundador de la monarquía inglesa.

EDUARDO. — (901) Este príncipe, el mayor de los hijos que dejó Alfredo, heredó la corona y los talentos militares de su padre. El reinado de Eduardo fué una série continua de victorias conseguidas sobre los nortumbres, los estangles y los daneses: murió á los veinticuatro años de reinado, dejando el trono á Athelstan, su hijo natural, que por su edad y mérito fué preferido al lejítimo heredero que yacia aun en la infancia.

ATHELSTAN. — (925) Supo este príncipe resistir á las invasiones extranjeras y á las facciones interiores: entró en Escocia con un ejército y obligó á Constantino, rey de este pais, á someterse a su autoridad: redujo á su obediencia á los turbulentos nortumbres, daneses y galos, y promulgó la notable ley que concedía el título de gentilhomme á todo comerciante que hubiese hecho á sus espensas dos largos viajes por mar. Murió en Gloucester á los dieziseis años de reinado.

EDMUNDO I. — (941) Le sucedió su hermano Edmundo, cuyo reinado fué de corta duracion, y su muerte violenta. Despues de haber obtenido algunas victorias sobre los daneses del Northumberland, que no dejaban escapar ninguna ocasion para sublevarse, pereció asesinado por un facineroso llamado Leof, á quien habia desterrado por sus crímenes.

EDREDO. — (946) Este príncipe, hermano y sucesor de Edmundo, apenas subió al trono tuvo, así como sus predecesores, que reprimir la rebelion de los daneses del Northumberland. Edredo aunque no carecia de valor, era supersticioso, y abandonó ciegamente su conciencia á Dunstan, abad de Glastonbury, hombre hipócrita y ambicioso, que tomó tal ascendiente sobre el rey devoto, que en breve fué nombrado ministro de hacienda. En esta época recomendó la Iglesia de Roma el celibato como uno de los deberes mas indispensables de todo eclesiástico, y el papa trató de hacer renunciar el matrimonio al clero de las Iglesias occidentales. Dunstan secundó sus esfuerzos en Inglaterra é introdujo la reforma en las iglesias de Glastonbury y Abigdon; mas

el clero secular, rico y numeroso, defendia vigorosamente sus privilegios. Edredo murió en medio de las turbulencias violentas que escitaban estas controversias religiosas.

EDWY. — (955) Por ser de muy tierna edad los hijos de Edredo, le sucedió su sobrino Edwy, que se casó con Eljiva, princesa de la sangre real y parienta suya en cuarto grado. Opusieronse con furor á este enlace Dunstan y Odo, arzobispo de Cantorbery. El rey, para vengarse de Dunstan, le acusó de malversacion de los caudales públicos, y fué desterrado; pero Odo, á la cabeza de una partida de soldados, se apoderó secretamente de la reina, la marcó el rostro con un hierro ardiendo, y la arrastró consigo á Irlanda, en donde, despues de haber consentido Edwy en su divorcio, el mismo arzobispo la hizo mutilar horriblemente, y murió entre los mas agudos dolores.

No contentos aun con esta venganza, Dunstan y Odo indujeron á Edgar, el mas jóven de los hermanos de Edwy, á levantarse contra él, como lo verificó. El desgraciado Edwy fué escomulgado y perseguido con furor; su pronta muerte aseguro á

su adversario la pacífica posesion del trono.

EDGAR. — (959) Edgar desplegó una capacidad maravillosa para la administracion de los negocios, y su reinado fué de los mas felices en los anales ingleses: tuvo á raya á los daneses interiores y exteriores, y la mayor parte de los príncipes vecinos se le sometieron. Fué este príncipe de costumbres muy estragadas: tuvo muchas concubinas, y no temió violar el sagrado de un claustro para robar á Edith, una de las relijiosas, que habia escitado sus lascivos deseos. Murió á los dieziseis años de reinado dejando por sucesor á Eduardo su hijo.

EDUARDO. — (975) Este príncipe reinó solos cuatro años, y ningun acontecimiento importante hubo durante su gobierno. Un dia que salió á caza fué asesinado por uno de sus criados, que sirvió de instrumento al odio de su madrastra Elfrida: por su trájica muerte y su estremada juventud le dieron el sobrenombre de *Mártir*.

ETHELREDO EL INDOLENTE. — (978) Ethelredo, hijo de Edgar y de Elfrida, recojió el fruto del crimen de su madre, y subió al trono: casó con Emma, hermana de Ricardo II, duque de Nor-

mandía. Los daneses, á pesar del largo tiempo que se hallaban establecidos en Inglaterra, no habian perdido nada de su antigua ferocidad, y siempre estaban prontos á unirse con los piratas de su nacion y secundar sus violencias y sus robos. Ethelredo, por satisfacer el odio de los ingleses, comunicó órdenes secretas para que en un mismo dia fuesen asesinados todos los daneses que se hallasen en sus estados, lo que se ejecutó sin distincion de sexo ni edad. Esta política bárbara no quedó impune por mucho tiempo, pues en breve Sweyn y sus daneses aparecieron sobre las costas occidentales, asolando todo el pais, á cuyo tiempo una grande hambre affijia tambien á sus habitantes. Ethelredo se vió obligado á comprar una paz momentánea, dando al enemigo una enorme suma. La nobleza, desesperada, hizo alianza con el rey Sweyn, y Ethelredo tuvo que huir á Normandía y refugiarse en los estados de su cuñado; pero muerto Sweyn á las seis semanas (1014), volvió á su reino Ethelredo, tan incapaz y tan indolente como antes. Canuto, hijo y sucesor de Sweyn, desembarcó en las costas de Inglaterra para continuar asolando el pais: envia-

ron contra él un ejército inglés; pero los soldados, careciendo de la presencia de su soberano, abandonaron el campo y huyeron, á cuya sazón murió Ethelredo en Lóndres, despues de un reinado de cinco años, sin haber adquirido ninguna especie de gloria.

EDMUNDO II.—(1016) Sucedióle su hijo Edmundo, á quien por su valor llamaron *Costilla de hierro*, el cual prosiguió la guerra contra los daneses con sucesos varios, hasta que fatigados los nobles ingleses y daneses obligaron á sus soberanos á firmar un convenio y dividir el reino entre los dos. Este tratado se firmó en Glocester, y por él se reservó Canuto la parte del Norte, dejando la del Mediodia á Edmundo, el cual, un mes despues de esta transaccion, fué asesinado en Oxford, quedando así abierto el camino del trono de Inglaterra al danés Canuto.

CANUTO. — (1017) Canuto, antes de apoderarse de la herencia que pertenecía á los dos hijos de Edmundo, quiso cubrir la usurpacion con pretextos plausibles: convocó una asamblea jeneral de los estados del reino para que nombrasen sucesor, y como tenia ganados algunos de

los grandes y era muy temido por su poder, le confirieron la corona. Seguidamente se desembarazó de los dos jóvenes príncipes á quienes acababa de despojar, enviándolos al rey de Suecia su aliado, é hizo morir algunos señores ingleses cuya fidelidad le era sospechosa. Tuvo una asamblea jeneral de los estados y restableció las costumbres sajonas: en la administracion de justicia no hacia diferencia alguna entre daneses é ingleses. Sabiendo que Ricardo, duque de Normandía, hacia preparativos para restablecer á sus sobrinos sobre el trono de sus antecesores, se apresuró á ganar su amistad pidiéndole por esposa á su hermana Emma: Ricardo vino en ello, y la viuda de Ethelredo dió su mano al enemigo mortal de su primer esposo. Canuto, que conservaba la Dinamarca, invadió y subyugó la Noruega, la cual poseyó hasta su muerte acaecida á los diezinueve años de reinado. Dejó tres hijos, Sweyn, que fué coronado rey de Noruega, Haroldo, que reinó en Inglaterra, y Edmundo, que poseyó la Dinamarca.

HAROLDO. — (1031) El reinado de Haroldo solo duró cuatro años, sin que en este tiempo sucediese cosa alguna notable. Es-

te príncipe se distinguió por su lijereza en la carrera, que le valió el sobrenombre de *Pies de liebre*.

HARDICANUTO.—(1035) Muerto Haroldo le sucedió su hermano Hardicanuto, el cual se apresuró á dejar la Dinamarca, y á su llegada á Inglaterra fué recibido con trasportes de júbilo y reconocido como rey, asi por los daneses como por los ingleses; pero su mala conducta le enajenó bien pronto el afecto de sus súbditos. Murió en las bodas de un señor danés, y su muerte ofreció á los ingleses la ocasion de sacudir el yugo de Dinamarca.

EDUARDO EL CONFESOR (1039). — Los descendientes de Edmundo, herederos lejitimos de la casa de Sajonia, se hallaban á la sazón en la corte de Hungría, y para evitar los peligros que podria ocasionar la dilacion, se ofreció la corona á Eduardo, por sobrenombre el *Confesor*, hijo de Ethelredo y de Emma: casó Eduardo con una hija de Godwin, conde de Wessex, con el que tuvo algunas diferencias que causaron guerras interiores, las cuales se terminaron por un acomodamiento entre ambos. Muerto el conde, le sucedió en sus estados su hijo Haroldo, tan

ambicioso como su padre, pero mas hábil y mas virtuoso. Eduardo cargado de años y de enfermedades, y no teniendo hijo alguno, trató de nombrar un sucesor, para lo cual pensó en su pariente Guillermo de Normandía, hijo bastardo de Roberto, duque de Normandía, y de Harlota, hija de un curtidor de Falaise. Guillermo, cuando supo las intenciones favorables de Eduardo, abrió su imaginacion á esta ambiciosa perspectiva: entretanto Haroldo por su parte redoblabá sus esfuerzos para abrirse el camino del trono. Pero el débil é indeciso Eduardo cambió de resolucion, y en medio de sus incertidumbres le sorprendió la muerte á los veinticinco años de su reinado: este príncipe fué el último de la línea sajona que gobernó la Inglaterra.

HAROLDÓ II. — (1066) Haroldo subió al trono sin oposicion alguna; pero apenas supo su elevacion el duque de Normandía, resentido vivamente, tomó la resolucion de conquistar la Inglaterra: reunió, pues, un ejército de sesenta mil hombres, y en una escuadra de tres mil embarcaciones de todos tamaños, se hizo á la vela para Inglaterra, en cuya expedicion le acompa-

ñaron los hombres mas célebres de la nobleza de Normandía, de Francia, de Bretaña y de Flandes. Desembarcó en Pevensey, condado de Sussex, y despues sentó sus reales en Hastings.

Haroldo acababa de conseguir una señalada victoria sobre los de Noruega que habian invadido su reino, cuando supo el desembarque de Guillermo; resolvió pues presentarle la batalla en persona, y marchó con su jente en busca del enemigo. Avistados los dos ejércitos, Haroldo, acompañado de sus dos valientes hermanos Gurth y Leofwin, se puso á la cabeza de la infantería y dió la señal del combate. Acometiéronse los dos ejércitos con ímpetu y coraje, como que ambos partidos trataban de que la accion fuese decisiva: hubo en ella varios lances en que tan pronto cejaban los normandos como los ingleses; hasta que haciendo Guillermo una retirada falsa, atrajo los ingleses á un llano donde los cargó y deshizo. Haroldo y sus dos hermanos murieron atravesados por las flechas, y los ingleses se entregaron á la fuga. De este modo fué ganada por Guillermo de Normandía la memorable y decisiva batalla de Hastings, que

duró desde la salida del sol hasta la noche.

GUILLERMO EL CONQUISTADOR. — (1066) A consecuencia de la victoria de Hastings, ocupó Guillermo el trono de Inglaterra: en este reino estableció la recta administracion de justicia que le habia señalado en Normandía; confirmó las libertades y franquicias de Lóndres y de otras ciudades; en una palabra, su manera de gobernar mas bien parecia la de un soberano lejítimo que la de un conquistador. Estando enteramente pacífica la Inglaterra, creyó Guillermo que podia con seguridad volver á ver su pais natal y recibir las felicitaciones de sus antiguos súbditos. Durante su ausencia, la arrogancia de los normandos y su desprecio hácia el pueblo inglés, escitaron el descontento jeneral de la nacion, y se formó secretamente en todo el reino una conspiracion que debia estallar con el asesinato de todos los normandos, como otra vez lo hicieron con los daneses; pero la vuelta del rey á Inglaterra desconcertó el plan de los conjurados, á quienes confiscó los bienes para satisfacer la codicia de los normandos, por lo cual muchas familias emigraron y se refugiaron á Escocia (1068).

Guillermo introdujo en Inglaterra el feudalismo, establecido ya en Normandía y en Francia. Dividió todas las tierras de Inglaterra, excepto las de dominio real, en baronías que confirió á los principales de los suyos, con la reserva del servicio militar y de los tributos en metálico. Los barones por sí mismos enajenaron gran parte de sus tierras á otros estranjeros, que con la denominacion de caballeros ó vasallos se obligaban á profesarles igual obediencia que la que ellos debian al soberano. Todo el reino contenia setecientas baronías, y sesenta mil doscientos quince vasallos: los ingleses solo formaban parte de esta última clase.

Cuando Guillermo emprendió la conquista de Inglaterra, señaló por sucesor suyo en Normandía á su hijo mayor Roberto; pero apoderado ya de aquel pais, no quiso dejar este ducado á su hijo, por lo cual Roberto declaró la guerra á su padre, y despues de algunos años de lucha concluyeron por reconciliarse.

Luego que Guillermo aseguró la tranquilidad de sus estados, se ocupó de una empresa que hace honor á su memoria: nombró una comision (1081) para que formase una estadística de

todas las tierras del reino, de sus propietarios, de la estension de cada distrito, de sus productos, de su valor, de las praderas, pastos, bosques y tierras de labor que contenian, cuyo monumento, concluido en el espacio de seis años, se conserva aun en los archivos del Echiquier.

Por último, algunas incursiones hechas en Normandía por los barones franceses establecidos en la frontera, le obligaron á declarar la guerra á Francia: se apoderó con su ejército de la isla de este nombre, la que entró á sangre y fuego: luego tomó tambien y redujo á cenizas la ciudad de Mantes; pero fué detenido en sus progresos por un accidente que puso fin á su vida: en un salto que dió su caballo, recibió una sacudida tan violenta, que le abrió el vientre con el pomo de la silla. Dejó la Normandía y el Maine á Roberto su hijo mayor; la Inglaterra á Guillermo, su segundo hijo, y á Enrique solo dejó los bienes de su madre Matilde. Murió á los sesenta y tres años de edad, y veintiuno de su reinado en Inglaterra.

GUILLERMO II EL ROJO.—(1087)
Guillermo *el Rojo*, llamado así por el color de sus cabellos, fué coronado rey de Inglaterra, y

su hermano Roberto reconocido como sucesor de su padre en Normandía; pero descontentos los barones con esta separacion, tramaron una conspiracion contra Guillermo, el cual instruido de sus intentos los sujetó, perdonó á algunos y confiscó los bienes de la mayor parte de ellos.

Roberto participó del devoto y bélico entusiasmo de las cruzadas, que entonces principiaba á agitar las principales naciones de Europa; pero falto de metálico, empeñó el ducado de Normandía á su hermano Guillermo por la módica suma de diez mil marcos; y mientras que Roberto marchaba á la Tierra Santa acompañado de la mas brillante comitiva, Guillermo tomaba posesion de Normandía y del Maine, reuniendo de este modo los vastos dominios de su padre.

Guillermo, conde de Poitiers y duque de Guéna, quiso seguir el ejemplo de Roberto reuniéndose á las cruzadas, y tambien por falta de dinero empeñó sus estados al rey de Inglaterra; pero cuando este tenia el dinero preparado y se disponia á ir á tomar posesion de aquellas provincias, un suceso desgraciado terminó sus ambiciosos proyectos. Salió un dia á caza, acompañado de Gautier Tyriel, jeu-

tilhombre francés, muy famoso por su destreza en tirar el arco; este, deseoso de mostrar su habilidad, disparó una flecha á un ciervo, la cual rechazando en un árbol fué á dar en el pecho del rey, dejándole muerto en el acto. Tyriel, temiendo las consecuencias de su involuntario crimen, se embarcó para Francia y se reunió á las cruzadas. Los principales monumentos que la Inglaterra debe á Guillermo II, son la Torre, el salon de Wetsminster y el puente de Lóndres.

ENRIQUE I.—(1110) Este príncipe, que se halló presente á la muerte de su hermano, se apoderó del trono; pero cerca de un mes despues, Roberto, de vuelta de Palestina, llegó á Normandía y restableció sin dificultad su autoridad en el ducado: en seguida se preparó para recobrar el trono de Inglaterra, del que habia sido injustamente despojado. Los ejércitos de ambos rivales permanecieron algunos dias á la vista, pero sin venir á las manos: por último se convino en que Roberto recibiria tres mil marcos para desistir de sus pretensiones á la corona, y que si moria alguno de los dos hermanos sin hijos, el otro le sucederia en los estados.

Habiéndose entregado Rober-

to á los placeres mas disolutos, y á las prácticas mas minuciosas de devocion, descuidó la administracion de su ducado: Enrique invadió la Normandía á la cabeza de un grueso ejército; salióle al encuentro Roberto con otro ejército no menos numeroso, y dióse la batalla, en la que Enrique batió á los normandos haciendo diez mil prisioneros, entre ellos á su mismo hermano (1116), que conducido despues á Inglaterra fué encerrado por el resto de su vida en el castillo de Cardiff, quedando la Normandía sometida al vencedor.

Finalmente murió Enrique de una indigestion á los sesenta y siete años de edad y treinta y cinco de reinado, dejando por heredera de sus estados á su hija Matilde, casada con Jeofre Plantagenet, hijo del conde de Anjou.

ESTEVAN: MATILDE. — (1135) Muerto Enrique, se apoderó del trono Estevan, nieto de Guillermo el Conquistador. Matilde reclamó sus derechos y no fué oída; pero aprovechándose de ciertas diferencias suscitadas entre el usurpador y algunos miembros del clero, desembarcó en Inglaterra con Roberto, duque de Gloucester, acompaña-

da de ciento cuarenta caballos. Se estableció en el castillo de Arundel, desde donde escitó á sus partidarios á tomar las armas, y venidos ambos partidos á la batalla, el duque de Gloucester deshizo y dispersó el ejército real, haciendo prisionero al mismo Estevan (1141); así ocupó el trono Matilde.

No tardó mucho tiempo en encenderse de nuevo la guerra civil, con motivo de haber solicitado la esposa de Estevan, apoyada por algunos nobles, la libertad de su marido, y negándose la reina á concederla. Gloucester fué hecho prisionero y canjeado con Estevan; Matilde, alarmada por los continuos peligros que corria, se retiró á Normandía con su hijo Enrique (1143), y Estevan volvió á apoderarse del gobierno.

Cuando el hijo de Matilde cumplió dieziseis años, quiso recobrar la herencia materna, para cuyo efecto hizo una invasion en Inglaterra; pero antes de venir á las manos, conociendo los grandes las consecuencias fatales que podría traer una nueva lucha, se interpusieron para que conviniesen los dos en un arreglo, y quedó acordado que cuando Estevan falleciese, Enrique le sucederia en el trono de

Inglaterra: su muerte acaeció al año siguiente y terminó todas las diferencias.

ENRIQUE II, PRIMERO DE LOS PLANTAGENETS. — (1154) Los numerosos estados que Enrique poseía le hacían uno de los monarcas mas poderosos de la cristiandad. Además del reino de Inglaterra, había heredado de su padre el Anjou y la Turena; de su madre la Normandía y el Maine; y su mujer Leonor, repudiada por Luis el Joven, rey de Francia, le había llevado en dote la Guiena, el Poitou, la Santonge, la Auvernia, el Perigord, el Angoumois y el Limousin; poco despues añadió la Bretaña á sus vastos estados.

La preponderancia que tenia la autoridad eclesiástica sobre la civil, llamó la atención de Enrique, y decidido á reprimirla, convocó una asamblea jeneral de la nobleza y de los prelados del reino, en Clarendon, cuya asamblea votó las leyes conocidas con el nombre de *constitucion de Clarendon*, las cuales marcaban con precision los límites de los dos poderes civil y eclesiástico, y oponian una valla á las usurpaciones de la Iglesia. El papa Alejandro condenó esta constitucion, y duraron mas de

seis años las contestaciones entre el rey y la corte de Roma, terminándose estas diferencias por la sumision de Enrique á la santa sede.

No teniendo ya que temer Enrique los rayos del Vaticano, emprendió una expedicion contra Irlanda (1172); pero halló á los irlandeses tan abatidos por las calamidades de las guerras civiles, que no tuvo otra cosa que hacer cuando desembarcó en la isla, sino recibir la sumision de los pueblos, quedando la Irlanda para siempre aneja á la corona de Inglaterra.

Llegado, pues, al colmo de la grandeza, el rey designó á Enrique, su hijo mayor, para sucederle en el reino de Inglaterra, en el ducado de Normandía y en los condados de Anjou, del Maine y de Turena; Ricardo su hijo segundo, fué investido con el ducado de Guiena y el condado de Poitou; Geofredo, su tercer hijo, heredó el ducado de Bretaña; y Juan, su hijo cuarto, obtuvo la nueva conquista de Irlanda.

Instigados el joven Enrique por su suegro Luis VII, rey de Francia, y Ricardo y Geofredo por la reina Leonor, no tardaron en reclamar la posesion de los estados que les habian sido

designados; pero habiéndose negado á ello el rey, se retiraron secretamente á la corte de Francia, cuyo monarca se declaró su protector.

El rey de Inglaterra recurrió á las armas y despues de haber vencido, primero á los franceses, y luego á los escoceses (1174), aliados de sus hijos, recibió la sumision de estos, y les acordó condiciones menos ventajosas que las que anteriormente les habia ofrecido.

Algunos años despues, su hijo mayor volvió á conspirar contra él, pero mientras se preparaba á la ejecucion de sus criminales intentos, murió en el castillo de Martel, cerca de Turena, arrepentido de su conducta.

Felipe Augusto, á la sazón rey de Francia, indujo á Ricardo á que se rebelára nuevamente; este príncipe escijia de su padre que le hiciese unjir como rey, y que consintiera en su casamiento con la hermana del rey de Francia: el padre desechó estas pretensiones, y acudieron á las armas; pero habiendo Enrique experimentado un revés, se desanimó tanto que aceptó todas las condiciones. La pena que esperimentó con esto se aumentó mucho mas al ver á la cabeza de la lista de los conju-

rados el nombre de su hijo Juan, que siempre habia sido su favorito. Este último golpe le ocasionó una fiebre de la cual murió á los cincuenta años de edad, y treinta y cinco de reinado.

RICARDO CORAZON DE LEON. — (1189) Ricardo sucedió á su padre, y arrepentido de la conducta criminal que habia tenido para con él, conservó en sus empleos los ministros fieles de Enrique, que se habian opuesto constantemente á las escijencias de sus hijos, mientras que los que habian favorecido la rebelion solo recibieron de él muestras de desprecio. Animado Ricardo por el amor de la gloria militar, solo pensó desde el principio de su reinado en libertar la Tierra Santa y arrancar á Jerusalem del poder sarraceno. Este celo contra los infieles se comunicó á sus súbditos y estalló en Lóndres el mismo dia de su coronacion: habiéndose aprocsimado algunos judíos, contra la órden espresa del monarca, á la sala donde este comia, se arrojó sobre ellos el populacho y los asesinó cruelmente: los que estaban en sus casas sufrieron la misma suerte, y las demas ciudades del reino imitaron tan bárbaro ejemplo. Quinientos de estos desgraciados que residian en York, no

hallándose en estado de poder defender el castillo adonde se habian refugiado, degollaron á sus mujeres é hijos, pusieron fuego á sus casas y perecieron en las llamas.

Ricardo no pensaba en otra cosa que en procurarse dinero para la espedicion de Palestina: enajenó las rentas y los dominios de la corona; vendió por la módica suma de diez mil marcos el feudo de Escocia, y queriendo hacerle sus ministros algunas reflexiones, les contestó que venderia hasta el mismo Londres si encontrase comprador. Concluidos sus preparativos, confió la administracion del reino á Hugo, obispo de Duram, y á Longchamp, obispo de Elly, y emprendió la marcha, seguido de la mas florida juventud inglesa, dirijiéndose á Borgoña, donde debia encontrarse con el rey de Francia. Allí pasaron revista los dos aliados á sus tropas, que ascendian á mas de cien mil hombres; reiteraron sus protestas de amistad y se separaron para embarcarse, Felipe en Jénova, y Ricardo en Marsella. Los dos monarcas despues de haber pasado el invierno en Sicilia, llegaron muy á tiempo para participar de la gloria del sitio de San Juan de Acre (Tolemai-

da) atacado hacia mas de dos años por las fuerzas reunidas de los cruzados.

Despues de la rendicion de Acre (1191), cansado Felipe del ascendiente que Ricardo tomaba sobre él, se volvió á Francia, pretestando su quebrantada salud, dejando no obstante diez mil hombres de sus tropas á Ricardo, al mando del duque de Borgoña, y jurando que nada emprenderia contra los estados del rey de Inglaterra durante su ausencia, cuyo juramento olvidó bien pronto.

Despues de la partida de su aliado, Ricardo marchó de victoria en victoria: ganó la célebre batalla de Assur, tomó á Ascalon y avanzó hasta dar vista á Jerusalem, único objeto de su empresa; pero las enfermedades y el hambre habian abatido el ardor de los cruzados, y todos, escepto el monarca inglés, deseaban volver á Europa. Ricardo, obligado á ceder á sus instancias, concluyó una tregua con los sarracenos, en la que se estipuló que Acre, Jaffa y otras ciudades marítimas quedarian en poder de los cruzados, y que todos los cristianos podrian libremente hacer sus peregrinaciones á Jerusalem sin peligro alguno: hecho es-

to, dió la vuelta para Europa.

Habiendo sabido las intrigas de su hermano Juan y del monarca francés, cuando llegó á Italia no quiso aventurarse á atravesar la Francia y se embarcó en el Adriático; pero naufragó cerca de Aquilea, y tomó el traje de peregrino para continuar secretamente su camino por Alemania. A su llegada á Viena fué preso por orden de Leopoldo, duque de Austria, y entregado al emperador Enrique VI, que le miraba como enemigo por ser aliado de Tancredo, usurpador del trono de Sicilia. De esta manera el monarca que habia hecho resonar su nombre por todo el mundo, fué precipitado en un calabozo y cargado de cadenas (1192).

El rey de Francia procuró sacar partido de la cautividad de Ricardo, y concluyó un tratado con Juan, en el cual se estipuló que este le entregaria gran parte de Normandía, á condicion de que Felipe le ayudase á apoderarse de todas las demas posesiones de su hermano. En virtud de este tratado Felipe entró en Normandía (1193) don de la traicion le hizo dueño de varias fortalezas; pero todos sus esfuerzos contra Ruan fueron rechazados por el valor del con-

de de Leicester. El príncipe Juan fué menos dichoso aun en su empresa en Inglaterra; por todas partes se levantaron los grandes contra él y le obligaron á volverse á Francia.

Ricardo compareció ante la dieta del imperio, y despues de haberse justificado de los cargos que le hacian, obtuvo su libertad, mediante la promesa que hizo de pagar al emperador por su rescate ciento cincuenta mil marcos (unas trescientas mil libras). Grande fué la alegría de los ingleses por el retorno de su monarca. Este perdonó fácilmente á su hermano, pues solo el rey de Francia era el objeto principal de su resentimiento y animosidad: los cinco años siguientes á su vuelta á Inglaterra fueron una continúa série de hostilidades y tratados rotos entre los dos rivales, hasta que puso fin á esta lucha la muerte de Ricardo, que sucedió de esta manera.

Vidomer, conde de Limojes y vasallo de la corona de Inglaterra, habia hallado un tesoro; Ricardo reclamó la propiedad, y el conde se la negó: marchó pues el rey á sitiarse en el castillo de Chalus, y aprocsimándose Ricardo á la fortaleza para reconocerla, fué herido en un

hombro por una flecha que le tiró un ballestero: la herida no era peligrosa; pero la poca destreza del cirujano la hizo mortal, y fallerió el décimo año de su reinado, á los cuarenta y dos de su edad. Su valor é intrepidez le valieron el sobrenombre de *Corazon de Leon*. Como no tenia hijos, dejó por heredero de sus estados á su hermano Juan, aunque antes de su partida á la Tierra Santa, habia nombrado para sucederle á su sobrino Arturo, duque de Bretaña, hijo de su hermano Jeofredo.

JUAN SIN TIERRA. — (1199) Despues de la muerte de Ricardo los barones de las provincias situadas al otro lado del mar, tales como el Anjou, el Maine y la Turena, se declararon á favor de Arturo, y el rey de Francia abrazó asimismo la causa del jóven duque de Bretaña. Juan tomó las armas y llevó la guerra á Francia; pero Constanza, madre de Arturo, desconfiando de las intenciones del monarca francés, hizo salir á su hijo secretamente de Paris y le puso en manos de su tío, al cual rindió homenaje por el ducado de Bretaña. Felipe, viendo que nada podia prometerse de su guerra con la Inglaterra, entró en negociaciones con Juan, y con-

cluyeron un tratado que fijaba los límites de sus respectivos territorios (1200).

Tres años despues, el conde de la Marche escitó algunos levantamientos en el Poitou y en Normandía; el duque de Bretaña se sublevó de nuevo contra su tío, uniéndose á los descontentos, y el rey de Francia les prometió su proteccion. Juan pasó á Normandía con un grueso ejército y la sujetó. Arturo fué atacado por su tío, que le hizo prisionero, y viendo que no cedia de sus pretensiones, y que podria llegar á ser un enemigo temible, mandó que le diesen la muerte; mas sabiendo que sus órdenes no se habian ejecutado, él mismo se dirigió á la prision de su sobrino, le dió de puñaladas, y despues de haber atado una piedra al cadáver, le hizo arrojar en el Sena (1203).

Horrorizados con este acto bárbaro los estados de Bretaña, llevaron su queja á Felipe Augusto y pidieron justicia contra Juan. Felipe mandó comparecer á Juan ante su tribunal de pares, como vasallo suyo; pero no habiéndose presentado fué declarado culpable de felonía y confiscados todos los feudos que tenia en Francia. Felipe formó entonces el proyecto de espulsar

á los ingleses del territorio francés, y extendió sus conquistas á lo largo del Loira mientras que Juan pasaba el tiempo en Ruan entregado á las fiestas y á los placeres. Felipe llevó sus armas victoriosas á las provincias occidentales y sujetó á su obediencia el Anjou, el Maine, la Turena, y una parte del Poitou (1205). Juan quiso hacer una tentativa para recobrar sus estados y se dirigió con numeroso ejército á sitiar la Rochela; pero al aproximarse Felipe, abandonó sus tropas, se entregó á la fuga y repasó el mar cubierto de oprobio. Ultimamente por mediación del papa Inocencio III, obtuvo una tregua de dos años; pero perdió casi todas sus provincias francesas.

El papa, como en retribucion de sus buenos oficios para con el rey de Inglaterra, escijió de este que nombrase para el primado de Cantorbery, que estaba vacante, á Langton, sujeto muy adicto á la corte de Roma. Juan, irritado, se negó á ello, y el papa lanzó el entredicho sobre el reino de Inglaterra, acompañado de todas las fórmulas á propósito para afectar el espíritu supersticioso de los pueblos de aquella época. La nacion se vió privada de todo ejercicio este-

rior de relijion: se despojó á los altares de sus ornamentos, no se enterraba á los muertos en sagrado, y los casamientos se efectuaban en los cementerios: todo anunciaba la mas profunda tristeza y el terror de las venganzas celestes.

Juan, para oponer el poder temporal al poder espiritual, confiscó los bienes de todos los eclesiásticos que obedecieron el entredicho. Viendo el papa que su sentencia no habia producido el efecto que deseaba, apeló á la excomunion; declaró á Juan depuesto del trono, dispensó á los ingleses del juramento de fidelidad y obediencia, y ofreció la corona de Inglaterra al rey de Francia, el cual seducido por el ofrecimiento de la santa sede, levantó un ejército numeroso, que desembarcó en los puertos de Normandía y de Picardía. El rey de Inglaterra, que no podia contar con sus vasallos, atemorizados por el anatema del pontífice, conoció lo crítico de su situacion y se rindió á discrecion del papa: reconoció á Langton por primado, se obligó á transmitir la propiedad de su estado á la Iglesia, prestó juramento de fidelidad al soberano pontífice y pagó una parte del tributo que reconoció debia por

su reino, como patrimonio ya del santo padre.

Felipe Augusto, sin embargo, resolvió proseguir en su empresa; pero la escuadra inglesa á las órdenes del conde de Salisbury, hermano natural del rey, atacó las embarcaciones francesas en sus puertos, destruyó la mayor parte de ellas, y de este modo obligó al monarca francés á desistir de su proyecto de conquista.

La introduccion del feudalismo en Inglaterra por Guillermo el Conquistador, habia ahogado las libertades que hasta entonces gozaran los anglo-sajones, y reducido el pueblo á la esclavitud, ya bajo el dominio del rey, ya bajo el de los barones: por otra parte la necesidad de confiar un poder demasiado estenso á un príncipe obligado á mantener un gobierno militar sobre una nacion vencida, forzó á los barones normandos á someterse á una autoridad mas absoluta que la que hasta entonces se habia ejercido sobre la nobleza; y por mas de cincuenta años tuvieron los ingleses que jimir bajo el peso de una tiranía desconocida en los demas reinos fundados por los conquistadores del Norte. Enrique I, para que le prefiriesen á su hermano Ricardo,

otorgó á los ingleses una carta bastante favorable á sus antiguas libertades; Estevan la renovó, y Enrique II la confirmó; pero las concesiones de estos príncipes solo fueron letras muertas, hasta la época en que la conducta de Juan, tan odiosa y despreciable en sus actos públicos como en su vida privada, decidió á los grandes y al pueblo á reclamar la restitucion de sus privilejios.

Nada favoreció tanto esta confederacion del pueblo y de los grandes como el concurso de Langton, arzobispo de Cantorbéry, cuya memoria debe ser grata para siempre á los ingleses. Animado este prelado del bien público, concibió el proyecto de reformar el gobierno, para cuyo efecto tuvo una conferencia con los principales barones de Lóndres; en ella les mostró una carta de Enrique I, que dijo haber hallado en un monasterio, y les ecshortó á pedir su renovacion: juraron, pues, permanecer estrechamente unidos y hacer una guerra continua al rey hasta que les otorgase lo que pedian.

ESTABLECIMIENTO DE LA GRAN CARTA. — (1214) El dia prefijado se reunieron en Lóndres, y suplicaron al rey pusiese en to-

do su vigor la carta de Enrique I: Juan, alarmado con esta peticion hecha por un cuerpo tan poderoso, pidió tiempo para reflexionar; pero terminado el plazo contestó que jamás concederia unos privilejios que le reducirian á la servidumbre. Apenas supieron esta contestacion los confederados, principiaron la guerra contra el rey: aun los barones que hasta entonces se habian mostrado mas adictos al partido realista, abrazaron la causa comun; y fué tan jeneral la defeccion, que Juan se vió reducido á recibir la ley de los descontentos, y por último firmó la carta que escisijian de él. Este acto famoso llamado comunmente *la gran Carta*, concedia privilejios importantes al clero, á la nobleza y al pueblo: sus principales artículos contenian todos los elementos de un gobierno regular, la igualdad en la administracion de justicia y el libre goce de la propiedad.

Pero Juan, que solo habia cedido á la fuerza, aparentando buena fé, se retiró á la isla de Wight, hizo alistar secretamente en su servicio á los brabanzones, y despachó un correo á Roma quejándose de la violencia que le habian hecho. El

ñor feudal del reino de Inglaterra, publicó una bula por la cual anulaba la carta, como injusta en sí misma, arrancada por la fuerza y derogatoria de la dignidad de la silla apostólica.

Escudado Juan con el decreto del papa y con las tropas extranjeras que le acudieron, no dudó en arrojar la máscara. Los barones adormecidos en una imprudente seguridad, no habian tomado medida alguna para reunir sus tropas, por lo cual el rey quedó dueño del campo: sus feroces mercenarios talaron impunemente las tierras y todo lo llevaron á sangre y fuego desde un extremo al otro de Inglaterra.

Viéndose los barones en situacion tan apurada acudieron á un medio no menos desesperado: se dirijieron al rey de Francia, ofreciendo reconocer por rey á su hijo Luis, si los protejia contra las violencias del tirano. Aceptó Felipe Augusto la proposicion, y envió á su hijo á la cabeza de un ejército numeroso, á cuya vista las tropas extranjeras de Juan abandonaron los castillos, que cayeron en manos de sus enemigos, y solo Douvres fué la única plaza que se libró de las armas triunfantes de Luis.

Juan reunió un ejército considerable con intencion de de-

cidir la suerte de la corona por medio de una batalla; pero habiendo emprendido su marcha por las orillas del mar, inundadas aun por la alta marea, perdió en las aguas sus bagajes y su tesoro, cuyo desastre acabó de destruir su salud ya quebrantada, y murió en el castillo de Newark: tenia cuarenta y nueve años de edad y reinó dieziocho. Dejó dos hijos lejitimos, Enrique y Ricardo; el primero de nueve años y el segundo de siete.

ENRIQUE III. — (1216) El conde de Pembroke, que habia permanecido adicto á Juan, y que por su dignidad de mariscal de Inglaterra tenia el mando de los ejércitos, fué nombrado rejente durante la menor edad de Enrique. Para ganar las voluntades, Pembroke renovó y confirmó la gran Carta, haciendo en ella algunas modificaciones importantes. Entonces la mayor parte de los barones empezó á entrar en su deber, separándose de la causa de Luis de Francia, el cual, habiendo sido derrotado su ejército, se apresuró á concluir la paz con el rejente, estipulando que evacuaria el reino con la sola condicion de que se concederia una amnistía á los que habian seguido su partido, y se les

devolverian sus bienes y dignidades.

Pembroke sobrevivió poco á esta pacificacion, debida principalmente á su talento y valor. Cuando Enrique llegó á la mayor edad, mostró por su carácter que no era á propósito para gobernar una nobleza turbulenta: sin vigor y sin actividad, era incapaz de dirigir una guerra; sin política y sin arte, era menos capaz todavia de mantener la paz. En la guerra que sostuvo contra Luis IX, rey de Francia, fué despojado de lo que le quedaba en el Poitou.

La conducta imprudente de Enrique, suministró un pretexto á Simon de Montfort, conde de Leicester, para probar á arrancar el cetro de la débil mano que le sostenia (1258). A este efecto convocó secretamente una reunion de los barones mas notables, y haciéndoles presente los males públicos y los atentados cometidos contra la gran Carta, les ecsortó á que pusieran remedio y no se dejasen arrancar sus libertades.

Habiendo, pues, convocado Enrique un parlamento, se presentaron los barones armados de pies á cabeza y con la espada ceñida. Alarmado el rey con aquel aparato inusitado, les preguntó

si tenían el designio de atentar contra su libertad; pero Rojerio Bigod le contestó á nombre de todos, que no era su prisionero sino su soberano; y que lo único que pretendian era suplicarle pusiese el gobierno en manos capaces y resueltas á cicatrizar las llagas del estado. Enrique, intimidado por la union de la nobleza, prometió convocar otro parlamento en Oxford para que formase un nuevo plan de gobierno. Este parlamento, que á causa de las turbulencias que escitó, fué llamado despues el *parlamento insensato*, nombró un consejo compuesto de veinticuatro miembros con ámplias facultades para reformar el gobierno; Leicester, su presidente, fué quien sujirió todas las medidas que se tomaron. Desde entonces el estado se halló en manos de los barones, y la monarquía derribada: el rey y su hijo se sometieron á las decisiones de los veinticuatro.

El consejo, por fin, publicó nuevas ordenanzas para la reforma del estado; pero viendo la nacion que estos reglamentos solo se reducian á algunas variaciones en las leyes municipales, otorgó su favor á la corona, no quedando á los veinticuatro otro apoyo que el crédito de sus

familias. Luego estalló la rivalidad entre los condes de Leices-ter y de Gloucester: este último, mas moderado en sus miras, deseaba detener las usurpaciones de los barones; pero el primero, incomodado de la oposicion que experimentaba en su propio partido, afectó no tomar interés en los negocios de Inglaterra y se retiró á Francia.

Muerto el conde de Gloucester, que se habia unido al partido del rey, volvió Leicester de Francia, y formando alianza con Llewellyn, príncipe de Gales (1263), volvió á principiar la insurreccion con la cooperacion de treinta mil galos. Los escesos de la faccion obligaron al rey á confirmar de nuevo los reglamentos de Oxford, y los barones volvieron á apoderarse del mando; mas á pesar de esto y de la decision de San Luis, rey de Francia, á cuyo arbitrio sometieron sus diferencias los dos partidos, continuaron las hostilidades. Leicester batió el ejército real, hizo prisioneros al rey y á su hijo Eduardo, y los envió bien escoltados al castillo de Douvres.

ADMISION DE LOS COMUNES AL PARLAMENTO. — (1265) Luego que Leicester tuvo toda la familia real en su poder, convocó un parlamento, compuesto entera-

mente de sus parciales, el cual decidió que el poder real fuese ejercido por tres personas, el mismo Leicester, el nuevo conde de Gloucester y el obispo de Chichester. Con este plan de gobierno, el cetro se halló realmente en las manos de Leicester, el cual convocó un nuevo parlamento en Londres: entre los barones sus partidarios y varios eclesiásticos, quiso que tomasen asiento dos caballeros por cada condado; y lo que es mas notable, hizo que tambien concurriesen diputados por las villas, que hasta entonces no habian sido representadas en el consejo nacional. A esta época se remonta el origen de la cámara de los comunes en Inglaterra.

Sin embargo, Leicester disgustó á los varones con su tiranía: el nuevo conde de Gloucester le abandonó y se retiró á sus estados. El audaz Montfort le siguió con un ejército hasta Hereford, llevando en su compañía al rey y á su hijo. Allí Eduardo, que habia concertado su fuga con Gloucester, se evadió saltando sobre un caballo de extraordinaria lijereza: los realistas, que estaban secretamente preparados para este acontecimiento, corrieron á las armas. Leicester, rodeado de enemigos en una pro-

vincia lejana, pidió socorro á su hijo que se hallaba en Londres, el cual llegó con tropas de refuerzo hasta Kenilworth, donde Eduardo sorprendió su campo y dispersó su ejército. Leicester, que ignoraba la suerte de su hijo, fué á campar á Evesham, esperando de un momento á otro que se le reuniesen sus amigos de Londres; pero Eduardo le atacó igualmente, derrotó su ejército, y el mismo Leicester, sin embargo de haber pedido cuartel, fué muerto en el calor de la pelea, y con él su hijo.

Esta victoria fué decisiva para los realistas: la natural dulzura del rey y la prudencia de su hijo impidieron toda reaccion despues del triunfo; hubo amnistía jeneral, excepto para la casa de Montfort, y la gran carta fué respetada.

Restablecida la tranquilidad en el reino, Eduardo, impelido por el amor á la gloria y por las instancias de San Luis, emprendió una expedicion contra los infieles de la Tierra Santa (1270). Su ausencia fué causa de nuevos males: las leyes cayeron en desuso, los barones oprimieron al pueblo impunemente, y la plebe volvió á su acostumbrada licencia. Enrique III, agobiado con el peso de los negocios y de

las enfermedades de la vejez, murió á los sesenta y cuatro años de edad y cincuenta y seis de reinado, dejando dos hijos, Eduardo su sucesor, y Edmundo conde de Lancaster.

EDUARDO I. — (1272) Vuelto este príncipe de la Tierra Santa, donde sostuvo la gloria del nombre inglés, fué recibido por el pueblo con aclamaciones de alegría, y coronado solemnemente en Westminster por el arzobispo de Cantorbery.

CONQUISTA DEL PAIS DE GALES. — (1284) El nuevo rey se dedicó á reparar los desórdenes causados por las guerras civiles. En seguida marchó con su ejército contra Llewellyn, príncipe de Gales, que habia entrado en todas las conspiraciones contra la corona, y rehusaba rendirle homenaje. Llewellyn se retiró á las montañas de Snowdon; pero Eduardo penetró hasta el centro del pais y le obligó á rendirse á discrecion. Algunos años despues volvieron á sublevarse los galos; acudió contra ellos Eduardo, fué muerto Llewellyn con dos mil de los suyos, y un hermano de este príncipe condenado por los pares del reino á la pena de horca. El principado de Gales quedó anejo á la corona, y desde esta época los

hijos primojénitos de los reyes de Inglaterra tomaron el titulo de príncipes de Gales (1284).

CONQUISTA DE LA ESCOCIA. — (1293) Despues haber sometido los galos, trató Eduardo de apoderarse de Escocia. Disputábanse el trono de este reino Bruce y Baliol, parientes en diversos grados del último soberano; ambos tenian muchos partidarios, y para evitar los horrores de una guerra civil, se convinieron en nombrar árbitro de la cuestion al rey de Inglaterra y someterse a su decision. Eduardo se adelantó con un numeroso ejército hácia las fronteras, é invitó al parlamento escocés y á los dos competidores á que fuesen á encontrarle al castillo de Norham. Allí les declaró que iba á hacer esacta justicia á los dos partidos, pues estaba autorizado para juzgarlos, no como juez árbitro segun ellos le habian nombrado, sino como señor feudal del reino. Los barones escoceses, aunque indignados de tan inesperada pretension, se hallaban impossibilitados de poder defender la independenciam de su patria, y nada respondieron. Eduardo, interpretando su silencio por un consentimiento tácito, ecsigió de los concurrentes que reconociesen su dominio feudal. Despues

de un año de debates, Eduardo sentenció en favor de Baliol, que reconoció su vasallaje á la Inglaterra (1294); pero no pudiendo soportar por mucho tiempo el yugo de su señor feudal, resolvió recobrar á todo trance su independencia; y la guerra que estalló entre Francia é Inglaterra le proporcionó la ocasion.

Un altercado entre un mariner normando y otro inglés, fué la causa de esta guerra, porque la querrela, de particular, llegó á hacerse jeneral entre las dos naciones, y bien pronto el mar fué teatro de las mas sangrientas represalias: se dice que los ingleses mataron en un solo combate mas de quince mil hombres á los normandos y franceses reunidos. Felipe el Hermoso, rey de Francia, pidió una reparacion á la corte de Inglaterra; pero no habiéndola obtenido, requirió á Eduardo para que compareciese en París, como vasallo suyo, ante el tribunal de los pares. Eduardo no obedeció y el ducado de Guiena le fué confiscado y agregado á la corona de Francia (1294). El monarca inglés quiso recobrar la Guiena; pero fué batido y obligado á reembarcarse, y la Inglaterra se vió amenazada de una invasion

francesa y escocesa, cuyos monarcas se habian aliado secretamente.

Luego que Eduardo obtuvo subsidios del parlamento, entró en campaña con treinta mil hombres de infantería y cuatro mil caballos, para castigar á su vasallo rebelde: atravesó el Twed sin obstáculo, y se apoderó de toda la parte meridional de Escocia: el débil Baliol se apresuró á someterse y resignó su corona en manos de Eduardo: este monarca, despues de haber establecido una tranquilidad aparente en todo el reino, dejó á Warenne por rejente de Escocia y se volvió á Inglaterra. Baliol fué conducido á Lóndres y encerrado por dos años en la Torre; despues se sometió á un destierro voluntario en Francia, donde murió como particular.

No fué tan dichosa la tentativa que hizo Eduardo casi por el mismo tiempo para recobrar la Guiena: últimamente, cansados de aquella guerra los reyes de Francia é Inglaterra, se convinieron en someter sus diferencias al arbitrio del papa (1298). Bonifacio, que ocupaba entonces la silla de San Pedro, los persuadió á cimentar su reconciliacion por medio de dos casamientos; el de Eduardo, que á la sazón

estaba viudo, con Margarita, hermana de Felipe, y el del príncipe de Gales con Isabel, hija del mismo monarca. Felipe se convino así á devolver la Guiena á los ingleses; Eduardo por su parte prometió abandonar á su aliado el conde de Flandes, con tal que el rey de Francia hiciese otro tanto con sus aliados los escoceses.

Warrenne, rejente de Escocia, se retiró á Inglaterra para restablecer su salud, y dejó la administración de aquel reino en manos del gran-justicia Ormesby; pero las rapiñas é injusticias del nuevo rejente escasperaron á los escoceses. William Wallace, hombre de valor, descendiente de antiguo solar, concibió el proyecto de librar á su patria de la dominacion extranjera y se puso á la cabeza de los descontentos con ánimo de atacar á Ormesby en Scona. Informado el gran-justicia de este plan, se fugó precipitadamente á Inglaterra. Warrenne marchó á la cabeza de un ejército de cuarenta mil hombres; llegó hasta Stirling, y halló á Wallace con su ejército acampado á las márgenes del rio Forth; el cual, al paso de los ingleses por el puente, cargó sobre ellos de improviso, y sin darles tiempo para formar la ba-

talla los derrotó, precipitando en el rio á la mayor parte, y pereciendo otros á los filos de sus espadas. Warrenne se vió obligado á retroceder á Inglaterra, y Wallace, considerado como libertador de su patria, por consentimiento unánime de sus compañeros de armas fué nombrado rejente.

Cuando Eduardo tuvo noticia de este descalabro, reunió todas las fuerzas militares de Inglaterra, de Gales y de Irlanda, y marchó á la cabeza de unos cien mil hombres, hácia las fronteras setentrionales. La Escocia estaba ya desgarrada por los odios y las facciones: la elevacion de Wallace habia escitado los zelos de la nobleza, y este héroe para desarmar la envidia, se despojó voluntariamente de la rejencia, conservando tan solo el mando de las tropas que antes habia conducido á la victoria: entonces nombraron para la rejencia al gran maestro de Escocia, y á Cummin de Badenoch, que establecieron su campo en Falkirk, donde bien pronto fueron atacados y destrozados por el enemigo, que hizo en los escoceses una horrible carnicería: en medio de esta derrota jeneral, solo Wallace pudo detener sus tropas y reti-

rarse en buen orden (1298).

A pesar de este descalabro, no desmayaron los escoceses: á poco tiempo dejaron solo en la reñencia á Cummin y sorprendieron el ejército inglés (1299), al que pusieron en huida despues de un combate obstinado. Eduardo se vió entonces obligado á principiar de nuevo la conquista de aquel pais, y marchando de victoria en victoria obligó á Cummin á someterse. El intrépido Wallace, que en medio de la esclavitud de su patria se obstinaba en conservar su libertad, fué entregado al rey de Inglaterra por un amigo suyo llamado sir Juan Monteith, y conducido á Lóndres, cargado de cadenas, juzgado como traidor y rebelde, aunque jamás habia prestado juramento de fidelidad á la Inglaterra, y por último ajusticiado en Tower-Hill.

A consecuencia de este tratamiento injusto y cruel contra el protector de la independenciam escocesa, Bruce, hijo del otro Bruce que disputó la corona á Baliol, sublevó de nuevo la Escocia, mató á Cummin, que tenia inteligencias secretas con Eduardo y se oponia al levantamiento, y fué coronado solemnemente rey de Escocia. Los ingleses fueron arrojados de nue-

vo del territorio escocés. Eduardo se preparaba á invadir por tercera vez las fronteras, cuando cayó súbitamente enfermo en Carlisle, y murió á los sesenta y nueve años de edad y treinta y cinco de su reinado, recomendando á su hijo y sucesor que continuase su empresa, y no dejase reposar á la Escocia hasta tenerla subyugada.

EDUARDO II. — (1307) Tenia este príncipe veintidos años cuando subió al trono; era de agradable figura y de un carácter dulce. En vez de seguir el consejo de su padre, no hizo otra cosa que presentarse en Escocia, volverse por el mismo camino y licenciar el ejército. Por solo este hecho conocieron los barones que el cetro habia caido en manos débiles y que podrian insultarle impunemente.

Apenas fué Eduardo dueño de su voluntad llamó cerca de sí á Pedro Gaveston, gentilhombre gascon, á quien su padre el rey difunto habia desterrado á causa del ascendiente que tenia sobre su hijo: le dió el condado de Cornouailles y le casó con una sobrina suya; parecia que no apreciaba su poder supremo sino porque le proporcionaba engrandecer al objeto de todos sus afectos. Los barones, disgusta-

dos con la fortuna de aquel favorito, cuyo nacimiento despreciaban, formaron contra él una liga, que sostenia secretamente la reina Isabel.

Tomas, conde de Lancaster, y primo-hermano del rey, estaba á la cabeza del partido que meditaba la caida del insolente extranjero. Eduardo tuvo que enviarle fuera del reino por dos veces, obligado de las esesijencias de los grandes; pero siempre volvía á llamarle á su lado, hasta que cesasperados los barones, tomaron las armas bajo el mando de Lancaster, y se apoderaron de Gaveston que encerrado en una fortaleza se vió precisado á capitular y rendirse prisionero; pero sus enemigos, despreciando las leyes militares y la capitulacion, le hicieron cortar la cabeza por mano del verdugo (1312). Eduardo juró vengarse de todos los que habian tenido parte en la muerte de su favorito; pero mas constante en sus amistades que en sus resentimientos, admitió las proposiciones de acomodamiento y perdonó á los barones.

Despues de esto, Eduardo reunió todas las fuerzas militares de su reino, y marchó otra vez contra la Escocia: Bruce le salió al encuentro, dióse la bata-

lla que duró dos dias, y los ingleses fueron completamente derrotados. Esta victoria volvió la independenciam á Escocia y afirmó á Bruce en el trono.

Despues de la muerte de Gaveston, el principal favorito de Eduardo fué Hugo Spenser, jóven de talento y de un exterior agradable, pero falto de prudencia y moderacion. Apenas el monarca le concedió su preferencia, Spenser se hizo tan odioso como Gaveston: el fogoso Lancaster y la mayor parte de los barones resolvieron su pérdida, y siguiendo su costumbre tomaron las armas y pidieron el destierro del favorito; pero esta vez fué vencido Lancaster, hecho prisionero y conducido á disposicion de Eduardo, que á pesar de la dulzura de su carácter, cedió en esta ocasion al deseo de venganza: hizo colocar el prisionero sobre un caballo matalon, y despues de esponerle de este modo á la befa del populacho, mandó cortarle la cabeza (1322).

Habiéndose suscitado algunas diferencias entre Eduardo y Carlos el Hermoso, rey de Francia, con motivo del homenaje de la Guiena, la reina Isabel marchó á París para arreglar aquel negocio con su hermano. Halló en

Francia gran número de ingleses refugiados, restos de la facción de Lancaster, y entre ellos al jóven baron Mortimer, cuyas gracias personales cautivaron de tal modo el corazon de la princesa, que no tardó en olvidar todo sentimiento de fidelidad á su esposo. Instruido Eduardo de esta circunstancia mandó volver á la reina inmediatamente á Inglaterra con su hijo, muy jóven todavia, que la habia acompañado; pero en vez de obedecer las órdenes de Eduardo, manifestó terminantemente que no volveria al lado de su marido hasta que este hubiese alejado de sí á Spenser.

Con esta declaracion adquirió Isabel gran popularidad en Inglaterra, y desde entonces resolvió la pérdida del rey y de su favorito: para llevar á cabo su intento, desembarcó con tres mil hombres en las costas de Norfolk, (1326), é inmediatamente se le reunieron gran número de los barones mas poderosos. Eduardo, viéndose abandonado de los ciudadanos de Lóndres, partió para las provincias occidentales, y fué perseguido hasta Bristol por su propio hermano el conde de Kent. No hallando allí mas fidelidad que en Lóndres, pasó al pais de Gales, dejando

por gobernador del castillo de Bristol al padre de su favorito Spenser: este venerable anciano, de noventa años de edad, fué entregado por la guarnicion á los barones rebeldes, que le sentenciaron á muerte. El rey se embarcó para Irlanda; pero los aires contrarios le arrojaron sobre la costa, donde fué descubierto, arrestado, y confinado bajo la guarda del nuevo conde de Lancaster, en el castillo de Kenilworth. El jóven Spenser dió tambien en manos de sus enemigos, y fué decapitado, lo mismo que su padre, sin ninguna fórmula legal. Isabel convocó un parlamento en Westminster, el cual depuso al rey por unanimidad, como incapaz de manejar las riendas del gobierno, y colocó á su hijo en el trono.

El pueblo inglés no podia permanecer mucho tiempo con los ojos cerrados acerca de la conducta de una reina que habia destronado á su esposo: su comercio criminal con Mortimer, escitó la aversion jeneral; y á medida que Isabel iba siendo el objeto del odio público, el rey inspiraba compasion y respeto. Mortimer relevó á Lancaster de la custodia del monarca prisionero, y la confió á dos vijilantes que se le habian vendido, y que

recibieron orden de acelerar su fin. Un día se apoderaron del desgraciado rey, le echaron sobre una cama y le introdujeron hasta las entrañas un hierro hecho ascua. Tal fué el trájico fin de Eduardo II, á quien la dulzura de su carácter le hizo incapaz de gobernar un pueblo tan tumultuoso.

EDUARDO III. — (1327) El mismo parlamento que habia depuesto á Eduardo II, nombró un consejo de rejencia, compuesto de cinco prelados y de siete pares, y eligió á Lancaster por tutor del jóven Eduardo III; pero Mortimer inutilizó este consejo, usurpando toda la autoridad soberana. Cuando Eduardo llegó á la edad de dieziocho años, preparó secretamente la caída de este audaz ministro; comunicó su intento á varios jentilhombres, y Mortimer fué sorprendido sin defensa en el castillo de Nottingham; y arres-tado en una habitacion contigua á la de la reina. Inmediatamente se reunió un parlamento para que le juzgase, y le condenó á pena de horca, cuya sentencia se ejecutó en las inmediaciones de Lóndres. La reina fué confinada á su posesion de Bising, y jamás volvió á adquirir crédito ni influencia.

INVASIONES EN FRANCIA. — Cuando Eduardo tomó las riendas del gobierno hizo una expedicion á Escocia para sostener á un descendiente de Baliol (1332): batió á los escoceses, pero su victoria no le produjo ventaja alguna. Su ambicion se dirijió entonces hácia la Francia, queriendo hacer valer sus derechos á la corona de esta nacion, que él reclamaba como sobrino de Cárlos el Hermoso, y que los pares habian colocado sobre la frente de Felipe de Valois; formó alianza con el conde de Hainault, su suegro, con el emperador de Alemania, y con el cervecero Arteweld, jefe de los flamencos sublevados, y despues de haber obtenido la aprobacion del parlamento y subsidios considerables, se embarcó para el continente, en una armada de doscientas cuarenta velas: halló la escuadra francesa, que se componia de cuatrocientas embarcaciones, en la altura de la Eclusa; el combate fué horroroso; pero la superioridad de los arqueros y marineros ingleses decidieron la victoria en favor de Eduardo (1340): los franceses perdieron doscientas treinta embarcaciones, treinta mil hombres y dos almirantes. Despues de esta victoria se reunie-

ron sus aliados á Eduardo, el cual marchó á la cabeza de mas de cien mil hombres á poner sitio á Tournay: Felipe de Valois acudió en socorro de la plaza; observáronse los dos ejércitos durante algunos dias sin emprender nada, y por último, una tregua de doce meses suspendió las hostilidades.

Habiendo muerto Juan III, duque de Bretaña, dejó por sucesores á una sobrina suya y á Carlos de Blois, su marido, sobrino del rey de Francia: Montfort, hermano del difunto, quiso disputarles la soberanía, formó alianza con Eduardo, y tomó las armas contra el conde de Blois; pero desde el principio de las hostilidades cayó en manos de sus enemigos; fué conducido á Paris y encerrado en la torre del Louvre (1342). La condesa de Montfort reunió los habitantes de Rennes y los conjuró á tomar las armas contra el usurpador que les habia impuesto la Francia: los estados de Bretaña juraron morir en defensa de los derechos de la casa de Montfort. Eduardo resolvió acudir en socorro de la condesa y desembarcó en Vannes con un ejército de doce mil hombres. Felipe de Valois envió contra él al duque de Normandía, su hijo primojé-

nito, con treinta mil infantes y cuatro mil caballos. Eduardo á la vista de fuerzas tan superiores, nada se atrevió á emprender; aceptó con gusto la mediacion de los legados del papa, y se concluyó entre los dos reinos una suspension de armas por tres años.

Aunque la tregua quedó convenida por un tiempo bastante largo, su duracion fué muy corta; el parlamento inglés abrazó con calor la causa del duque de Montfort, y concedió nuevos subsidios á Eduardo para volver á emprender la guerra. El conde de Derby fué enviado á la Guiena con un ejército, pero las victorias del duque de Normandía obligaron al monarca inglés á marchar en socorro de aquella provincia. Embarcóse pues en Southampton acompañado de su hijo el príncipe de Gales y de lo mas lucido de la nobleza inglesa; los vientos contrarios le obligaron á variar de direccion: desembarcó en las costas de Normandía y avanzó hasta Ruan; mas halló cortado el puente de esta ciudad, así como todos los que habia sobre el Sena hasta Paris. Conoció Eduardo que el proyecto de los franceses era encerrarle en el pais; volvió atrás con prontitud, hizo repa-

rar con increíble celeridad el puente de Poissy, por donde pasó su ejército, y á marchas forzadas llegó hasta el Somme, que tuvo que vadear por un sitio que le indicó un aldeano, cerca de Abbeville, pues tambien los puentes de este rio estaban cortados ó bien defendidos: en seguida eligió un sitio ventajoso cerca del pueblo de Crecy, dispuso su ejército en buen orden y esperó tranquilamente al enemigo. Felipe de Valois, confiado en su superioridad numérica, salió de Abbeville apresuradamente y sin orden: su inmenso ejército llegó á presencia del enemigo mal formado y fatigado. El combate fué terrible por algunos momentos; pero redoblando su valor los ingleses, mandados por el príncipe de Gales, cargaron con mayor ímpetu y todo el ejército francés tomó la fuga: los ingleses los persiguieron haciendo en ellos una horrible carnicería, hasta que llegada la noche les impidió continuar el alcance. Segun el cálculo mas prudente, perecieron en esta funesta jornada mas de cuarenta mil franceses, entre ellos el conde de Alenson y gran número de personas distinguidas (1346).

Lejos de engreirse Eduardo

con esta victoria hasta lisonjearse de conquistar toda la Francia, limitó su ambicion á hacerse dueño de Calais, que podria servirle como un punto de apoyo en aquel reino, y marchó con su ejército victorioso á cercar esta plaza, defendida por Juan de Viena, caballero valiente, natural de Borgoña. Viendo que no podia tomarla por asalto, resolvió reducirla por el hambre. Felipe de Valois se esforzó inútilmente en socorrer á los sitiados, y despues de doce meses de cerco, Juan de Viena se vió en la necesidad de rendir una plaza, cuyos habitantes estaban reducidos al último apuro por el hambre y la fatiga. Eduardo tomó posesion de Calais, que la hizo evacuar de sus moradores, y la volvió á poblar de ingleses. Poco tiempo despues, por medio de las negociaciones de los legados del papa, concluyó una tregua con la Francia. A su retorno á Inglaterra, instituyó la orden de la Jarretiera (1349), para escitar la emulacion entre sus grandes: el número de caballeros que componian esta orden era el de veinticuatro, sin contar el soberano. Hé aquí el orijen que vulgarmente se atribuye á esta institucion. En un baile de la corte, á la condesa de Salis-

bury, dama del rey, se le cayó una liga; recojióla el monarca, mas viendo que algunos cortesanos se sonreian maliciosamente, exclamó en alta voz: *Mal haya quien mal piense!* En memoria de este suceso, instituyó la orden de la Jarretiera, y le dió por divisa las palabras que acabamos de transcribir.

Felipe de Valois murió durante la tregua entre Francia é Inglaterra, y le sucedió su hijo Juan. Carlos de Navarra, llamado *el Malo*, descendiente por parte de madre de la sangre real de Francia, aspiraba á apoderarse del trono, y formó un partido considerable en todo el reino. Informado el rey de sus intrigas, le atrajo á Ruan, le hizo arrestar y conducir preso á París. Felipe, hermano del rey de Navarra, tomó inmediatamente las armas y recurrió á la proteccion de Inglaterra. Como la tregua habia espirado ya, Eduardo era libre de sostener á los franceses descontentos: el príncipe de Gales, vencedor de Crecy, llamado comunmente el *Príncipe Negro*, por el color de su armadura, fué enviado á la Guiena, cuyo pais taló impunemente: con un ejército que no pasaba de doce mil hombres se aventuró á penetrar hasta el corazon de la Francia;

pero Juan, advertido de la invasion de Eduardo, reunió un ejército de mas de sesenta mil hombres, y se adelantó á toda prisa para detener la marcha del enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en Maupertuis, cerca de Poitiers: el 19 de setiembre de 1356 se dieron la batalla, que fué larga y obstinada, quedando el campo por los ingleses, y prisionero el rey de Francia. El príncipe de Gales le condujo á Inglaterra y desembarcó en Southwark (1357), donde salió á recibirle un inmenso concurso de personas de todas clases. El Príncipe Negro presentó el rey de Francia á su padre, que se adelantó al encuentro del monarca, y le recibió con tanta cortesía como si hubiera venido á hacerle una visita amistosa.

La cautividad de Juan ocasionó en Francia las turbulencias mas funestas. Eduardo hizo una nueva invasion, saqueó varias provincias y bloqueó á París; pero conociendo que le seria difícil hacerse reconocer como rey de Francia, entabló negociaciones con el delfin, que ejercia la autoridad real en ausencia de su padre, y se concluyó un tratado de paz en Bretigny, cerca de Chartres, por los comisionados ingleses y franceses (1360). En

virtud de este tratado el rey de Inglaterra renunciaba sus pretensiones á la corona de Francia y á las provincias de Normandía, el Maine, la Turena y el Anjou, reservándose la soberanía, con carga de homenaje, de las provincias vecinas de la Guiena, tales como el Poitou, la Santonge, el Angenois, el Perigord, el Limousin, etc. Juan se obligó á pagar por su rescate una suma de tres millones de escudos de oro (unos cuarenta millones de francos) y entregar cuarenta rehenes. Este príncipe, poco tiempo despues de su llegada á París, enfermó y murió, dejando la corona al delfin, que tomó el nombre de Carlos V.

Carlos, para limpiar sus estados de los aventureros que habian seguido á Eduardo bajo el nombre de *grandes compañías* ó *compañeros*, y que no habian querido deponer las armas, los tomó á su servicio y encargó al valiente Duguesclin que los condujese contra don Pedro el Cruel, que habia usurpado el trono de Castilla. Don Pedro escapó de sus estados y se refugió en Guiena, implorando la proteccion del príncipe de Gales. Eduardo prometió socorrer al monarca destronado, y volvió á llamar á su servicio las grandes compañías,

que acababan de colocar en el trono de Castilla á Enrique de Trastámara. El príncipe inglés atacó al nuevo rey en Nájera, le batió, matándole mas de veinte mil hombres, y don Pedro volvió á ceñirse la corona; pero este ingrato príncipe rehusó pagar las sumas que habia prometido, y el Príncipe Negro, viendo disminuirse todos los dias su ejército por las enfermedades, tuvo que volverse á Guiena sin haber obtenido satisfaccion (1367).

Para subvenir á los gastos de esta espedicion poco meditada, el hijo de Eduardo habia contraido deudas considerables, y á su retorno tuvo que imponer nuevas contribuciones en la provincia de Guiena. La nobleza rehusó pagar y acudió á la proteccion de Carlos; este marchó con su ejército contra el príncipe de Gales, á quien el estado de languidez en que se hallaba no le permitia montar á caballo ni manejarse con su acostumbrada actividad, y le obligó á abandonar la Guiena y volverse á su pais natal. Eduardo, impelido por la necesidad, concluyó una tregua con el enemigo; pero ya habia perdido todas sus antiguas posesiones de Francia, escepto Burdeos y Bayona, y todas sus conquistas menos Calais (1370).

Finalmente el príncipe de Gales, después de una larga enfermedad, murió estenuado á los cuarenta y seis años de edad (1376), dejando inmortal memoria por sus eminentes cualidades y por su vida sin tacha. El rey su padre solo le sobrevivió un año: falleció á los sesenta y cinco de edad, y cincuenta y uno de reinado.

RICARDO II. — (1377) Ricardo II, hijo del Príncipe Negro, solo tenía once años cuando murió su abuelo; por lo que, á petición de la cámara de los comunes, la de los pares formó un consejo de nueve personas, que se encargó de la dirección de los negocios públicos y de vijilar sobre la conducta del joven príncipe: todo se hacía á nombre del rey menor y no hubo reñencia espresamente establecida.

Eduardo dejó á su nieto algunas guerras peligrosas que sostener. Las pretensiones del duque de Lancaster á la corona de Castilla, mantenían continuamente la lucha entre este reino y la Inglaterra.

Hallándose ecausto el tesoro con los gastos extraordinarios, el parlamento decretó una contribucion de tres *groats* (unos dos reales y medio) por cada persona que pasase de la edad de

quince años: esta imposicion excitó un levantamiento del pueblo en casi todos los condados (1381): reuniéronse hasta cien mil hombres, con sus jefes Wat Tyler y Straw, pero fueron atacados por el rey á quien se reunió la nobleza; y después de sujetarlos, castigó severamente á varios cabezas del motin.

Ricardo se abandonó, así como Eduardo II, á sus favoritos: Roberto de Vera, conde de Oxford, habia tomado tanto ascendiente sobre él, que reinaba por decirlo así, en su nombre. El conde de Gloucester, tio del rey, se puso á la cabeza de una conspiracion contra el favorito y le obligó á refugiarse en los Países Bajos. La cámara de los comunes depuso á los ministros del joven rey, y aun pronunció sentencia de muerte, que fué ejecutada, contra uno de ellos llamado sir Nicolás Brember. La autoridad soberana se confió entonces á un consejo de doce personas (1389); pero el año siguiente, habiendo cumplido Ricardo los veintitres años, que era la mayor edad, tomó las riendas del gobierno. Usó moderadamente de su autoridad, y sin embargo su conducta personal le atrajo el desprecio de la nacion; era indolente y dissipador,

consumiendo en prodigalidades con oscuros favoritos, las rentas que debia invertir en empresas útiles ú honrosas á su pueblo.

Glocester, príncipe emprendedor y ambicioso, tramó una conspiracion contra el rey; pero informado este de los intentos de su tio, le hizo arrestar (1397) y conducir preso á Calais: tambien fueron presos los condes de Arundel y de Warwick, y sentenciados por el parlamento, el primero á ser decapitado, y el segundo á destierro perpétuo. El parlamento reclamó en seguida la persona del duque de Glocester para formarle el proceso, y el gobernador de Calais contestó que acababa de morir de un accidente apoplético: la opinion jeneral atribuyó la muerte del duque á las órdenes secretas de su sobrino.

Habiendo muerto el duque de Lancaster, su hijo Enrique de Hereford vió sus bienes confiscados por Ricardo, que le desterró por ciertas diferencias que tuvo con el duque de Norfolk. Hereford era jeneralmente estimado, y como la injuria que habia recibido del rey, interesaba, por decirlo así, á todos los grandes, le fué fácil asociarlos á su resentimiento. Todos le compadecian y le miraban como el so-

lo hombre capaz de destruir los abusos del gobierno.

En medio de esta disposicion de los ánimos, Ricardo tuvo la imprudencia de embarcarse para Irlanda con objeto de vengar la muerte de su primo Rojerio, conde de March, que habia perecido á manos de los habitantes de la isla en una refriega, y con su ausencia dejó el reino abierto á las empresas de su enemigo ultrajado.

Hereford se embarcó en Nantes, seguido de sesenta personas, y desembarcó en Ravenspore (Yorkshire), donde se le reunieron los condes de Westmoreland y de Northumberland, los mas poderosos de Inglaterra. En breve reunió Enrique (1399) un ejército de sesenta mil hombres; y habiéndosele pasado las tropas del duque de York, que habia sido nombrado rejente durante la ausencia del rey, el duque de Lancaster quedó enteramente dueño del reino.

Ricardo, informado de aquella sublevacion, volvió precipitadamente de Irlanda con un ejército de veinte mil hombres, que cada dia se le fueron desertando, viéndose obligado á refugiarse á la isla de Anglesey, donde el conde de Northumberland á fuerza de maña y de fal-

Los juramentos se apoderó de su persona, y le entregó á su enemigo. El rey cautivo fué acusado ante el parlamento, y depuesto bajo el pretexto de su pretendida tiranía y de su mala conducta: declaróse vacante el trono, y el duque de Lancaster tomó posesion de él. En cuanto al príncipe depuesto, la historia refiere que padeció quince dias en su prision, privado de toda clase de alimento, antes de llegar al término de sus desventuras. Falleció á la edad de treinta y cuatro años; reinó veintitres, y no dejó sucesion.

ENRIQUE IV, PRIMERO DE LA DINASTIA DE LANCASTER.—(1399) El nuevo rey, que tomó el nombre de Enrique IV, pudo muy bien convencerse en el primer parlamento que convocó, del peligro inherente al rango á que habia sido elevado, y de los obstáculos que hallaria para gobernar una aristocracia sin freno y continuamente dividida en facciones. Desde el principio de las sesiones los pares, que hacian y deshacian reyes, se dejaron llevar de una furiosa cólera: en un solo dia fueron arrojados cuarenta guantes en la cámara alta, por otros tantos lores que mutuamente se desafiaban para batirse, y los dicterios *mentis* y

traidor resonaron por todo el salon. El rey quiso impedir las vias de hecho entre aquellos ilustres campeones, mas no le fué posible reconciliarlos completamente.

Las turbulencias que estallaron en Inglaterra dieron ocasion á los escoceses para renovar sus incursiones, y Enrique los castigó haciendo una entrada en sus tierras.

Aunque el rey habia colmado de mercedes al conde de Northumberland y á toda su familia, el ambicioso conde miraba estos favores como deudas, y la menor negativa le parecia una injuria; así es que formó el proyecto de derribar el trono que él mismo habia elevado, para lo cual hizo liga con Owen Glendour, jefe de los galos sublevados, y con Douglas, señor escocés; pero en el momento que estos salieron á campaña (1403), cayó enfermo el conde de Northumberland y no pudo reunirse con sus aliados. Enrique marchó contra ellos y los atacó y venció en Shrewsbury. Sin embargo pocos años despues (1407) el conde de Northumberland se puso á la cabeza de un nuevo levantamiento, y fué muerto en una accion que se dió en Bramham, en el Yorkshire. Este a-

contecimiento, junto con la muerte de Glendour, libró á Enrique de sus enemigos interiores; y este príncipe que habia subido al trono por medios tan ilegítimos, con su prudencia, valor y buena maña supo tomar ascendiente sobre sus altivos barones.

Enrique, en el undécimo año de su reinado, recurrió á los comunes pidiendo subsidios: la cámara formó un cálculo de las rentas eclesiásticas, que ascendían á ochenta y cinco mil marcos cada año, y propuso que se repartiesen entre quince nuevos condes, mil quinientos caballeros, diez mil escuderos y cien hospitales; á esta acompañaban otra petición para que se modificasen las leyes contra los *lollards*, reformadores wiclefitas (1) á los cuales se habia acusado de herejía. El rey, que no queria malquistarse con el clero, contestó ásperamente á los comunes, y para dar una satisfaccion á la Iglesia, hizo quemar un *lollard* antes de la di-

(1) Juan Wiclef, del clero secular, educado en Oxford, hácia los últimos tiempos de Eduardo III, empezó á esparcir con sus predicaciones y escritos, las semillas de una reforma religiosa, y habia hecho muchos prosélitos en todas las clases y sexos.

solucion del parlamento (1412).

Por último, la salud de Enrique se debilitó sensiblemente, y algunos meses despues murió en Westminster: tenia la edad de cuarenta y seis años y reinó trece: dejó cuatro hijos, Enrique, sucesor suyo en el trono, Tomas, duque de Clarence, Juan, duque de Bedford, y Humphrey, duque de Gloucester.

ENRIQUE V. — (1413) Este príncipe que habia pasado su juventud en la disipacion, conoció al subir al trono la necesidad de reparar sus anteriores extravíos, y mudó enteramente de conducta. En esta época los *lollards* se multiplicaban de dia en dia en su reino; tenian por jefe á lord Cobham, cuyo rango y celo por la nueva secta le señalaron como una víctima á la severidad del clero. El obispo de Cantorbery le denunció como á hereje y le hizo condenar á la hoguera: Cobham se evadió de la Torre de Lóndres, donde se hallaba encerrado, antes del dia de la ejecucion; y su fanatismo, animado por la persecucion, le arrastró á las mas criminales empresas: convocó una reunion de sus partidarios con el objeto de apoderarse de la persona del rey, y degollar á todos sus perseguidores. Informado Enrique

con tiempo del complot, acudió al sitio de la cita, fué prendiendo á los conjurados á medida que se iban presentando, y ajusticiaron gran número de ellos: Cobham escapó por entonces del castigo apelando á la fuga; pero fué preso cuatro años despues, condenado á la horca como traidor y al brasero como hereje: sufrió la sentencia con ánimo y el pueblo le miró como á un mártir.

Los negocios de Francia vinieron á distraer la atencion de estas contiendas relijiosas. La funesta enfermedad de Cárlos VI y las turbulencias ocasionadas por las facciones de los Armañques y Borgoñones, parecieron á la Inglaterra circunstancias favorables para llevar la guerra á aquel reino. Pidió Enrique en casamiento á Catalina, hija del rey de Francia, con la soberanía de todas las provincias que las armas de Felipe Augusto habian quitado á la Inglaterra. Aunque esta peticion era escorbitante, se hallaba la Francia en un estado tan deplorable, que la corte consintió en concederle á Catalina y la mitad de las provincias. Enrique lo rehusó y marchó con un formidable ejército contra la Francia (1415). Halló el ejército francés, mandado por

el conde de Albret, acampado en las llanuras de Azincourt; y se dió la batalla, que ganaron los ingleses favorecidos por el terreno, haciendo una horrible carnicería en los enemigos. Nunca hubo batalla mas fatal que esta para la Francia, por el gran número de príncipes y personas de distincion que en ella perecieron ó quedaron prisioneros.

Despues de la jornada de Azincourt, Enrique marchó á Calais y concluyó una tregua con la Francia: los furores de la guerra civil continuaron destrozando este reino infortunado, y los diferentes partidos que alimentaba en su seno, estaban cada día mas encarnizados. Enrique marchó nuevamente á Normandía (1417) á la cabeza de veinticinco mil hombres: apoderóse de Ruan, de Gisors y de Pontoise, amenazó á París y obligó á la corte á refugiarse en Troyes. En vez de reunirse los partidos contra el monarca inglés para la comun defensa, sus enemigos se mostraron dispuestos á elejirle por instrumento de su venganza unos contra otros. Así que, en Arras se formó una liga entre la Inglaterra y el duque de Borgoña, que accedió á todas las ecsijencias de Enrique: este se trasladó á Troyes para

terminar aquel extraño convenio, cuyos principales artículos eran: que Carlos VI conservaría durante su vida el título y los honores de rey de Francia; que Enrique sería reconocido y declarado heredero de esta corona, y tomaría inmediatamente las riendas del gobierno; que este reino pasaría á sus herederos, y que las tropas inglesas se reunirían á las del rey Carlos VI y del duque de Borgoña, para someter á los partidarios de Carlos, pretendido delfin. Este tratado, que entregaba la Francia á los ingleses, fué autorizado por la reina Isabel de Baviera, de odiosa memoria.

Pocos días despues, Enrique celebró su casamiento con Catalina, condujo su suegro á París y tomó posesion de esta capital. En seguida volvió sus armas con buen écsito, contra el delfin, que habia tomado el título de rejeute luego que tuvo noticia del tratado de Troyes (1420).

En medio de sus prosperidades, Enrique se vió atacado de una fístula, enfermedad que la medicina, muy atrasada en aquellos tiempos, aun no alcanzaba á curar. Sintiendo que se acercaba su fin, dedicó sus postreros instantes á los negocios del reino y de su familia, y á los

deberes relijiosos. Dejó la rejeencia del reino de Francia al mayor de sus hermanos, el duque de Bedford; la de Inglaterra al mas jóven, el duque de Gloucester, y confió la educacion de su hijo al duque de Warwick. Falleció á los treinta y cuatro años de edad, el décimo de su reinado.

ENRIQUE VI. — (1422) Muerto Enrique V, los lores y los comunes se abrogaron el poder de dar nueva forma á la administracion. Nombraron al duque de Bedford *protector ó guardian* del reino, invistieron de la misma autoridad al duque de Gloucester durante la ausencia de su hermano, y para limitar el poder de estos dos príncipes formaron un consejo, sin cuya aprobacion no podían tomar medida alguna importante: la educacion del jóven rey fué confiada á su tio segundo, Enrique de Beauford, obispo de Winchester.

El primer objeto de que se ocupó el nuevo gobierno fué la conquista de Francia. El duque de Borgoña seguia en su resentimiento contra el delfin, cuyo padre acababa de morir, y el hijo se habia declarado rey bajo el nombre de Carlos VII. Bedford ganó en 1424 la batalla

de Verneuil, en Nomandía, en la que perdió el rey de Francia lo mas florido de su ejército y de la nobleza de su reino; pero una série de acontecimientos imprevistos vino á detener el curso de los triunfos del rejente. La condesa de Hainauld abandonó á su marido el duque de Bravante, primo del duque de Borgoña, y refugiándose en Inglaterra, se casó con el duque de Gloucester: con este motivo principió la desunion entre ingleses y borgoñones. El duque de Bretaña se retiró de la liga formada contra el rey de Francia, y Dunois, bastardo de Orleans, con tres mil hombres solamente batió al duque de Warwick enfrente de Montarjis (1426).

Indignado el rejente por la conducta del duque de Bretaña, le atacó á la cabeza de su ejército, le obligó á renunciar la alianza con Carlos y á rendir homenaje de su ducado á Enrique. En seguida el príncipe inglés resolvió apoderarse de la ciudad de Orleans y la puso sitio. Carlos, desesperando de poder reunir un ejército suficiente para apoderarse á los atrinchamientos de los enemigos, trató de retirarse con las reliquias de su ejército al Languedoc y al Delfinado; pero las instancias de

María de Anjou, su esposa, y de Inés Sorel, su manceba, le retrajeron de tan funesta resolución.

En semejante apuro una jóven aldeana de Domremi, en la Lorena, á quien la historia denomina Juana de Arc, fué llamada por la Providencia para volver á levantar el trono de su soberano (1429). Tuvo algunos ensueños en los cuales oyó unas voces que la revelaron que la Francia no podia salvarse sino por el brazo de una mujer. Su rara intrepidez la hizo despreciar todos los peligros que podian acompañar á tan atrevida empresa. Trasládose, pues, á Chinon, donde residia entonces la corte de Francia, y ofreció al rey, en nombre del supremo Criador, hacer levantar el sitio de Orleans y conducir á su majestad á Reims para que allí fuese unjido y coronado. Carlos y sus ministros, habiendo hecho ecsaminar á la jóven por una junta de doctores y teólogos, que declararon que su mision era sobrenatural, resolvieron aprovecharse del entusiasmo guerrero y religioso de aquella heroína, y en consecuencia la enviaron con un convoy considerable á socorrer á Orleans, acompañándola un ejército de diez mil hombres: la jó-

ven, á la cual dieron desde entonces el sobrenombre de *Doncella de Orleans*, desplegó un estandarte bendito, en el que estaba representado el Ser supremo, teniendo en sus manos el globo terrestre rodeado de flores de lis.

Al principio los ingleses afectaron mofarse de la Doncella y de su mision divina; pero sin embargo, Suffolk, que mandaba las fuerzas sitiadoras, no se atrevió á atacar á los franceses que la seguian: entró pues en Orleans en traje de guerrero, con su estandarte en la mano, y fué recibida en la ciudad como un libertador celestial. Desde este momento los habitantes y la guarnicion se creyeron invencibles bajo su proteccion sagrada; y los ingleses, consternados, fueron sucesivamente arrojados de todas las fortificaciones que habian construido alrededor de la ciudad. Suffolk levantó el sitio y se retiró á Gergueau, donde fué atacado por los franceses y hecho prisionero; Juana peleó en esta ocasion con su acostumbrada intrepidez. Pocos dias despues los restos del ejército inglés á las órdenes de Faistaf, fueron nuevamente derrotados en el pueblo de Patay, en cuya accion perecieron dos mil hombres.

La Doncella habia cumplido

una parte de su promesa é instaba á Cárlos para que se apresurase á ejecutar la segunda, su coronacion en Reims. A pesar de hallarse situada esta ciudad en una provincia lejana y el camino cubierto de tropas inglesas, Cárlos determinó seguir las escortaciones de su guerrera profetisa. Marchó pues á la cabeza de doce mil hombres; Troyes y Chalons le abrieron sus puertas, y por último entró en Reims, donde se efectuó la ceremonia de la coronacion.

Unjido ya Cárlos VII, la Doncella declaró que su mision estaba cumplida; pero el conde de Dunois la empeñó á que perseverase hasta la total espulsion de los ingleses. En consecuencia de este consejo, la Doncella penetró en la ciudad de Compiègne, sitiada entonces por el duque de Borgoña y los condes de Arundel y de Suffolk: á los pocos dias, en una salida que hicieron los sitiados, Juana se halló rodeada de tantos enemigos, que fué echa prisionera por los borgoñones (1430). Imaginando el duque de Bedford que con la pérdida de aquella mujer extraordinaria que habia detenido el curso de sus victorias, recobraría su ascendiente sobre la Francia, la hizo procesar y juzgar por un

tribunal eclesiástico como hechicera, impía é idólatra, y fué condenada á ser quemada en la plaza del mercado de Ruan. Ejecutóse tan infame sentencia, y la desgraciada víctima espíó en aquel suplicio los señalados servicios que habia prestado á su patria y á su rey.

Este acto de crueldad, lejos de adelantar los negocios de los ingleses en Francia, solo sirvió para hacer su yugo mas odioso. El duque de Borgoña, cansado de la altanería del rejente, se unió á la casa real de Francia. En Arras se tuvo un congreso que discutió y arregló definitivamente las pretensiones de Cárlos VII y de Felipe el Bueno (1435).

Por último Suffolk fué enviado á negociar con los ministros franceses, y si bien no pudieron convenirse sobre las condiciones de una paz duradera, al menos concluyeron una tregua de veinte meses (1443).

Llegado Enrique VI á los veintitres años de edad, se trató de elegirle esposa: el duque de Gloucester propuso á la hija del duque de Armañac; pero las intrigas del cardenal de Winchester y de Suffolk decidieron al rey por Margarita, hija de René de Anjou, princesa dotada de es-

fuerzo varonil y de espíritu emprendedor. Apenas se efectuó el casamiento, Margarita se alió con el cardenal y su partido, que fortificados con tan poderosa protectora, resolvieron la pérdida de Gloucester. Para ejecutar suproyecto se convocó un parlamento en Saint-Edmund'sbury (1447): Gloucester se presentó en la asamblea; fué acusado de traicion y arrestado: pocos dias despues se le halló muerto en su cama, y aunque no tenia señal alguna de violencia, no se dudó que habia sido sacrificado al odio de sus enemigos.

El cardenal de Winchester murió seis semanas despues que su sobrino, cuya muerte se le atribuyó, así como á Suffolk, á quien la reina habia hecho duque y primer ministro. Cárlos VII creyó que este momento era favorable para espulsar á los ingleses de su reino: invadió pues la Normandía, y en un año concluyó la conquista de esta provincia importante (1449): el mismo écsito tuvieron sus armas en la Guiena; y los ingleses fueron arrojados definitivamente de una comarca que habian poseído durante tres siglos.

La incapacidad y debilidad de Enrique se hacian cada dia mas notables. Levantóse un nuevo

concurrente á la corona, que fué Ricardo, duque de York, primer príncipe de la sangre é hijo del conde de Cambridge, decapitado en el reinado de Enrique V, y de Ana Mortimer. Ricardo era valiente, hábil y poseía una fortuna inmensa. Su casamiento con la hija de Ralph Nevil, conde de Westmoreland, habia estendido considerablemente su crédito entre el formidable cuerpo de la nobleza: además estaba particularmente unido con el conde de Warwick, no menos poderoso que él y muy popular.

La cólera del pueblo, escitada por la administracion despótica de Suffolk, á quien sus enemigos hicieron desterrar y despues le mataron, se desencadenó y produjo varias sediciones que fueron prontamente reprimidas; pero una que estalló en el condado de Kent, tuvo las mas peligrosas consecuencias. John Cade, aventurero irlandés, aprovechándose del descontento público, tomó el nombre de John Mortimer, reunió unos veinte mil partidarios y marchó sobre Lóndres, cuya capital le abrió sus puertas; pero habiéndose arrojado los rebeldes sobre las casas mas ricas las saquearon: los ciudadanos se alarmaron y au-

siliados por un destacamento que les envió lord Scales, gobernador de la Torre, arrojaron á los sediciosos é hicieron en ellos grande carnicería: la cabeza de Cade fué puesta á precio, y le mató un gentilhomme de Sussex.

La corte imaginó que el duque de York habia sido el instigador de la tentativa de Cade, y los ministros tomaron contra él toda suerte de precauciones. El duque conoció entonces la imposibilidad de permanecer en su condicion de súbdito, y la necesidad de ir adelante: sostenido por la cámara de los comunes, dejó la Irlanda y vino con un ejército de diez mil hombres á pedir la reforma del gobierno y el destierro de Somerset, que habia sucedido á Suffolk en el cargo de primer ministro: el rey le persiguió con un ejército superior al suyo, y le hizo entrar en su deber. El duque vivió retirado hasta que Enrique fué atacado de una enfermedad que, aumentando su incapacidad natural, le imposibilitó hasta de poder sostener las apariencias de la majestad soberana (1454). La reina y el consejo se hallaban demasiado débiles para resistir al partido de York, y tuvieron que ceder al torrente;

enviaron á Somerset á la Torre, y nombraron á Ricardo lugarteniente del reino: el parlamento le confirmó el título de *protector*.

Sin embargo, Enrique se restableció lo bastante para que los enemigos del duque de York le escitasen á recobrar el ejercicio de su soberanía, á sacar á Somerset de la Torre y confiarle de nuevo los cuidados de la administración. Enrique conoció su peligro y levantó un ejército: dióse una batalla en Saint-Albans (1455), en la que murieron mas de cinco mil realistas: el rey cayó en poder de su rival, que únicamente le obligó á desprenderse de su autoridad. Esta fué la primer sangre derramada en la lucha entre las casas de York y de Lancaster, que duró por lo menos treinta años, costó la vida á ochenta príncipes de la sangre, y casi esterminó toda la antigua nobleza de Inglaterra. Margarita, supliendo la debilidad de su poder, con su vigor y su jenio, restableció á su marido en el trono. Por mediacion del arzobispo de Cantorbery se efectuó una falsa reconciliacion; pero era evidente que una querrela suscitada por la posesion de una corona, no se apacigua con tanta facilidad, y que tenian

que correr arroyos de sangre antes que la nacion gozase de un gobierno firme y estable.

GUERRAS DE LA ROSA BLANCA Y DE LA ROSA ENCARNADA. — En efecto, no tardaron en volver á las armas los dos partidos, á consecuencia de un insulto hecho por un hombre de la comitiva del rey, á otro de los del conde de Warwick. En esta nueva lucha cada partido tomó un signo que les sirviese de reunion: los yorkistas adoptaron una rosa blanca y los lancasterianos una rosa encarnada. Los primeros, mandados por los condes de Salisbury y de Warwick, consiguieron dos señaladas victorias, una en Blore-Heath, y la otra en Northampton (1460), y Enrique cayó prisionero por segunda vez. Convocóse un parlamento en Westminster, y el duque de York se presentó en la cámara de los pares, manifestó sus derechos á la corona, y les escortó á hacer justicia al legitimo heredero. Los pares, indecisos al principio, declararon por último que los títulos de Ricardo eran incontestables, y decidieron que Enrique conservase la corona durante su vida; que Ricardo tomase la administración de los negocios, y que fuese reconocido como heredero

natural y lejítimo de la monarquía.

Pero la obstinada Margarita no abandonó los derechos de la casa de Lancaster. Despues de la derrota de Northampton, huyó con su hijo, muy niño todavía, á las provincias setentrionales, donde reunió un ejército de veinte mil hombres. Instruido el duque de York de que Margarita se disponia á entrar en Inglaterra, salióle al encuentro con cinco mil hombres. Vinieron á las manos en Wakefield, donde los yorkistas fueron derrotados, y el mismo duque pereció en la accion. Hallado su cuerpo entre los cadáveres, Margarita ordenó que separasen la cabeza y se colocase sobre una de las puertas de York, con una diadema de papel, en escarnio de sus pretendidos derechos á la corona de Inglaterra.

Despues de esta victoria, la reina dividió su ejército, y marchó en persona á la cabeza de la mas fuerte division hácia Londres, donde el conde de Warwick mandaba los yorkistas. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Saint-Albans (1461), y la defeccion de Lovelace hizo perder la batalla al conde de Warwick: el rey cayó otra vez en manos de su partido. La

reina no sacó gran ventaja de esta victoria, pues el jóven Eduardo, nuevo duque de York, que acababa de batir el segundo cuerpo de realistas mandado por Pembroke, se adelantó contra ella y se presentó delante de Lóndres. Margarita, en vez de darle la batalla, juzgó mas prudente retirarse hácia el Norte, con su marido y su hijo, y Eduardo entró en Lóndres en medio de las aclamaciones de los ciudadanos, y resuelto á no contenerse en la circunspeccion que habia perdido á su padre. Formó su ejército en batalla en la llanura de San Juan, donde tambien se reunió innumerable pueblo: Warwick arengó á esta multitud confusa y preguntó á cuál de los dos querian por rey, si á Enrique de Lancaster ó á Eduardo de York: una aclamacion jeneral saludó el nombre del duque de York: gran número de obispos, lores y majistrados que se hallaban reunidos en el castillo de Baynard, ratificaron esta eleccion popular, y el nuevo rey fué proclamado en Lóndres al dia siguiente, bajo el nombre de

EDUARDO IV. — (1461) Margarita habia reunido un ejército de sesenta mil hombres en el Yorkshire, y el nuevo rey y Warwick

marcharon con su jente á detener sus progresos: travóse la batalla en Towton, que ganaron los Yorkistas. Eduardo mandó que no se diese cuartel; en la accion y en el alcance murieron mas de treinta y seis mil hombres: Margarita y Enrique huyeron precipitadamente á Escocia. Eduardo volvió á Lóndres y convocó un parlamento para arreglar la administracion: esta asamblea reconoció los títulos hereditarios de Eduardo, y proseribió, confiscándoles ademas todos sus bienes, á Enrique VI, á Margarita, á su hijo Eduardo, y á sus principales adictos.

Sin embargo, Luis XI, rey de Francia, esperando sacar alguna ventaja de las turbulencias de Inglaterra, envió veinte mil hombres en socorro de Enrique. Margarita volvió á entrar en campaña seguida de un numeroso refuerzo de voluntarios escoceses y partidarios lancasterianos; pero fué otra vez batida en Hesham, por lord Montague, hermano del conde de Warwick (1464). Margarita pudo salvarse aunque con dificultad, pasó á Flandes y se refugió en la corte de su padre. Enrique no fué tan dichoso en su huida: permaneció un año oculto en el Lancashire; pero fué descubier-

to, entregado á Eduardo y encerrado en la Torre.

Con la prision de Enrique, la espulsion de Margarita, y la ejecucion de los lancasterianos mas influyentes, parecia estar asegurado para siempre el trono de Eduardo. Este se entregó á los placeres, y sobre todo al amor, su pasion dominante; y mientras Warwick trataba en París su casamiento con Bona de Saboya, hermana de la reina de Francia, Eduardo se desposó con Isabel de Woodville, célebre por su hermosura, así como por sus buenas prendas. Warwick, enfurecido con este casamiento, volvió inmediatamente á Inglaterra: los otros grandes del reino, resentidos de la súbita elevacion de Isabel de Woodville, y de su familia, participaron del descontento de Warwick y formaron una conspiracion contra el rey y sus ministros. La insurreccion estalló en el Lancashire (1470), bajo la direccion de sir Roberto Welles, que tenia á sus órdenes sobre treinta mil rebeldes: el rey los atacó y derrotó, hizo prisionero á Roberto y le envió inmediatamente al caldso. La derrota imprevista de Welles obligó al conde de Warwick y al duque de Clarence á disolver el ejército que habian

reunido y á embarcarse para Calais.

El rey de Francia, descontento de la estrecha union que reinaba entre Eduardo y Carlos el Temerario, duque de Borgoña, recibió á Warwick con las mayores atenciones y trató de servirse de él como instrumento del restablecimiento de la casa de Lancaster. Luis le reconcilió con Margarita de Anjou, equipó una flota, y puso á su disposicion socorros de hombres y dinero. Warwick se hizo á la vela y desembarcó en Darmouth con el duque de Clarence y los condes de Oxford y de Pembroke: su popularidad y el descontento jeneral atrajo á sus banderas tan grande multitud, que en pocos dias ascendió su ejército á sesenta mil hombres. Eduardo marchó contra los rebeldes, y los dos ejércitos se avistaron cerca de Nottingham; pero habiendo desertado el conde de Montague, conoció el rey que no podia contar con sus tropas, y se salvó por medio de la fuga del peligro que le rodeaba, embarcándose inmediatamente para Holanda: de este modo, en el espacio de once dias, se halló Warwick dueño de todo el reino sin tener que desenvainar la espada.

Despues de la huida de Eduardo, Warwick marchó para Londres, sacó á Enrique de la Torre, y le proclamó rey con toda solemnidad. El parlamento, dejándose dictar siempre sus resoluciones por el partido dominante, declaró á Eduardo traidor y usurpador, y le proscribió igualmente que á sus partidarios; pero este príncipe, habiendo recibido algunos socorros de su cuñado, el duque de Borgoña, se hizo inmediatamente á la vela para Inglaterra, desembarcó en el Yorkshire (1471), donde se le reunieron muchos de sus partidarios, y bien pronto se presentó á las puertas de Londres, cuya entrada le facilitaron sus numerosos amigos: Enrique, destinado á ser perpétuo juguete de la fortuna, volvió á caer en manos de sus enemigos.

No obstante, Warwick, reunido á su yerno el duque de Clarence y á su hermano el marques de Montague, vino á tomar posicion en Bernet, á las inmediaciones de Londres. El duque de Clarence aunque ligado á él por los deberes del honor y del reconocimiento, durante la noche se pasó con doce mil hombres al partido del rey: Warwick habia avanzado demasiado para poder retroceder: dióse la bata-

lla que fué muy sangrienta y porfiada, y la victoria estuvo por mucho tiempo indecisa, hasta que muerto Warwick en lo mas recio de la pelea, y con él su hermano, se declaró en favor de los yorkistas.

El mismo dia que se dió esta batalla decisiva, Margarita y su hijo, llegado ya á la edad de dieziocho años, desembarcaron en Weymouth, escoltados por un cuerpo de tropas francesas; atravesaron los condados de Devon, Somerset y Gloucester, y vieron aumentarse su ejército de dia en dia. Eduardo los atacó en Tewkesbury, y derrotó completamente á los lancasterianos. La reina y su hijo fueron hechos prisioneros y conducidos á la presencia del rey, el cual preguntó al príncipe de un modo insultante, cómo se habia atrevido á invadir sus estados: este le contestó que habia venido á réclamar su herencia: al oír semejante respuesta, el rey, tan poco jeneroso como insensible á la desgracia, le dió un bofetón con su manopla. Los duques de Clarence y de Gloucester, lord Hastings y sir Tomás, tomando aquel movimiento como la sentencia de muerte del prisionero, al punto le arrastraron á un aposento inmediato y allí le asesina-

ron. Margarita fué encerrada en la Torre, y el desgraciado Enrique murió en esta prision pocos dias despues de la derrota de Tewkesbury.

Eduardo ideó despues conquistar la Francia, para cuyo efecto formó alianza con el duque de Borgoña: obtuvo subsidios del parlamento y marchó con su ejército á Calais (1475); pero sus esperanzas de conquista se desvanecieron luego que entró en Francia y vió que el duque de Borgoña no le enviaba refuerzo alguno; por lo que admitió las proposiciones de acomodamiento que Luis XI le hacia continuamente.

Este convenio fué ratificado por los dos soberanos en una entrevista que tuvieron en Pequigny, cerca de Amiens. El artículo mas honroso fué el que estipuló la libertad de Margarita, á quien Eduardo tenia presa en la Torre de Lóndres: Luis XI pagó por su rescate cincuenta mil escudos; y esta princesa que habia desempeñado tan gran papel en la escena del mundo, y experimentado tantas vicisitudes, pasó tranquilamente el resto de sus dias en la vida privada, hasta su muerte, que acaeció en 1452.

El duque de Clarence, á pesar del servicio que habia prestado

á su hermano abandonando á Watwick, jamás pudo volver á ganar su amistad. Los enemigos de Clarence se ligaron contra él; Clarence declamó sin miramiento contra sus perseguidores, y ofendido el rey de esta libertad le envió preso á la Torre y le hizo juzgar por el tribunal de los pares, que le condenó á muerte (1477).

Eduardo trató de llevar nuevamente la guerra á Francia; pero mientras hacia los preparativos, fué atacado de una enfermedad que lo condujo al sepulcro; tenia cuarenta y dos años de edad y reinó veinticinco. Dejó por sucesor á Eduardo, príncipe de Gales, á la sazón de trece años, y confió la rejencia del reino al duque de Gloucester.

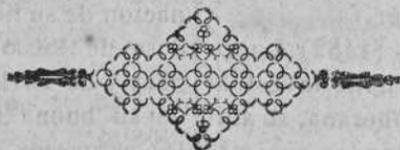
EDUARDO V. — (1482) Luego que Gloucester se halló investido de la autoridad soberana, su ambicion le hizo estender sus miras hasta la posesion de la corona misma. La reina madre habia mandado á su hermano el conde de Rivers, que levantase un cuerpo de tropas para escoltar al jóven rey desde Ludlow, donde residia entonces, hasta Lóndres, y para protegerle durante su coronacion. Gloucester, redoblando sus protestas de celo y adhesion á la princesa,

pudo conseguir con maña que se revocase la orden y que solo acompañase al rey su ordinaria comitiva. Inmediatamente marchó á York seguido de gran número de jentilhombres: el duque de Buckingham se le reunió con un séquito imponente. Al entrar en Stony-Stratfor hizo prender al conde de Rivers, y á sir Ricardo Gray, uno de los hijos de la reina.

Cuando Isabel supo la prision de su hermano y de su hijo, se retiró al asilo sagrado de Westminster, con sus cinco hijas y el duque de York, todavia muy jóven; mas como Gloucester deseaba tenerle en su poder, dijo que era indispensable que el jóven príncipe asistiese á la coronacion de su hermano; y valiéndose de los obispos de Cantobery y de York, que no dudando de su buena fé hicieron todos los esfuerzos posibles para que la reina consintiese en entregarles su hijo, consiguió apoderarse de él. Luego se hizo conferir el título de protector del reino por el consejo privado, sin aguardar la aprobacion del parlamento, y se dedicó á destruir todos los obstáculos que se interponian entre él y el trono: hizo dar la muerte al conde de Rivers, á sir Ricardo Gray, á lord Has-

tings y á otros muchos proscritos ilustres, detenidos en Pomfret, y adictos al jóven Eduardo. Atrajo al duque de Buckingham á su partido, hizo esparcir la voz de que sus sobrinos eran bastardos, y convocó una asamblea de ciudadanos, en la que Buckingham pronunció un largo discurso sobre los derechos de Gloucester al trono. Despues de muchos esfuerzos inútiles, hechos por sus partidarios para escitar el entusiasmo popular, algu-

nos artesanos dieron el grito de «¡Viva el rey Ricardo!» Con esto se creyó que el voto nacional estaba suficientemente pronunciado, y se ofreció la corona al protector, que al principio finjió rehusar, pero que al fin aceptó aquel don que colmaba su ambicion. Esta escena ridícula fué seguida de la muerte del jóven rey y de su hermano, á quienes ahogaron en la Torre los satélites de su tio, y enterraron en un hoyo al pie de la escalera.



CAPITULO III.

Ricardo III. — Enrique VII, primero de la dinastía de Tudor. — Un supuesto Plantajenet. — Otro impostor. — Enrique VIII. — Divorcio de Enrique VIII, y su separacion de la Iglesia católica. — Casamiento de Enrique con Ana Bolena. — Suplicio de Ana Bolena, y nuevo enlace de Enrique con Juana Seymur. — Enrique repudia á su cuarta esposa Ana de Cleves, y contrae nuevo matrimonio con Catalina Howard. — Suplicio de Catalina Howard. — Peligro de Catalina Parr, sexta esposa de Enrique. — Muerte de Enrique VIII. — Eduardo VI. — María. — Suplicio de Juana Gray y de su esposo. — Reaccion católica. — Isabel. — Restablecimiento del protestantismo. — Desavenencias entre Isabel y María Estuardo. — Reforma de la religion en Escocia. — Gloria y poderio de la Inglaterra. — Suplicio de María Estuardo. — Insurreccion de Irlanda. — Suplicio del conde de Essex, favorito de Isabel. — Muerte de la reina Isabel. — Jacobo I, primero de la dinastía de Estuardo. — Conspiracion de la pólvora. — Principio de la lucha entre la corona y el parlamento.

RICARDO III. — (1482) Era imposible que la amistad permaneciese inalterable entre dos hombres tan corrompidos como Ricardo y Buckingham; así fué que el insaciable duque, no hallando sino ingratitude en el usurpador, trató de destruir su obra: puso pues los ojos en el jóven Enrique Tudor, conde de Richmond, descendiente por parte de madre de la línea de Lancaster, como la única persona capaz de librar á la Inglaterra de un príncipe á quien todos odiaban. Para reunir las dos facciones rivales, Buckingham y Morton, obispo de Ely, celoso lancasteriano, convinieron en casar al duque de Richmond con Isabel, hija mayor de Eduardo IV. El vijilante Ricardo descubrió la conspiracion y mandó á Buckingham presentarse en la corte: este tomó las armas en el pais de Gales; pero degradingamente las lluvias habian acrecido tanto el rio Saverna, que los galos no pudieron atravesarle para ir á reunirse con los otros conjurados, y ostigados del hambre se volvieron á sus hogares. Buc-

kingham, abandonado, se ocultó en la casa de un antiguo servidor de su familia; pero descubierta su retiro fué preso y conducido ante el rey, que se hallaba en Salisbury, donde inmediatamente le hizo cortar la cabeza.

Persuadido Ricardo de que el solo medio de afirmarse en el trono era ganar la voluntad de los yorkistas, hizo la corte á la reina viuda con tal maña, que esta princesa abandonó su asilo y se entregó con sus hijas en manos del tirano. Como Ricardo sabia que el duque de Richmond no podja hacerse temible sino efectuando su casamiento con Isabel, verdadera heredera de la corona, solicitó una dispensa del papa para casarse él mismo con esta princesa: la reina viuda consintió sin escrúpulo en aquella alianza, y Ricardo se entregó á la esperanza de poder reinar con seguridad. El conde de Richmond vino á destruir sus sueños de felicidad, pues con un cuerpo de cuatro mil franceses que le dió el rey Carlos VIII, y acompañado de todos los emigrados ingleses, desembarcó en el pais de Gales (1484). El usurpador marchó contra él, y se encontraron en Bosworth, cerca de Leicester, Enrique con seis mil

hombres, y Ricardo con dobles fuerzas. Luego que se trabó la pelea, Stanley se pasó con unos siete mil hombres al partido de Richmond: el intrépido tirano viendo su pérdida cierta y distinguiendo á su rival á corta distancia, se precipitó furioso en el combate y se abrió paso hasta llegar á él; pero Stanley acudió con sus tropas por aquel lado, y rodeó á Ricardo, que combatiendo desesperado hasta el último instante, pereció á manos de sus enemigos, hallando una muerte honrosa: entonces su ejército buscó la salvacion en la fuga.

ENRIQUE VII, PRIMERO DE LA DINASTIA DE TUDOR. — (1485) La victoria de Bosworth fué decisiva para el conde de Richmond, y sus soldados le proclamaron por rey sobre el mismo campo de batalla. Reunido el parlamento en Westminster, le reconoció como lejítimo soberano, y declaró que la sucesion de la corona pertenecia á su descendencia; ademas de esto Enrique se dirijió á la corte de Roma pidiendo la confirmacion de su derecho: Inocencio VIII, lisonjeado con esta muestra de deferencia, le espidió una bula en los términos que la deseaba. Tranquilo pues acerca de la po-

sesion del trono, celebró su enlace con Isabel (1480).

UN SUPUESTO PLANTAJENET. — Sin embargo, el pueblo estaba disgustado de las prevenciones de Enrique contra la casa de York, amada de toda la nacion, y de la severidad ejercida contra el jóven Warwick, hijo del duque de Clarence, á quien habia hecho encerrar en la Torre. Un cura del condado de Oxford, llamado Simon, concibió el proyecto de turbar el gobierno de Enrique, suscitándole un pretendiente á la corona: para este efecto se valió de Lamberto Simnel, jóven de quince años, hijo de un tahonero, que por su talento y figura era á propósito para desempeñar el papel del jóven conde de Warwick. Escogieron la Irlanda como primer teatro donde debia abrirse la escena: el pueblo crédulo, tomándole por el verdadero Plantajenet, le prestó juramento de fidelidad en Dublin, y la isla entera siguió el ejemplo de la capital. Formó, pues, un pequeño ejército, al cual se reunieron despues los condes de Lincoln y de Louvel con un cuerpo de dos mil hombres alemanes, con que los socorriera la duquesa de Borgoña, viuda de Carlos el temerario. Simnel desembarcó con sus

tropas en Fondrey, en el Lancashire. Enrique reunió su ejército y marchó contra los rebeldes, á quienes deshizo completamente en Stoke, condado Nottingham (1487), quedando tendidos en el campo Lincoln y cuatro mil hombres de sus tropas, y prisioneros Simnel y Simon su maestro: como este era sacerdote se contentaron con encerrarle estrechamente; Simnel, harto despreciable para ser temido, obtuvo perdon del rey, que le hizo entrar de marmiton en su cocina.

La Francia estaba á esta sazón en el apojéo de su gloria. La hermosa provincia de Bretaña acababa de unirse á aquel poderoso reino por medio del casamiento de Carlos VIII con la princesa Ana, hija del último duque. El rey de Inglaterra, ya que no pudo evitar aquel importante acontecimiento, resolvió vengarse declarando la guerra á la Francia: pasó pues el mar, desembarcó en Calais con veinticinco mil hombres, y sitió á Boloña; pero inmediatamente se entablaron negociaciones. Todas las demandas de Enrique se reducian á dinero; y Carlos, por gozar tranquilamente de la posesion de la Bretaña, se comprometió á pagar á la Inglaterra

una renta anual de veinticinco mil escudos.

OTRO IMPOSTOR. — La duquesa viuda de Borgoña, irritada por el mal éxito de la empresa de Simnel, y no pudiendo perdonar á Enrique el abatimiento de la casa de York, suscitó contra él otro impostor, llamado Perkin, hijo de un judío renegado de Tournay, á quien hizo tomar el nombre de su sobrino Ricardo Plantagenet, duque de York, esparciendo la voz de que se habia evadido de la Torre, donde su hermano mayor fué asesinado. Algunos señores ingleses, descontentos del gobierno de Enrique, estaban en correspondencia secreta con el impostor y le prometian su apoyo: llegó esto á noticia del monarca inglés, y habiendo sido informado de todo el plan de la conspiracion por sus espías, hizo decapitar á sir William Stanley, su gran chambelan, que despues de haber mostrado tanto celo para elevarle al trono, fué convencido de traicion (1495). El pretendido Ricardo acometió entonces una empresa de las mas audaces; con unos seiscientos hombres desembarcó en el condado de Kent, y envió algunos de los suyos para inducir á los habitantes á que se le reunie-

sen; pero estos, lejos de responder á su invitacion, cargaron sobre todos aquellos de sus partidarios que habian saltado en tierra y les obligaron á reembarcarse con pérdida de muchos muertos. Despues de recorrer la Irlanda y la Escocia, volvió Perkin á Inglaterra en 1497, y en el condado de Cornuailles se le reunieron unos tres mil hombres de la plebe, con lo cual se determinó á sitiar la ciudad de Exeter, que la cerró sus puertas. Acudió inmediatamente Enrique en defensa de la plaza, ahuyentó á los rebeldes, y el impostor Perkin se entregó al rey bajo la promesa de que le perdonaria la vida. Fué pues encerrado en la Torre de Lóndres; pero habiendo formado un proyecto de fuga con el conde de Warwick, que tambien se hallaba preso, fué juzgado y ahorcado en Tiburn: Warwick sufrió el mismo suplicio poco tiempo despues (1499).

Habia una singular semejanza de carácter entre el rey de Inglaterra y don Fernando de Aragon: ambos estaban igualmente llenos de astucias, de intrigas y de proyectos. Enrique estimaba en mucho la alianza del rey de España, y así hizo los mayores esfuerzos para casar á su hijo

Arturo, príncipe de Gales, con la infanta Catalina; pero habiendo muerto el príncipe á los seis meses de celebrarse el casamiento, Enrique, que deseaba continuar su alianza con la España, y no restituir el dote de Catalina, que ascendia á doscientos mil ducados, obligó á su segundo hijo Enrique á desposarse con la viuda de su hermano (1501). Margarita, hija mayor de Enrique, casó el mismo año con Jacobo, rey de Escocia.

La ambicion de Enrique no conocia límites: habia encontrado dos ministros, Empson y Dudley, dignos instrumentos de su rapacidad y tiranía: en vano el pueblo inglés volvia sus ojos hácia el parlamento, porque esta asamblea estaba tan atemorizada, que los comunes, durante la tiranía del rey, elijieron constantemente por presidente á Dudley, y le concedieron todos los subsidios que pidió.

Luego que Enrique sintió debilitarse su salud, se atemorizó de la perspectiva con que le amenazaban en el otro mundo las iniquidades y crueldades de su reinado: para calmar sus terrores procuró espiar sus crímenes con limosnas y fundaciones relijiosas, y mandó en su testamento que se restituyesen los

bienes á todos los que habian sido víctimas de sus esacciones. Murió de consuncion en su palacio favorito de Richmond: reinó veintitres años y ocho meses, y tenia cincuenta y dos años de edad (1509).

El reinado de Enrique VII fué, en su totalidad, dichoso para su pueblo en el interior, y honroso en el exterior. Este príncipe amaba la paz sin temer la guerra, y supo conciliarse á la vez la amistad y consideracion de los soberanos extranjeros. La Inglaterra le debe muchas leyes buenas, de las cuales la mas importante es aquella que permitia á la alta nobleza y á los simples jentilhombres enajenar sus posesiones, anulando las antiguas instituciones: tambien hizo algunas leyes penales muy útiles.

ENRIQUE VIII. — (1509) El advenimiento de Enrique VIII al trono de sus mayores, causó jeneral satisfaccion en Inglaterra; solo tenia dieziocho años, estaba dotado de todas las gracias de la juventud, y sus bellas cualidades hicieron concebir las mas lisonjeras esperanzas. Los inmensos tesoros que habia acumulado su padre, los fué disipando poco á poco en las brillantes fiestas que se sucedian

diariamente en la corte, cuyo curso solo interrumpia Enrique para entregarse á la música y á la literatura, ciencias que amaba apasionadamente.

Para calmar la indignacion popular contra los ministros de la tiranía de su padre, envió á la Torre á Empson y Dudley, mandólos procesar, y fueron condenados á muerte: su ejecucion fué mas bien una satisfaccion dada al pueblo, que un acto de justicia. Las guerras de Italia tenian ocupada entonces á la mayor parte de Europa, y la fortuna se mostraba de día en día mas contraria á los franceses. Enrique VIII, á instigacion del papa, entró en la liga formada contra Luis XII: desembarcó en Calais con un ejército numeroso (1513) y marchó hácia Picardía, donde tomó algunas ciudades, y batió la caballería francesa que le salió al encuentro, haciendo prisionero al duque de Longueville que la mandaba, y otros muchos oficiales de distincion. Despues dió la vuelta para Inglaterra, pero si bien volvía victorioso, comparadas sus conquistas con las sumas que le habian costado, aquella campaña fué realmente ruinosa y sin gloria.

La alianza que subsistia entre

la Francia y la Escocia, y las invitaciones de la reina Ana, esposa de Luis XII, escitaron al rey Jacobo á hacer una incursion por la frontera inglesa y pasó el Tweed á la cabeza de cincuenta mil hombres: marchó contra él el conde de Surrey: dióse la batalla en la llanura de Flouden, en cuya accion mordió el polvo la flor de la nobleza escocesa, y el mismo rey pereció en ella: los ingleses no perdieron ningun personaje de distincion. Hubiera podido Enrique aprovecharse de este desastre para estender sus conquistas en Escocia; pero se mostró verdaderamente jeneroso. Luego que la reina Margarita, que habia sido nombrada rejente durante la menor edad de su hijo, pidió la paz, le fué otorgada por Enrique, enternecido de la suerte de su hermana y sobrino, los cuales quedaban sin apoyo.

El duque de Longueville, que continuaba prisionero en Inglaterra, procuró inclinar á Enrique á la paz con los franceses, proponiéndole el enlace del rey de Francia, que á la sazón estaba viudo y sin hijos, con la princesa María, su hermana. El monarca inglés consintió, las condiciones se arreglaron prontamente, y el casamiento se

celebró en Abbeville (1514).

Entretanto que Enrique se abandonaba á los placeres, y confiaba el gobierno de su reino al cardenal Wolsey, su ministro, sucedió un acontecimiento esterior que llamó su atencion. La muerte del emperador Maesimiliano habia dejado vacante el primer trono de la cristiandad: los reyes de España y de Francia se declararon concurrentes al imperio, y emplearon el dinero y la intriga para salir con sus pretensiones. Francisco I no pudo disimular la indignacion que esperimentó cuando supo que Carlos V habia sido preferido por los electores á la faz de la Europa: esta concurrencia, así como la oposicion de sus intereses, hizo nacer entre estos dos príncipes la envidia, que tantas turbulencias ocasionó en su siglo. Enrique, por la situacion de su reino, podia sostener la balanza entre ambos rivales; pero era indolente, inconsiderado, caprichoso y sin política. Informado Francisco del carácter de este príncipe, solicitó una entrevista con él cerca de Calais, con la esperanza de ganar su amistad en una conversacion familiar. Wolsey se apresuró á secundar las miras del rey de Francia, y Enrique accedió á su

demanda; pero en vez de ocuparse de asuntos serios, los dos monarcas pasaron todo el tiempo en fiestas y torneos y se separaron despues de hacerse mutuamente ricos presentes, en muestra del aprecio que se profesaban.

El rey de Inglaterra pasó en seguida á Gravelines á visitar á Carlos V y á Margarita de Saboya. El artificioso Carlos destruyó toda la amistad que el carácter franco y jeneroso de Francisco acababa de inspirar á Enrique. Atrajo á Wolsey á su partido, ofreciendo ayudarle para subir al pontificado, y poniéndole desde luego en posesion de las rentas de los obispados de Badajoz y Plasencia en Castilla. Mas tarde, cuando se rompieron las hostilidades entre los dos príncipes guerreros y ambiciosos, Wolsey se trasladó á Brujes, y á nombre de su soberano concluyó con el papa y el emperador una liga ofensiva contra la Francia (1521).

Por este tiempo desertó Martin Lutero de la iglesia católica y principió á predicar contra la venta de las induljencias concedidas por el papa Leon X, llegando hasta poner en duda la autoridad del pontífice.

No tardó en resonar por toda

la Europa la voz de este atrevido novador; y como aun existían bastantes lollards en Inglaterra, la doctrina de Lutero hizo secretamente muchos prosélitos. Enrique, que había sido educado en una firme adhesión á la iglesia romana, se opuso con todo su poder al progreso del luteranismo, y aun trató de combatirle con las armas del raciocinio, para lo cual escribió un libro en latín: envió una copia de él al papa Leon, que la recibió con grandes muestras de estimación y dió al autor el título de *Defensor de la fé*, que los reyes de Inglaterra han conservado desde entonces.

En virtud de la alianza con Carlos V, Enrique declaró la guerra á la Francia y sus tropas penetraron en la provincia de Picardía; pero pronto se vieron obligadas á retirarse porque carecían de métrico. El rey convocó entonces el parlamento para pedirle un subsidio de ochocientas mil libras esterlinas, pero la cámara de los comunes tuvo bastante firmeza para rehusarle. Enrique quedó tan descontento de esta negativa, que en siete años no volvió á reunir el parlamento: sin embargo, prestando urgentes necesidades, esigió de los pudientes en un

año las contribuciones que deberian haber pagado en cuatro; que fué un nuevo atentado contra los privilegios de la nacion.

Francisco I pasó los Alpes con un poderoso ejército, y puso sitio á Pavia: allí fué atacado en sus atrincheramientos por las tropas imperiales que derrotaron el ejército francés; y el mismo Francisco, que combatió con heroico valor, se vió obligado á rendirse prisionero (1525).

Este suceso atemorizó á Enrique, que conoció su propio peligro en la pérdida del contrapeso necesario al poder de Carlos V; por lo que, lejos de aprovecharse de la situación deplorable de la Francia, resolvió socorrerla en sus desgracias: hizo alianza con la reina madre, á quien habían nombrado rehenente, y se obligó á interceder por la libertad de su hijo. Carlos V mitigó por fin el rigor de sus pretensiones, y se firmó en Madrid un tratado cuya cláusula principal fué la libertad del monarca prisionero (1526). Enrique y Francisco, para cimentar su union, hicieron en Lóndres algun tiempo despues un nuevo convenio, por el cual el rey de Inglaterra desistía para siempre de sus pretensiones á la corona de Francia, y Francisco se obli-

gó, por sí y por sus sucesores, á pagar todos los años cincuenta mil escudos á la Inglaterra.

DIVORCIO DE ENRIQUE VIII, Y SU SEPARACION DE LA IGLESIA CATÓLICA. — Enrique habia tenido varios hijos de su mujer Catalina de Aragon, y todos habian muerto casi recien nacidos, excepto una hija, llamada María, que aun le quedaba; pero deseaba vivamente un varon. La sucesion de la corona era un objeto de inquietud para todos, porque se temia que el derecho hereditario le fuese contestado á la princesa María; y aun se pre-
via que el rey de Escocia, teniéndose como el mas prócsimo heredero, haria valer sus derechos y sumerjiria el reino en las revueltas y en la confusion. Enrique, impulsado á un mismo tiempo por sus sentimientos particulares y por el interés jeneral, se decidió á solicitar su divorcio con Catalina. Ana Bolena, hija de un simple jetilhombre, acababa de aparecer en la corte como dama de honor de la reina: Enrique tuvo ocasion de notar su belleza, su juventud y sus gracias: descubrió que las cualidades de su alma no eran inferiores á los encantos de su persona, y formó el desingnio de elevarla al trono.

Envió á su secretario Knighth cerca del papa Clemente para negociar la disolucion de su matrimonio con Catalina, como ilegítimo y contrario á las leyes de la iglesia. Clemente, á quien entonces tenia prisionero el emperador (1527), contestó al principio favorablemente; mas luego que recobró su libertad, las amenazas de Cárlos V, de quien era tia Catalina de Aragon, le obligaron á contemporizar y observar una conducta ambigua. Enrique, impaciente de la tardanza, sospechó que Wolsey alimentaba la resistencia del soberano pontífice y derribó á su favorito con la misma rapidez que le habia elevado, haciéndole entregar el gran sello, del que dispuso en favor de Sir Tomás Morus; obligándole á retirarse á su obispado de York: no permaneció allí mucho tiempo, porque sus enemigos, temiendo que volviese á ser llamado á la corte, no cesaban de malquistarle con el rey, hasta que por último, Ricardo, sin consideracion á su carácter, le mandó prender y conducir á Lóndres para ser juzgado; pero en el camino enfermó y apenas pudo llegar hasta la Abadía de Leicester, donde tuvo que quedarse en cama y murió á poco tiempo (1530).

Como Clemente difería el conceder la dispensa que se le pedía, Tomás Cranmer, doctor del colegio de jesuitas de Cambríjge, hombre muy sabio, propuso que se consultase á las universidades de Europa sobre la cuestion del matrimonio del rey: casi todas dieron su voto en favor de Enrique; mas no por eso Clemente, dirigido siempre por el emperador, persistió menos en negar su consentimiento, y requirió al rey que se presentase en su tribunal de Roma; pero Enrique en vez de comparecer, convocó un parlamento y una asamblea del clero (1531), y se hizo declarar por esta última *protector y jefe supremo de la Iglesia anglicana*. En la sesion siguiente aprobaron un bill para suprimir la esaccion de las anatas ó primicias, y se acordó que cualesquiera que fuesen las censuras que por estas decisiones fulminase la corte de Roma contra la Inglaterra, se tendrian por nulas.

CASAMIENTO DE ENRIQUE VIII CON ANA BOLENA. — (1533) Resuelto Enrique á arrostrar las consecuencias del partido que iba á tomar, efectuó secretamente su matrimonio con Ana Bolena. Reunido nuevamente el parlamento, votó un acta con-

tra todas las apelaciones á Roma en materia de divorcios, y declaró nulo, por una sentencia formal, el casamiento del rey con Catalina de Aragon. La corona fué transferida á los hijos que naciesen de su nuevo enlace, y en su defecto á los herederos del rey hasta la última jeneracion. Fisher, obispo de Rochester, y sir Tomás Morus, que anteriormente habia hecho dimision de su destino de gran canciller, por no consentir en la alteracion de la fé que profesaba, fueron las únicas personas de distincion que se hicieron un escrúpulo de prestar el juramento ecsijido sobre el nuevo orden de sucesion. Irritado Enrique hizo proveer contra ellos un auto de prision, y los condujeron á la Torre.

Aunque separado Enrique de la iglesia católica y del soberano pontífice que es su jefe, no por eso dejaba de mirar la herejía como detestable y temible, y tenia por punto de honor el mantener la fé católica; pero sus ministros y cortesanos diferian entre sí de conducta y de carácter, y durante todo su reinado pareció que fluctuaban entre la antigua y la nueva religion. La jóven reina sostenia la reforma: Cromwell, que habia sido nom-

brado secretario de estado, adoptó las mismas ideas: Cranmer, arzobispo de Cantorbery, habia abrazado secretamente las opiniones de los protestantes, y adquirido la amistad de Enrique por su candor y sinceridad: por otra parte el duque de Norfolk permanecia fiel á la antigua fé, y su rango, así como sus talentos para la guerra y la política, le daban grande autoridad en los consejos del rey: Gardiner, nombrado recientemente obispo de Winchester, seguia el mismo partido que el duque de Norfolk.

En medio de las fluctuaciones de los cortesanos de Enrique, el espíritu de innovacion hizo rápidos progresos entre sus súbditos; los escritos de los luteranos penetraron secretamente en Inglaterra é hicieron numerosos prosélitos. Enrique no se descuidó en perseguir el protestantismo, al cual miraba como la herejía mas peligrosa para sus intereses; pero bien pronto conoció que sus enemigos mas implacables eran los frailes, porque dependiendo inmediatamente del soberano pontífice, previan la abolicion del catolicismo en Inglaterra. El rey descubrió que muchos de ellos habian entrado en una conspiracion; y para vengarse suprimió tres mo-

nasterios: mas viendo que este golpe de autoridad habia escitado pocos clamores, se dispuso á hacer lo mismo con los demas conventos que quedaban.

El parlamento declaró crimen de estado toda tentativa para despojar al rey de sus dignidades y títulos; y como le habia conferido el de jefe supremo de la Iglesia, estableció que negar su supremacía era una traicion, cuya nueva especie de crimen habia ya costado la vida á muchos priores y eclesiásticos. La misma suerte experimentaron el cardenal Fisher y el sabio é integro Tomás Morus (1535).

Cuando Paulo III, que habia sucedido á Clemente VII en el pontificado, supo la ejecucion de Fisher y Morus, descomulgó al rey y á sus adictos, y le despojó de la corona, entregando su reino al primero que quisiera ocuparle. Sin embargo, la muerte de Catalina de Aragon, acaecida en 1536, pareció que abria un camino de reconciliacion: Carlos V creyó que ya no habia motivo alguno de animosidad entre él y Enrique, y procuró apartar á este de su alianza con la Francia; pero Enrique conocia sus artificios y doblez, y se mostró indiferente á sus pretensiones.

Enrique delegó el ejercicio de

la supremacía en su secretario de estado Cromwell, é hizo votar al parlamento un acta, por la cual se suprimian trescientas setenta y seis casas relijiosas; y sus rentas, que ascendian á treinta y tres mil libras esterlinas cada año, se adjudicaron al rey, sin contar los efectos muebles, apreciados en cien mil libras.

SUPPLICIO DE ANA BOLENA, Y NUEVO ENLACE DE ENRIQUE CON JUANA SEYMUR. — (1536) Mientras que los prosélitos de la nueva relijion aplaudian las persecuciones contra sus adversarios, sobrevino un suceso que al parecer destruía todas sus esperanzas: Ana Bolena, su protectora, cayó en desgracia del rey. Acababa de dar á luz un niño muerto: Enrique, que deseaba ardientemente un sucesor, viéndose privado de esta satisfaccion se enamoró de Juana Seymour, y resolvió sacrificarlo todo por satisfacer esta nueva pasion. Enrique buscaba un pretexto para perder á la infortunada reina, y le halló en un torneo que se dió en Greenwich; pues como á Ana se le cayese por casualidad el pañuelo de la mano, el rey atribuyó este accidente á un favor que ella concedia á un amante. Al dia siguiente fué presa y con-

ducida á la Torre; y juzgada despues por la cámara de los pares, aunque rechazó con enerjía la acusacion de infidelidad, este odioso tribunal la inmoló á la crueldad de Enrique. Fué decapitada, y su cuerpo, colocado en un simple atahud de madera, sepultado en la Torre. Al dia siguiente de esta ejecucion, Enrique se desposó con Juana Seymour. El parlamento aplaudió el nuevo casamiento del rey y declaró ilegítimos los hijos que habia tenido de sus dos primeras mujeres.

La asamblea del clero no se mostró menos servil que el parlamento: por complacer al rey, y decidida á romper para siempre con la corte romana, adoptó una série de artículos de fé que llevaban el sello de la confusion que reinaba entre sus miembros: conservó la presencia real, la confesion, el culto de las imágenes; y dejó subsistentes muchas creencias y ceremonias antiguas al lado de las innovaciones del protestantismo. Sin embargo, los frailes espulsados que andaban errantes por las campiñas, escitaban la compasion y la piedad; y como la antigua relijion conservaba su ascendiente sobre el pueblo, no tardó en inflamar su celo en favor de aque-

llos, y estallaron varias sediciones en diversas provincias del reino; pero estas revueltas fueron prontamente contenidas, y castigados con pena de muerte algunos jefes de los amotinados: por último se concedió una amnistía jeneral á todos los que habian tomado las armas (1537). La alegría que esperimentó Enrique por las victorias conseguidas contra los rebeldes, llegó á su colmo con el nacimiento de un hijo, al que bautizaron bajo el nombre de Eduardo, y fué creado inmediatamente príncipe de Gales, duque de Cornouailles y conde de Chester; pero no fué muy duradera la alegría del rey, porque á los doce dias del parto murió la reina.

El nacimiento de un hijo y la pacificación del reino afirmaron la autoridad del rey, que solo se ocupó en la destruccion completa de los monasterios, adjudicando sus rentas á la corona. Para acallar las murmuraciones que producian semejantes violencias, el rey partió los despojos de los monasterios con la nobleza, ya concediendo las rentas de algunas casas religiosas á sus cortesanos, ya cediéndoselas á muy bajo precio, ó bien haciendo cambio de tierras con desventaja suya.

ENRIQUE REPUDIA A SU CUARTA ESPOSA Y CONTRAER NUEVO MATRIMONIO CON CATALINA HOWARD. — (1540) Despues de la muerte de Juana Seymour, Enrique pensó en contraer nuevo enlace. Cromwell le propuso á Ana de Cleves, cuyo hermano, el duque de este nombre, gozaba de mucho crédito entre los príncipes luteranos de Alemania: presentóle el retrato de la princesa, que le pareció encantadora, y se efectuó el casamiento; mas luego que Enrique vió á Ana, le pareció tan desprovista de gracias y de belleza, que declaró que nunca podria inspirarle mas que disgusto. Creció tanto su aversion hácia Ana, que determinó buscar un medio con que poder á la vez disolver una union tan odiosa para él, y perder al ministro que habia sido el autor de ella: ademas esperaba que sacrificando á Cromwell haria cesar los clamores que se elevaban de todas partes contra su gobierno, y volveria á ganar el afecto de sus súbditos. Habiéndose enamorado Enrique de Catalina Howard, sobrina del conde de Norfolk, no halló otro espediente mejor que repudiar á Ana, para desposarse con el objeto de su nueva pasion. Cromwell fué encerrado en la Torre, y acusa-

do de alta traición: la cámara de los pares, sin instruir proceso, sin interrogatorio y sin pruebas, tuvo la vileza de condenar á muerte al mismo que, pocos dias antes, habia declarado digno de ser *el vicario jeneral del universo*.

El casamiento del rey con Catalina Howard y la alianza que Enrique contrajo en esta época con el emperador de Alemania, fueron mirados por los católicos como dos acontecimientos favorables á su causa. Hallándose á la cabeza del consejo Norfolk y Gardiner, se ejerció una persecucion violenta contra los protestantes, y la ley de los seis artículos, conocida con el nombre de *Estatuto de sangre*, fué ejecutada con rigor (1). No fueron menos perseguidos los católicos que negaban la supremacía del rey.

SUPLICIO DE CATALINA HOWARD. — (1542) Enrique se hallaba muy dichoso con su nuevo casamiento: la belleza, la juventud y el carácter amable de Catalina, fijaron todo su afecto.

(1) Estos seis artículos de fé, aprobados por el parlamento, establecian la presencia real, la comunión bajo una sola especie, la obligacion perpétua del voto de castidad, la utilidad de la misa particular, el celibato del clero y la necesidad de la confesion auricular.

Sin embargo, la reina no merecia este exceso de ternura; Cranmer fué informado de las debilidades que habia tenido antes de su casamiento, y lo puso en conocimiento del rey. Interrogada Catalina negó al principio su crimen; mas cuando supo que tenian las pruebas, todo lo confesó, escudándose únicamente con que jamás habia hecho traicion al rey; pero no fué creída. Enrique reunió inmediatamente el parlamento, su vengador ordinario, el cual sentenció á muerte á la reina, y fué decapitada en Tower-Hill: casi todos sus parientes sufrieron la misma suerte por no haber revelado sus anteriores deslices.

Enrique, pretendiendo vengarse de la indiferencia con que el rey de Escocia, su sobrino, habia recibido sus ofertas de amistad, le declaró la guerra. El duque de Norfolk invadió la Escocia con mas de veinte mil hombres, y llegó hasta Kelso; pero cuando supo que el rey de Escocia tenia treinta mil hombres que oponerle, retrocedió. Jacobo dió orden de perseguir á sus agresores y llevar la guerra á la misma Inglaterra: envió un ejército de diez mil hombres que penetraron en el territorio ingles, y el mismo rey los siguió á

poca distancia. Este ejército, á la vista de un cuerpo de quinientos ingleses solamente, sobrecojido de un terror pánico, tomó la huida: hubo pocos muertos, pero muchos prisioneros. La nueva de este desastre consternó tanto al rey de Escocia que cayó gravemente enfermo: no tenia ningun hijo, y en esta sazón le llegó la noticia de que la reina habia parido una niña: pocos dias despues espiró Jacobo, dejando por sucesora á la princesa recién nacida, que luego llegó á ser aquella mujer tan desgraciada, conocida con el nombre de María Estuardo.

Informado Enrique de la victoria de sus armas y de la muerte de su sobrino, trató de reunir la Escocia á sus estados, casando á su hijo con la heredera de aquel reino: en consecuencia dió la libertad á los señores escoceses que tenia prisioneros, sin ecsijirles rescate, para que favoreciesen esta union. El primado Beaton, primer ministro del rey Jacobo, se opuso á ella y solicitó el apoyo de la Francia, antigua aliada de Escocia, que prometió socorros de dinero y de hombres. Irritado Enrique de esta proteccion, hizo liga con el emperador, y declararon la guerra á Francisco I (1543).

El monarca inglés convocó un parlamento, que le concedió los subsidios necesarios para los gastos de la guerra. Por este mismo tiempo se casó nuevamente Enrique con Catalina Parr, viuda de lord Latimer, mujer virtuosa y algo inclinada á las nuevas creencias. Cuando la llegada de la primavera permitió abrir la campaña, envió Enrique una armada y un ejército para invadir la Escocia (1544): los ingleses tomaron á fuerza de armas las ciudades de Edimburgo, Hadington y Dumba, las cuales fueron saqueadas é incendiadas.

Esta incursion sirvió mas bien para ecsasperar á los escoceses que para someterlos. Enrique llamó prontamente sus tropas para ejecutar el tratado concluido con el emperador, por el cual habian convenido estos dos príncipes el entrar en Francia con mas de cien mil hombres. La traicion entregó la ciudad de Boloña á los ingleses; mas el emperador despues de haber tomado muchas plazas, firmó la paz en Crepy con Francisco I, sin hacer mencion de la Inglaterra, y Enrique tuvo que volverse á su reino.

El año siguiente (1545) continuó la guerra en Escocia sin

acontecimientos importantes. En la primavera de 1546, Enrique envió á Francia un ejército de nueve mil hombres, que trabó algunas escaramuzas, sin progresos notables de una parte ni de otra. Por último, los comisarios nombrados por los dos soberanos para terminar sus diferencias, firmaron un tratado cuyo principal artículo fué que Enrique conservaria la Boloña hasta que Francisco estinguiese su antigua deuda con la Inglaterra: el rey de Francia tuvo cuidado de comprender en el tratado á su aliada la Escocia.

PELIGRO DE CATALINA PARR, SEXTA ESPOSA DE ENRIQUE. — Desembarazado Enrique de todas las guerras estranjeras, volvió su atención hácia los asuntos domésticos. Su orgullo, irritado por la debilidad de su salud, le hacia mas implacable que nunca contra los que se atrevian á diferir de su opinion. El objeto favorito de la conversacion del rey era la teología, y la reina tenia bastante instruccion para poder hablar sobre la materia. Un dia tuvo la imprudencia de declarar demasiado su opinion en favor de la doctrina de los reformistas: Enrique, encolerizado de que la reina tuviese la presuncion de pensar de distinto

modo que él, se quejó á Gardiner y al canciller, y por sus consejos mandó estender un acta de acusacion contra su misma mujer. Por fortuna este acta se le cayó del bolsillo al canciller, y fué hallada y entregada á la reina por uno de sus amigos. Catalina conoció su inminente peligro, mas no desesperó de salvarse con su prudencia y su tino. Luego que el rey se halló con ella procuró hacer recaer la conversacion sobre el objeto que le era familiar; pero la reina rehusó con dulzura la contienda, respondiendo modestamente que unas discusiones tan profundas eran superiores á la debilidad de su seco, y que se gloriaba de ser la esposa del mayor teólogo del mundo. El rey, transportado de alegría, esclamó: «¿Es eso cierto, querida? ¿Con que siempre somos amigos?» La abrazó cordialmente y la despidió asegurándole de su proteccion y ternura.

MUERTE DE ENRIQUE VIII. — (1547) Enrique temia que el poder del duque de Norfolk fuese perjudicial durante la menor edad de su hijo Eduardo; y como el conde de Surrey hijo del duque, rehusára casarse con la hija del conde de Hertfod, el rey imaginó que aspiraba á la

mano de la princesa María su hija; por lo cual mandó que Norfolk y Surrey fuesen arrestados y conducidos á la Torre. Surrey fué sentenciado á muerte por la cámara de los comunes de la cual era miembro: Norfolk fué tambien sentenciado á pena capital, y por orden del rey se fijó la ejecucion para la mañana del 29 de enero de 1547. Pero aquel día se supo en la Torre que el rey habia muerto la noche anterior, y el al caide creyó de su deber suspender la ejecucion: despues el consejo no juzgó conveniente principiar un nuevo reinado con la muerte del señor mas poderoso del reino.

Habia llegado Enrique á una ovesidad que le impedia andar, y se le formó una úlcera en un muslo, de la cual murió en medio de los sufrimientos de una larga agonía, á los sesenta y seis años de edad: reinó treinta y siete años y nueve meses.

Enrique habia hecho su testamento un mes antes de su muerte: en él dejó la corona, primero al príncipe Eduardo; en defecto de este á la princesa María, y en seguida á la princesa Isabel su segunda hija; pero obligando á estas dos princesas, bajo pena de perder sus dere-

chos á la corona, á no casarse sin el consentimiento del consejo que habia nombrado para gobernar durante la menor edad de sus hijos.

EDUARDO VI. — (1547) Este príncipe, á su advenimiento al trono solo tenia nueve años: su padre, que habia fijado su mayoría á los dieziocho, nombró dieziseis ejecutores testamentarios, depositarios de la autoridad real, y adjuntos á estos, doce consejeros. Apenas se reunió el consejo de rejencia, reconoció que el gobierno perderia de su dignidad, si no le daban un jefe que pudiera representar la majestad real. Se convino pues en nombrar un protector, y la eleccion recayó en el conde de Hertford, tio materno del jóven rey, que fué creado duque de Somerset, mariscal y gran tesorero; pero no satisfecha la ambicion de Somerset con estas dignidades, hizo que su sobrino le nombrase rejente, con el pleno ejercicio del poder real.

Somerset era partidario secreto de los protestantes; así tuvo cuidado de que las personas á quienes confió la educacion del rey, fuesen de sus mismos principios; pero no tomó disposicion alguna para estender la reforma,

sin consultar antes con Cranmer, hombre prudente y moderado, y enemigo de las medidas violentas.

En Escocia, un gentilhomme llamado Wishart, llevado de su celo por la reforma, empezó á predicar contra el catolicismo. Beaton, cardenal primado, para imponer á los novadores, hizo condenar á Wishart al fuego como hereje; pero sus discípulos, enfurecidos por semejante suplicio, formaron una conspiracion contra el cardenal, que fué asesinado poco tiempo despues: los asesinos, reunidos con sus amigos, resolvieron defenderse y enviaron mensajeros á Lóndres á implorar el socorro de Eduardo VI, que prometió protegerlos. Para cumplir esta promesa y para realizar el proyecto del rey difunto, de unir los dos reinos por medio de un casamiento, el protector levantó un ejército de dieziocho mil hombres, con el cual invadió la Escocia. Los escoceses, dobles en número á los ingleses, y escitados ademas por los curas, que marchaban á su cabeza, rehusaron todo convenio con un pueblo á quien miraban como hereje. Dióse la batalla á cuatro millas de Edimburgo, en la que las tropas escocesas fueron comple-

tamente derrotadas: pocas acciones hubo tan decisivas como esta; los ingleses apenas perdieron doscientos hombres, y mataron mas de diez mil enemigos.

Somerset, en vez de proseguir sus ventajas, volvió á Inglaterra, porque supo que algunos miembros del consejo, y el almirante, su propio hermano, conspiraban contra su autoridad. A su llegada convocó un parlamento (1548): en esta legislatura, fueron revocadas todas las leyes promulgadas en el anterior reinado contra el crimen de alta traicion, contra la secta de los lollards y otras herejías; hasta el estatuto de los seis artículos fué anulado.

Cuanto mas progresaba la reforma en Inglaterra tanto mas se alejaba el protector del objeto que se habia propuesto, que era la reunion de los dos reinos: las diversas tentativas hechas hasta entonces contra la Escocia, solo sirvieron para irritar á esta nacion y para inspirarle la mayor antipatia contra un pueblo que tanto se separaba de sus antiguos principios relijiosos. La reina viuda, aprovechándose de la disposicion de los ánimos, convocó un parlamento, que decidió que la jóven reina fuese enviada á Francia: verificóse la

partida, y Maria llegó á París, donde poco tiempo despues se desposó con el delfin.

Somerset, perdida la esperanza de realizar sus proyectos sobre la Escocia, no se hallaba ménos embarazado con las intrigas de la corte de Inglaterra. Su hermano, lord Seymur, hombre de gran capacidad, y de una ambicion insaciable, conspiró contra él, y fué condenado á muerte por el parlamento y decapitado en Tower-Hill. Despues del proceso de Seymur, el parlamento se ocupó especialmente de los negocios eclesiásticos; por medio de las providencias que adoptó, las principales opiniones y la mayor parte de las prácticas de la relijion católica fueron abolidas, y la reforma, tal como se halla en el dia, quedó casi enteramente concluida.

La muerte de lord Seymur no sacó al rejente de embarazos. Los aldeanos de muchos condados, sentidos de la supresion de los monasterios é irritados del pesado yugo que sufrían de parte de los jentilhombres, se sublevaron; pero la fermentacion fué prontamente apaciguada, en unas provincias con la persuasion y la dulzura, y en otras con la fuerza.

Estos levantamientos interio-

res animaron á los enemigos de fuera: los escoceses tomaron la ofensiva, se apoderaron de la fortaleza de Brouhty, y obligaron á los ingleses á evacuar á Haddington: los franceses recobraron sucesivamente todas las plazas conquistadas por Enrique VIII en el continente, excepto Boloña. Somerset, que no tenia esperanza de obtener la alianza del emperador, formó el designio de tratar de la paz con Francia y Escocia; pero encontró una obstinada resistencian en el consejo: lord Saint-John, presidente, los condes de Warwick, de Southampton y de Arundel, y otros cinco consejeros, resolvieron su pérdida, y atribuyéndose toda la autoridad, se propusieron deliberar sin la participacion del rejente, al que acusaron como autor de todas las calamidades públicas, y le enviaron preso á la Torre. Despues compareció de rodillas ante el consejo, convino en todos sus desaciertos, que atribuyó á su imprudencia y temeridad, pero defendióse de toda intencion criminal; en seguida, por un acta del parlamento, fué despojado de todos sus cargos y multado en doscientas libras: en su lugar ocupó el cargo de tesorero lord Saint-John, y Warwick el de

gran mariscal. Las consecuencias no pasaron adelante; el rey absolvió de la multa á Somerset y le volvió la libertad.

Warwick y el consejo de rejenencia se hallaron tan embarazados como Somerset de la guerra con Francia y Escocia: conocieron como él que era indispensable hacer la paz, y concluyeron un tratado por el cual se fijó la restitucion de Boloña en cuatro mil escudos: la Escocia fué comprendida en este tratado, y los ingleses se obligaron á demoler las fortalezas de Boxburgh y de Eymouth (1550).

El consejo, cuyo jefe era Warwick, redobló su celo para estender la reforma y perseguir á los católicos. Muchos prelados que aun permanecian adictos á la comunión romana, entre ellos Gardiner, fueron despojados de sus sillas, bajo el pretexto de desobediencia. La princesa María, enemiga de la nueva liturgia, respondió á las instancias del consejo, que antes sufriría la muerte que renunciar á su religión. El jóven rey, que habia sido educado en el odio á la misa y al rito católico, se quejaba de la obstinacion de su hermana y deploraba la necesidad en que se hallaba de dejarla perseverar en un culto

tan odioso á sus ojos (1551).

Si el consejo de rejenencia procuró con ardor estender los progresos del protestantismo, tambien se ocupó con celo de los intereses temporales, y se le vió favorecer por todos los medios que estaban á su alcance la industria y el comercio de la nacion, desatendidos hasta entonces por el gobierno y por el pueblo; pero la ambicion de Warwick paralizó sus buenas intenciones y ocasionó nuevas turbulencias. Habiendo muerto sin sucesion el conde de Northumberland, Warwick se hizo adjudicar sus inmensas tierras y tomó el título de duque de Northumberland. Como Somerset era aun bastante poderoso y popular para inquietar al nuevo duque, este resolvió consumir la pérdida de un hombre á quien miraba como el principal obstáculo á sus proyectos de elevacion: y habiendo ganado á la mayor parte de sus servidores, estos le instruyeron de que Somerset formaba proyectos de venganza contra su persona. Acusado ante la cámara de los pares, no pudo negar que habia meditado la pérdida de Northumberland y de los demas miembros del consejo; por consiguiente fué condenado á muerte por el cri-

men de felonía (1552). Cuando le condujeron al cadalso, el pueblo pedía á voces su perdon; pero Nortumberland habia cuidado de que nadie pudiese hablar al rey. Somerset sufrió la muerte con calma y resignacion, y muchos espectadores de aquella escena horrible empaparon los pañuelos en su sangre, guardándolos como una preciosa reliquia, que mas tarde deberia ofrecerse á los ojos de Warwick, cuando se hallase en igual situacion que su víctima.

Eduardo VI, en razon de su edad y de sus enfermedades, era susceptible de recibir todas las impresiones que quisieran comunicarle. Warwick, previendo que el prócsimo fin del rey le permitiria ejecutar sus proyectos ambiciosos, le indujo á que escluyese del trono á sus hermanas María é Isabel; diciendo que habian sido declaradas ilegítimas por el parlamento, y sobre todo que si María llegase á ocupar el sólio, aboliria la relijion protestante: que alejadas estas princesas de la corona, la sucesion recaía en Juana Gray, sobrina segunda de Enrique VIII, y cuyo celo por la reforma era bien conocido. El dócil Eduardo firmó los despachos que excluian á sus her-

manas y que llamaban en su lugar á los herederos de la duquesa de Suffolk. Warwick para acabar la trama urdida por su ambicion, casó al mismo tiempo á su hijo lord Guilford Dudley con Juana Gray (1553).

Hecha ya esta disposicion, Eduardo se sintió tan agravado en sus dolencias, que no daba esperanzas de vida; y para colmo de la imprudencia, por consejo de Northumberland fueron despedidos los médicos, y la vida del príncipe entregada al charlatanismo de una vieja que prometió curarle, pero que le acabó de matar: espiró en Greenwich, á los dieziseis años de edad, el sétimo de su reinado. Este príncipe reunía á su carácter dulce, un gusto pronunciado por el estudio y por los negocios, era de espíritu recto y amaba mucho la equidad.

MARIA. — (1554) Los derechos que la princesa María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, tenia á la corona despues de la muerte de su hermano, eran incontestables; y á pesar de los temores que su relijion inspiraba á los protestantes, siempre fué mirada como la sucesora de Eduardo VI. Northumberland, que no ignoraba los obstáculos que iba á encon-

trar la medida que habia hecho adoptar al rey, formó el proyecto de apoderarse de las dos princesas, para lo cual hizo que el consejo las invitase á trasladarse al lado de su moribundo hermano: ya estaba María en Holdesden cuando supo por un espreso del conde de Arundel, la muerte de Eduardo y la conspiracion formada contra ella. Retiróse inmediatamente al condado de Suffolk, desde donde escribió á los principales nobles del reino, ordenándoles que tomasen las armas en su defensa, y despachó un correo al consejo de rejenia mandándole que la hiciera proclamar como reina en Lóndres.

Juana Gray, que ignoraba en gran parte lo que habia pasado en su favor, á pesar de su repugnancia fué conducida por Northumberland á la Torre, donde los soberanos ingleses tenian la costumbre de pasar los primeros dias de su advenimiento. El consejo mandó que Juana Gray fuese proclamada reina de toda la nacion; pero sus órdenes solo fueron ejecutadas en Lóndres y sus inmediaciones. Durante este tiempo los habitantes del condado de Suffolk se declararon por María; la alta nobleza y todos los jentilhombres cor-

rian diariamente á aumentar su partido.

Northumberland levantó tropas que reunió en Lóndres y marchó á su cabeza: al llegar á Saint-Edmundsbury juzgó que su ejército era demasiado débil para contrarestar al de María, y escribió al consejo pidiéndole refuerzo; pero los ministros, aprovechando esta ocasion para salir de la especie de servidumbre en que los tenia Northumberland, se declararon por su legítima soberana, que fué proclamada en Lóndres con alegría del pueblo. Juana Gray, despues de haber sostenido durante diez dias la vana pompa de la majestad real, volvió á entrar en la vida privada con mas satisfaccion que la que habia demostrado cuando la ofrecieron el trono. En todas partes por donde pasó la reina al dirigirse á Lóndres, recibió los mayores testimonios del afecto y fidelidad pública. María dió orden para que asegurasen la persona de Northumberland, á quien ya habian abandonado sus partidarios, y en seguida hizo encerrar en la Torre á Juana Gray y á lord Guilford Dudley, su marido. Northumberland fué condenado á muerte y decapitado: la misma sentencia se pronunció contra

Juana y Dudley ; pero la inocencia y la juventud de los dos esposos, que apenas tenian diezisiete años, hicieron dilatar su ejecucion.

El celo de María por la religion católica no tardó mucho tiempo en desplegarse: Gardiner y otros muchos obispos fueron reinstalados en sus obispados: Cranmer, á pesar de los servicios que prestó á la reina en tiempo de Enrique VIII, fué apripionado como culpable de haber favorecido el partido de Juana Gray; se le declaró reo de alta traicion y le condenaron á muerte; pero esta sentencia no tuvo ejecucion, porque reservaron al prelado para los castigos mas crueles. A la apertura del parlamento María hizo celebrar en presencia de las dos cámaras una misa del Espíritu Santo en lengua latina; los estatutos de Eduardo con respecto á la reforma fueron abolidos, y desde entonces la religion nacional quedó sobre el mismo pie en que estaba á la muerte de Enrique VIII.

La eleccion de esposo para la reina era un objeto importante al interés de la nacion: cuando se supo que el casamiento se negociaba con Felipe, hijo del emperador Carlos V, los comunes

se alarmaron de ver resuelta á la reina á contraer una alianza estrangera, y la dirijieron varias representaciones sobre las fatales consecuencias que este enlace podria acarrear. Impaciente María con estas amonestaciones, tomó el partido de disolver el parlamento, y el casamiento quedó concertado. Para apaciguar los ánimos, los artículos del contrato se hicieron del modo mas favorable á los intereses y aun á la grandeza de Inglaterra: se estableció que á pesar del título de rey que se daria á Felipe, la administracion quedaria enteramente en manos de la reina; que ningun estrangero podria obtener empleo en el reino; que las leyes, las costumbres y los privilegios de la nacion no sufririan innovacion alguna, y que los hijos varones que naciesen de esta union, heredarían no solo la corona de Inglaterra, sino de Borgoña y de los Países Bajos.

Pero la publicacion de estos artículos no satisfizo á la nacion que se persuadió jeneralmente de que la Inglaterra iba á ser una provincia de España, cuyo gobierno ejercia la autoridad mas despótica. Formáronse varias conspiraciones para oponerse al casamiento de la reina,

que produjeron levantamientos en algunos condados; pero los rebeldes fueron prontamente reprimidos por las tropas de la reina, y decapitados los principales jefes de la revuelta, entre ellos sir Tomás Wyat: Suffolk, jefe tambien de los conjurados, fué preso y conducido á Lóndres.

SUPPLICIO DE JUANA GRAY Y DE SU ESPOSO.—La rebelion de Wyat fué funesta á Juana Gray y á su esposo, que jemian en la Torre, á quienes advirtieron que se preparasen á morir. El dia de la ejecucion obtuvo su esposo permiso para verla por última vez; pero Juana tuvo suficiente valor para rehusar esta dolorosa entrevista, diciendo que su separacion duraria menos que un relámpago; y que bien pronto se encontrarían en un lugar donde sus corazones permanecerian unidos para siempre. Inmediatamente despues del suplicio de estos dos esposos, fué juzgado y decapitado el duque de Suffolk. La princesa Isabel, convencida de haber tenido conocimiento del complot formado contra su hermana, fué encerrada en la Torre donde esperaba sufrir la misma suerte que su madre Ana Bolena; pero despues fué trasladada al castillo de Woodstock,

donde la guardaron con el mayor rigor.

Convocado el parlamento, el canciller Gardiner creyó hallarle dócil á la voluntad de la reina, y pidió, bajo el pretexto de prevenir toda colision entre los competidores, que se autorizase á María para disponer de la corona y nombrar su sucesor (1554). Cuando el parlamento vió que se trataba de comprometer hasta este punto la independencia y felicidad de la nacion, resistió á las instancias de Gardiner, y solo accedió á ratificar los artículos del contrato matrimonial. La reina disolvió tambien esta asamblea que no queria secundar sus designios.

María esperaba con impaciencia la llegada de Felipe, que por fin desembarcó en Southampton. A los pocos dias, los desposados fueron casados en Westminster, y despues de hacer una brillante entrada en Lóndres, la reina condujo á su esposo al palacio de Windsor, donde fijaron su residencia. El orgullo y la fiereza de Felipe, lejos de destruir las prevenciones del pueblo inglés, no hicieron sino aumentar su aversion hácia un príncipe extranjero. Convocóse un nuevo parlamento, elegido bajo la influencia de la corte: esta asamblea

rehusó, así como la precedente, declarar á Felipe heredero presuntivo de la corona; pero mostró la mayor indiferencia por la religión reformada; revocó el acta de prosercion pronunciada en el reinado de Enrique VIII contra el cardenal de la Pole, que se hallaba en Flandes y marchó inmediatamente á Lóndres. A instancia de este cardenal el parlamento trató de reconciliarse, igualmente que al reino, con la santa sede, de la que por tanto tiempo habian estado separados; á cuyo efecto suplicaron las dos cámaras á Felipe y á María que intercediesen por ellos con el santo padre, para obtener perdón y olvido de su infidelidad. Concedióseles gustosamente su petición, y el legado la Pole, á nombre del papa, absolvió al parlamento y al reino, levantó todas las censuras, y los recibió de nuevo en el seno de la Iglesia.

REACCION CATÓLICA. — Después del restablecimiento de la religión católica, las opiniones ardientes de Gardiner le decidieron contra los principios tolerantes de la Pole, y se pusieron en vigor las leyes contra la tolerancia. La reina mandó procesar á muchos predicadores protestantes que habian sido presos como cómplices de Nor-

thumberland. Establecióse un tribunal compuesto de trece obispos y muchos señores, presidido por Gardiner: Rojers, canónigo de San Pablo, Hooper, obispo de Gloucester, y los rectores Saunders y Taylor, perecieron en la hoguera por haberse negado á la retractacion que se escijia de ellos. En poco tiempo se multiplicaron tanto las ejecuciones, que Gardiner se horrorizó, y trasmitió sus poderes á Bonner, obispo de Lóndres, hombre de carácter feroz. No referiremos aquí todas las crueldades cometidas en Inglaterra en el trascurso de tres años; baste decir que en este espacio de tiempo doscientas setenta y siete personas de todas edades y condiciones fueron quemadas vivas. Cranmer, á quien tanto tiempo tuvieron preso, viendo que se acercaba su última hora, se dejó vencer por el amor á la vida, y consintió en hacer la retractacion; pero la corte queria que hiciese una confesion auténtica de sus errores en la catedral á presencia del pueblo, y se dió la orden para que en seguida le condujesen al suplicio: instruido Cranmer secretamente de que se iba á deshonorar sin evitar la muerte, sorprendió al auditorio con una declaracion

de todo punto contraria á la que se esperaba de él: en seguida fué conducido al lugar del suplicio y entregado á las llamas (1556).

Muerto Cranmer, el cardenal de la Pole fué elevado á la silla arzobispal de Cantorbery, por cuya dignidad se halló á la cabeza del clero de Inglaterra. Aunque este prelado fué muy opuesto al sistema sanguinario adoptado contra los herejes, su autoridad era demasiado débil para resistir al fanatismo de la reina y de sus consejeros. Tratábase de empeñar á la Inglaterra en la guerra que se habia encendido entre España y Francia: el cardenal de la Pole se opuso fuertemente contra esta resolución; pero Felipe, á quien la abdicacion voluntaria de su padre Carlos V acababa de hacer dueño de los tesoros de las Indias y de los mas ricos estados de Europa, significó á la reina que si no se accedia á su demanda, jamás volveria á pisar el suelo de Inglaterra. Las amenazas y los artificios de María triunfaron por último de la resistencia de sus ministros, y se resolvió la guerra: la reina envió á los Países Bajos un ejército de diez mil soldados al mando del conde de Pembroke. Las fuerzas del rey de España, que ascendian á mas

de sesenta mil hombres, invadieron la Picardia á las órdenes del duque de Saboya, y pusieron sitio á San Quintin. El condestable de Montmorency, á la cabeza de veinte mil hombres, acudió en socorro de la plaza; pero fué desbaratado por el ejército español y hecho prisionero: este acontecimiento consternó á toda la Francia; sin embargo con la indecision de Felipe, no tardó en recobrase de sus primeras alarmas: el vencedor se contentó con la toma de San Quintin, y retiró sus tropas á cuarteles de invierno (1557).

Para vengar esta derrota, otro ejército francés, mandado por el duque de Guisa, marchó sobre Calais. En medio del invierno (1558) y en solos ocho dias, consiguió recobrar esta plaza importante, que los ingleses habian poseido durante dos siglos: la pérdida de Calais escasperó á la nacion inglesa, que murmuró altamente contra la imprudencia de la reina y de su consejo. Los escoceses, escitados por la Francia, volvieron á principiar sus incursiones por las fronteras de Inglaterra. Enrique II, para unir mas estrechamente la Escocia á su reino, juzgó que ya era tiempo de efectuar el casamiento de la jóven reina con el delfin, y el

parlamento escocés envió una diputacion para asistir á la ceremonia y para sentar las condiciones del contrato.

Los nuevos nudos que estrechaban la alianza de Francia y de Escocia, amenazaban mas y mas al reposo y seguridad de María. Esta reina juzgó necesario convocar un parlamento y pedirle subsidios para llenar su esausto tesoro. La cámara de los comunes, sin reflexionar sobre lo pasado, le concedió todo cuanto pidió: se equipó una armada de ciento cuarenta velas, á la que los flamencos juntaron treinta embarcaciones; se metió en ellas seis mil hombres de desembarque, y estas fuerzas reunidas fueron á hacer algunas tentativas sobre las costas de Bretaña; pero no tardaron en entablarse negociaciones de paz entre los reyes de Francia y de España, y mientras se discutian los artículos del tratado, se supo repentinamente la muerte de María. Su salud andaba vacilante mucho tiempo hacia; el sentimiento de la pérdida de Calais, la inquietud por el mal estado de sus negocios, y sobre todo el disgusto por la partida de su esposo, que iba á fijarse para siempre en España, quebrantaron su alma y aniquilaron sus fuerzas:

sucumbió de una fiebre lenta, á los cinco años de su infeliz reinado.

ISABEL. — (1558) Esta princesa habia mostrado en su conducta, durante el reinado de su hermana, la mas consumada prudencia: los peligros de que se vió amenazada la hicieron tan interesante que habia llegado á ser en cierto modo el ídolo de la nacion. Luego que María cesó el último suspiro, Isabel fué proclamada reina, y el pueblo manifestaba su satisfaccion con los trasportes de la alegría mas pura y jeneral. Isabel tuvo la modestia de sepultar en el olvido los ultrajes de que habia sido abrumada. Al noticiar á Felipe su elevacion al trono le espresó todo su reconocimiento por la proteccion que le habia dispensado anteriormente contra las persecuciones de su hermana. Felipe, que veia con pesar escapársele la Inglaterra, ofreció su mano á la nueva reina; pero esta le contestó con una negativa llena de agradecimiento.

RESTABLECIMIENTO DEL PROTESTANTISMO. — Los intereses de Isabel y la educacion que habia recibido la inclinaban á favor de la reforma; pero quería caminar hácia su objeto con pasos medidos y seguros. A los des-

terrados y á los presos por causa de religion, á unos levantó el destierro y á otros puso en libertad; mandó que la oracion dominical, las letanías, el símbolo de los apóstoles y los evangelios se recitasen en inglés, y que todas las iglesias se conformasen con la manera de officiar que usaba en su capilla. Despues de haber asegurado á los protestantes con estas medidas, difirió el cambio que meditaba en la religion hasta la reunion del parlamento.

El primer bill propuesto á las dos cámaras fué para suprimir los monasterios recientemente establecidos, y para conceder á la reina los diezmos y primicias. Habiendo pasado este bill sin mucha dificultad, se presentó otro para atribuir la supremacia espiritual á la corona, que igualmente fué aprobado. Durante este parlamento hubo una controversia pública entre los teólogos protestantes y católicos, en la que triunfaron los defensores de la religion de la reina. Enardecidos por esta victoria los protestantes, presentaron un bill para abolir la misa y restablecer en lo jeneral la liturgia del rey Eduardo. De este modo, en una sola legislatura, sin violencia y sin tumulto, se

cambió todo el sistema de la religion.

DESAVENENCIAS ENTRE ISABEL Y MARIA ESTUARDO. — Entretanto que Isabel y el parlamento trabajaban de consuno en fijar el estado de la religion en el reino, el rey de Francia, Enrique II, á instigacion de los Guisas, tios de María Estuardo, no perdía de vista las pretensiones de su nuera á la corona de Inglaterra, como nieta de Enrique VIII; en consecuencia mandó al delfin y á su esposa que tomasen los títulos y las armas de los monarcas ingleses. Luego que llegó esto á noticia de Isabel, imaginó que la intencion del rey de Francia era disputarle su legitimidad y sus derechos al trono, cuando hallase ocasion. Muerto Enrique II en un torneo, sucedióle su hijo Francisco II, que continuó llevando las armas y el título de rey de Inglaterra; desde este momento él y la reina de Escocia parecieron á Isabel sus mayores enemigos; tal fué el origen de aquel odio profundo que persiguió á la desgraciada María hasta la tumba.

REFORMA DE LA RELIJION EN ESCOCIA. — La reforma, que se habia hecho eminentemente popular en Escocia, no tardó en ocasionar en este pais turbulen-

cias, de las que Isabel resolvió sacar partido. Juan Knox, que acaba de llegar de Jinebra, donde se había imbuido de todo el fanatismo de la secta de Calvino, aprovechándose de la fermentación de los espíritus, estableció su cátedra en Perth, declamó con violencia contra la liturgia romana, y escitó á su auditorio á sacudir el yugo del papa. A sus predicaciones siguieron los mayores desórdenes, y no tardó la guerra civil en desolar todo el reino. Los jefes de la reforma solicitaron la protección de Isabel: el consejo de esta princesa no dudó en aprovechar una ocasión tan favorable á sus miras é intereses, y envió una escuadra con un ejército de ocho mil hombres á Escocia (1559). La aparición de los ingleses terminó inmediatamente las sangrientas desavenencias de los escoceses; y los franceses, que defendían á los católicos, se vieron obligados á capitular y reembarcarse. Publicóse una amnistía jeneral, y poco tiempo despues el parlamento de Edimburgo abolió la jurisdicción del papa en Escocia, y estableció el formulario de la disciplina presbiteriana, sin cuidarse de la resistencia de la reina María, que negó su sancion á estos reglamentos.

La inesperada muerte de Francisco II (1561), y sobre todo la rejeñcia de Catalina de Médicis, hicieron insoportable á la reina de Escocia su permanencia en Francia, y resolvió trasladarse á su reino. Tenia entonces diezinueve años; su belleza y su afabilidad hicieron una impresion favorable en el ánimo de sus súbditos, y su retorno causó universal alegría. El primer cuidado de María Estuardo fué restablecer el orden en un pais dividido por las facciones y por los odios particulares; pero ecsistia un motivo que en breve debia privar á Maria del afecto jeneral que al principio le habian conciliado sus maneras y su conducta: era católica. Aislada en medio de ministros y de súbditos fanáticos, no tardó en experimentar ultrajes que se renovaban á cada momento, y que soportaba con tanta dulzura como paciencia. María, privada de todo apoyo, creyó que el solo medio de asegurar su tranquilidad era mantener relaciones amistosas con la reina de Inglaterra, y las dos soberanas guardaron todas las apariencias de una sincera reconciliación.

GLORIA Y PODERIO DE LA INGLATERRA. — Isabel dirijió princi-

palmente su atencion á todo lo que podia aumentar la gloria y felicidad de la nacion inglesa: así es que desde los primeros años de su reinado estinguió una parte de la inmensa deuda de la corona; hizo reglamentos sobre la moneda, que sus predecesores habian alterado considerablemente, llenó de armas los arsenales, fortificó las fronteras, levantó el comercio y la navegacion, en fin aumentó su marina de tal modo, que fué tenida, con razon, como restauradora del poder marítimo de la Inglaterra, y como soberana de los mares del Norte.

A pesar de la estricta economía de la reina, sus esfuerzos para sostener á los protestantes de Francia y de Holanda habian agotado sus tesoros, y se halló en la necesidad de convocar un parlamento para obtener subsidios (1563). Al principio de las sesiones la cámara de los comunes le presentó una nueva peticion, en la que despues de hacerle presente los males que ocasionaba siempre una sucesion interrumpida y dudosa, la suplicaban que eligiese un esposo; y que en el caso de que aun conservase repugnancia al matrimonio, su sucesor fuese nombrado, ó al menos designado por

un acta del parlamento. Con vencida la reina de que cualquier heredero que designase, llegaria á ser para ella un rival, dió una respuesta equívoca á los comunes; y cuando al fin de la lejislatura esta cámara ecsijió una contestacion formal, la reina dijo únicamente, contra lo que habia asegurado al principio de su reinado, que no estaba absolutamente determinada á no casarse.

La paz continuaba con Escocia. María por conformarse con los votos de sus súbditos y de su consejo, se decidió á casarse con Enrique Estuardo, lord Darnley, primo-hermano suyo: Darnley era, despues de la reina de Escocia, el mas prócsimo heredero de la corona de Inglaterra. Isabel, irritada por esta union, protestó y se quejó como si hubiese recibido el mayor ultraje: este fué un nuevo pretesto para negarse á reconocer los derechos de María á sucederla, y para fomentar el descontento y el espíritu revolucionario de la nobleza y del clero de Escocia.

Habiéndose rebelado los escoceses contra su reina en 1568, tuvo esta que abdicar la corona en favor de su hijo Jacobo, que aun se hallaba en la infancia, y refugiarse en los estados de

Isabel, implorando su proteccion. La reina de Inglaterra, viendo á su rival en poder suyo, escuchó mas bien los consejos de la política que los de la jenerosidad, y declaró á María que no podia recibirla en su presencia hasta que se justificase de la muerte de su esposo, cuyo crimen se le imputaba. Al oír esta noticia, María derramó abundantes lágrimas, y cediendo á la necesidad de su situacion, respondió que sometia voluntariamente su causa al arbitrio de su buena hermana: fué, pues, trasladada de Bolton á Tutbury, en el condado de Stafford, bajo la guarda del conde de Shrewsbury. El duqué de Norfolk era entonces el par mas ilustre de la nobleza de Inglaterra, así por lo esclarecido de su linaje como por su inmensa fortuna. Como era viudo y de la misma edad, con corta diferencia, que María Estuardo, sus amigos y los de esta princesa le sugirieron la idea de casarse con ella. Norfolk, previniendo que Isabel no daria jamás su consentimiento á este enlace, quiso antes fortificarse con la aprobacion de la alta nobleza, y la respuesta favorable de María á sus proposiciones, redobló su ardor para la ejecucion de su proyecto: se

consultó secretamente á los reyes de Francia y de España, que estaban en los intereses de la reina de Escocia, y aprobaron la empresa. Una conspiracion tan estensa no podia escapar á la activa vijilancia de los ajentes de Isabel; este descubrimiento alarmó á la corte de Inglaterra: Norfolk y muchos de sus amigos fueron arrestados; á la reina de Escocia la trasladaron á Coventry, donde estuvo rigurosamente incomunicada por algun tiempo. Los partidarios de Norfolk, entre los cuales se hallaban los condes de Northumberland y de Westmoreland, corrieron inmediatamente á las armas y no tardaron en reunir en torno suyo multitud de jente del pueblo, arrastrada de su celo por la religion católica; pero Norfolk, desde el fondo de su prision, les persuadió á que depusiesen las armas, y la rebelion se apaciguó en breve. La reina, en vista de la conducta del duqué, le mandó poner en libertad, no escijiéndole mas que su palabra de renunciar al proyectado casamiento con la reina de Escocia.

Despues de un intervalo de cinco años se reunió un parlamento (1571), durante el cual empezó á manifestarse el espíritu de libertad y de independen-

cia que debía mas tarde apoderarse de la nacion entera. Los puritanos, que eran cierta clase de relijionarios escaltados por los ministros protestantes, se esforzaban en perfeccionar la obra de la reforma relijiosa; y el guarda-sellos, luego que cerró el parlamento, se quejó altamente de la audacia que habian mostrado algunos de sus miembros, queriendo ocuparse de asuntos que no eran de su competencia.

El duque de Alba, instrumento del despotismo de Felipe II en los Países Bajos, irritado de que Isabel tomase bajo su proteccion á todos los flamencos que huian de su tiranía, mantenía relaciones secretas con María Estuardo. Animado del deseo de hacer dominar la relijion católica, envió varios agentes á Inglaterra, encargados de entenderse con los descontentos de este reino para derribar el gobierno de Isabel: hacia falta un gran personaje que se pusiese á la cabeza de la empresa, y nadie pareció mas conveniente á los conspiradores que el duque de Norfolk, poderoso por sí mismo y querido del pueblo. El duque, picado de que solo se le hubiese concedido una libertad muy limitada, no tuvo escrúpulo en romper su empeño; entró en

correspondencia con la princesa cautiva, y aun renovaron su promesa de casamiento. Esta nueva conspiracion estuvo oculta por algun tiempo; pero Norfolk fué vendido por uno de sus criados, y la declaracion del obispo de Ross hizo evidente su delito. Un jurado compuesto de veintiseis pares le condenó á muerte por unanimidad, y sufrió su sentencia con mucha calma y firmeza (1572).

Sublevadas algunas provincias de los Países Bajos, á cuya cabeza se puso Guillermo, príncipe de Oranje, enviaron una embajada á Lóndres para ofrecer á Isabel la soberanía de su pais si les ayudaba con sus fuerzas; pero Isabel no ambicionaba conquistas y rehusó la oferta de los flamencos y holandeses; sin embargo les envió un socorro de veinte mil libras esterlinas, cinco mil hombres de infantería y mil caballos (1578). Felipe II, para vengarse de esta proteccion concedida á los que él miraba como súbditos rebeldes, hizo pasar un cuerpo de setecientos españoles é italianos á Irlanda, cuyos habitantes, naturalmente turbulentos, y detestando el gobierno inglés por principio de relijion, estaban siempre prontos á unirse al primero que qui-

siera invadir el reino de Isabel. Atacado en breve el jeneral español por el conde de Ormond, se defendió mal y tuvo que rendirse á discrecion. Cuando el embajador inglés se quejó de estas hostilidades á la corte de España, se le contestó con otras quejas semejantes sobre las piraterías de Francisco Drake. En efecto, este valiente marino partió de Plymouth en 1577 con cuatro navíos y una pinaza, á bordo de los cuales se hallaban ciento sesenta y cuatro marineros determinados; habia atravesado el estrecho de Magallanes, atacado á los españoles en la América meridional, y hécholes presas importantes. Drake fué el primer inglés que efectuó la circumnavegacion del globo, y volvió sin accidente á su patria despues de un viaje de mas de tres años. A su retorno quisieron persuadir á la reina que desaprobase los hechos de Drake para evitar el resentimiento de España; pero Isabel, admirando su valor, no quiso sacrificar al intrépido navegante; le hizo caballero, y aun aceptó un convite que la dió á bordo de uno de los navíos que habian hecho tan memorable viaje.

Descubriéronse en esta época

algunas conspiraciones contra Isabel, que se imputaron, con bastante fundamento al parecer, á la reina de Escocia. Esta desgraciada princesa, deseosa de romper sus hierros y llevada de su celo por la religion, dió algunos pasos imprudentes que proporcionaron por fin á sus enemigos un pretexto para consumir su pérdida. Ballard, cura católico del seminario de Reims, inducido por el rey de España y por el duque de Guisa, pasó á Inglaterra disfrazado en traje de soldado, y reunió todos sus esfuerzos para realizar á la vez un plan de asesinato, de levantamiento y de invasion. La primera persona á quien se dirigió fué Antony Babington, gentilhombre del condado de Derby, jóven de carácter ardoroso, adicto á la causa de la reina de Escocia y á la comunión católica: este trabajó inmediatamente en proporcionarse cómplices y dió parte del complot á María, que le aprobó, observando que la muerte de Isabel debia preceder á cualquiera otra tentativa; pero Gifford, uno de los conjurados, descubrió la conspiración al secretario de estado Walsingham, y aun le comunicó las cartas escritas por María á Babington. Ballard fué preso; los demás

conjurados huyeron, y descubiertos luego en sus retiros, fueron condenados á muerte y ejecutados.

SUPPLICIO DE MARIA ESTUARDO. — (1587) Despues de haberse desembarazado de los conspiradores menos importantes, se tomaron medidas para procesar á María, que fué trasladada al castillo de Fotheringay, en el condado de Northampton: nombráronse para interrogarla y juzgarla, cuarenta comisarios sacados del cuerpo de la nobleza y del consejo privado. En esta circunstancia solemne, María se condujo con la mayor dignidad: protestó de su inocencia; declaró que ella era princesa independiente, y que no reconocia en Isabel el derecho de hacerla juzgar por un tribunal inglés; pero todas sus protestas y denegaciones fueron inútiles, porque la opusieron sus mismas cartas y las confesiones de los conjurados; fué, pues, sentenciada á muerte. Las dos cámaras del parlamento ratificaron unánimemente esta sentencia, y presentaron á Isabel una petición para que la mandase publicar y ejecutar. La reina mostró al principio algunos escrúpulos é indecision, y aun preguntó si nõ se hallaria un medio que pudiese asegurar la

tranquilidad pública y aborrrarle á ella el dolor de firmar la sentencia de muerte de su parienta; pero luego que las potencias extranjeras quisieron intervenir por medio de sus embajadores, ensoberbecióse su orgullo, y se determinó á mandar la ejecucion de la fatal sentencia: las solicitudes del rey de Escocia, que la escribió en los términos mas enérgicos en favor de su desventurada madre, no obtuvieron mejor resultado. Isabel firmó la orden y la remitió al secretario de estado Davison, quien despues de revestirla con el sello real, la confió á los condes de Kent y de Shrewsbury, que se trasladaron á la fortaleza de Fotheringay.

María oyó con sorpresa, pero sin sobresalto la lectura de su sentencia, se despidió aquella noche de todos sus criados, y cuando al día siguiente la anunciaron que se la esperaba, contestó que estaba pronta, tomó un crucifijo en la mano, y se dirigió con calma y majestad á la sala donde se habia levantado el patibulo, dentro de la misma fortaleza en que estaba presa. Sostuvo sin debilidad la vista de aquella habitacion cubierta de negro, lo mismo que el fatal tablado, y despues de encomendar su alma al Cria-

dor, presentó con valor su garganta al verdugo, que de dos hachazos separó su cabeza del cuerpo.

Cuando Jacobo supó el trájico fin de su madre, mostró el mas vivo sentimiento, y parecia que solo respiraba guerra y venganza; pero bien pronto recordó que él era entonces el único heredero de la corona de Inglaterra, y que podria perder tan magnífica herencia si abiertamente rompía las hostilidades contra la que le podia privar de ella: los consejos de la prudencia acallaron pues los de la indignacion. La del rey de España no se apaciguó tan fácilmente: no tardó en saber Isabel los formidables preparativos que hacia este monarca para invadir la Inglaterra y conquistar su reino. En todos los puertos de Sicilia, Nápoles, España y Portugal, hábia hecho Felipe construir navios de una forma y fuerzas extraordinarias: la mas alta nobleza de Italia y España solicitó el honor de asociarse á esta grande empresa; y los españoles enorgullecidos con sus fuerzas, habian dado ya á su escuadra el nombre de *Armada invencible*.

Isabel se preparó para defender su corona contra las fuerzas reunidas de España, é

hizo que todas las ciudades marítimas del reino suministrasen embarcaciones para aumentar su escuadra, poco numerosa entonces: lord Howard de Effingham, sujeto de mucho valor y capacidad, fué nombrado gran almirante, y los primeros marinos de Europa, Drake, Hawkins y Frobisher, sirvieron á sus órdenes.

La armada española, luego que salió de la embocadura del Tajo (1588) llena de esperanza y de alegría, fué asaltada por una tempestad que dispersó ó sumerjió muchos de sus navios; pero se reparó prontamente y se hizo á la mar: se componia de ciento treinta buques enormes, que llevaban á bordo treinta mil hombres, y dos mil setecientos treinta cañones de bronce. El almirante español, duque de Medina Sidonia, tenia orden de hacerse á la vela para las costas de Flandes, reunirse con el duque de Parma, y dirigirse luego al Támesis para ejecutar el desembarque de todo el ejército; mas apenas entró en la Mancha, salió Effingham con su escuadra de Plymouth en su alcance, y no cesó de inquietar al enemigo con escaramuzas continuas. La armada española dirigió entonces su rumbo hácia Calais, y an-

ció delante de este puerto, esperando que el duque de Parma, instruido de su aproscimacion, se haria á la mar, y se le reuniria con sus fuerzas. El almirante inglés recurrió entonces á una estratajema y consiguió los resultados que apetecia: llenó de materias combustibles ocho de sus mas pequeñas embarcaciones, y las hizo avanzar una tras otra en una noche oscura, al medio de la armada enemiga; los españoles no tuvieron mas recurso para escapar del incendio que cortar los cables y largarse á alta mar en el mayor desorden. A la mañana siguiente, aprovechándose de su terror los ingleses, cayeron sobre ellos y les tomaron ó destruyeron hasta doce navíos. El duque de Medina Sidonia, cansado de combatir con tanta desventaja, tomó la resolucion de volverse á España por el norte de Escocia y de Irlanda; pero luego que la armada pasó las Orcadas, fué asaltada de otra violenta tempestad que arrojó muchas de sus embarcaciones sobre las costas occidentales de Escocia, y sobre las playas inhospitalarias de Irlanda: puede asegurarse que no volvió á España la mitad de aquella formidable armada.

Despues de un reposo de al-

gunos años, en cuyo tiempo no sucedió cosa notable, instruida Isabel de que la España hacia grandes preparativos para arriesgar una nueva invasion en Inglaterra, determinó volver todas sus fuerzas contra esta encarnizada enemiga, y prevenir su ataque ganándola por la mano. Una armada considerable se hizo á la vela desde Plymouth el dia 1.º de junio de 1596, y aprovechando un viento favorable se dirigió hácia el mediodia de España. Essex, que mandaba el ejército de tierra, descendió al fuerte de Puntales con sus tropas y marchó en derechura á Cádiz, cuya plaza tomó despues de un combate de seis horas. La jenerosidad del conde de Essex que no era menor que su valor, impidió la mortandad de sus habitantes: los ingleses recojieron un rico bótín, que hubiera sido mucho mayor, si el almirante español no mandára poner fuego á sus embarcaciones para evitar que cayeran en poder de los enemigos. La pérdida de los españoles fué valuada en veinte millones de ducados.

A pesar de la paz concluida en Vervins entre Enrique IV y Felipe II, Isabel continuó la guerra contra España para sostener á los holandeses. El conde

de Essex, que deseaba adquirir gloria y desplegar sus talentos militares, mantenía firme á la reina en esta resolución: la persona del favorito era tan agradable á Isabel como sus consejos; y si él hubiese tenido circunspección y prudencia, hubiera logrado toda su confianza; pero su espíritu altivo no sabía doblegarse á una ciega deferencia. Un día que disputaban los dos sobre la elección de un gobernador para Irlanda, olvidó Essex de tal modo el respeto que debía á la reina, que se encolerizó y la volvió la espalda: Isabel, naturalmente violenta, le dió un bofetón, y Essex, en vez de aplacarla con la sumisión debida á su sexo y á su elevado carácter, llevó la mano á la guarnición de la espada, y trasportado de cólera se retiró inmediatamente de la corte; pero su desgracia solo duró seis meses, al cabo de los cuales Isabel olvidó su audacia y le volvió á admitir en su favor como anteriormente.

INSURRECCION DE IRLANDA. — (1599) La dominación de Inglaterra sobre Irlanda, aunque establecida mas de cuatro siglos hacia, era mas bien nominal que real y efectiva. En vez de hacer disfrutar á los irlandeses de las ventajas de las leyes inglesas,

los conquistadores los habían tratado constantemente como extranjeros y enemigos: de este modo el deseo de venganza unido á su natural, todavía salvaje, arrastró mas de una vez á estos desgraciados habitantes á las revueltas; y á fuerza de malos tratamientos los hicieron cada día mas intratables y peligrosos. En la época á que hemos llegado, Hugo O'Neale, á quien Isabel había creado conde de Tyrone, formó el proyecto de romper abiertamente con la Inglaterra y volver la independencia á su patria; para lo cual entró en negociaciones con España, que le auxilió con hombres y municiones (1599). Los ministros ingleses conocieron entonces que las alteraciones de Irlanda habían llegado á un punto que exijía medidas vigorosas: Essex, á quien nombraron gobernador del país insurreccionado, con privilegios que no había obtenido ninguno de sus predecesores, marchó contra los rebeldes con veinte mil hombres de infantería y dos mil caballos. Luego que desembarcó, cometió una falta en el plan de sus operaciones, que causó la ruina de su empresa: en vez de dirigirse inmediatamente á la provincia de Ulster, contra Tyrone que era el principal ene-

migo, perdió el tiempo en reducir á los sediciosos de Munster. Entretanto, las enfermedades producidas por las marchas penosas y por la intemperie del clima, se estendieron por el ejército y le disminuyeron considerablemente: cuando se puso en marcha hácia Ulster apenas le quedaban cuatro mil hombres. Conociendo que le seria imposible hacer nada importante con este puñado de soldados, consintió en una conferencia que le propuso Tyrone, en la cual acordaron una suspension de armas hasta la primavera siguiente, y aun prestó oídos Essex á algunas proposiciones de paz hechas por el jefe rebelde, que encerraban condiciones muy escorbitantes; lo que hizo suponer mas adelante que el lord gobernador tenia intelijencia con el enemigo.

SUPLICIO DEL CONDE DE ESSEX, FAVORITO DE ISABEL. — (1601) El écsito singular de aquella empresa tan dispendiosa, provocó la cólera de Isabel. Llegado Essex á Inglaterra, le mandó la reina que permaneciese arrestado en su casa y que diese cuenta de su conducta ante el consejo privado. Essex aparentó someterse á la voluntad de su soberana, pero buscó la confianza

de los católicos y se procuró el favor del rey de Escocia: luego que reunió como unos doscientos descontentos, concibió el proyecto de apoderarse de la reina y crear un nuevo gobierno; mas el dia que tuvo lugar la insurreccion, en vano escortó á los habitantes de Lóndres á tomar las armas, pues ni uno solo se le unió. Essex se retiró á su casa con algunos pocos de sus parciales, resuelto á defenderse hasta el último extremo, y por último se rindió á discrecion.

Un jurado compuesto de veinticinco pares, juzgó á Essex y á los mas notables de sus cómplices; y como el crimen de los procesados era demasiado evidente para que escitára la menor duda en el ánimo de los jueces, los condenaron á muerte. Compadecida la reina de la situacion de Essex, y acordándose de sus tiernos sentimientos para con él, firmó y revocó varias veces consecutivamente la orden para su ejecucion; pero cuando vió la obstinacion del conde en no implorar su clemencia, cuyo paso esperaba de él á cada momento, firmó definitivamente la orden fatal. Essex solo tenia treinta y cuatro años cuando su carácter fogoso y su imprudencia le con-

dujeron á un fin tan deplorable (1601).

MUERTE DE LA REINA ISABEL.

— Mountjoy, que sucedió á Essex en el gobierno de Irlanda, derrotó á Tyrona en varios encuentros, y arrojó del país á los españoles que habian ido en apoyo de los sediciosos; la mayor parte de los jefes irlandeses, despues de haber estado ocultos en los bosques por algun tiempo, se sometieron y aceptaron las condiciones que se les quisieron imponer. Pero ningun acontecimiento dichoso era capaz de infundir alegría en el ánimo de Isabel: despues de la muerte de Essex, habia caido en una profunda melancolía que no podian curar el esplendor y gloria de su reino: por último se abandonó á la mas sombría desesperacion, y rehusando tomar alimentos, pasó los dias y las noches tendida sobre una alfombra y recostada en unos almohadones: tan largos tormentos, desgarrando su alma debilitaron su cuerpo, y su fin pareció próximo. Reunióse el consejo y envió una diputacion á la reina para saber su voluntad acerca de su sucesor. Isabel señaló por heredero al rey de Escocia como su mas próximo pariente. Poco tiempo despues su voz se estiu-

guió del todo, sus sentidos se debilitaron, y cayó en un sopor letárgico: espiró sin agonía á los setenta años de edad, habiendo reinado cuarenta y cinco (1603).

El reinado de Isabel debe mirarse como uno de los mas prósperos y gloriosos de la historia de Inglaterra. Esta reina poseía superiormente el grande arte de gobernar: pocos monarcas ingleses subieron al trono en circunstancias mas difíciles, y ninguno gobernó con tan buen éxito y tan sostenido: si se exceptuan algunos actos de violencia que la hicieron cometer su carácter imperioso y el deseo de conservar las prerogativas que le transmitieron sus predecesores, sus súbditos solo tuvieron motivos para felicitarse de su autoridad absoluta. El descubrimiento de tierras lejanas y desconocidas, y la larga paz que hizo disfrutar á su reino, desarrollaron el jenio comercial y marítimo de la Inglaterra y la elevaron al rango de las primeras potencias de Europa. Las numerosas familias protestantes que las persecuciones arrojaron de Francia y de los Países Bajos, llevaron su industria á los estados de Isabel y proporcionaron á las fábricas y al comercio una estension considerable. En su reinado se cons-

truyó el edificio de la Bolsa, cuya obra fomentó, y la compañía de las Indias orientales le debe sus primeros privilegios.

JACOBO I, PRIMERO DE LA DINASTIA DE ESTUARDÓ. — (1603) La corona de Inglaterra pasó de la casa de Tudor á la de Estuardo sin la menor oposicion: Jacobo fué recibido por los ingleses con aclamaciones de la mas viva alegría. Aun cuando trajo consigo de Escocia gran número de cortesanos, dejó casi todos los principales empleos en manos de los ministros de Isabel, y encomendó la direccion de los negocios interiores y exteriores á sus súbditos ingleses: de este número fué Cecil, secretario de estado de Isabel, á quien siempre tuvo Jacobo por su primer ministro y principal consejero.

Los primeros actos del rey se resintieron de la educacion que habia recibido y de su inclinacion á argumentar en materia de religion. Convocó una asamblea del clero en Hamptoncourt, con objeto de terminar las disputas teológicas entre la Iglesia anglicana y los protestantes: el mismo Jacobo tomó parte en estas conferencias, las cuales no tuvieron ningun resultado importante: los puritanos, que vinieron á la asamblea con su espiri-

tu de independencía y con la intencion de pedir la reforma completa de los hombres y de las cosas, solo obtuvieron la publicacion de un catecismo nacional y una nueva traduccion de la sagrada Escritura.

CONSPIRACION DE LA PÓLVORA. — (1605) El resentimiento de los católicos, que esperaban la proteccion del nuevo rey, fué igual á su sorpresa cuando le vieron decidido á hacer ejecutar rigorosamente las leyes publicadas contra ellos. Gatesby, sujeto de antigua nobleza, fué el primero que formó el designio de una venganza extraordinaria: resolvió destruir de un solo golpe al rey, á la familia real, á los lores y á los comunes, haciendo una mina debajo del salon de las sesiones, y elijiendo para volarla el momento en que el rey estuviese pronunciando el discurso de apertura: hizo entrar en este infernal proyecto á Percy, descendiente de la ilustre casa de Northumberland. Los conjurados que sucesivamente fueron entrando en el complot, se obligaron con juramento, recibiendo al mismo tiempo la comunion de manos de un padre jesuita, á no descubrirse unos á otros. Alquilaron á nombre de Percy una casa contigua al edificio del par-

lamento, y colocaron treinta y seis barriles de pólvora en la cueva; pero algunos días antes de abrirse el parlamento, una carta anónima advirtió á lord Mounteagle el golpe terrible que amenazaba á las cámaras y á la familia real. Mounteagle remitió esta carta á lord Salisbury, secretario de Estado, y este la comunicó al rey. Mandáronse visitar todas las bóvedas que habia debajo del edificio de las cámaras, y hallaron en una cueva á uno de los conspiradores, llamado Fawkes, que era el conductor de las mechas y de todo lo necesario para dar fuego á los barriles de pólvora, que se encontraron debajo de unos haces de leña. Amenazado Fawkes ante el rey y su consejo, manifestó al principio mucha intrepidez y no quiso revelar sus cómplices; pero viéndose encerrado en la Torre, y abandonado á sus reflexiones, la amenaza del tormento abatió todo su valor, y triunfó de su resistencia, declarando por último quiénes eran los conspiradores, los cuales no pasaban de ochenta. De estos, unos, entre ellos Catesby y Percy, murieron resistiéndose valerosamente contra los que enviaron en su persecucion; los otros, hechos pri-

sioneros, perecieron en el cadalso. La historia ha marcado este acontecimiento con el nombre de *Conspiracion de la pólvora*.

En esta época parecía que Jacobo poseia el afecto de sus súbditos ingleses y del parlamento; su talento le valió entre el pueblo el sobrenombre de segundo Salomon; pero cuando quiso efectuar la reunion de Inglaterra y de Escocia, esperimentó de parte de los dos reinos la mas obstinada resistencia; no pudo vencer la antipatía nacional; y todos los esfuerzos del rey solo consiguieron la abolicion de las leyes hostiles entre las dos naciones (1606).

PRINCIPIO DE LA LUCHA ENTRE LA CORONA Y EL PARLAMENTO. —

Debe notarse desde esta época la tendencia de los comunes á resistir á la esorbitante prerogativa real. Jacobo necesitaba dinero para la conservacion de la marina y para apaciguar un levantamiento en Irlanda: en la legislatura de 1610, su gran tesorero espuso la necesidad de un cuantioso y pronto subsidio; pero sus razones no hicieron impresion alguna en los comunes, y Jacobo tuvo la mortificacion de haber descubierto sus necesidades inútilmente. En medio de los continuos ataques dirigidos

contra sus privilegios, Jacobo no dejó de manifestar, y algunas veces con violencia, las ideas que habia concebido de la monarquía y de la autoridad soberana; pero su resistencia no hizo otra cosa que dar mas fuerza á los principios de libertad que comenzaban á jerminalar en la nacion, y que en breve debian estallar derribando el trono.

Mirado Jacobo como lejislador de la Irlanda, presenta un aspecto mas favorable; con respecto á esta isla siguió un plan firme y regular y abolió los antiguos usos que ocupaban el lugar de las leyes: despues de haber sustituido á sus costumbres salvajes la lejislacion inglesa, tomó á los naturales bajo su proteccion y los declaró ciudadanos libres. De este modo introdujo la humanidad y la justicia en un pueblo que hasta entonces habia estado sumido en la barbarie.

La muerte repentina de Enrique, príncipe de Gales, esparció en la nacion un dolor universal (1612). Este príncipe, que apenas tenia dieziocho años, estaba dotado de las mas brillantes cualidades, y por la dignidad de su conducta imponia ya mas respeto que su padre con su saber y su esperiencia. El mismo año,

la princesa Isabel, hija del rey, casó con Federico, conde palatino del Rhin; cuyo enlace tuvo fatales consecuencias para Jacobo y para su yerno. El elector, confiado en esta alianza, se arrojó á empresas superiores á sus fuerzas; y el rey, rehusando ayudarle, acabó de perder hácia el fin de su vida, el poco afecto que le tenian sus súbditos.

Jacobo, como todos los reyes dados á los placeres, se dejó gobernar por sus favoritos: á Roberto Carr, que fué sucesivamente creado conde de Somerset y lord chambelán, y que por último vió pagadas sus complacencias con la mas ruidosa desgracia, le sustituyó Jorje Willers, que á las ventajas de su bella figura unia una política esquisita, adquirida en la corte de Francia: este magnate subió de un golpe á la cumbre de los honores y de las riquezas; en el espacio de pocos años llegó á ser duque de Buckingham, caballero de la orden de la Jarretiera, gran escudero y gran almirante del reino.

Sir Walter Raleigh, complicado en la conspiracion que tuvo por objeto colocar en el trono á Arabela Estuardo, parienta próxima del rey, hacia trece años que jemía en la Torre, cuando de

repente la nacion, reflexionando en la dureza, por no decir injusticia, de la sentencia que le condenó, se compadeció de este espíritu activo y emprendedor, y admiró la grandeza é inalterable firmeza de su alma. Para fomentar Raleigh estas disposiciones favorables, en las que fundaba la esperanza de su libertad, hizo esparcir la voz de que habia descubierto una mina de oro en la Guyana. El rey, sin dar crédito á esto, que lo tenia por fábula, hizo no obstante abrir las puertas de la Torre al infortunado preso, y le permitió tentar la aventura; pero con expresa prohibicion de perjudicar en nada á los establecimientos españoles del Nuevo Mundo. Raleigh partió con catorce velas. Apenas llegó á las bocas del Orinoco, olvidando el precepto real, hizo atacar la ciudad de Santo Tomás por el capitán Keymis, que le era adicto: Keymis se apoderó de la ciudad, a la que puso fuego; pero no halló en ella cosa alguna de considerable valor, ni que justificase las brillantes promesas de Raleigh. Los demas aventureros conocieron que habian sido engañados, y decidieron dar la vuelta prontamente á Inglaterra, obligando á su jefe á seguirlos para que justificase su conducta.

La España hacia resonar altamente sus quejas: el consejo privado, para darle satisfaccion, declaró que Raleigh habia abusado de la confianza del rey, y le condenó á muerte como culpable de alta traicion. Jacobo firmó la orden para la ejecucion de la sentencia, y Raleigh recibió el golpe fatal con la mayor indiferencia (1618).

Este sacrificio, al enemigo secreto de la Inglaterra, del solo hombre que tenia reputacion de valor y experiencia militar, fué una bajeza á los ojos de la nacion; y semejante complacencia llegó á ser aun mas odiosa cuando vieron á Jacobo mantener una estrecha amistad con la España. En efecto, el embajador Godemar, para distraer la atencion de Jacobo de los sucesos que pasaban entonces en Alemania, ofreció para el príncipe Carlos la mano de la segunda princesa de España. Jacobo entró en negociaciones; y aunque los estados de Bohemia, arrastrados por el fanatismo religioso de su siglo, tomaron las armas contra el emperador Fernando, y ofrecieron la corona á Federico, elector Palatino, probablemente á causa de su alianza con la Inglaterra, Jacobo rehusó obstinadamente enviar socorros á

su yerno. Federico, derrotado en la grande y decisiva batalla de Praga, fué arrojado del palatinado, y obligado á refugiarse en Holanda con su familia. La neutralidad y la inaccion de Jacobo escitaron las quejas y murmuraciones de toda la Inglaterra.

El gran sello estaba á la sazón en manos del célebre Francisco Bacon, creado lord Verulam, personaje universalmente admirado por la grandeza extraordinaria de su jenio. Su falta de economía y su liberalidad con la jente de su casa apuraron su caudal, y para subvenir á sus profusiones se decidió á aceptar los regalos que le hacian los que iban á pretender á la cancillería. Llegaron las quejas de esto á la cámara de los comunes, que presentó un acta de acusacion á la de los pares, y el canciller fué condenado á pagar una multa de cuarenta mil libras esterlinas, á permanecer preso en la Torre todo el tiempo que fuese la voluntad del rey, y que no pudiese obtener en lo sucesivo ningun oficio ni empleo (1621). Sin embargo, su prision no fué muy dilatada; el rey, en consideracion á su raro mérito, le perdonó la multa y le señaló una pension anual de mil ochocien-

tas libras esterlinas. Las inmortales producciones literarias de Bacon le han valido para con la posteridad el olvido de sus faltas y debilidades.

La cámara de los comunes, persuadida de que era la protectora natural de los derechos del pueblo, y que le pertenecia la reparacion de las injusticias, dirigió en esta época (1621) algunas representaciones al rey, en las que le suplicaba que tomase inmediatamente la defensa del Palatinado, que volviese sus armas contra la España, y que no casase á su hijo sino con una princesa protestante. Jacobo miró este paso tan atrevido como un atentado contra sus prerogativas, y escribió inmediatamente al presidente, quejándose con amargura de que la cámara entrase en discusiones que no eran de su competencia, y prohibiéndola mezclarse en cosa alguna concerniente al gobierno. Esta carta violenta irritó á la cámara en vez de atemorizarla: segura del afecto del pueblo, sostuvo que tenia derecho á aconsejar en todos los negocios del estado, y que las libertades, franquicias, privilegios y jurisdicciones del parlamento eran una herencia incontestable de todos los ingleses. El rey se en-

fureció; mandó que le llevasen el registro de la cámara; con su propia mano rasgó la protesta, y cerró el parlamento por medio de una proclama en la cual hacia la apolojía de su conducta.

Para concluir definitivamente el casamiento del príncipe de Gales, con la infanta de España, envió Jacobo al conde de Bristol cerca de Felipe IV, en calidad de embajador (1622). Las condiciones por ambas partes estaban ya arregladas y solo faltaba la dispensa de Roma, cuando las lisonjeras esperanzas del rey fueron destruidas de repente por la temeridad de Buckingham. Este ministro imprudente persuadió al príncipe Carlos que un viaje á Madrid seria una galanteria imprevista, que le presentaria á los ojos de la princesa con el doble título de amante rendido y de aventurero animoso. El alma cándida del jóven príncipe se dejó fácilmente seducir por esta idea novelesca. Pusieronse, pues, en camino acompañados únicamente de dos oficiales, atravesaron la Francia disfrazados y sin ser conocidos, y aun se arriesgaron á presentarse en un baile de la corte, donde Carlos vió á la princesa Enriqueta, con quien despues se casó, que estaba entonces en la

flor de su edad y de su hermosura. Los dos aventureros llegaron á Madrid á los once dias de su salida de Lóndres. El rey de España recibió al príncipe de Gales con grandes honores; sin embargo, la infanta solo se mostró en público á su amante, porque la etiqueta española no admitia entrevistas particulares antes de llegar las bulas de dispensa; pero el papa difirió su expedicion, con la esperanza de que durante la permanencia del príncipe en España se conseguiria convertirle á la fé católica. Carlos se impacientó con aquella dilacion y se volvió á Inglaterra, dejando al pueblo español la mas favorable idea de su carácter: no así Buckingham que por sus indecentes libertades, sus disoluciones y su arrogancia, llevó consigo la aversion jeneral. El favorito de Jacobo, temiendo la influencia que la España adquiriria en los negocios de Inglaterra, luego que llegase la infanta, empleó todo su crédito para hacer abortar aquel casamiento: Jacobo renunció repentinamente á este proyecto que hacia muchos años era el objeto de todos sus deseos, y rompió de todo punto con la España.

Despues de esta ruptura dirigió Jacobo sus miras hácia la

Francia, y concluyó un tratado de casamiento entre el príncipe de Gales y la princesa Enriqueta, hermana de Luis XIII. Si mucho placer causó al rey esta alianza, otro tanto le desagradaron las operaciones militares que se vió obligado á emprender, á causa de su repugnancia invencible al estruendo de las armas. Era preciso satisfacer las escijencias de la nacion, que pedia á grandes gritos la recuperacion del Palatinado, y envió un ejército de doce mil infantes y dos mil caballos á las órdenes del conde de Mansfeld. Esta espedicion fué tan mal dirigida, que la mitad de los soldados murieron á bordo, de una enfermedad pestilencial; y los restantes, debilitados por la enfermedad, se creyeron en muy corto número para marchar hasta el Palatinado.

Jacobo, que amaba apasionadamente la paz, no vivió mucho tiempo despues que se empezaron las hostilidades. En la primavera de 1625 fué atacado de unas tercianas que le condujeron al sepulcro, á los cincuenta y nueve años de edad, habien-

do reinado veintidos en Inglaterra.

Bajo el reinado de este monarca, todas las ventajas que distinguen á una nacion floreciente recibieron un acrecimiento notable: no solo la paz, que procuró mantener, favoreció la industria y el comercio que apenas salian de la infancia, sino que su aficion natural le inclinó á proteger las artes pacíficas. De la época de Jacobo I data el renacimiento de las letras en Inglaterra; pero lo que distingue mas particularmente el reinado de Jacobo, es la fundacion de las colonias inglesas en la América del Norte. Todos los ingleses á quienes no agradaba el gobierno ó la relijion que dominaban en su patria, iban á buscar la libertad en aquellos salvajes desiertos; y las luces de estos desterrados voluntarios, unidas á su amor al trabajo, esparcieron el jérmen de la civilizacion en aquellas tierras donde las costumbres feroces de sus primitivos habitantes habian mantenido hasta entonces la desolacion.



CAPITULO IV.

Cárlos I. — Disolucion del primer parlamento. — Segundo parlamento y acusacion contra Buckingham. — Gobierno arbitrario de Cárlos. — Tercer parlamento: peticion de derechos. — Próroga del parlamento: asesinato del duque de Buckingham. — Segunda legislatura: disolucion del tercer parlamento. — Nuevas causas de descontento público. — Sublevacion de Escocia. — Convocacion del parlamento largo. — Proceso y muerte de Strafford. — Paz con los escoceses. — Insurreccion de Irlanda. — Preparativos para la revolucion. — Asonadas. — Estalla la revolucion: sale el rey de Lóndres. — Guerra civil. — Encuentros entre los realistas y los parlamentarios. — La Escocia se declara por el parlamento y la Irlanda por el rey. — Victorias de los parlamentarios. — Cárlos se refugia en el campamento escocés, y es entregado á los parlamentarios. — Discordia entre el parlamento y el ejército. — Violencias del ejército contra el parlamento. — Fuga de Cárlos I: vuelve á ser prisionero. — Nueva guerra con los escoceses. — Peticion del ejército para procesar al rey. — Inútiles esfuerzos de las cámaras en favor de Cárlos. — Proceso del rey. — Ejecucion de Cárlos I. — Abolicion de la dignidad real.

CARLOS I. — (1625) Apenas tomo Cárlos las riendas del gobierno, convocó un parlamento en Westminster, y en un discurso lleno de sencillez y de franqueza espuso á las cámaras la necesidad que tenia de metálico para la guerra de España; pero solo obtuvo un socorro de ciento doce mil libras esterlinas. La cámara de los comunes renovó sus quejas sobre los progresos del papismo y pidió la rigurosa ejecucion de las leyes penales

contra los católicos. Cárlos respondió al principio con dulzura á estas representaciones; pero cuando vió que las cámaras estaban resueltas á no concederle todos los subsidios que podia, y que solo debia esperar de ellas peticiones desagradables, cerró el parlamento con pretexto de la peste que asolaba á Oxford.

SEGUNDO PARLAMENTO, Y ACUSACION CONTRA BUCKINGHAM. — El rey tomó entonces un empréstito de sus vasallos y equipó una

armada de ochenta buques, con diez mil hombres de desembarco, la cual, al mando del caballero Eduardo Cecil, se hizo á la vela para Cádiz; pero la peste que se extendió entre los marineros y las tropas malogró la expedición. Carlos se vió precisado á recurrir nuevamente al parlamento (1626). Los comunes le concedieron subsidios; pero al mismo tiempo dirijieron sus ataques contra Buckingham, por el cual se dejaba gobernar el rey, lo mismo que su padre, y le acusaron de alta traicion. Prohibióse á la cámara que se ocupase del duque, ministro de S. M., y fueron encarcelados de sus miembros, encargados de proseguir la acusacion. Inmediatamente declararon los comunes que suspenderian todos los negocios hasta que se reconociesen los privilejios de la cámara, y Carlos se vió obligado á poner en libertad á los dos presos. Pero esto solo sirvió para enardecer mas á los comunes, que prepararon una representacion contra la esaccion de los derechos de tonelaje y los que pagaban los jéneros. Irritado el rey de tantas usurpaciones, cuyo término no prevía, cerró por segunda vez el parlamento.

GOBIERNO ARBITRARIO DE CARLOS. — Carlos I, con objeto de reponer su tesoro, nombró entonces abiertamente una comision para tratar con los católicos y dispensarles, á precio de oro, de las leyes penales publicadas contra ellos. Ademas ecijió de la nobleza y de la ciudad de Lóndres un préstamo de cien mil libras esterlinas. Gran número de ciudadanos rehusaron dar su dinero, y aun empeñaron á sus vecinos á sostener sus comunes derechos; pero el consejo espidió una orden por la cual fueron presos los mas escaltados.

En estas circunstancias Carlos I, que habia sido desgraciado en todas sus empresas contra la casa de Austria, que se hallaba en lucha contra sus mismos súbditos, y sin otros tesoros que los que arrancaba por los medios mas violentos, cometió todavia la imprudencia de romper con la Francia. Este rompimiento fué obra de su ministro Buckingham, que queria vengarse del cardenal de Richelieu por lo que vamos á referir. Cuando Carlos se casó con la princesa Enriqueta por medio de poderes, Buckingham fué el que pasó á Francia para representar á su señor en la ceremo-

nia del desposorio. Los halagos de la corte inspiraron al duque la audacia de dirigir sus amorosos obsequios á la reina Ana de Austria, madre de Luis XIII. Luego que Buckingham terminó su comision, salió de París, pero volvió á esta ciudad secretamente, y habiéndose presentado en la habitacion de la reina, fué despedido por ella con una repulsa en que se notaba mas ternura que cólera. Informado Richelieu de esta pasion extravagante, y sabiendo que el duque se ocupaba en los preparativos de una nueva embajada á París, hizo que Luis le despachase un correo prohibiéndole que efectuase aquel viaje. Buckingham, en el trasporte de su amor novelesco, juró que veria á la reina á pesar de todo el poderío del rey de Francia, y desde este momento se resolvió la guerra contra aquel monarca. En consecuencia, el duque, que ignoraba tanto el arte de la guerra como el de la marina, hizo que se le confiriese el mando de una escuadra de cien buques, que llevaba á bordo siete mil hombres de desembarco, y se hizo á la vela hácia la Rochela, para sostener á los hugonotes de Francia; pero cuando se presentó delante de esta plaza, si-

liada á la sazón por Luis XIII, los habitantes rehusaron recibir á unos aliados de cuya llegada no habian tenido aviso alguno preventivo. Buckingham dirijió entonces su rumbo á la isla de Re, donde desembarcó sus tropas; mas al aproximarse los navíos franceses juzgó que era prudente emprender la retirada, y se volvió á Inglaterra, deshonorado en su doble cualidad de general y de almirante, y con la tercera parte de sus tropas (1627).

TERCER PARLAMENTO: PETICION DE DERECHOS. — Convocóse un tercer parlamento, y Carlos y su ministro se lisonjearon con que la necesidad indispensable de subsidios haria olvidar todas las pasadas injurias; pero apenas se reunieron los comunes, mostraron el mismo espíritu de independencia que sus predecesores. Votaron, pues, un bill contra las prisiones arbitrarias y contra los empréstitos forzados, y habiendo obtenido alguna satisfaccion el espíritu de libertad, concedieron al rey cinco subsidios, de los cuales se manifestó contento. En seguida los oradores populares consiguieron hacer pasar un acta llamada *Peticion de derechos*, que contenia una confirmacion ó explicacion de la *gran Carta*. Carlos, que no esperaba

usurpaciones de esta naturaleza sobre lo que él consideraba como prerogativas suyas, empleó mil artificios y cuantos medios evasivos estuvieron á su alcance, para eludir la peticion; pero por último se vió obligado á sancionar aquella ley, que produjo una alegría jeneral en toda la nacion.

Nada justificaba mejor, en cierto modo, el estremado rigor de los comunes con respecto á Carlos, que el favor abierto que concedia á los principios incompatibles con una monarquía moderada. El doctor Manwaring, que habia predicado y hecho imprimir un sermón subversivo contra toda libertad civil, fué condenado por los comunes á prision por todo el tiempo que pluguiese á la cámara, á pagar una multa de mil libras esterlinas, y á reconocer humildemente su falta; pero apenas se cerró la sesion, el rey le perdonó, le concedió un beneficio considerable, y algunos años despues fué elevado á la dignidad de obispo de San Asaf.

PRÓROGA DEL PARLAMENTO: ASESINATO DEL DUQUE DE BUCKINGHAM. — Despues de haber prorogado Carlos el parlamento para evitar una representacion con respecto á la esacion de los de-

rechos de tonelaje, dirijió su atencion hácia las guerras estrangeras. Preparóse una escuadra y un ejército considerables para ir á socorrer la Rochela, cuyo sitio continuaba todavia, y Buckingham se trasladó á Portsmouth para tomar el mando de la espedicion. A su llegada á esta ciudad tuvo una entrevista con Soubise, jefe de los hugonotes de Francia; pero al salir de la conferencia, un entusiasta desesperado, llamado Felton, se arrojó sobre el duque y le clavó un cuchillo en el pecho, para vengar, segun dijo, á su religion y á su pais. Buckingham, arrancando el cuchillo de su herida, solo tuvo tiempo para esclamar que le habian asesinado, é inmediatamente escaló el último suspiro.

SEGUNDA LEJISLATURA: DISOLUCION DEL TERCER PARLAMENTO. — Entretanto que la muerte de Buckingham tenia ocupados los espíritus, llegó á Inglaterra la noticia de la toma de la Rochela. Los desastres de una ciudad, por la cual las simpatías religiosas habian inspirado tanto interés á la nacion, no podian menos de debilitar la autoridad de Carlos en el parlamento á la apertura de las próximas sesiones. Así que, apenas se reunieron

los comunes, reprodujeron la cuestion de los derechos de tonelaje, y quisieron quitar á la corona esta prerogativa, de que gozaba hacia mas de un siglo (1629). Cárlos cerró nuevamente el parlamento, resuelto á no volver á convocar esta temible asamblea, é hizo la paz con Francia y España, contra las cuales sostenia una guerra innecesaria y poco gloriosa á la nacion (1630).

**NUEVAS CAUSAS DE DESCONTEN-
TO PUBLICO.**—En todos los negocios eclesiásticos, ejercia grande ascendiente sobre el rey, Laud, obispo de Lóndres: este era un hombre sabio y virtuoso, pero de carácter inflexible y falto de prudencia. Su celo era infatigable por la causa de la relijion, es decir, para hacer adoptar por los medios mas rigurosos las ceremonias y observancias que él mismo inventaba. Los puritanos descontentos esparcieron desde entonces la voz de que la Iglesia anglicana iba á caer otra vez bajo el yugo del papismo. Cárlos, que era un celoso canonista, ascendió á Laud al arzobispado de Cantorbery, cuya silla estaba vacante: esta elevacion fué mirada como una nueva tentativa para volver al catolicismo.

Desembarazado Cárlos del parlamento, no se contentó con

hacer ecsijir en nombre suyo los derechos de tonelaje, y los antiguos impuestos arbitrarios, sino que creó otros nuevos sobre diversas especies de mercancias, con pretesto de sostener la marina. Las mismas causas que habian impulsado al pueblo á rehusar al rey los subsidios voluntarios, le dispusieron, con mayor razon, á murmurar contra las contribuciones irregulares. Todos los que se resistieron á la voluntad real fueron condenados por la *cámara estrellada* (1) á una multa ó á prision. En esta ocasion fué cuando John Hampden hizo para siempre célebre su nombre por la firmeza con que sostuvo las libertades y la constitucion de su país (1637). Aunque su cuota solo ascendia á veinte chelines (veinticinco francos), este animoso ciudadano quiso mas bien sufrir las persecuciones de la justicia, que ratificar con su silencio un impuesto contrario á las leyes. Vióse la causa en la cámara del Echiquier, ante todos los jueces de Inglaterra, y la nacion siguió con la mas viva solicitud cada circunstancia de este proceso im-

(1) Tribunal de última instancia, dependiente de la corte, y creado por la reina Isabel.

portante. El éxito no era dudoso; los jueces, escepto cuatro, sentenciaron á favor de la corona. Pero Hampden consiguió el objeto por el cual habia sacrificado tan jenerosamente su seguridad y reposo: el pueblo despertó de su letargo y comprendió al fin los peligros que amenazaban á sus libertades.

SUBLEVACION DE ESCOCIA. — En medio del descontento jeneral, quiso Carlos I introducir la liturgia anglicana en Escocia. Esta tentativa le enajenó el afecto de los escoceses y puso en combustion á sus dos reinos. A los violentos desórdenes que cometieron los escoceses para rechazar el culto que se les queria hacer adoptar, solo pudo oponer Carlos una proclama que produjo inmediatamente una protesta pública. La insurreccion, que se habia preparado por grados, estalló á un mismo tiempo en toda la Escocia. Los cuatro órdenes, reunidos en Edimburgo, tomaron posesion de la autoridad del reino, formaron una liga á la cual dieron el nombre de *covenant*, y se obligaron con juramento á rechazar todas las innovaciones religiosas, y á defenderse mutuamente contra toda especie de opresion. Una multitud inmensa de escoceses

de todos rangos, edades y sexos, se adhirieron al *covenant*, y se reunieron en las inmediaciones de Edimburgo mas de sesenta mil hombres. La Holanda y la Francia, no solo fomentaron las turbulencias, sino que tambien suministraron secretamente á los *covenantarios* armas y dinero. El conde de Arjile fué nombrado jefe del partido, y el mando de las tropas se confió á Leslie, militar experimentado y de mérito. Carlos, á la cabeza de un formidable ejército, marchó contra los insurgentes (1639); pero en el primer encuentro parcial huyeron los ingleses. Aterrorizado Carlos, propuso un acomodamiento que aceptaron los jefes *covenantarios*, y ambos ejércitos fueron disueltos.

La asamblea del *covenant*, fiel á sus principios, no se contentó con declarar ilejítimo el episcopado en la Iglesia de Escocia, sino que notó de infamia la liturgia, los cánones y el papismo, á pesar de los deseos del rey, que solo queria que fuesen abolidos. El parlamento que sucedió á la asamblea, se mostró dispuesto á ratificar todos sus actos; y Carlos le hizo prorogar por medio de su comisario. De consiguiente la guerra estaba otra vez declarada. Los *covenanta-*

rios, á quienes sus jefes habian advertido que no se creyesen libres de la invasion inglesa y que estuviesen preparados para el primer llamamiento, hubieran vuelto á tomar las armas inmediatamente; pero los recursos del rey estaban agotados, y despues de doce años de interrupcion, estrechado Carlos por la mas imperiosa necesidad, se vió reducido á reunir por cuarta vez aquel parlamento inglés (1640) tan duro é intratable en otro tiempo. Los comunes en vez de prestar oido á las quejas del rey contra sus súbditos de Escocia, ó á la peticion de subsidios, volvieron á principiar sus recriminaciones sobre los males públicos. Carlos I, viendo que el número de sus adversarios en la cámara era mayor que el de sus partidarios, que los mismos principios que habian producido tantas oposiciones y turbulencias dominaban siempre; é informado ademas de que los comunes trataban de presentar un bill para abolir la imposicion de los buques, tomó la resolucion de cerrar bruscamente el parlamento y de recurrir á su expediente ordinario, los empréstitos forzados.

CONVOCACION DEL PARLAMENTO LARGO. — Entretanto entra-

ron los covenantarios en Inglaterra, usando el lenguaje mas pacífico; declararon que su único objeto era poner á los pies del rey sus humildes peticiones. En Newburn, sobre el Tyne, encontraron un cuerpo de tropas inglesas á las órdenes de lord Conway, que quiso disputarles el paso del rio. Los escoceses le atacaron con valor, le mataron mucha jente y le pusieron en huida. En seguida avanzaron hácia Newcastle, de cuya ciudad se apoderaron. Para detener su marcha consintió el rey en la proposicion de un tratado, y nombró dieziseis señores ingleses que debian reunirse en Rippon con once comisarios escoceses. En este intervalo redactaron los habitantes de Lóndres una representacion, pidiendo la convocacion del parlamento. Carlos I, perdiendo toda esperanza de poder resistir al torrente, resolvió por último ceder á él: reunió pues el último parlamento de su reinado, que la historia designa con el nombre de *parlamento largo*, á causa de su mucha duracion. Las dificultades que se suscitaron en la negociacion con los covenantarios, hicieron proponerles que se trasladasen las conferencias de Rippon á Lóndres; proposicion que

adoptaron los escoceses con ardor, porque previeron que obtendrían mejores condiciones en una ciudad donde el rey estaría rodeado de sus más implacables enemigos.

PROCESO Y MUERTE DE STRAFFORD. — Los motivos de queja que durante más de treinta años se habían multiplicado en Inglaterra, habían llegado á su colmo, y se preparaba una grande revolución. Los comunes, que nunca habían sido tan numerosos, apenas se reunieron, manifestaron en la discusión de los negocios el mismo espíritu de hostilidad que anteriormente. Al principio atacaron á los católicos, y obligaron al rey á espulsarlos de la corte y del ejército; en seguida anularon las sentencias de la cámara estrellada, llamaron de su destierro á los ciudadanos que habían rehusado el pago de las contribuciones arbitrarias, y dirijieron una acusación contra Wentworth, á quien Carlos había hecho su primer ministro después de haberle separado del partido presbiteriano, y le había creado conde de Strafford (1641). Los principales cargos contra este grande hombre de estado eran vejatichos, concernientes á su conducta como gobernador de Irlanda,

de consejero y de comandante de las tropas en Inglaterra. Después de cuatro meses de debates, durante los cuales desplegó Strafford en su defensa mucha presencia de espíritu, elocuencia y moderación, se votó contra él un bill de proscrición, y fué condenado á muerte. La cámara de los lores, obedeciendo al miedo que le inspiraba cada día el motin popular que amenazaba alrededor de su recinto, aprobó esta inicua sentencia. El rey, que había asegurado al desgraciado conde que ninguna violencia sería capaz de obligarle á sacrificar la vida de un ministro que tan fielmente le había servido, rehusó al principio firmar la sentencia de muerte; pero el populacho furioso sitió las puertas del palacio de White-Hall, pidiendo justicia contra aquel que llamaba traidor y apóstata, y el monarca se vió precisado á designar cuatro lores, para que en su nombre diesen al bill la sancion que tan imperiosamente se le pedia.

Strafford, superior á su suerte, marchó al cadalso con la cabeza erguida y con noble dignidad: su alma elevada conservó toda su firmeza contra los terrores de la muerte y el triunfo

insultante de sus enemigos. Al pasar por el pie de la Torre, donde se hallaba encerrado el arzobispo Laud, acusado como él, llamó á este prelado para pedirle su bendicion. Asomóse el anciano á la reja, y sacando sus manos por entre las barras de hierro, principió una bendicion que su emocion no le dejó concluir. Strafford continuó la marcha, y sus palabras antes de poner la cabeza sobre el tajo, fueron las de un sabio y de un cristiano. Tal fué el destino de uno de los mas grandes hombres que ha producido la Inglaterra.

PAZ CON LOS ESCOCESES. — Después de la ejecucion de Strafford, los comunes continuaron vigorosamente sus usurpaciones de la prerogativa real, que desde entonces careció de defensa. Decretaron que el parlamento se reuniria cada tres años sin ser convocado por el rey, y que no podria ser disuelto ni prorogado sin su previo consentimiento. Los covenantarios fueron declarados buenos y leales súbditos, y mantenidos durante un año á espensas del parlamento. Satisfecha la Escocia despues de varias concesiones por parte de Carlos, que abdicó casi enteramente la débil porcion de autoridad que conservaba en aquel

reino, se prestó á un acomodamiento, y concluyó un tratado de paz con el rey.

INSURRECCION DE IRLANDA. — Mientras que Carlos se esforzaba en pacificar la Escocia, recibió repentinamente la noticia de un levantamiento jeneral en Irlanda, acompañado de la mas horrorosa carnicería. Los indijenas de esta comarca, siempre impacientes del yugo de sus conquistadores, habian resuelto, á ejemplo de los escoceses, recobrar su independendencia. El dia prefijado y á una señal convenida, se arrojaron como furiosos sobre los colonos ingleses, y asesinaron mas de cuarenta mil sin distincion de edad ni sexo. Los jefes de los rebeldes, para justificar á los ojos del mundo los actos horribles que ellos habian fomentado, recurrieron á la impostura: publicaron un manifiesto, en el cual declararon que estaban autorizados para tomar las armas por el rey y la reina, pretestando que su insurreccion era para defender las prerogativas reales, usurpadas por un parlamento puritano. Carlos, indignado, negó toda participacion en el movimiento insurreccional; y en la impotencia en que se hallaba para poder subyugar á los revoltosos, abandonó á la

prudencia y al cuidado de los comunes una guerra que, por el interés del reino y de la religión, nunca podría principiarse demasiado pronto, ni proseguirse con sobrado vigor (1641).

PREPARATIVOS PARA LA REVOLUCION. — Los comunes se apresuraron á aceptar la dirección que les cedía el monarca: los jefes populares escijieron contribuciones bajo el pretexto de una expedición á Irlanda; pero reservaron el dinero para otros fines que les tocaban mas de cerca; tomaron armas de los arsenales del rey, mas las guardaron con la secreta intención de emplearlas contra el monarca. Por último, para regularizar sus ataques contra el poder real, los comunes tomaron el partido de formar una esposición jeneral sobre el estado del reino. Esta esposición, que ha llegado á ser tan célebre, y que no tardó en producir efectos de la mayor importancia, no iba dirigida al rey; era un verdadero llamamiento al pueblo, y la dureza del objeto estaba sostenida por la rudeza del estilo. Inmediatamente que fué publicada, Carlos contestó á ella, protestando de su adhesión á la religión reformada, recordando sus concesiones en favor de la libertad civil, y

reprobando los infames libelos que cada día se esparcian contra su persona y su gobierno.

ASONADAS. — Las numerosas usurpaciones de los comunes hallaron por fin oposición en la cámara alta; la mayor parte de los lores, previendo el abatimiento de la nobleza, se declararon por el rey; solo unos pocos se arriesgaron á favorecer los desórdenes populares, lisonjeándose vanamente de arreglar ó de suspender su curso. El abandono de los principios democráticos por los lores no hizo mas que aumentar la audacia de los comunes, los cuales declararon que á ellos solos pertenecía el derecho de salvar la Inglaterra, supuesto que ellos eran la verdadera representación nacional. Desde entonces llegó á su colmo la efervescencia. El populacho se acercó á White-Hall profiriendo insolentes amenazas contra el monarca. En esta confusión ofrecieron al rey sus servicios muchos jentilshombres, y entre ellos y las jentes del pueblo hubo frecuentes escaramuzas, que no se terminaron sin efusión de sangre. Los partidarios de la corte dieron á la multitud sediciosa el título de *Cabezas redondas*, aludiendo á los cabellos cortos que entonces usaba;

y el pueblo llamó irónicamente *Caballeros* á sus adversarios. No cesaba de oirse el grito contra los obispos; y como eran un objeto de odio para todos los sectarios, se vieron espuestos á los mas peligrosos insultos. En ninguna de las dos cámaras hubo una persona que se atreviese á tomar la palabra en su favor, y tuvieron que retirarse del parlamento. Algunos dias despues, cometió el rey una imprudencia, á la cual deben atribuirse justamente todos los desórdenes que se siguieron. Envió al parlamento al procurador jeneral Herbert, con órden de que, en nombre suyo, acusase de alta traicion á lord Kimbolton, y á cinco miembros de los comunes, Hollis, Haselrig, Hampden, Pym y Strode. En la acusacion se decia que se habian esforzado traidoramente en destruir las leyes fundamentales del reino, y que habian intentado, por medio de las mas negras imputaciones contra S. M., enajenarle el afecto de sus súbditos (1642).

ESTALLA LA REVOLUCION: SALIDA DEL REY DE LONDRES. — Preséntose en la cámara un sargento reclamando, en nombre del rey, que se le entregasen los cinco acusados; pero fué des-

pedido sin respuesta alguna positiva. Irritado Cárlos, resolvió ir él mismo al dia siguiente á la cámara para hacer ejecutar sus órdenes; pero advertidos secretamente los cinco miembros, tuvieron tiempo de escaparse antes de la llegada del monarca. Cárlos dejó su escolta á la puerta; atravesó él solo la sala de la cámara y ocupó la silla de la presidencia. Preguntó al presidente si los acusados se hallaban presentes, y le contestó que no podia satisfacer á su pregunta. Entonces se levantó el rey para retirarse, y oyó gritar por todas partes: *privilejio! privilejio!*

El guante estaba ya arrojado. Los cinco acusados se habian refugiado en la ciudad (1), cuyos habitantes tomaron las armas para protegerlos. A los pocos dias fueron llevados en triunfo á la cámara por Skippon, á quien el parlamento, de su propia autoridad, habia nombrado

(1) Lóndres, considerada en su division local, consiste en la ciudad propiamente dicha, en la ciudad de Westminster y en la villa de Southwark: Lóndres y Westminster estan situadas en la márjen izquierda del Támesis, y Southwark en la orilla opuesta, comunicándose entre sí por medio de puentes magnificos.

mayor jeneral de la milicia de Lóndres. Cuando su tumultuosa tropa desfiló por delante de White-Hall, preguntó con gritos insultantes qué se habian hecho el rey y sus caballeros, y hácia que lado habian huido. En efecto, no hallándose seguro en Lóndres, Cárlos se habia retirado á York, abrumado de disgustos, de confusion y de remordimientos. Invitóle á volver el parlamento, pero Cárlos se negó á ello. Desde entonces dejó enteramente de ecsistir la autoridad real. Los comunes mudaron todos los gobernadores de los condados y ordenaron el levantamiento de las milicias. En seguida, para proporcionarse recursos, hicieron un llamamiento al patriotismo de sus correligionarios, y en menos de diez dias reunieron inmensa cantidad de vajilla de plata, como donativos voluntarios: hasta las mujeres se despojaron de todas sus joyas.

GUERRA CIVIL. — Cárlos, por su parte, viendo que su situacion no admitia diluciones, se ocupó en los preparativos de defensa, é instó á sus adictos á que se apresurasen á reunirse bajo sus banderas. Los parlamentarios, para privar á su soberano de toda esperanza de acomodamiento, le enviaron las

condiciones con que consentirian tratar. Estas condiciones se reducian á diezinueve artículos que encerraban la abolicion total de la autoridad monárquica. El rey prefirió la guerra á una paz ignominiosa; y desde entonces, solo con las armas podia dirimirse la contienda.

La alta nobleza y una parte de la clase burguesa, temiendo una subversion total de todos los rangos y condiciones, tomaron la defensa del monarca. La reina Enriqueta, que habia pasado á Holanda, envió á su esposo armas y municiones. Lóndres y la mayor parte de las grandes ciudades se adhirieron al partido del parlamento y abrazaron con calor los principios democráticos, sobre los cuales estaban basadas sus pretensiones. Cada partido estaba ademas animado del entusiasmo religioso. Los *Caballeros* se hacian un honor de defender los derechos de la Iglesia anglicana, y los *cabezas redondas* eran celosos partidarios del presbiterianismo.

ENCUENTROS ENTRE LOS REALISTAS Y LOS PARLAMENTARIOS. — Cárlos, que no carecia de valor, desplegó por fin el estandarte real: partió de Sherewsbury á la cabeza de diez mil hombres,

y despues de apoderarse de Bam-bury y del castillo de Warwick, se adelantó hasta Oxford, donde fué recibido con trasportes de alegría. Asustadas las cámaras con este primer suceso del rey, le propusieron un arreglo; pero Carlos, á su vez, ecsijia unas condiciones tan duras, que se indignaron los parlamentarios y las rechazaron. Durante el tiempo de las negociaciones, Essex, jeneral de los *cabezas redondas*, reunió veinticuatro mil hombres, y las hostilidades volvieron á principiarse con furor. En un encuentro que tuvo lugar en Chalgrove, fué herido mortalmente el célebre John Hampden (1643). William Waller, que comenzaba á distinguirse entre los jenerales parlamentarios, batió al principio á los realistas en varios encuentros; pero sus primeras ventajas fueron seguidas de dos derrotas consecutivas. Despues de estos sucesos multiplicados, no pudiendo Carlos determinar á todo su ejército á que marchase inmediatamente sobre Londres, donde todo se hallaba en confusion, y donde podia esperarse una victoria que terminase prontamente la guerra civil, emprendió el sitio de Gloucester, que le ofrecia una conquista mas fá-

cil: esta resolucion fué fatal á su causa. Gloucester estaba defendida por una guarnicion y un jeneral decididos á sepultarse bajo las ruinas de la plaza antes que rendirse. Ya se hallaba en el último apuro, cuando se aproximó Essex con catorce mil hombres y obligó á retirarse al rey. No atreviéndose Essex á arriesgar una batalla contra las tropas reales, superiores á las suyas en caballería, se volvió por el mismo camino, despues de haber libertado á la ciudad sitiada, y apresuró su marcha hácia Londres. Al llegar al Newbury, encontró allí al príncipe Ruperto, sobrino del rey, que se le habia adelantado con una division del ejército real. El choque era indispensable; por ambas partes se peleó valerosamente; pero la noche terminó la accion, dejando indecisa la victoria.

LA ESCOCIA SE DECLARA POR EL PARLAMENTO, Y LA IRLANDA POR EL REY.—El conde de Newcastle habia llegado á reunir en el Norte fuerzas considerables en favor del rey; pero bien pronto tuvo que habérselas con dos adversarios que principiaban entonces á distinguirse por su valor y por su pericia militar: estos eran el caballero Tomás Fairfax y Oliverio Cromwell. En

esta parte del reino, la fortuna contrapesaba tambien sus favores; y haciéndose mas dudosos cada día los sucesos de la lucha empeñada, ambos partidos buscaron socorros. El parlamento recurrió á la Escocia, y Cárlos á Irlanda. A poco tiempo, se halló dispuesto para entrar en Inglaterra un ejército de mas de veinte mil covenantarios, mandados por el conde de Leven. El rey, por su parte, concluyó una suspension de ostilidades con el consejo de Kilkenny, que gobernaba la Irlanda, el cual llamó sus tropas, y un gran número de irlandeses católicos se reunieron al ejército real.

VICTORIAS DE LOS PARLAMENTARIOS. — Cárlos I, para facilitar los preparativos de la próxima campaña, ideó el espediente de convocar en Oxford á todos los miembros de una y otra cámara que se habian declarado por su causa (1644). Acudieron allí gran número de pares; pero de los comunes apenas se presentaron la mitad. Este parlamento, para proporcionar al rey los medios de reclutar soldados, le concedió una suma de cien mil libras esterlinas, que debian cesijirse á título de préstamo. Las tropas irlandesas, á las órdenes de lord Byron, obtuvieron

al principio grandes ventajas en el Cheshire, y pusieron sitio á Nantwich; pero fueron prontamente dispersadas por el caballero Fairfax. Despues de haberse apoderado de Lincoln el conde de Manchester, juntó sus tropas á las de Fairfax y de Leven; estas fuerzas reunidas atacaron á York, y aunque la ciudad fué vigorosamente defendida por el conde de Newcastle, se hallaba ya en la mayor estreñidad, cuando la aprocsimacion del príncipe Ruperto, con veinte mil hombres, introdujo la alarma entre los sitiadores. Los jenerales parlamentarios levantaron el sitio y tomaron posicion en los pantanos de Marston. El valiente Ruperto dió inmediatamente la órden de atacar, y cincuenta mil ingleses condenados á degollarse mútuamente, se lanzaron unos contra otros con furor. La victoria estuvo largo tiempo indecisa; pero despues de maravillosos esfuerzos de valor en ambos partidos, se declaró por el parlamento; el príncipe Ruperto perdió el campo de batalla y toda su artillería. Esta accion, en la cual desplegó Cromwell un raro talento militar y una resolucion extraordinaria, fué escesivamente funesta á la causa real.

Poco tiempo despues la ciudad de Newbury fué por segunda vez teatro de las sangrientas animosidades de la nacion inglesa. Los soldados parlamentarios escortándose mutuamente á reparar una derrota que acababan de sufrir, cayeron con impetuosidad sobre los realistas: estos, á pesar de su intrépida resistencia, fueron oprimidos por el número; y la noche, que sobrevino, los libró de una ruina completa. Carlos se retiró á Oxford despues de haber abandonado su artillería y bagajes.

El buen éxito de esta jornada fué tambien en gran parte obra de Cromwell. Este hombre extraordinario era primo-hermano de Hampden y representante de Cambridje en el parlamento, al cual admiraba por la enerjía de su elocuencia. Era jefe de los *independientes* (1),

(1) El fanatismo de los independientes no admitia gobierno alguno eclesiástico; desdeñaba las fórmulas y los sistemas de fé, rechazaba toda especie de ceremonias, y confundia todos los rangos y los órdenes. El soldado, el negociante, el artesano, se entregaban cada uno á los trasportes de su celo, y guiado por la emanacion del Espíritu Santo, se abandonaba á su direccion interior. El sistema político de los independientes iba á la par

secta presbiteriana que debia ocupar bien pronto ella sola la escena de accion, y habia llegado á adquirir, con su sagacidad y sus insinuaciones, mucha influencia en el ejército. Desde entonces su espíritu emprendedor ideó los proyectos mas atrevidos y peligrosos. Su natural le inclinaba á la magnanimidad y á la grandeza; pero poseia á fondo el arte de ocultar sus miras ambiciosas bajo la apariencia de la sencillez y de la moderacion. Amigo de la justicia, aunque su conducta la violaba constantemente; y dado á la relijion, aunque la hizo instrumento de su ambicion, sus crímenes tuvieron origen en la sed del mando supremo que le devoraba: si alguna cosa puede hacer olvidar por un momento el horror que impiran sus atentados, es el buen uso que hizo de una autoridad á la cual llegó por medio del fraude y la violencia.

Carlos I, para satisfacer á su partido, que principiaba á cansarse de la guerra, consintió en

con sus principios relijiosos; aspiraban á la total abolicion, no solo de la monarquía, sino tambien de la aristocracia. Su máxima era, "que todo aquel que saca una vez la espada contra su soberano, debe al mismo tiempo arrojar la vaina."

entablar negociaciones con el parlamento (1645). Pero los comisionados presbiterianos presentaron en la conferencia proposiciones tan duras y vergonzosas, que le fuera imposible al rey el aceptarlas aunque se hubiese hallado prisionero y entre cadenas. Despues de veinte dias de inútiles contestaciones, se rompieron las conferencias, y volvieron á comenzar las hostilidades. Empeñóse en Naseby una accion decisiva, que fué tenazmente disputada. Cárlos desplegó en esta jornada el talento de un jeneral prudente, y el arrojo de un valiente soldado. Fairfax, Cromwell y Skippon, justificaron la reputacion que ya se habian adquirido. La infantería real fué derrotada, y Carlos se vió obligado á ceder al enemigo el campo de batalla y la victoria.

El parlamento, despues de haber hecho espirar en el cadalso al arzobispo Laud, preso en la Torre desde antes de la ejecucion de Strafford, estableció por último el gobierno presbiteriano en la Iglesia, en lugar de la autoridad episcopal. Los habitantes de cada parroquia se reunieron por mandato del parlamento, y eligieron los ancianos que dividieron con los mi-

nistros del culto la direccion de todos los intereses espirituales.

CARLOS SE REFUJIA EN EL CAMPAMENTO ESCOCES. — Retirado Cárlos en su querida ciudad de Oxford, se lisonjeó por algun tiempo de que las acaloradas contestaciones entre los independientes y los presbiterianos le suministrarían un medio de salvacion; pero cuando supo que Fairfax se aprocsimaba con un ejército fuerte y victorioso, tomó la resolucion de refugiarse en el campamento de los escoceses, confiado en que sus primitivos súbditos, celosos presbiterianos, le defenderían contra los independientes (1646). Los jenerales escoceses se mostraron sumamente sorprendidos al verle aparecer. El parlamento inglés, informado de un acontecimiento tan imprevisto, pidió que le entregasen el rey. Aprovechando los escoceses esta ocasion para reclamar una suma considerable que decían deberles la nacion inglesa, contestaron que guardarian á Cárlos como fianza de esta suma. Despues de muchas discusiones consintió el parlamento en darles cuatrocientas mil libras esterlinas, y el desgraciado monarca fué entregado á sus mas implacables enemigos. Así se cubrió la na-

cion escocesa con la mancha indeleble de haber vendido á su rey por una suma de dinero. Algunos dias despues llegaron los comisionados ingleses, que recibieron al rey de manos de los escoceses, y le trasladaron á Holdenby, en el condado de Northampton. Sus antiguos servidores fueron despedidos, y se le prohibió toda comunicacion con sus amigos y su familia.

DISCORDIA ENTRE EL PARLAMENTO Y EL EJERCITO. — El poderio del parlamento fué de corta duracion: los presbiterianos conservaban aun la superioridad numérica en la cámara de los comunes; pero los independientes preponderaban en el ejército. Manifestáronse síntomas de sublevacion entre las tropas, y el parlamento envió á Cromwell, Ireton y Fletwood, para que se informasen de las causas de su descontento; pero como estos oficiales eran los promovedores secretos de los desórdenes que se les encargaba apaciguar, sus insinuaciones agravaron el mal en vez de curarle. Al parlamento de Westminster se opuso un parlamento militar (1647): establecióse un consejo compuesto de los oficiales superiores, á imitacion de la cámara alta; y para representar al

ejército se elijieron en cada compañía dos soldados y dos oficiales subalternos llamados *promovedores*, que formaron lo que podia llamarse la cámara baja. Bien pronto dió este terrible tribunal un golpe que decidió la victoria á su favor.

Un cuerpo de quinientos caballos marchó á Holdenby, mandados por el portaestandarte Joyce: este oficial se presentó armado de pistolas al rey, y le intimó que era necesario partir inmediatamente. — ¿Adónde? dijo S. M. — Al ejército, replicó Joyce. — ¿Por orden de quién? preguntó el rey. Joyce señaló á algunos de sus soldados, de alta estatura, bien formados y perfectamente equipados. «Vuestra orden, dijo Carlos sonriendo, está escrita en bellos caracteres, que se hacen leer sin delectrear.» El rey conoció que la resistencia era inutil; así pues, se decidió á subir en el coche que le esperaba, y fué conducido al ejército que se hallaba en movimiento para Triplo-Heath, cerca de Cambridge. La llegada de Carlos admiró á todos excepto á Cromwell, que fué quien aconsejó aquella empresa.

VIOLENCIAS DEL EJERCITO CONTRA EL PARLAMENTO. — El parlamento, que ya habia perdido to-

da su popularidad, vió entonces disputado su poder palmo á palmo por una faccion temible. En esta circunstancia, el ejército siguió esactamente el camino que las cámaras legislativas le habian trazado en sus recientes usurpaciones sobre la corona. Las escijencias iban en aumento cada dia; apenas se hallaba satisfecha una pretension, la sucedia otra mas esorbitante. Los sediciosos de Lóndres instigados por los presbiterianos, no tardaron en presentarse en Westminster, y con sus amenazas y violencias obligaron á la cámara de los comunes á derogar varios decretos que habia espedido con respecto á la milicia y á las contribuciones. Al saber el ejército esta noticia, salió de Reading y se dirigió á la capital, con pretexto de proteger la libertad de las discusiones en el parlamento; pero apenas hizo su entrada triunfante en la ciudad, se consumó la servidumbre de las dos cámaras. Fueron espulsados once miembros de los comunes, como fautores de la sedicion, y puestos en acusacion siete pares: el correjidor de Lóndres, un sheriff y cuatro aldermanes fueron conducidos á la Torre; y todos los actos del parlamento despues del dia

del motin, quedaron anulados.

FUGA DE CARLOS I: VUELVE A SER PRISIONERO. — Habiendo establecido su imperio sobre el parlamento y la capital los jefes del ejército, hicieron trasladar al rey al castillo de Hampton-court. Informado el monarca de las amenazas que proferian sin cesar los *incitadores*, tomó de repente la resolucion de evadirse. Abandonó secretamente su nueva residencia, y llegó sin obstáculo al castillo de Tichfield; pero como no confiaba en poder permanecer allí oculto mucho tiempo, se puso imprudentemente en manos de Hammond, gobernador de la isla de Wight, y ardiente partidario de Cromwell; dejóse conducir al castillo de Carisbroke, donde á pesar de las muestras de respeto que se le prodigaban, no estuvo menos prisionero.

CONDUCTA DE CROMWELL. — Dueño Cromwell del parlamento, y libre de inquietudes con respecto al rey, trató de reprimir el espíritu sedicioso del ejército, que él mismo habia escitado con tanta maña, y publicó algunas órdenes para disolver la asamblea de los *incitadores*, cuyo nombre habian sustituido con el de *niveladores*; pero esta faccion respondió á su manda-

to con quejas y peticiones. Para esparcir el terror entre esta soldadesca indisciplinada, determinó Cromwell pasar una revista; en ella hizo prender á los cabezas de la sedicion, y á presencia de la tropa mandó fusilar uno de ellos en el acto: de este modo hizo entrar en la obediencia á los demas.

Cárlos I, deseoso de disipar los temores que continuamente se alegaban para justificar la violacion de las leyes con respecto á su persona, ofreció desde su prision de Carisbroke, desprenderse de varias prerogativas, á condicion de que despues de su muerte volviesen á su sucesor; mas el parlamento, tomando el tono de vencedor, no respetó en sus negociaciones con el rey ni la justicia ni la razon. A instancias de los independientes y del ejército, ambas cámaras dirijieron á Cárlos cuatro proposiciones con el título de *preliminares*, escijiendo, antes de tratar con él, su aprobacion positiva á estos cuatro artículos. Cárlos, como era consiguiente, desechó esta humillante y estraordinaria condicion. Al saber su respuesta, el partido democrático de la cámara baja se enardeció (1648): Cromwell, despues de haber ec-

saltado con grandes elogios el valor y la piedad del ejército, exclamó: «Guardaos de descuidar la seguridad del reino, y que por ello se crean engañados los soldados. Guardaos (al decir estas palabras llevó con fiereza la mano al pomo de su espada) de reducirlos á la desesperacion y de obligarlos á buscar su salvacion por otro medio que el de su adhesion á vosotros.» Noventa diputados tuvieron aun valor para rebatir las amenazas de Cromwell; pero la mayoría decidió que no se recibirian mas mensajes ni cartas del rey, y que cualquiera que mantuviese relaciones con él sin consentimiento de las dos cámaras, seria declarado culpable de alta traicion: semejante acto destronó realmente al monarca.

NUEVA GUERRA CON LOS ESCOCESSES. — Entonces fué cuando los escoceses, que habian dado el primer golpe fatal á la autoridad real, se declararon repentinamente á favor suyo. Creyendo que el presbiterianismo, tan amado de ellos, se hallaba amenazado de una ruina cierta por la faccion de los independientes, levantaron un ejército de cuarenta mil hombres, y se unieron con los realistas del Norte de Inglaterra. Cromwell y et

consejo militar hicieron al momento sus preparativos de defensa con tanto vigor como habilidad; atacaron á los confederados en Preston, en el Lancashire, y los derrotaron á pesar de su valerosa resistencia. Cromwell supo aprovecharse de sus ventajas y penetró hasta Escocia, donde ejerció la mas severa venganza sobre los que habian tomado las armas en defensa de su lejítimo soberano.

PELICIÓN DEL EJERCITO PARA PROCESAR AL REY. — Estas multiplicadas victorias allanaron todos los obstáculos que se oponian á los independientes, y Cromwell hizo que el consejo de oficiales dirijiese á las cámaras una representacion, en la cual pedian el castigo del rey por la sangre derramada durante la guerra, y la disolucion del largo parlamento. Al mismo tiempo hicieron avanzar el ejército hasta Windsor, se apoderaron del rey, y le trasladaron al castillo de Hunt, situado sobre una roca solitaria en la costa del Hampshire, donde fué encerrado mas estrechamente que nunca.

INUTILES ESFUERZOS DE LAS CAMARAS, EN FAVOR DE CARLOS. — En tan inminente peligro, resolvieron las dos cámaras ope-

nerse con todos sus esfuerzos á los sanguinarios intentos del ejército, que eran muy evidentes, y enviaron á los jenerales la órden de suspender su marcha á la capital; pero se las habian con hombres que no se dejaban intimidar con palabras: los jenerales entraron en Londres, y rodearon de tropas el parlamento. Cuando quisieron reunirse los comunes, el coronel Pride, á la cabeza de dos rejimientos, arrestó en el camino á cuarenta y un diputados del partido presbiteriano: otros ciento dieziseis miembros fueron excluidos de la cámara, en la cual no se permitió la entrada sino á los independientes mas fogosos. El pequeño número de independientes y puritanos que desde entonces compusieron el parlamento, recibió, por desprecio, el apodo de *Rump* (rabadilla).

El consejo de oficiales, para tranquilizar los ánimos, tomó en consideracion un nuevo proyecto, llamado la *Convencion del pueblo*, que no era otra cosa que un plan de república. En seguida resolvieron el proceso y ejecucion pública de su soberano; pero quisieron asociar el parlamento á esta inicua y criminal empresa. Oida la relacion de los comisionados de la cámara

ra baja, Cárlos fué declarado culpable de alta traicion, por haber hecho la guerra al pueblo y al parlamento. Presentóse el bill á la cámara de los pares, y esta tuvo la suficiente energia para desecharle; pero tan débil obstáculo no arredró á los comunes; antes bien decidieron que estando reunidos en parlamento por el pueblo, de quien, despues de Dios, emana todo poder, tenian el derecho de hacer leyes sin el consentimiento del rey, ni de la cámara de los pares. Volvióse á leer el bill para la formacion del proceso á Cárlos Estuardo, y quedó aprobado.

PROCESO DEL REY.—Dióse órden al jeneral Harrison, hijo de un cortante, y el mas furioso entusiasta del ejército, para que fuese con un cuerpo de tropas á buscar al rey y le condujese á Lóndres. Cárlos I, despojado de todas las insignias exteriores de la soberania, compareció ante un supremo tribunal de justicia, compuesto de ciento treinta y tres individuos nombrados por la cámara de los comunes. Aunque debilitado Cárlos por su larga cautividad, no olvidó su calidad de hombre y de príncipe, y declaró con calma y dignidad que, no reconociendo la autori-

dad del tribunal, no podia someterse á su jurisdiccion. Conducido por tres veces á la presencia de sus jueces, otras tantas renovó su protesta: por último, en la cuarta sesion, resultando por las declaraciones de los testigos, que el rey habia tomado las armas contra las tropas del parlamento, se pronunció su sentencia de muerte. La única gracia que obtuvo de sus enemigos, fué un intervalo de tres dias entre la sentencia y la ejecucion, cuyo tiempo consagró á ejercicios de piedad y á conversar con sus hijos, los jóvenes duques de Glocester y de York, y la princesa Isabel, únicos miembros de su familia que habian quedado en Inglaterra.

EJECUCION DE CARLOS I.—Elevóse el cadalso bajo las ventanas del mismo palacio de White-Hall. La mañana del dia fatal (9 de febrero de 1649) levantóse Cárlos muy temprano, se vistió con tanto cuidado y esmero como para concurrir á una grande solemnidad, y pidió que le asistiese en sus últimos momentos Juxon, obispo de Lóndres, de cuyas manos recibió la comunión. Cárlos salió á pie del palacio de San James, y atravesó el parque entre dos hileras de soldados: subió al patíbulo con

serenidad, y cuando se disponia á colocar su cabeza sobre el tajo, el virtuoso prelado le recor-dó enternecido que iba á pasar desde la tierra al cielo, donde hallaria la verdadera corona de gloria. «Sí, respondió el rey, voy á dejar una corona corrup-tible, por otra á la que no puede alcanzar corrupcion alguna, y que estoy seguro de poseer sin zozobras.» De un solo golpe fué separada su cabeza del cuerpo por un hombre enmascarado: otro, con igual antifaz, tomó la cabeza ensangrentada y la mos-tró al pueblo esclamando: ¡*Ved aquí la cabeza de un traidor!*

Imposible es describir el dolor, la indignacion y el asombro que se apoderaron de la nacion entera al saber esta horrible ejecucion: cada uno se reprendia amargamente el haber abandonado al rey ó haber servido á su causa con demasiada indolencia. El jeneroso Fairfax, sobre todo, que habia rehusado ser del número de los jueces, experimentó los mas violentos remordimientos: estaba resuelto á arrancar á Cárlos del supli-

cio, ayudado de su rejimiento; pero el artificioso Cromwell, que tuvo conocimiento de su proyecto, persuadió al crédulo jeneral que el Señor habia desechado á Cárlos, y le empeñó á unir sus plegarias con las del hipócrita Harrison para obtener algunas luces del cielo en tan importante ocasion: entre-tanto rodó la cabeza del monarca.

ABOLICION DE LA DIGNIDAD REAL.—Pocos dias despues de terminado este terrible drama, el *Rump* abolió la cámara de los pares como inutil y peligrosa; la monarquía sufrió la misma suerte, y el gran sello fué sustituido por otro nuevo en el que se grabó la inscripcion siguiente: «Año primero de la restauracion de la libertad por la bendicion de Dios, 1648 (1).»

(1) El año inglés principiaba entonces el 24 de marzo, porque aun no se rejian por el calendario gregoriano: de consiguiente el 30 de enero de 1648, que fué el de la ejecucion de Cárlos I, corresponde para nosotros al 9 de febrero de 1649.



CAPITULO V.

República. — Campañas de Cromwell en Irlanda. — Cromwell disuelve el parlamento á fuerza armada. — Protectorado de Cromwell. — Estado de la Inglaterra á la muerte del protector. — Anarquía. — Jorje Monk. — Restauracion. — Cárlos II. — Quebrantamiento de las promesas de Cárlos. — Guerra con la Holanda. — Incendio de la Cité. — Paz con los holandeses. — Caída del ministerio. — Nueva guerra con la Holanda. — Acta del Test. — Bill del Habeas Corpus. — Sublevacion de los puritanos en Escocia. — Los Whigs y los Toris. — Conspiracion contra el duque de York y contra el gobierno. — Muerte de Russell y de Sidney. — Jacobo II. — Invasion y muerte de Monmouth. — Triunfo del partido católico. — Invasion del príncipe de Oranje en Inglaterra. — Fuga de Jacobo II. — Destitucion de Jacobo II y fin de la casa de Estuardo. — Guillermo III. — Paz con la Francia. — Nueva liga contra la Francia. — Reinado de Ana. — Guerra con la Francia. — Reunion de Inglaterra y Escocia. — Caída de Marlborough. — Paz con los franceses. — Jorje I. — Conspiracion contra el rey. — Jorje II. — Cárlos Eduardo en Escocia. — Conquista del Canadá.

REPUBLICA. — (1649) Grande fué la confusion en Inglaterra despues de la abolicion de la dignidad real. Cada ciudadano, por decirlo así, habia formado su plan de república, manifestando el mismo ardor para hacerle prevalecer, y aun imponerle á la fuerza. En medio de estas pretensiones rivales, la cámara de los comunes, volviendo á tomar un aspecto de autoridad legal, instituyó un consejo de Estado compuesto de treinta y seis miembros, al cual se encargó el poder ejecutivo. El primer

cuidado de este consejo fué examinar la conducta de los parlamentarios que se abstuvieron de concurrir al proceso de Cárlos; muchos realistas, entre ellos el duque de Hamilton, el conde de Holland y lord Capel, pagaron con su cabeza la fidelidad á sus desgraciados príncipes.

CAMPAÑAS DE CROMWELL EN IRLANDA Y ESCOCIA. — Entretanto el jóven príncipe de Gales, heredero de la corona, tomó el título de Cárlos II: despues de haber andado errante por Francia y Holanda, pobre y des-

amparado, consiguió hacerse un partido poderoso en Escocia é Irlanda. Ormond, gobernador de este último país por el rey, á la cabeza de dieziseis mil hombres tomó muchas plazas que ocupaban los parlamentarios, y amenazó á Dublin. Cromwell se hizo conceder el mando civil y militar de la isla sublevada, y pasó la mar con diecisiete mil hombres de tropas veteranas, dirigiéndose inmediatamente sobre Tredah, ciudad bien fortificada y defendida, la cual tomó por asalto y pasó á cuchillo toda la guarnición, para obligar con este acto de rigor á que se sometiesen las demas ciudades. En menos de nueve meses sometió toda la Irlanda, y cuarenta mil de sus habitantes, reducidos á la desesperacion, huyeron á países extranjeros.

Cromwell dejó la Irlanda para ir á buscar nuevas victorias en Escocia (1650), cuyo país habia sacudido el yugo de los independientes ingleses y proclamado á Carlos II. Este príncipe, privado de todo recurso, se habia trasladado á Edimburgo, donde tuvo que aceptar todas las condiciones que quisieron imponerle los partidarios del covenant. Cromwell ocupó el destino de Fairfax, que no queria combatir á

los puritanos porque participaba de sus mismas opiniones, y marchó contra los escoceses á la cabeza de dieziocho mil hombres: atacólos en Dunbar, y despues de ponerlos en completa derrota, se dirigió sobre Edimburgo, de cuya plaza se apoderó. El año siguiente (1651) obtuvo nuevas ventajas, y gran parte de la Escocia estaba ya sometida, cuando la desesperacion sujirió á Carlos una resolucion digna de un príncipe que combate por una corona: entró repentinamente en Inglaterra seguido de catorce mil escoceses entusiasmados. El infatigable Cromwell, dejando á Monk con siete mil hombres para acabar de reducir la Escocia, marchó sobre las huellas del ejército real con increíble rapidez. Alcanzóle en Worcester, y atacó inmediatamente la ciudad por todos costados: las calles se cubrieron de cadáveres: murieron dos mil realistas, y quedaron prisioneros ocho mil. Carlos, despues de haber dado pruebas de valor, se vió obligado á huir: anduvo sin parar veintiseis millas, conducido por el conde de Derby; llegó á los confines de Staffordshire, y en un cortijo llamado Boscobel, disfrazóse en traje de leñador y se subió á una encina, cu-

yas frondosas ramas le ocultaron por espacio de veinticuatro horas. Desde allí vió pasar por debajo de sus pies á muchos soldados que iban en su persecucion, y que espresaban enérgicamente el deseo que tenian de apoderarse de su persona. A este árbol le dieron desde entonces el nombre de *encina real*. Por último, despues de tomar diferentes disfraces, y de correr mil aventuras novelescas, Cárlos halló en el pequeño puerto de Shoreham, en Essex, un barco que le transportó á la costa de Normandía.

Cromwell volvió triunfante á Lóndres despues de la victoria de Worcester. Nunca pareció tan temible el poder inglés á los estados vecinos, como en manos de la república. El célebre Roberto Blake, llevó la gloria naval á su apojeo, y aseguró la libertad de los mares contiguos á las islas británicas: en América redujo á la obediencia de Inglaterra muchas islas. Luego que Ireton y Monk, segundos de Cromwell, sujetaron, el primero la Irlanda, y el segundo la Escocia, el parlamento dirigió su atencion á lo exterior: publicó la famosa *acta de navegacion* (1652) que prohibia á las naciones extranjeras conducir á los puertos ingleses todo jénero

que no fuese produccion de su pais, ó saliese de sus manufacturas. Este acta hizo estallar la guerra entre la Gran Bretaña y la Holanda, á quien heria mas particularmente. Blake, Monk y Dean sostuvieron en muchos combates el honor del pabellon inglés contra los almirantes Tromp y Ruitter, y obligaron á los neerlandeses á pedir misericordia. Despues de estos triunfos, todas las cortes de Europa reconocieron la república inglesa.

CROMWELL DISUELVE EL PARLAMENTO A FUERZA ARMADA. —

Conociendo Cromwell que su poder empezaba á causar zelos al parlamento, creyó que era llegado el momento de dar rienda suelta á su ambicion (1652). Convocó, pues, una asamblea jeneral de oficiales y les obligó á pedir el pago de los atrasos del ejército, y la inmediata convocacion de un nuevo parlamento. Los comunes contestaron con acritud al consejo de oficiales, y declararon que cualquiera que en lo sucesivo se permitiese semejantes representaciones, seria declarado culpable de alta traicion. Furioso Cromwell con esta respuesta, se dirigió apresuradamente á Westminster, acompañado de tres-

cientos soldados, los colocó á la puerta, en el pórtico y en la escalera, y él penetró solo en la cámara; llenó de ultrajes al parlamento, echándole en cara su tiranía, su crueldad y su injusticia: en seguida dió una patada en el suelo, á cuya señal entraron sus soldados é hicieron evacuar el salon: Cromwell salió el postrero, hizo cerrar las puertas, metió las llaves en su bolsillo y se retiró á White-Hall. Al dia siguiente se veia sobre la puerta de la cámara de los comunes un letrero que decia: *Se alquila esta habitacion, sin muebles.* De este modo fué disuelto por uno de sus mismos cómplices aquel parlamento tan largo, que hizo derribar la cabeza de un rey, pretendiendo que habia violado los derechos de la nacion. Algo mas culpable era Cromwell con respecto á las libertades públicas.

Despues de tan audaz golpe de Estado, el consejo de oficiales, instigado siempre por Cromwell, eligió entre los sectarios de los tres reinos, anabaptistas, antimonianos é independientes, ciento cuarenta y cuatro personas, á las que invistió del poder soberano. Esta asamblea de fanáticos ignorantes empezó por buscar á Dios en sus plegarias;

en seguida pensó en suprimir los estudios y las ciencias, y establecer las leyes de Moisés; pero de tantos planes extraordinarios, solo tuvo tiempo para concluir el que establecia la celebracion legal del matrimonio por sola la autoridad civil, sin intervencion alguna del clero. Apenas trascurrieron cinco meses despues de su instalacion, cuando este parlamento, objeto de la irrision pública, y al que pusieron por mote *el parlamento Barebone*, del nombre de un curtidor, que era el jefe, se vió precisado á resignar la autoridad en manos de los que se la habian conferido.

PROTECTORADO DE CROMWELL.
— El consejo de oficiales redactó entonces una constitucion que conferia el poder lejislativo á un parlamento y un protector. En ella se establecia que los miembros del parlamento serian elejidos por el pueblo; que su mision duraria cinco años, á voluntad del protector; que este, investido del *veto* suspensivo, nombraria todos los empleos civiles y militares y gobernaria la nacion en los intervalos de las lejislaturas. Cromwell aparentó rehusar el protectorado, se hizo rogar de sus cólegas, y por último aceptó. En seguida convocó

el nuevo parlamento para el 3 de setiembre de 1654, aniversario de las batallas de Dunbar y de Worcester. En esta asamblea se manifestó un espíritu de libertad que la tiranía militar no pudo sofocar. Inmediatamente despues de su instalacion la cámara de los comunes entró en el ecsámen de la constitucion y del orijen del poder que el protector habia aceptado. Cromwell, viéndose en peligro, no vaciló; se trasladó á Westminster, prorumpió allí en ultrajes contra los diputados, tratándolos de parricidas por haber contestado su poder, y en seguida disolvió el parlamento (1655). Al año siguiente convocó otro nuevo, pero empleó todos sus esfuerzos para que los elejidos fuesen hechuras suyas. Esta asamblea dió principio á sus trabajos legislativos pronunciando la destitucion de Carlos Estuardo y de su familia. Dos diputados, el coronel Jephson y el alderman Pack, propusieron entonces formalmente investir al protector de la dignidad real: esta proposicion escitó al principio el mayor tumulto; pero los partidarios de Cromwell la sostuvieron con tanto calor, que consiguieron se nombrase una comision para que se entendiese con el protector y

venciese sus escrúpulos. La oposicion que Cromwell temia no era la de los oficiales, sino la que hallaba en su propia familia; su yerno Fleetwood, y su cuñado Desborough le declararon que si aceptaba la corona, harian dimision de sus cargos, para no volverle á servir nunca; advirtiéndole ademas que una sublevacion jeneral del ejército seguiria á su admision. Despues de vacilar mucho tiempo, Cromwell se vió por fin obligado á rehusar la corona (1657). El parlamento, sin embargo, le concedió el derecho de nombrar su sucesor, y le asignó una renta perpétua para la conservacion del ejército y de la armada, y para la administracion civil. Algun tiempo despues, los defensores de las libertades públicas obtuvieron la mayoría en la cámara baja; y el protector, alarmado de la union que reinaba entre este partido y los descontentos del ejército, cerró el parlamento (1658).

La administracion de Cromwell fué firme y vigorosa: los embarazos interiores no disminuyeron en nada su atencion para los negocios estrangeros. Bajo su protectorado la Holanda fué humillada de nuevo; y los españoles, batidos en Dunes por las

tropas reunidas de Francia é Inglaterra, abandonaron á Dunkerque, que fué entregado por Mazarin á Cromwell: la Jamaica fué conquistada por Pen y Venables. Pero las turbulencias intestinas acibararon en parte la satisfaccion que causaban al protector las victorias exteriores de sus armas. Tenia que precaverse continuamente de las amenazas de asesinato, y luchar contra los realistas y las diversas sectas, á las que habia comprimido pero no sojuzgado. Amenazado así á cada instante, y no viendo en torno suyo sino falsos amigos ó enemigos irreconciliables, la muerte, que tantas veces habia despreciado en el campo de batalla, estaba continuamente presente en su imaginacion. Cada accion de su vida descubria sus terrores: nunca andaba un paso sin ir acompañado de guardias; llevaba una coraza debajo de sus vestidos y pocas veces dormia tres noches seguidas en un mismo aposento. Las inquietudes del alma no tardaron en debilitar su cuerpo, y su salud se quebrantó: atacóle una fiebre lenta que dejeneró en tercianas, las cuales presentaron síntomas peligrosos, y espiró el 3 de setiembre, á la edad de cincuenta y nueve años. Su hijo

Ricardo le hizo magníficas exequias, y su atahud fué colocado en la capilla de Enrique VII, en Westminster. Dos años despues, fueron resumados sus restos de los sepulcros reales, y arrastrados á Tyburn, donde los colgaron en la horca.

ESTADO DE LA INGLATERRA A LA MUERTE DEL PROTECTOR.—En la época que murió Cromwell, estaba rodeado de tantas dificultades, que se juzgó no hubiera podido mantener por mucho mas tiempo su administracion usurpada. Pero luego que vieron desaparecer aquella mano poderosa que dirigia el gobierno, todo el mundo esperaba la pronta disolucion de un edificio tan mal cimentado. Ricardo era jóven, sin esperiencia, y solo poseia las virtudes de la vida privada; pero el consejo le reconoció como sucesor de su padre. El nuevo protector se apresuró á convocar el parlamento, y todos los comunes de Inglaterra firmaron la obligacion de no hacer ningun cambio en el gobierno; pero el peligro debia venir de otra parte. Los principales oficiales del ejército, y á su frente el ambicioso Lambert y el devoto Fleetwood, querian apoderarse del gobierno. Dirijieron, pues, una representacion á la cámara,

en la que se quejaban de que la *antigua y buena causa*, como ellos la llamaban, la causa que les habia hecho tomar partido contra el rey, estuviese enteramente desatendida. Alarmados los comunes con estas cábalas del ejército, quisieron impedir las reuniones militares; pero se siguió un pronto rompimiento. Los oficiales se dirigieron tumultuosamente á casa de Ricardo, y le pidieron la disolucion de las cámaras: Ricardo carecia de resolución y de firmeza para rehusarlo, y cerró el parlamento: poco tiempo despues él mismo abdicó el protectorado (1659).

ANARQUIA. — La autoridad suprema permanecia en el consejo de oficiales, y estos acordaron volver á llamar al parlamento *largo*. Solo se presentaron cuarenta diputados. Esta sombra de parlamento se creyó poderosa porque habia hecho decapitar á un rey. Su primer cuidado fué tratar de enfrenar el poder militar que le habia vuelto la vida; pero el anarquista Lambert, que acababa de conseguir una victoria sobre los realistas reunidos á los presbiterianos en las inmediaciones de Chester, volvió sus armas contra el indócil parlamento. Situó sus tropas en todas las

avenidas de Westminster, y cuando los diputados se presentaron les impidieron el paso. Los oficiales se apoderaron otra vez de la autoridad suprema. Entonces se abandonaron los tres reinos á los mas tristes presentimientos: la nobleza temia un esterminio jeneral, y el pueblo una perpétua esclavitud.

JORJE MONK. — En el momento en que el porvenir se presentaba bajo tan negros colores, la fortuna, por una revolucion inesperada, abrió de repente al jóven Carlos un camino para subir al trono de sus mayores. Jorje Monk, que con su prudencia y lealtad debia restablecer la monarquía, gobernaba la Escocia desde que fué sometida bajo el mando de Cromwel: con su dulzura y su justicia consiguió tranquilizar aquella nacion revoltosa y conciliarse el afecto del ejército. Sin manifestar á nadie sus intentos, entró en Inglaterra á la cabeza de doce mil soldados viejos y marchó sobre Lóndres. Sabedor de que Lambert le salia al encuentro con sus tropas, Monk envió comisionados para tratar con el consejo de oficiales: su objeto era contemporizar, y detener los preparativos de sus adversarios. La nacion estaba sumerjida en una verdade-

ra anarquía. Entretanto que las fuerzas de Lambert se reunían en Newcastle, Haslerig y Morley se apoderaron de Portsmouth por el parlamento. El almirante Lawson entró en el Támesis con su escuadra y se declaró por la misma causa. La ciudad de Londres estableció una especie de gobierno aparte; y la débil mano de Fleetwood, investido del mando superior del ejército, no podía sostener por mucho tiempo un edificio que empezaba á desmoronarse por todas partes.

Informado Monk de la restauración del parlamento, pasó el Tweed y continuó avanzando. En todo su tránsito vió correr los pueblos á su encuentro para suplicarle que se dedicase al restablecimiento de la paz y de la tranquilidad pública, y Monk afectaba no hacer caso de sus instancias. Llegado cerca de Londres, se declaró al principio por el parlamento *largo* y en contra de la junta de oficiales; mas luego que entró en la ciudad creyó que ya no debía disimular sus intentos: obligó al tiránico parlamento á pronunciar por sí mismo su disolución y á mandar que se hiciesen elecciones generales. Es imposible describir los trasportes de alegría que se manifestaron en Londres al saber la

acertada resolución del general: los realistas y los presbiterianos, olvidando su mútua animosidad, se unieron; y los fogosos republicanos, entre ellos Lambert y Vane, apelaron á la fuga.

RESTAURACION. — Luego que estuvo reunido el nuevo parlamento, eligió este por su presidente al caballero Harbottle Grimstone, conocido por su adhesión á la causa real. Asegurado entonces Monk de las disposiciones de los diputados, advirtió á los comunes que un oficial de la real casa, el caballero John Granville, solicitaba presentar unas cartas de su majestad: esta noticia escitó las mas vivas aclamaciones. Granville fué admitido inmediatamente, y leída con ansia la carta dirigida á los comunes, á la cual acompañaba una declaración: esta contenía una amnistía jeneral y la promesa de la libertad de conciencia; aseguraba á las tropas el pago de sus atrasos, y el goce de la misma paga en lo sucesivo.

Los lores, que no podían ya dudar del espíritu que animaba al pueblo y á los comunes, se apresuraron á recobrar su antigua autoridad. Ambas cámaras asistieron á la proclamación del rey, que se hizo con la mayor solemnidad en el patio de pala-

cio, delante de White-Hall, y de Temple-Bar. Enviáronse comisionados á Carlos, que se hallaba en Holanda, para invitarle á que volviese á Inglaterra á tomar posesion del trono. El rey se embarcó en un navío de la armada inglesa, en La Haya, y desembarcó en Douvres, donde le recibió Monk, á quien él abrazó cordialmente. Hizo su entrada en Lóndres el 29 de mayo de 1660, dia de su cumpleaños, entre los gritos de alegría de aquel mismo pueblo que antes habia aplaudido la abolicion de la dignidad real. De este modo terminó la primera revolucion de Inglaterra.

CARLOS II.—(1660) Este príncipe tenia treinta años cuando subió al trono: admitió en su consejo á diversas personas de conocido mérito, sin hacer distincion de partidos: el caballero Eduardo Hyde, creado conde de Clarendon, fué nombrado canceller y primer ministro; el duque de Ormond, mayordomo mayor de la casa real; el conde de Southampton, tesorero mayor; y el caballero Eduardo Nicolás, secretario de Estado. Monk, en recompensa de sus señalados servicios fué creado caballero de la Jarretiera y duque de Albemarle.

QUEBRANTAMIENTO DE LAS PROMESAS DE CARLOS. — Pasadas las funciones de la restauracion, empezaron las venganzas. Los rejeidas que no habian salido del reino, engañados con el manifiesto real, se presentaron para acojerse á la amnistia; concedióseles en efecto á cincuenta y uno; pero veintinueve fueron juzgados, y condenados diez de ellos al suplicio, que sufrieron proclamándose mártires. En seguida se licenció al ejército, cuyo entusiasmo é indisciplina se temia, y se restableció el episcopado. Una tentativa de levantamiento hecha por los *millenarios*, hombres fanáticos que pensaban que Jesus debia reinar solo en la tierra por espacio de mil años, sirvió de pretexto para perseguir á las demas sectas. En Escocia se abolió el *covenant*, y los obispos volvieron á ocupar sus sillas (1661).

Un nuevo parlamento avanzó mas contra la libertad religiosa: votó un *bill de uniformidad* que completó el triunfo del episcopado sobre el presbiterianismo (1662). Por este bill se mandaba que todo sacerdote que no hubiese recibido la ordenacion episcopal, estaba obligado á recibirla inmediatamente; que además debia aprobar todo lo

que contenía el libro de los rezos ordinarios, prestar el juramento de obediencia canónica, abjurar el pacto y liga solemne, y renunciar al principio que autorizaba á tomar las armas contra el rey. De este modo se desvanecieron las promesas de Carlos en favor de la libertad de conciencia. En un solo dia, mas de diez mil ministros presbiterianos abandonaron sus beneficios y sacrificaron su fortuna á sus principios.

No bastándole á Carlos para sus gastos y prodigalidades los subsidios concedidos por el parlamento, recurrió á una medida que empezó á hacer impopular su gobierno: vendió la ciudad de Dunkerque á los franceses por cuatrocientas mil libras esterlinas. Publicó en seguida una declaración de tolerancia, bajo el pretexto de modificar los rigores del bill de uniformidad; pero su verdadero fin era procurar á los católicos el libre ejercicio de su culto, al cual siempre habia sido inclinado. Este acto, desaprobado por el parlamento, le indispuso con la nacion, cuya mayoría era protestante.

GUERRA CON LA HOLANDA. — (1665) La rivalidad comercial hizo estallar la guerra entre Inglaterra y Holanda: el mando de

la armada inglesa se encargó al duque de York, hermano del rey, que se habia señalado en Francia bajo las banderas de Turena y de Condé. Opdam, almirante de la armada holandesa, no rehusó el combate; pero su navío se voló en lo mas fuerte de la accion, y desconcertados con este accidente los holandeses volvieron las velas hácia sus costas. Tromp, hijo del famoso almirante de este nombre, contuvo con sus naves el esfuerzo de los ingleses y protejió la retaguardia. Este encuentro costó á los vencidos diezinueve buques, unos apresados y otros echados á fondo.

En virtud de un tratado de alianza concluido con la Francia en 1662, los holandeses reclamaron el auxilio de Luis XIV; este mandó á su almirante el duque de Beaufort que se hiciese á la vela para la Mancha, y se reunió con la armada holandesa mandada por Ruyter y Tromp. La escuadra inglesa á las órdenes del duque de Albemarle y del príncipe Ruperto, solo se componia de setenta y cuatro velas; pero acostumbrado Albemarle á no contar el número de los enemigos, destacó al príncipe Ruperto para que se opusiera á los franceses, y él atacó á los holan-

deses en la altura de North-Foreland (1666). Esta batalla es una de las mas memorables en los anales marítimos, tanto por su duracion como por el obstinado encarnizamiento de ambas partes: despues de una lucha de cuatro dias con sucesos varios, los ingleses tuvieron que retirarse á sus puertos, y Ruyter fué á apostarse en la embocadura del Tâmesis. Allí volvió á empezar el combate con nuevo furor: en el primer choque murieron tres almirantes holandeses; el intrépido Ruyter sostuvo la pelea hasta la noche, que vino á terminar aquella carnicería, pero al dia siguiente, viendo su armada dispersa y su jente desalentada, se halló obligado á emprender la retirada, que efectuó con la mayor habilidad, y condujo su escuadra á los puertos de su patria. Desde entonces quedaron los ingleses dueños del mar.

INCENDIO EN LA CITE. — En medio de las calamidades de la guerra, hubo un incendio en la Cité (setiembre 1666) que consternó á los habitantes de Lóndres: á pesar de todos los esfuerzos empleados para contener los progresos de las llamas, se propagó con tanta rapidéz que redujo á cenizas seis-

cientas calles y trece mil casas: duró el fuego tres dias y tres noches y solo pudieron cortarle á fuerza de derribar casas. El pueblo acusó de este desastre á los católicos, á quienes detestaba, pero sin la menor apariencia de prueba ni de verosimilitud.

PAZ CON LOS HOLANDESES. — (1667) La Holanda hacia de nuevo sus preparativos para la guerra; pero Carlos, que no era apasionado á la gloria, ni le atormentaba la ambicion, antes de empezar una guerra infructuosa y perjudicial, hizo proposiciones de paz á su adversario; se abrieron las conferencias, y despues de largas discusiones concluyeron el tratado, por el cual cada una de las dos naciones conservó sus posesiones recientemente adquiridas en ambos hemisferios.

CAIDA DEL MINISTERIO. — Esta conclusion, tan poco honrosa, de la guerra, desagradó al pueblo inglés que echó la culpa al canciller Clarendon, á quien ya habia achacado la venta de Dunkerque á la Francia, y este ministro fué el objeto del odio mas encarnizado: el mismo rey, que tenia mas respeto que amor al canciller, y que, en medio de la disolucion que reinaba en su corte, sufría con impaciencia la

austera virtud é inflexible dignidad de su ministro, contribuyó á su caída: ni aun el recuerdo de sus largos servicios pudo retardarla. Se le retiró el gran sello y se dió al caballero Orlando Bridjeman. Los comunes votaron contra él un acta de acusacion, y Clarendon, previendo que ni su inocencia ni sus servicios harian impresion alguna en el ánimo de los jueces prevenidos, se retiró á Francia, en donde solo sobrevivió seis años á la sentencia de destierro que contra él pronunció el parlamento, y allí concluyó la historia de las guerras civiles de su patria, cuya obra hace el mayor honor á su memoria.

Desde este momento el rey alejó de su consejo los hombres cuyo honor é integridad inspiraban confianza. Todo el gobierno se encargó á cinco personas: Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington y Lauderdale: á este nuevo consejo le llamaron *cá-bala*, porque las letras iniciales de los cinco apellidos componian la palabra inglesa *cabal*. Estos peligrosos ministros escitaron la desconfianza del monarca contra el parlamento, y le persuadieron á que reuniese en sí todo el poder; que se retirase de la triple alianza protestante recientemen-

te concluida entre Inglaterra, Suecia y Holanda, y que se uniese con la Francia. La duquesa de Orleans, hermana del rey, acabó, con sus artificios, de hacerle olvidar todas las máximas del honor y de la política, y le indujo á firmar la alianza con Luis XIV contra la Holanda (1670).

NUEVA GUERRA CON LA HOLANDA. — Declaróse de nuevo la guerra á la república bátaba con los mas frívolos pretextos: el manifiesto de Carlos se quejaba, entre otros agravios, de los perjuicios causados á la compañía inglesa de las Indias Orientales, aunque esta compañía los negó. Mas franca fué, ya que no mas justa, la declaracion de la Francia, que solo dió por motivo de su agresion el desagrado que le causaba la conducta de los Estados. El pensionario Juan de Witt, trató de conjurar la tempestad antes que descargase sobre su patria, y se apresuró á equipar la armada, que se componia de noventa y una naves de guerra y cuarenta y cuatro brulotes, la cual, bajo el mando de Ruyter, se hizo á la vela y sorprendió las escuadras inglesa y francesa en la rada de Solebay, la primera á las órdenes del duque de York, y la segunda á las del conde de Estrees: la

victoria fué muy disputada, y el combate duró hasta la entrada de la noche: entonces se retiraron los holandeses, pero no los persiguieron sus enemigos: la pérdida fué casi igual de ambas partes (1672).

Luis XIV entró en Holanda á la cabeza de sus tropas, y tomó posesion del pais casi sin hallar resistencia. Los estados de Holanda enviaron sus embajadores á los dos monarcas para implorar su clemencia; pero habiendo combatido toda especie de transaccion el pensionario de Witt, demasiado obstinado en defender su sistema de libertad, se alborotó el pueblo holandés y le sacrificó á su furor. Despues del asesinato del virtuoso de Witt, fué elegido en su lugar el príncipe de Oranje, el cual resolvió continuar la guerra, desechando la soberanía de Holanda que le ofrecian los monarcas aliados.

El rey de Inglaterra obtuvo del parlamento un subsidio de sesenta mil libras esterlinas, y equipó una armada de noventa naves (1673). Habiendo hecho dimision de todos sus cargos el duque de York porque no quiso prestar el juramento del *Test*, que anulaba la declaracion de indulgencia en favor de los católicos, de los cuales era celoso protec-

tor, se dió el mando de las fuerzas navales al príncipe Ruperto. Una armada tan formidable no produjo ningun resultado: despues de tres combates contra Ruyter, cuyo éxito fué dudoso, la escuadra volvió á los puertos de Inglaterra.

El parlamento manifestó su descontento; y Carlos, conociendo que no debía esperar mas subsidios para la continuacion de una guerra tan impopular en sus estados, trató, por su parte, de hacer la paz con Holanda por medio del embajador español; firmóse en efecto con condiciones muy honoríficas para la Inglaterra, y fué publicada en Lóndres con grandes aclamaciones del pueblo (1674): mas no por eso dejó de conservar Carlos relaciones secretas con la Francia, la cual continuó haciendo la guerra á la república bataba. Los comunes, el ministro Shaftesbury, que antes habia sido ardiente promotor de la guerra, y la opinion pública, se pronunciaron decididamente contra la continuacion de las hostilidades entre Luis XIV y la Holanda, instando á Carlos á que se declarase árbitro en aquella lucha. El rey pidió á los comunes sesenta mil libras esterlinas para emprender lo que ecsijian

de él: ya estaba para votarse tan crecido subsidio é iba á efectuarse el rompimiento con la Francia, cuando se supo la conclusion de la paz en Nimega (1678), por cuyo tratado adquirió Luis el Franco-Condado y muchas plazas importantes en Flandes. La Holanda descansó de sus largas guerras bajo el estatuderado del príncipe de Oranje, recién casado con Maria de Inglaterra, hija del duque de York.

ACTA DEL TEST. — Las medidas adoptadas por Carlos, aumentaban cada dia las prevenciones y desconfianzas de sus súbditos: el restablecimiento del papismo y de la monarquía absoluta, parecia ser objeto constante de sus esfuerzos. En medio de estas disposiciones hostiles del pueblo, esparcióse de repente el rumor de un complot tramado por los católicos. Un tal Tito Oates, el mas infame de los hombres, y que por sus desarreglos habia sido espulsado del colegio de jesuitas de Saint-Omer, delató, ó mas bien inventó una conspiracion, cuyos intentos eran matar al rey y dar la corona al duque de York, á condicion de que la recibiria como un don del papa, y consentiria en la total estirpacion de la religion protestante. Esta conspira-

cion fué el objeto de todas las conversaciones y del terror público. El tesorero mayor Danby, enemigo de Francia y de los católicos, atizaba las revelaciones de Oates, é hizo prender á Colman, secretario de la duquesa de York: entre los papeles de este se halló su correspondencia con el P. Lachaise, confesor de Luis XIV, con el nuncio del papa en Bruselas, y con otros católicos extranjeros, cuyas cartas contenian algunos pasajes relativos á los sentimientos personales de Carlos en favor del papismo y de la alianza con la Francia. Esto, y la muerte del sheriff Geoffrey, que fué el que recibió la declaracion de Oates, cuyo atentado se achacó á los papistas, aumentaron hasta lo sumo los terrores del pueblo. En medio de esta fermentacion de los ánimos se reunió el parlamento; el grito del complot resonó de la una á la otra cámara, y se presentó una peticion indicando un ayuno público, y solicitando que se desterrase de Lóndres á los papistas marcados. El rey, á pesar de no creer en la realidad del complot, juzgó necesario adoptar la opinion popular en presencia de ambas cámaras. Se introdujo un nuevo *Test*, que trataba á la religion católica de idolatría,

y que todos los miembros que pusieran dificultad en adoptarle fuesen escludidos del parlamento. Presentábanse en multitud los delatores, entre ellos personas de distinguido rango. Montague, embajador que fué de Inglaterra en Francia, produjo ante la cámara de los comunes una carta del tesorero mayor Danby, refrendada por el rey, que contenia pruebas irrecusables de las intrigas de Cárlos con la corte de Francia. Los comunes decretaron inmediatamente la acusacion de Danby; los lores se opusieron á su arresto; la cámara baja insistió, y en esta discordia de las dos cámaras el rey prorogó el parlamento y despues le disolvió.

Sin embargo, la necesidad de metálico obligó al rey á convocar otro parlamento (1679). La nueva cámara de los comunes no se mostró menos opuesta á la corte que la anterior. Temeroso Cárlos de la tempestad que se formaba contra él, obligó al duque de York á salir de Inglaterra, para apaciguar al pueblo y á sus representantes quitándoles toda sospecha de la influencia de los papistas en los negocios públicos. El duque no rehusó obedecer; pero éscijó una orden firmada por su hermano para

que su ausencia no se mirase como una prueba de culpabilidad, y además que Cárlos declarase públicamente la ilejitimidad de Monmouth, uno de sus hijos bastardos, que aspiraba á sucederle en el trono. Cárlos hizo la declaracion que se le pedia, en pleno consejo, y el duque de York se retiró satisfecho á Bruselas.

BILL DEL HABEAS CORPUS. —

A pesar de esta precaucion, no pudo obtener Cárlos la confianza del parlamento. Desde el principio de la lejislatura, los comunes reprodujeron la acusacion contra Danby, y fué encerrado en la Torre á pesar de la oposicion del rey. La misma cámara, animada por las intrigas de Shaftesbury, presidente del nuevo ministerio, votó un bill para escluir enteramente al duque de York de la sucesion á la corona: en él se decia que despues de la muerte del rey, ó por su abdicacion, la corona pasaria al heredero mas prócsimo; que si el duque de York se presentase en alguno de los tres reinos, sería declarado culpable de traicion, y los que sostuviesen sus derechos castigados como traidores y rebeldes. En seguida se ocuparon los comunes de las libertades de la nacion: escluye-

ron de su seno á todos los miembros que disfrutaban pensiones ó sueldo del gobierno; declararon ilegales las tropas permanentes y la guardia real, y votaron la famosa ley del *Habeas corpus*, inapreciable garantía de la libertad individual, de que tanto se envanece la Inglaterra. Por esta ley ningun súbdito del reino puede ser deportado; el carcelero está obligado á presentar el acusado ante sus jueces cuantas veces sea requerido para ello; el motivo de la prision debe certificarse; y si un acusado está juzgado por un tribunal, no puede ser otra vez preso por la misma causa. Despues activaron los comunes los procedimientos contra Danby; pero empeñándose un debate entre estos y la cámara alta con motivo de la admision de los obispos al proceso, Carlos se aprovechó de este incidente para cerrar el parlamento.

A pesar de la ausencia de las cámaras, los procedimientos contra los católicos acusados de conspiradores, continuaron sin interrupcion; el rey se vió obligado á ceder al furor popular: Colman, Whitebread, provincial de los jesuitas y otros muchos relijiosos de la misma orden, fueron condenados á muerte y su-

frieron su sentencia protestando hasta el último suspiro que eran inocentes. La infamia de Oates, á quien llamaban el salvador de la nacion, fué recompensada con una pension anual de mil doscientas libras esterlinas.

SUBLEVACION DE LOS PURITANOS EN ESCOCIA. — Los puritanos escoceses, que buscaban una ocasion para salir de la opresion en que jemian tanto tiempo hacia, aprovechándose del descontento de los ingleses, se sublevaron y asesinaron al primado Sharp, al que miraban como apóstata y como autor de sus largas persecuciones. Marchó contra ellos el duque de Monmouth con un cuerpo de caballería inglesa, y los atacó en el puente de Bothwell, entre Hamilton y Glasgow, donde habian tomado posicion los rebeldes en número de unos ocho mil, conducidos por sus predicadores. La artillería inglesa los derrotó inmediatamente: murieron mas de setecientos, y quedaron mil doscientos prisioneros: Monmouth los trató benignamente con objeto de hacerse partidarios, y obtuvo del rey una amnistía para todos los adictos al *covenant*.

Carlos cayó enfermo en Wind-

sor y sus principales consejeros le obligaron, á despecho de Shafterbury, á llamar secretamente al duque de York para que pudiese hacer valer sus derechos contra los obstáculos que se le oponian. A su llegada encontró el príncipe á su hermano fuera de peligro; pero no desaprovechó el viaje: durante su corta permanencia en Windsor consiguió quitar al duque de Monmouth el favor del rey, que le cesó del mando de las tropas; en seguida obtuvo permiso de retirarse á Escocia, bajo el pretesto de calmar los temores de la nacion inglesa, pero en realidad para atraer aquel reino á sus intereses.

LOS WHIGS Y LOS TORIS. — Los descontentos recurrieron á las peticiones tumultuosas para que el rey convocase el parlamento (1680). Los partidos, en su afan de injuriarse, inventaron en este año los célebres epítetos de *Whig* y de *Tory*, que por tanto tiempo han dividido y aun dividen á la Inglaterra. El partido de la corte echaba en cara á sus antagonistas su semejanza con los fanáticos de Escocia conocidos con el nombre de *Whigs* (pelucas): y el partido popular pretendia hallar alguna relacion entre los realistas y

los papistas rebeldes de Irlanda á los que llamaban *Toris* (facciosos). El rey, despues de resistir largo tiempo, al fin accedió á la convocacion. Apenas se constituyeron los comunes, reprodujeron el bill de exclusion contra el duque de York. Las discusiones en ambas cámaras fueron muy acaloradas, y la de los lores desechó el proyecto por una mayoría considerable. Los comunes, para vengarse, volvieron á emprender la acusacion contra los lores católicos presos en la Torre. El vizconde de Stafford, á quien su edad y enfermedades hacian incapaz de defenderse, fué la primera víctima, y su sangre la última que se derramó con motivo de la conspiracion papista. Los comunes votaron aun otros muchos bills que manifestaban claramente sus disposiciones contra la corte; y aun en sus últimas declaraciones dejaron columbrar sus intentos de formar una asociacion contra el monarca. Carlos se apresuró á disolver este parlamento y á convocar otro nuevo.

Para prevenir los desórdenes que acompañaban á las sesiones de las cámaras en Westminster, por la intermediacion de la revoltosa Cité, quiso que se abriese el parlamento en Oxford; pero

todos los representantes populares se presentaron en esta ciudad escoltados no solo por sus criados, sino tambien por sus amigos y partidarios; y mas parecia aquello una dieta polaca, que un parlamento regular (1681). La cámara de los comunes, compuesta casi enteramente de los mismos individuos, emprendió nuevamente la acusacion de Danby, las indignaciones de la conspiracion papista, y sobre todo el bill de esclusion. Carlos perdió la esperanza de hacerlos mas moderados y disolvió otra vez el parlamento. Para no verse precisado en lo sucesivo á confiar al pueblo nuevas elecciones, resolvió establecer la mayor economía en su administracion evitando así el tener que pedir subsidios.

Luego que Carlos se vió dueño del reino y que no tenia que temer los clamores de los comunes, llamó cerca de sí al duque de York (1682). Sin embargo, la autoridad absoluta del monarca no dejó de encontrar poderosos obstáculos, sobre todo por parte de Lóndres, que se hallaba en manos de los descontentos. El rey dió una orden para que la capital hiciese patente ante un tribunal la validez de sus prerogativas. La causa de Lóndres fué

litigada por dos abogados contra el procurador y el solicitador jeneral; la sentencia fué de todo punto favorable á la corte, y los ciudadanos se vieron obligados á dirigir al rey humildes súplicas para obtener el restablecimiento de sus cartas, cuyo favor se les vendió caro: se ecsigió que el lord correjidor, los sheriffs y los aldermanes no pudiesen ejercer sus empleos sin la aprobacion del rey, y que estos funcionarios tuviesen el derecho de nombrar los demas magistrados de la Cité.

CONSPIRACION CONTRA EL DUQUE DE YORK Y CONTRA EL GOBIERNO.

— Las otras ciudades del reino conocieron que era inútil luchar contra la córte, y la mayor parte de ellas consintieron en entregar en manos del rey sus franquicias municipales, cuyo restablecimiento les costó grandes sumas, y todos los oficios quedaron á disposicion del rey. Pero ecsitia un partido de descontentos que aun antes de estas injusticias habia formado un plan de oposicion contra la corona. Entre estos se contaban el duque de Monmouth, lor Gray, lor Russell, y el inquieto Shaftesbury, que era quien los incitaba. Además de los partidarios que se hacian en Lóndres, se esforzaron en

empeñar á la nobleza y habitantes de muchos condados á tomar las armas para reconquistar sus privilegios: ya iba á estallar la conspiracion cuando Russell hizo consentir á los demás conjurados en que se aplazase la explosion. El impaciente Shaftesbury, irritado por esta dilacion, abandonó el proyecto y pasó á Holanda, donde murió á poco tiempo.

Despues de la partida de Shaftesbury, los conspiradores principiaron un proyecto regular de levantamiento (1683). Los principales jefes eran Monmouth, Russell, Essex, Howard, Algernon Sidney y John Hampden, niéto del famoso jefe parlamentario del tiempo de Cárlos I; los cuales se pusieron en relacion con el conde de Arjile y los escoceses descontentos.

MUERTE DE RUSSELL Y DE SIDNEY. — Pero Keiling, uno de los conjurados, temeroso del écsito de su empresa, descubrió la conspiracion al secretario jeneral Jenkins, con objeto de obtener su perdon. Inmediatamente se dió orden de prender á los conspiradores: Monmouth se escondió; Russel fué encerrado en la Torre; Howard, hombre sin honor, viéndose descubierto, no vaciló en comprar su perdon vendiendo á sus cómplices, y

por su denuncia fueron presos Essex, Sidney y Hampden. Los procedimientos judiciales principiaron por Russell; y el jurado le condenó á muerte, y sufrió su sentencia con valor. En seguida tocó el turno á Sidney, hijo del conde de Leicester, el cual tomó una parte muy activa en las guerras civiles del anterior reinado; y aunque se opuso constantemente á la usurpacion de Cromwell, despues de la restauracion quiso mas bien condenarse al destierro que someterse al gobierno de una familia que detestaba; por consiguiente la corte tenia grande interés en desembarazarse de un adversario tan pronunciado, y tambien fué sentenciado á muerte. En cuanto á Essex, le hallaron ahogado en su prision. Los oficiales encargados de verificar este accidente declararon que se habia suicidado con sus propias manos. Hampden, absuelto del cargo de alta traicion, fué condenado á una multa considerable.

Estos rigores no estaban de acuerdo con la dulzura bien conocida del carácter de Cárlos, y la nacion los atribuia al duque de York, en cuyas manos parecia haber resignado el rey, por su indolencia, las riendas del gobierno. Se dice que la violenta

imprudencia del duque, causaba al rey alguna inquietud, y que meditaba un nuevo plan de administracion: en efecto, estaba decidido á enviar á su hermano nuevamente á Escocia, á llamar á Monmouth, á convocar un parlamento y á deshacerse de los ministros que desechaba la nacion; pero en medio de estos sabios proyectos le acometió un accidente aplopético, consecuencia de su intemperancia, y murió á los cincuenta y cinco años de edad y veinticinco de reinado. Su muerte fué sentida de la nacion, que no podia odiar á un rey mas bien frívolo que perverso, y á cuyo sucesor temia.

JACOBO II. — (1685) El primer acto de Jacobo II fué declarar que conservaria el gobierno establecido en la iglesia y en el estado; pero no tardó en demostrar que su adhesion á las leyes no era sincera, imponiendo contribuciones sin el concurso del parlamento, y asistiendo públicamente á la misa, con las insignias reales. A pesar de su repugnancia personal, se decidió á convocar el parlamento; pero en su discurso de apertura manifestó á las cámaras claramente, que á la menor muestra que diesen de descontento, sabria usar de su prerogativa y dispen-

sarse de una medida que él miraba como libre y voluntaria. La cámara baja, compuesta casi enteramente de toris, concedió al rey durante su vida todas las rentas que disfrutaba Carlos II á su muerte. La de los lores no se mostró menos complaciente: esta se ocupó principalmente en hacer desaparecer las huellas de la famosa conspiracion papista, y Oates fué condenado, como perjuro, á una multa, á ser azotado y á prision perpétua. Los magnates papistas, entre ellos Danby, fueron absueltos de la acusacion presentada contra ellos.

INVASION Y MUERTE DE MONMOUTH. — El curso de los trabajos parlamentarios se interrumpió con la noticia que se esparció repentinamente de que el duque de Monmouth habia salido de Holanda con tres navíos y desembarcado despues en la costa occidental de Inglaterra. Este príncipe llegó á reunir mas de dos mil hombres y tomó el título de rey en Tauton: para no dar tiempo de concentrarse á las tropas reales, cayó sobre el general Feversham, cerca de Bridgewater. Despues de tres horas de una vigorosa resistencia, los rebeldes fueron derrotados; perecieron cerca de mil

y quinientos. Monmouth apeló á la fuga y se disfrazó de aldeano para poder mejor ocultarse; pero al fin fué hallado en una zanja, cubierto de lodo, y estenuado de cansancio y de hambre. Escribió á Jacobo en los términos mas humildes, suplicándole no derramase la sangre de un hermano. El rey viéndole tan sumiso le hizo llevar á su presencia, lisonjeándose de que le haria confesar los nombres de todos sus cómplices; pero á pesar de su amor á la vida, este desgraciado príncipe no quiso comprarla con semejante infamia y se dispuso á morir con valor. Las muestras del afecto popular le acompañaron hasta el patíbulo.

A consecuencia de la invasion de Monmouth; el feroz coronel Firk y el implacable juez Jeffries, ministros de la venganza de Jacobo, hicieron sentenciar á muerte á mas de ciento y cincuenta personas en el Oeste de Inglaterra, y el conde de Argile que habia ido á sublevar la Escocia en favor de Monmouth, fué tambien preso y conducido á Edimburgo, donde murió en el cadalso.

TRIUNFO DEL PARTIDO CATÓLICO. — Jacobo, lleno de seguridad é impulsado por su celo re-

lijioso, propuso al parlamento que se dispensase á los católicos del *Test* protestante; pero las cámaras recobraron su independencia; resistieron, y el monarca las disolvió (1686). Jacobo, decidido á no abandonar su proyecto, ya que no le pudo hacer adoptar al parlamento, consiguió establecerle por medio de la autoridad judicial. En seguida cuatro lores católicos fueron admitidos en el consejo privado, y los protestantes de los tres reinos no tardaron en ver el poder civil y la autoridad militar en manos de sus mas temibles enemigos.

Todos los hombres sensatos que pertenecian á la comunión católica, reprobaban aquel sistema, cuyo écsito era fácil prever; pero Jacobo estaba enteramente gobernado por los imprudentes consejos de la reina y del jesuita Peters, su confesor; y no contento de conceder dispensas á los particulares, se atribuyó el poder de suspender, por una declaracion de induljencia jeneral, todos los estatutos que ecsigian la sumision á la religion establecida. Envió asimismo al conde de Castlemaine á Roma en calidad de embajador extraordinario (1687) para dar la obediencia al papa y reconci-

liar la Inglaterra con la santa sede; pero el papa en vez de aprobar un paso tan precipitado, conoció que un proyecto concebido con tanta indiscrecion no podia tener dichoso fin, y recibió al embajador inglés con la mayor indiferencia. Sin embargo, su santidad envió á la corte de Inglaterra un nuncio que hizo su entrada pública en Windsor, con hábitos pontificales, contravieniendo al bill del parlamento que calificaba de alta traicion toda comunicacion con el papa.

El rey, para llegar mas pronto al fin que se proponia, publicó de su propia autoridad una declaracion de libertad de conciencia: seis obispos que se negaron á leerla en sus iglesias, despues del oficio divino, fueron conducidos á la Torre de orden de Jacobo; pero juzgados despues salieron absueltos, y su libertad fué un triunfo para toda la nacion: el ejército se dejó llevar del torrente jeneral y no quiso admitir la libertad de conciencia.

Algunos dias antes de la libertad de los obispos, la reina dió á luz un niño (1688); pero el odio contra el rey era tan violento, que la calumnia llegó á suponer en Jacobo la intencion

de haber querido engañar al mundo con un hijo supuesto. El príncipe fué bautizado con el nombre de Jacobo, y mas tarde conocido bajo el título de pretendiente.

El rey solicitó el concurso del príncipe de Oranje, su yerno, para la revocacion de las leyes penales y del *Test*; pero Guillermo le contestó desaprobando altamente sus empresas contra la Iglesia anglicana: esta declaracion animó á los protestantes, y todos los ingleses volvieron sus ojos hácia la Holanda. Guillermo, cediendo á las instancias de los ingleses refugiados, se decidió á tomar la defensa de un pueblo que en su conflicto le miraba como su único protector, y dispuso una espedicion que se dirijia, al parecer, contra la Francia. Jacobo no vió otro medio de salvacion sino una pronta retractacion de las funestas medidas que le habian suscitado tantos enemigos interiores y exteriores; pero ya no era tiempo: el príncipe de Oranje habia publicado un manifiesto que se estendió por todo el reino, en el que enumeraba los infinitos sufrimientos de la nacion, y que para remediar estos males se disponia á pasar á Inglaterra con un ejército.

INVASION DEL PRINCIPE DE ORANJE EN INGLATERRA.—(1688)

Guillermo desembarcó sin obstáculo en Torbay, el 5 de noviembre. Bien pronto se conmovió toda la Inglaterra; cada dia se manifestaban mas los progresos de la conspiracion universal en que la nacion habia entrado para oponerse á los intentos del soberano; pero el síntoma mas peligroso fué la desafeccion del ejército: todos los oficiales se manifestaron dispuestos á defender la causa de su patria y de su religion. Lord Conbury se pasó al partido de Guillermo con tres rejimientos. Faversham rehusó sacar la espada, y lord Churchill (despues el célebre duque de Marlborough), que de simple paje llegó á ascender hasta el mando superior del ejército, y que debia toda su fortuna al afecto del rey, no temió, en este sensible extremo, abandonar á su protector.

FUGA DE JACOBO II.—Jacobo no pudo contener sus lágrimas cuando supo que el príncipe Jorge de Dinamarca, su yerno, y Ana su hija querida, habian ido á reunirse con Guillermo. El último uso que Jacobo hizo de la autoridad real, fué dar órdenes para la convocacion del par-

lamento, y enviar tres comisionados para tratar con el príncipe de Oranje. Alarmado Jacobo de aquella defeccion casi jeneral, acosado además por sus propios temores y los de sus partidarios, tomó precipitadamente la resolucion de refugiarse en Francia; envió anticipadamente á la reina y al príncipe acompañados del conde de Lauzun, favorito de Luis XIV, y él se trasladó á Rochester, ciudad poco distante del mar; desde allí ganó furtivamente la costa, se embarcó en una fragata que le esperaba, y le condujo felizmente á Ambleteuse en la provincia de Picardía, desde donde marchó á San Jerman. En esta residencia recibió del monarca francés la jenerosa hospitalidad que una familia jacobita, propietaria del castillo de Lullworth, debia dar en nuestros dias á un nieto de Luis XIV, tambien proscrito por una insurreccion victoriosa.

DESTITUCION DE JACOBO II, Y FIN DE LA CASA DE ESTUARDO.—Una asamblea nacional convocada en Westminster con el nombre de *Convencion*, votó al principio una accion de gracias al príncipe de Oranje por el servicio que acababa de prestar á la nacion, y en seguida declaró (febrero

de 1689): «que el rey Jacobo, habiéndose esforzado en destruir la constitucion del reino, rompiendo el contrato que ecsistia entre el rey y el pueblo, violando las leyes fundamentales por consejo de los jesuitas, y evadiéndose del reino, habia abdicado el gobierno, y por consiguiente el trono estaba vacante.» Entonces se votó el bill que conferia la corona al príncipe y á la princesa de Oranje; pero la administracion al príncipe solo. Despues de su muerte, el trono debia pertenecer á la princesa Ana. La Convencion unió á este reglamento una declaracion de las libertades legales del pueblo inglés, en la cual estaban por fin decididos todos los puntos contestados entre el rey y la nacion, y la prerogativa real reducida á justos límites y mas exactamente definida que nunca. Poco tiempo despues, una Convencion escocesa adoptó otra declaracion semejante, y Guillermo y María fueron proclamados en ambos reinos, jurando observar el *bill de derechos*. Tal fué el último acto de la revolucion de 1640.

GUILLERMO III. — (1689) Si la Inglaterra y la Escocia se apresuraron á reconocer á Guillermo de Oranje, la Irlanda en des-

quite, mas afecta al partido católico, se mostró poco dispuesta á someterse á un príncipe protestante. Esta isla, donde gobernaba el conde de Tyrconnel, celoso *jacobita*, se declaró abiertamente por el monarca fujitivo. Instruido Jacobo de estas disposiciones favorables, obtuvo de Luis XIV socorros de hombres y naves, y partió de Brest, despues de haberse despedido de su real huésped. Desembarcado en Kinsale, el 22 de marzo de 1689, hizo su entrada solemne en Dublin, entre las aclamaciones de la multitud, y en seguida marchó á sitiar á Londonderry, ciudad protestante, bajo cuyos muros perdió nueve mil hombres sin poderla reducir. No tardó en sometérsese casi toda la Irlanda, y era ya urgente para la Inglaterra oponerse á sus progresos. Guillermo envió contra Jacobo al duque de Schomberg con un ejército de diez mil hombres; pero las enfermedades que cundieron entre sus tropas, impidieron al jeneral ingles el emprender nada importante. Esta inaccion escitó el descontento de los comunes, y Guillermo se vió tan ostigado por los whigs y los toris, que estuvo tentado á abandonar la administracion del reino á su mujer la reina, y re-

tirarse á Holanda; pero cedió á las instancias de sus partidarios y se decidió á marchar él mismo á Irlanda para terminar mas brevemente la guerra. Luego que desembarcó, se dirigió hácia el rio Boyna, donde Jacobo ocupaba una posicion ventajosa; atacóle al instante, quedando la victoria por el ejército inglés, que derrotó completamente á los irlandeses y á los franceses sus auxiliares, y Jacobo apenas tuvo tiempo para llegar á Dublin, desde donde partió otra vez para Francia (1690).

Sin embargo, los jacobitas no se dieron por vencidos; la noticia de una victoria conseguida por la escuadra francesa sobre la anglo-holandesa, les volvió la esperanza, y la guerra continuó: Guillermo, despues de apoderarse de muchas fortalezas, encargó el mando de Irlanda al general Ginckle, y se volvió á Inglaterra. Ginckle atacó á las bandas irlandesas reunidas á nuevos auxiliares franceses y les obligó á deponer las armas (1691). Cesaron las hostilidades, se abrieron negociaciones en Limerick, y se firmó una capitulacion en la cual se estipuló que los católicos irlandeses gozarian de la misma libertad que en el reinado de Carlos II; que nadie

seria perseguido por ningun delito anterior, y que cada individuo tendria derecho á dejar la Irlanda y retirarse adonde le pareciese con su familia y bienes. En virtud de esta capitulacion, doce mil irlandeses quisieron mas bien abandonar su patria y emigrar á Francia, que reconocer á Guillermo.

Despues de la reduccion de Irlanda, Guillermo pasó á Holanda para concertarse con sus aliados. Desde el principio de su reinado habia formado una alianza ofensiva y defensiva contra la Francia, con el emperador, el elector de Brandemburgo y los estados jenerales de Holanda: esta alianza es conocida en la historia con el nombre de *liga de Augsburgo*. Luis quiso aprovecharse de su ausencia para hacer un desembarque en Inglaterra. Reunióse entre Cherburgo y La Hoga un cuerpo considerable de tropas francesas, al que se juntaron gran número de irlandeses y escoceses fujitivos, todos á las órdenes del rey Jacobo: el almirante Tourville con sesenta y tres naves, debia proteger el desembarque. Noticioso el almirante inglés de estos formidables preparativos, se reunió con la celeridad posible á la armada holandesa y se hizo á la

vela para Francia: descubrió al enemigo cerca de La Hoga, el cual se preparó inmediatamente á la batalla (19 de mayo 1692): despues de una lucha de doce horas fueron vencidos los franceses, que perdieron quince de sus naves: y Jacobo, viendo desvanecidas sus esperanzas, se volvió á San Jerman. La reina María murió poco tiempo despues de este nuevo desastre de su padre.

PAZ CON LA FRANCIA. — Continuó la guerra en el continente por algunos años con sucesos varios, y por último se firmó la paz en Riswich el 20 de setiembre de 1697: por este tratado la Francia reconoció á Guillermo sin restriccion ni reserva, y se restableció la libertad de comercio entre las dos naciones.

Guillermo, á su regreso á Inglaterra, trató de dar mas fuerza á su autoridad: durante su lucha con la Francia se vió obligado á hacer algunas concesiones á las cámaras, porque necesitaba dinero: por eso consintió en el bill trienal, en virtud del cual el parlamento habia de ser convocado al menos una vez cada tres años, y su duracion no debia exceder de otros tres. Aunque libre de la guerra extranjera, queria conservar las tropas que se le

habian concedido para sostenerla; pero los comunes decidieron que se licenciasen todas las tropas pagadas por la Inglaterra, excepto siete mil hombres, y que aun estas fuerzas deberian componerse de nacionales. Guillermo se indignó y rehusó al principio sancionar este bill; pero mejor aconsejado por sus ministros, accedió por fin á licenciar su guardia holandesa (1698).

NUEVA LIGA CONTRA LA FRANCIA. — Estas alteraciones entre el rey y el parlamento, duraron hasta el fin de su reinado; pero se manifestaron mas violentas con motivo del tratado de particion de la monarquía española, concebido por Luis XIV y aprobado por Guillermo. Por este tratado, la España y las Indias Orientales debian pertenecer al hijo del elector de Baviera, á quien Carlos II, no teniendo heredero directo, habia designado por sucesor suyo; el delfin, hijo de Luis XIV, debia poseer á Nápoles y Sicilia; y el archiduque Carlos obtendria el Milanésado; pero habiendo muerto el príncipe de Baviera antes que el rey de España, se modificaron estas disposiciones testamentarias. Carlos eligió por su heredero al duque de Anjou, nieto de Luis XIV; el monarca francés

aceptó la sucesion y se retiró del tratado de particion. Guillermo se irritó al saberlo; convocó las cámaras, y les hizo presente la conducta del rey de Francia, bajo el aspecto mas desfavorable. Los comunes desaprobaron altamente el tratado de particion, y manifestaron con enerjía su descontento por lo que se habia convenido sin su participacion: sin embargo, comprometieron al rey á continuar las negociaciones, y ofrecieron ayudarle á sostener el honor de la Inglaterra. Firmóse secretamente en La Haya una alianza ofensiva y defensiva entre Inglaterra y las Provincias-unidas. El emperador, que por su parte habia hecho proclamar rey de España al archiduque Carlos, y enviado ya al príncipe Eujenio de Saboya á la conquista del Milanesado, no tardó en unirse á esta nueva liga contra la Francia (1701).

Entretanto, Jacobo II murió en San Jernan: Luis, que no ignoraba las intrigas de Guillermo para suscitarle enemigos, se apresuró á reconocer al príncipe de Gales como rey de la Gran Bretaña. Luego que se supo esta circunstancia resonó en toda la Inglaterra un grito de guerra contra la Francia. La ciudad de Lóndres

hizo una manifestacion al rey, en la que le protestaba su adhesion á su persona y la firme resolucion en que estaba de defender sus derechos á la corona: el parlamento votó subsidios y declaró culpable de alta traicion al pretendido Jacobo III; pero la muerte puso fin á los proyectos y á la ambicion de Guillermo: al trasladarse este de Kensington á Hamptoncourt, cayó su caballo, derribando al príncipe con tanta violencia, que se fracturó un hueso; cuyo accidente le fué fatal por su débil constitucion. La calentura le acabó el 8 de marzo de 1702, á la edad de cincuenta y dos años, habiendo reinado trece.

Guillermo dejó reputacion de profundo político y gran jeneral, aunque nunca fué popular, y pocas veces vencedor: su esterior era severo y sombrío, y solo manifestaba ardor en el campo de batalla: detestaba la adulacion, aunque le gustaba dominar: dejó ecsausta la Inglaterra de hombres y de dinero; pero los jenerosos esfuerzos que hizo para proteger la libertad de Europa contra los ambiciosos proyectos de Luis XIV, le merecieron el reconocimiento de los pueblos que gobernó. Empeñado en guerras continuas no pudo proteger

las letras ni hacer florecer las artes, además de que tenía poco gusto por ellas.

REINADO DE ANA. — (1702)

Ana, hija segunda del rey Jacobo, y esposa del príncipe Jorje de Dinamarca, subió al trono en virtud del acta de 1689, con satisfacción jeneral de todos los partidos. Su primer cuidado fué declarar á las cámaras que estaba decidida á conservar la religión y las leyes establecidas, y á continuar los preparativos principiados por su antecesor. Declaróse pues la guerra á la Francia por la Inglaterra, la Alemania y la Holanda á un mismo tiempo. Marlborough, que gozaba entonces de gran favor, vió satisfecha su pasión por la gloria militar con el título de jeneralísimo de las tropas anglo-holandesas: pocos hombres eran mas dignos que él de semejante distinción: sereno en los peligros, infatigable en el consejo, fué para la Francia el adversario mas temible que la Inglaterra le suscitó desde los desastres de Crecy y de Azincourt.

GUERRA CON LA FRANCIA. — El jeneral inglés, con un ejército de sesenta mil hombres, en cuyas filas se contaban los mejores oficiales del siglo, entró en campaña por el mes de julio

de 1702. Luis XIV le opuso al duque de Borgoña, su nieto, y á cuyas órdenes estaba el mariscal de Boufflers, oficial valiente y activo. Algunos dias batieron á los aliados para conquistar la Güeldres española: los franceses, obligados á retroceder, se dirijieron al milanesado, adonde Marlborough no quiso seguirlos. Contento de terminar la campaña con la toma de Lieja, donde hizo un inmenso botín, dió la vuelta para Inglaterra: los comunes le acordaron un voto de gracias y la reina le creó duque. En el mar, las armas inglesas salieron igualmente victoriosas: despues de una vana tentativa contra Cádiz, el duque de Ormond desembarcó cerca de Vigo, mientras que la escuadra, á las órdenes del almirante Jorje Rooke, penetrando en el puerto, obligó á los franceses, que se habian refugiado allí, á quemar sus embarcaciones: ocho de ellas fueron incendiadas ó encalladas: los ingleses tomaron diez naves de guerra con once galeones y mas de un millon en metálico.

En 1703 Marlborough principió la campaña con la toma de Bonn, Huy, Limburgo y Güeldres; pero fué detenido en el curso de estas victorias por la in-

accion de los holandeses que empezaban á dejarse persuadir por el partido de Louvestein, siempre opuesto á la guerra contra la Francia. Desde el principio de la campaña siguiente, el jeneral inglés, determinado á dar un golpe decisivo, marchó en socorro del emperador con unos quince mil hombres de excelentes tropas: llegado á las márgenes del Danubio, deshizo un cuerpo de franceses y bávaros que le esperaban en Donawert; despues reunido al príncipe Eugenio, que rivalizaba con él en gloria y ciencia militar, atacó al mariscal de Tallard y al duque de Baviera, situados en una altura cerca de la ciudad de Hochstædt: la batalla fué muy encarnizada y la victoria quedó por los aliados: doce mil franceses y bávaros quedaron muertos en el campo ó ahogados en el Danubio, y trece mil prisioneros, entre estos el mariscal Tallard. Landau se rindió á consecuencia de esta victoria. Entretanto el almirante Jorge Rooke hizo una tentativa infructuosa sobre Barcelona, y en seguida tomó á los españoles la plaza de Jibraltar, la cual desde aquella época ha permanecido en poder de los ingleses. La campaña de 1705 ofreció pocos aconteci-

mientos importantes: las victorias y los reveses fueron comunes.

En la primavera de 1706, Marlborough abrió la campaña con un ejército de ochenta mil hombres: esta vez tenia que hárselas con el mariscal Villeroy, favorito de Luis XIV y compañero de su gloria. Los dos ejércitos se encontraron en Ramilles, pueblo cerca de Tirlemon: los franceses fueron vencidos; perdieron unos ocho mil hombres entre muertos y heridos, y seis mil prisioneros. Con esta victoria quedó sometido todo el Brabante, y la Francia se consternó. En España parecian desesperados los asuntos del rey Felipe V: este príncipe trató en vano de tomar á Barcelona, que estaba por su competidor el archiduque Carlos; y el conde de Galway, enviado por la reina de Inglaterra para ayudar al hijo del emperador en la conquista de la vasta monarquía española, habia entrado triunfante en Madrid. El príncipe Eugenio, que mandaba un ejército alemán en Italia, ganó la batalla de Turin y obligó á los franceses á evacuar el Piamonte. Marlborough fué recibido en Inglaterra como el libertador de la nacion, y las cámaras en recompensa de sus

servicios le dieron el castillo de Woodstock.

REUNION DE INGLATERRA Y ESCOCIA. — La reunion de los reinos de Inglaterra y Escocia, que la reina Ana tuvo la felicidad de efectuar por esta época, fué un acontecimiento mucho mas importante y glorioso que los triunfos mas brillantes de las armas inglesas. El tratado de union fué redactado por comisionados elejidos en los dos reinos, y despues de largas discusiones, le firmaron y presentaron á los parlamentos de las dos naciones. En él se estipulaba principalmente que la Inglaterra y la Escocia no formarian mas que un solo reino con el nombre de reino unido de la *Gran Bretaña*, y gozarian de los mismos derechos y privilejios; que la sucesion al trono volveria á la princesa Sofía, nieta de Jacobo I, y casada con el elector de Hannover; que la Escocia seria representada en el parlamento británico por dieziseis pares y cuarenta y cinco miembros de la cámara de los comunes, y que los demas pares conservarían sus títulos y privilejios. Este tratado tan sabio produjo la mas violenta efervescencia en toda la Escocia: los puritanos, unidos á los jacobitas, tomaron las ar-

mas, y el populacho de Edimburgo se entregó á los mayores excesos. En las cámaras fué ardiente la oposicion; pero la habilidad de los ministros ingleses triunfó de su resistencia, y por último ambos parlamentos aprobaron el tratado.

Despues de la batalla de Ramilles, el rey de Francia mandó escribir en su nombre á Marlborough, pidiendo la paz (1708); pero el duque estaba resuelto á continuar su buena fortuna, y desechó las proposiciones. Adelantóse con un ejército numeroso hasta Oudenarda donde los franceses habian tomado posicion, y tuvieron un encuentro terrible; el enemigo derrotado, se vió obligado á retirarse con pérdida de tres mil muertos y siete mil prisioneros. A consecuencia de esta victoria, Lilla, plaza la mas fuerte de la Flandes francesa, fué tomada despues de un obstinado sitio.

Las victorias reiteradas de los aliados en España y en el Piamonte, obligaron al rey de Francia á hacer nuevas proposiciones de paz; pero los aliados, arrogantes con sus victorias, presentaron condiciones tan ecesajeradas, que la Francia, á pesar de su desaliento, se preparó á hacer el último esfuerzo, y en-

vió á Flandes al mariscal Villars, que era la esperanza de su patria. El primer objeto de las operaciones del ejército aliado fué Tournay, cuya importante plaza, á pesar de su heroica resistencia, tuvo que rendirse. Poco tiempo despues se dió la sangrienta batalla de Malplaquet (1.º de setiembre 1709) en la que los franceses cedieron el campo, pero no sin haber vendido cara la victoria. Villars fué peligrosamente herido y el ejército ejecutó una brillante retirada, mandado por Boufflers: los vencedores perdieron mas de veinte mil de sus mejores soldados: en seguida se apoderaron de la ciudad de Mons.

CAIDA DE MARLBOROUGH. — No obstante, el crédito de Marlborough tocaba á su fin. Los toris, enemigos de los wighs, de los cuales era jefe este jeneral, obtuvieron la mayoría en el parlamento, y los escritores de aquel partido atacaron la avaricia del jeneral, su orgullo, sus intrigas, y su poder siempre creciente: una parte de sus quejas era verdadera, la otra ecsajerada. La reina, aprovechando esta ocasion, retiró su confianza á Sara Jennings, esposa de Marlborough, cuya conducta altanera le era ya insoportable: despues

sacudió enteramente el yugo de los wighs, despidiendo á sus ministros y confiriendo todos los altos empleos á los toris mas pronunciados: y como era imposible quitar el mando á Marlborough mientras durase la guerra, resolvióse hacer la paz y se entablaron negociaciones secretas con la Francia (1711); pero bien pronto un acontecimiento importante permitió continuarlas abiertamente. Habiendo muerto el emperador José I, le sucedió el archiduque Carlos, su hermano, á quien los aliados querian colocar en el trono de España. Los ministros Harley y Saint-John hicieron presente al parlamento lo peligroso que seria para el equilibrio europeo que la casa de Austria reuniese á su poder tan vastas posesiones como las de la monarquía española; y las cámaras los autorizaron para firmar los preliminares de un tratado de paz, á pesar de la oposicion del emperador y de los Estados de Holanda. Renováronse las recriminaciones contra Marlborough; y la reina, cediendo á los clamores del pueblo que pedia la caída de aquel que poco antes habia sido su ídolo, quitó el mando del ejército al ilustre jeneral, el cual ter-

minó su carrera gloriosa con forzar las líneas de Valenciennes.

PAZ CON LOS FRANCESES. — Después de la separación de Marlborough, se acordó una tregua entre Francia é Inglaterra (1712). Los aliados, aunque privados de la asistencia de los ingleses, continuaron la guerra con mas vigor; pero una señalada victoria, ganada por el mariscal Villars en Denain, salvó á la Francia y aceleró la paz, que por último fué firmada en Utrech, entre Francia, Inglaterra y Holanda (1713). Por este famoso tratado, al que el emperador no accedió sino un año después, Felipe V fué reconocido rey de España, y renunció todos sus derechos á la corona de Francia. Luis XIV cedió á la Inglaterra la Acadia, la habia de Hudson y Terranova; abandonó la causa del pretendiente y reconoció la sucesion constitucional de la casa de Hannover; la España quedó desposeida de Gibraltar y de Menorca, y el emperador obtuvo el reino de Nápoles, el ducado de Milan y los Países Bajos españoles. La mayor parte de este tratado se hizo en provecho de la Inglaterra; y aun obtuvieron sus plenipotenciarios que se demolicen las fortificaciones de Dunker-

que y que se cegase el puerto.

Libres ya los ingleses de sus enemigos exteriores, volvieron á principiar sus disputas interiores. Ana, cuya salud declinaba algun tiempo hacia, se vió tan aflijida con las intrigas de los partidos que pugnaban por subir al poder, que cayó súbitamente en un estado de insensibilidad letárgica. A pesar de todos los socorros de la medicina, la enfermedad hizo rápidos progresos y murió el 1.º de agosto de 1714, á los cuarenta y nueve años de edad, después de haber reinado trece sobre un pueblo que habia llegado al mas alto grado de civilizacion. Su esposo el príncipe Jorge de Dinamarca, cuyas costumbres fueron muy apacibles, la precedió algunos años en la tumba. Ana, por su bondad y por la dulzura de su administracion, era llamada por el pueblo la *Buena Reina*: en ella terminó la línea de los Estuardos, cuyas faltas é infortunios no tienen comparacion en la historia.

JORJE I. — (1714) En conformidad al acta de sucesion, Jorge, hijo de Ernesto Augusto, elector de Hannover, y de la princesa Sofía, nieta de Jacobo I, fué proclamado rey de la Gran Bretaña é Irlanda, con el nom-

bre de Jorje I. Su edad madura (tenia entonces cincuenta y cuatro años), su esperiencia, sus numerosas alianzas, la tranquilidad de la Europa, todo concurría á prometerle un reinado dichoso y pacífico. Luego que llegó á Lóndres se apresuró á escluir á los toris de todo el gobierno, acojiendo muy favorablemente al duque de Marlborough, que volvió á tomar el mando del ejército. Olvidando que el rey que se adhiere á un partido, solo es soberano de la mitad de sus súbditos, únicamente admitió en los empleos á los jefes del partido whig, que no tardaron en dominar á la corte y al parlamento. Semejante parcialidad causó algun descontento en el pueblo; los toris se hicieron populares fiscalizando los gastos y defendiendo los intereses de la nacion. Hubo graves desórdenes en algunas ciudades, promovidos por los predicadores que proclamaban en sus sermones que la impiedad y la herejía iban á reaparecer bajo la administracion whig; pero el ministerio impuso silencio al clero, prohibiéndole toda alusion política en sus sermones. El rey convocó otro parlamento, en el cual continuaron dominando los whigs: apenas se constituyeron

los comunes, por una proposicion de Walpole pusieron en acusacion á los ministros toris, Oxford, Bolingbroke y Ormond: el primero fué absuelto despues de dos años de prision; los otros dos se salvaron con la fuga.

Las turbulencias se hicieron de dia en dia mas frecuentes, y cada motin solo servia para aumentar la severidad de la lejislacion, que llegó hasta suspender el bill del *Habeas corpus*. No tardó en encenderse el fuego de la rebelion en Escocia: los toris de este pais se asociaron con los jacobitas; el conde de Mar proclamó al pretendiente en Castletown, tomó el título de lugarteniente jeneral de su majestad (1715), y en breve se vió á la cabeza de diez mil hombres bien armados y aprovisionados. El duque de Argyle, animado de un odio hereditario contra los Estuardos, con las tropas inglesas que se hallaban en el Norte de la Gran Bretaña avanzó contra los rebeldes; y aunque sus fuerzas eran una mitad menos que las de estos, los batió y dispersó en Dumblaine. La rebelion fué menos dichosa aun en Inglaterra: el jeneral Willis con siete mil hombres atacó á los insurjentes, que, bajo el mando de Forster, nombrado jeneral

por el pretendiente, se habian apoderado de Preston: el jeneral inglés cercó la plaza por todas partes y les obligó á rendirse á discrecion. Algunos jefes fueron pasados por las armas; otros enviados á Lóndres y conducidos por las calles encadenados y atados de dos en dos para amedrentar á su partido.

En esta situacion desesperada, el pretendiente resolvió arriesgar su persona en medio de sus partidarios, y atravesando la Francia disfrazado, se embarcó en Dunkerque y llegó á las costas de Escocia. El 5 de enero de 1716, hizo su entrada solemne en Dundee, y dos dias despues en Scone, donde tenia intencion de coronarse; pero esta ostentacion duró poco tiempo; pues informado el caballero de San Jorge de que Argyle iba á recibir considerables refuerzos de Inglaterra, reunió á sus principales partidarios y les manifestó que la falta de dinero, armas y municiones le obligaban á dejarlos, y se embarcó en un navío frances: con su marcha terminó la rebelion. Aunque desapareció el enemigo, el furor de los vencedores no se mitigó con la victoria; las leyes se ejecutaron en todo su rigor: los comunes decretaron la acusacion de todos

los nobles que habian tomado parte en la rebelion: el conde de Derwentwater y lord Kenmuir fueron condenados á muerte y ejecutados. Mil desgraciados prisioneros, culpables solo de haberse dejado seducir, imploraron la clemencia del rey y fueron trasportados á la América del Norte. En estas circunstancias, los ministros quisieron aprovechar las buenas disposiciones del parlamento y asegurarse la mayoría, para lo cual hicieron pasar, despues de acalorados debates, un bill que estendia el término de la duracion de la cámara electiva á siete años, revocando el que prescribia la renovacion trienal.

Habiéndose apoderado de la Cerdeña el rey de España Felipe V, Jorje, que veia con zelos el desarrollo que iba tomando la marina española, concluyó con el emperador, la Francia y la Holanda, el tratado que se llamó *la cuádruple alianza*. El almirante sir Jorje Byng recibió orden de hacerse á la vela para Nápoles, amenazada entonces por el ejército español (1718). Cerca del cabo Faro descubrió la escuadra enemiga compuesta de veintisiete velas: trabóse un combate en el cual casi todas las naves españolas fueron des-

truidas ó tomadas. La fortuna se mostró igualmente contraria á Felipe en otra empresa que intentó á favor del pretendiente; pues habiendo encargado al refugiado Ormond que ejecutase un desembarco en Escocia con una armada de diez navíos, fué asaltada esta por una tempestad que la dispersó. Estos diversos descabros obligaron á Felipe á hacer la paz y firmar la cuádruple alianza (1717).

En la misma época en que el escocés Law sumerjía á la Francia en la mayor ansiedad formando una compañía con el nombre de Banco del Misisipi, el pueblo inglés se dejó llevar de un proyecto enteramente semejante, designado con el nombre de Compañía del mar del Sur, cuyo proyecto hizo millares de desgraciados, y sus consecuencias se sintieron por largo tiempo (1721). Esta compañía obtuvo del gobierno el permiso para adquirir, por compra ó por suscripcion, todas las deudas redimibles ó no redimibles de la nacion; y para atraer accionistas esparcieron la voz de que se les iba á conceder la parte mas rica del Perú; de este modo todas las clases y todas las profesiones se apresuraban á cambiar su dinero por papel, poseidas del furor

del ajiotaje, y no se calmó hasta que se reconoció que las ventajitas prometidas eran puramente imaginarias. El monarca y el parlamento participaron de la indignacion jeneral; y para restablecer el crédito público é indemnizar á las víctimas de aquellos hábiles estafadores, los directores de la compañía fueron arrojados de los bancos que ocupaban en ambas cámaras, y se les confiscaron todos los bienes y posesiones que habian adquirido durante la fiebre popular.

CONSPIRACION CONTRA EL GOBIERNO. — El descontento ocasionado con estas calamidades públicas, dió al partido tory alguna esperanza. El duque de Orleans, rejente de Francia, informó al rey de una conspiracion tramada contra su persona y su gobierno (1722). Prendieron á varias personas de distincion, entre ellas á Francisco Atterbury, obispo de Rochester, y sin mas pruebas que unas cartas que se le interceptaron escritas en cifra, fué privado de su dignidad y desterrado del reino. A este proceso siguió el del canceller Maclesfield, que fué citado á la barra de la cámara alta, como culpable del mismo crimen que el anterior y de malversaciones: sentenciáronle á

una multa de treinta mil libras esterlinas y á permanecer preso hasta el completo pago de esta suma.

El tratado concluido con la España no tardó en romperse: el espíritu de comercio era tan ardiente que ninguna restriccion podia detenerle. Envióse una armada á la América del Sur para interceptar los galeones españoles; pero la mayor parte de los marineros perecieron de la intemperie del clima y de lo largo del viaje (1726). Para vengarse de estas hostilidades los españoles, emprendieron el sitio de Gibraltar; pero sin ningun resultado. En esta coyuntura la Francia ofreció su mediacion y consiguió reconciliar las dos partes.

En 1727 quiso Jorje visitar su electorado de Hannover, que hacia dos años no le habia visto: llegado á Osnabruck fué repentinamente atacado de perlesia, y murió á la edad de sesenta y ocho años, y trece de reinado.

JORJE II. — (1727) Despues de la muerte de Jorje I, subió al trono su hijo Jorje II. La administracion solo sufrió ligeras modificaciones, y el sistema político fué el mismo que el del anterior reinado. El cuidado del

gobierno se confió particularmente á sir Roberto Walpole, celoso partidario de la casa de Hannover. Nombrado jefe de la tesorería, trató al principio de servir á su país; pero hallando una fuerte oposicion, empleó sus esfuerzos en conservar su puesto mas bien que en hacerle honroso: corrompiendo á la cámara de los comunes, aumentó sus riquezas y su poder, porque estos votaban con mucho gusto los millones que debian partir con el ministro.

En los primeros años de la administracion de Walpole, gozaba la Europa de una paz tan profunda, que ningun acontecimiento hubo digno de la historia.

Despues del tratado de Utrech, no habian cesado los españoles de perturbar el comercio de la Gran Bretaña en la América del Sur, y las quejas de los comerciantes ingleses llamaron la atencion de la cámara baja. El ministerio, para corresponder al deseo jeneral, acordó usar de represalias; pero bien pronto estalló un rompimiento entre ambas naciones. El almirante Vernon, nombrado comandante de la flota enviada á las Indias Occidentales, atacó y destruyó todas las fortificaciones de

Porto-Cabello (1739). Este dichoso principio escitó en los comunes el deseo de proseguir la guerra con todo el vigor posible, y se equipó una escuadra que se hizo á la vela bajo las órdenes del comodoro Anson (1740). Este intrépido marino dobló el cabo de Hornos, atacó los establecimientos de los españoles en el mar del Sur, se apoderó de Acapulco, y volvió á Inglaterra con un rico botin, despues de haber triunfado de mil peligros y dado la vuelta al globo en el espacio de tres años y nueve meses. Por aquel mismo tiempo se envió una escuadra de mas de sesenta velas al mando de sir Chaloner Ogle para que se reuniese al almirante Vernon en la Jamáica. Las escuadras combinadas se dirijieron sobre Cartajena, en Nueva España, de cuya ciudad se apoderaron prontamente; pero las lluvias que siguieron y la division entre el almirante y el comandante de las tropas de desembarco, obligaron en breve á los ingleses á reembarcarse. Luego que se supo el mal suceso de esta expedicion en Inglaterra, se elevaron gritos de indignacion contra el ministro Walpole, el cual viendo el encono de la cámara, hizo dimision de todos sus cargos, y pocos días despues el rey le dió el título de conde de Oxford (1741). Lord Carteret le sucedió en la confianza del rey.

Por la muerte del emperador Cárlos VI se encendió la guerra en el continente. María Teresa, hija de este monarca y descendiente de tantos emperadores, vió atacar sus estados á la vez por la Francia, la Prusia y la Baviera, y perdió en poco tiempo la mayor parte de su herencia; pero la Inglaterra, la Holanda, la Rusia y el Piamonte se declararon en su favor, y Stair, jeneral experimentado, batió á los franceses en el pueblo de Dettingen, en Baviera (1743). La Francia, para hacer una diversion, resolvió practicar una incursion en Inglaterra, á cuyo fin llamó á Cárlos Eduardo, hijo del pretendiente, que vivia oscuramente en Roma. Las tropas destinadas á esta expedicion debian desembarcar en Dunkerque, pero la empresa se frustró por la aparicion de sir John Norris, que con una armada superior atacó á la francesa y la obligó á retroceder. El año siguiente (1744), las escuadras combinadas de Francia y España tomaron el desquite atacando con buen écsito á la armada inglesa en la altura de Tolon.

En el continente, las armas inglesas no eran mas dichosas. Los franceses reunieron un ejército de ciento veinte mil hombres en los Países Bajos, al mando del conde de Sajonia, y en la primavera de 1745 atacó la ciudad de Turnay: los aliados, á las órdenes del duque de Cumberland, resolvieron salvar esta plaza arriesgando una batalla; marcharon contra el enemigo y le atacaron en el pueblo de Fontenoy: al principio pareció que la victoria seria de los ingleses porque durante una hora derribaron cuanto les resistia; pero espuestos por tres lados al fuego continuo de la artillería francesa, se vieron obligados á retirarse. Los aliados dejaron doce mil hombres en el campo, y la victoria casi les costó otro tanto á los franceses, que se apoderaron de Turnay, y conservaron la superioridad todo el tiempo que duró la guerra.

CARLOS EDUARDO EN ESCOCIA.

— En los momentos en que la fortuna se mostraba contraria á los ingleses, Carlos Eduardo resolvió hacer el último esfuerzo para recuperar la corona de sus mayores. Llevando consigo algun dinero, armas para dos mil hombres, y las promesas de la Francia que animaba su ambi-

cion, se embarcó para Escocia, acompañado del marques de Tullibardine y algunos otros refugiados adictos á su causa, y abordó en la costa de Lochaber, al Oeste de Escocia; reuniéronsele algunos jefes de los montañeses, esparció proclamas por todo el reino, y á poco tiempo constaba ya su ejército de quince mil hombres. El jóven aventurero se apoderó de Perth, desde allí descendiendo de las montañas marchó sobre Edimburgo, donde entró sin resistencia: batió un pequeño cuerpo de tropas inglesas que quiso detener sus progresos en Preston-Pans; despues se detuvo en Edimburgo esperando socorros que no llegaron, en cuyo tiempo el ministerio inglés hizo sus preparativos para resistirle. Carlos Eduardo resolvió hacer una entrada en Inglaterra y la efectuó por el Oeste, tomó á Carlisle, despues á Penrith, y no se detuvo hasta llegar á Derby, que solo distaba de Lóndres cien millas: si hubiera continuado marchando con la misma celeridad, ciertamente se hubiera apoderado de esta capital, donde reinaba el terror y la inquietud. El rey resolvió entonces salir á campaña, lo que sabido por los jefes montañeses quisieron volver á su pais, don-

de les era mas facil hacer la guerra. De paso batieron en Falkirk al general Hawley que mandaba un cuerpo considerable de tropas regulares (1746); pero las victorias de Carlos Eduardo tocaban ya á su fin. El duque de Cumberland, llamado de Flandes, tomó el mando de las fuerzas inglesas reunidas en Edimburgo, emprendió la persecucion de los rebeldes que se retiraron á su aprocsimacion, y alcanzándolos en la llanura de Culloden, á nueve millas de Inverness, fueron derrotados completamente por la caballería inglesa, dejando el campo cubierto de muertos y heridos en número de mas de tres mil. Así se desvanecieron las esperanzas del infortunado Carlos Eduardo, que tambien fué herido, y despues del combate huyó con un irlandés que participó de todas sus desgracias. Anduvo errante algunos meses por los horrosos desiertos de Glengary, no teniendo otro abrigo que las cavernas, y perseguido por las tropas del vencedor, que ofreció treinta mil libras esterlinas al que le prendiese muerto ó vivo; por fin halló medio de embarcarse abordo de un corsario de San Maló que se hizo á la vela para Francia y le trasportó á Mor-

lax. Despues de haber corrido la sangre de sus partidarios en el campo de batalla, muchos de sus oficiales y jefes la derramaron en los cadalsos; los rebeldes que pertenecian á las clases inferiores fueron deportados en gran número á la América del Norte, y otros obtuvieron su perdon. Tal fué la última tentativa de los Estuardos para recobrar el trono.

Entretanto que los franceses obtenian señaladas ventajas en los Países Bajos, dos armadas que destinaban una para atacar las colonias inglesas de América, y la otra para operar en las Indias Orientales, fueron embestidas por Anson y Warren, que les tomaron nueve naves. Poco despues el comodoro Fox se apoderó de muchas embarcaciones con ricos cargamentos que habian salido de Santo Domingo (1747). Despues de estas victorias, y derrotas sucesivas, las potencias beligerantes conocieron que se habian debilitado sin obtener ninguna ventaja, y celebraron un congreso en Aix-la-Chapelle, donde concluyeron un tratado de paz, cuyas condiciones preliminares fueron que se devolverian todas las conquistas hechas durante la guerra, y que la demolicion de las

fortificaciones de Dunkerque, prescrita por el tratado de Utrecht, sellevaría á efecto (1748).

Con todo la guerra volvió á empeñarse entre Inglaterra y Francia con motivo de la Nueva Escocia, rejion estéril de la América del Norte, sobre la cual querian hacer valer sus derechos los franceses por haber sido los primeros que la cultivaron. Los indios se aliaron con los que mas simpatizaban con su carácter, pues eran atrevidos, emprendedores y pobres. Los colonos ingleses, ricos y laboriosos, fueron atacados en varios puntos. Entonces pensó sériamente el ministerio inglés en proteger sus colonias. Cuatro expediciones se emprendieron á la vez en favor de la América, pero sin resultado. El enemigo se apoderó de varios fuertes situados sobre el Niágara. Dióse entonces la orden de apoderarse de todas las embarcaciones francesas donde quiera que las hallasen, y bien pronto los puertos ingleses se llenaron de barcos capturados. A consecuencia de estas hostilidades, se declaró formalmente la guerra por ambas partes (1756). La armada francesa sitió á Menorca, y se apoderó de ella á vista del almirante Byng, que habia acudido apre-

suradamente con diez navíos para salvar la fortaleza sitiada. El pueblo inglés se enfureció contra el almirante, el cual á su llegada á Inglaterra fué juzgado en Portsmouth por un consejo de guerra, que le declaró culpable de no haber hecho todos sus esfuerzos para alejar al enemigo, le condenó á muerte y la sentencia se ejecutó.

La guerra no estendia sus furros únicamente en América y en la India, donde los franceses se apoderaron de Chandernagor, sino que tambien ardía en el continente, donde el rey de Prusia acababa de aliarse con la Inglaterra contra el Austria, la Francia y la Rusia. Un ejército inglés invadió el Hannover y atacó en Hastenbeck al duque de Cumberland. Circunvalado el jeneral inglés en las inmediaciones de Staldes, reducido á la alternativa de batirse ó morir de hambre, solicitó la mediacion de Dinamarca, y obtuvo la famosa capitulacion de Closter-Seven, por la cual su cuerpo de ejército depusó las armas. Todo el Hannover se sometió á la Francia, que dirijió sus tropas victoriosas contra el rey de Prusia (1757).

CONQUISTA DEL CANADA. — En América la fortuna se mostró mas favorable á la Gran Breta-

ña; el jeneral Abercromby se apoderó de Luisburgo, y el coronel Forbes obligó á la guarnicion francesa á abandonar el fuerte de Duquesne. El año siguiente el jeneral Wolf, encargado de la conquista del Canadá, atacó á los franceses en las alturas que dominan á Quebec: Wolf venció, pero murió en la accion, igualmente que el jeneral Montcalm su adversario. Quebec se rindió, y desde este momento el Canadá perteneció á la Inglaterra (1760). No fué menos dichosa en la India la Gran Bretaña: los ingleses tomaron la plaza de Pondichery, y el comercio de la Francia en la costa de Coromandel fué estinguido. La marina inglesa, dueña del mar, atacó todas las posesiones francesas y se apoderó del fuerte Luis ó Senegal, de Guadalupe y de las Antillas.

En Europa no se mostraba

tan constante la victoria á los ingleses y sus aliados: las campañas de 1759 y 1760 fueron una série de victorias y derrotas; pero cuando la guerra estaba en todo su vigor, un acontecimiento imprevisto afligió á la nacion inglesa. El rey Jorje II murió repentinamente de un derrame sanguíneo en el corazon (25 de octubre 1760): tenia setenta y siete años, y reinó treinta y tres. Este príncipe no poseia cualidades brillantes, y para tener tiempo de gobernar sus dominios alemanes, abandonó la administracion de la Gran Bretaña á sus ministros. Bajo su reinado, que fué una era notable de prosperidad material y de poder marítimo para la Inglaterra, las cámaras instituyeron la milicia, arreglaron el comercio de cereales, las exportaciones é importaciones del reino, reprimieron la piratería y mejoraron el sistema electoral.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

LIBRO UNDECIMO.

ISTORIA DE INGLATERRA.

- CAPITULO PRIMERO. — Descripción jeográfica del pais. — Montañas. — Rios. — Clima y terreno. — Producciones naturales. — Industria. — Comercio. — Marina. — Caminos y canales. — Riqueza nacional. — Constitución. — Clases. — Ordenes de caballería. — Religión. — Instrucción. — División política y administrativa del reino de la Gran Bretaña. Pág. 5
- CAP. II. — Primeros habitantes de Inglaterra. — Dominación de los romanos. — Conquista de la Bretaña por los sajones. — La Heptarquía. — Egberto, rey de Inglaterra. — Ethelwolf. — Ethelbaldo y Ethelberto. — Ethelredo. — Alfredo el Grande. — Eduardo I. — Athelstan. — Edmundo I. — Edredo. — Edwy. — Edgar. — Eduardo II. — Ethelredo el Indolente. — Edmundo II. — Canuto. — Haroldo. — Hardicanuto. — Eduardo III. — Haroldo II. — Guillermo el Conquistador. — Guillermo II el Rojo. — Enrique I. — Estevan: Matilde. — Enrique II, primero de los Plantajenets. — Ricardo Corazon de Leon. — Juan sin Tierra. — Establecimiento de la gran Carta. — Enrique III. — Admisión de los comunes al parlamento. — Eduardo IV. — Conquista del pais de Gales y de Escocia. — Eduardo V. — Eduardo VI. — Invasiones en Francia. — Ricardo II. — Enrique IV, primero de la dinastía de Lancaster. — Enrique V. — Enrique VI. — Eduardo VII, primero de la casa de York. — Eduardo VIII. — Guerras de la rosa blanca y de la rosa encarnada. Pág. 33
- CAP. III. — Ricardo III. — Enrique VII, primero de la dinastía de Tudor. — Un supuesto Plantajenet. — Otro impostor. — Enrique VIII. — Divorcio de Enrique VIII, y su separación de la Iglesia católica. — Casamiento de Enrique con Ana Bolena. — Suplicio de Ana Bolena, y nuevo enlace de Enrique con Juana Seymour. — Enrique repudia á su cuarta esposa Ana de Cleves, y contrae nuevo matrimonio con Catalina Howard. — Suplicio de Catalina

Howard. — Peligro de Catalina Parr, sesta esposa de Enrique. — Muerte de Enrique VIII. — Eduardo VI. — María. — Suplicio de Juana Gray y de su esposo. — Reaccion católica. — Isabel. — Restablecimiento del protestantismo. — Desavenencias entre Isabel y María Estuardo. — Reforma de la religion en Escocia. — Gloria y poderio de la Inglaterra. — Suplicio de María Estuardo. — Insurreccion de Irlanda. — Suplicio del conde de Essex, favorito de Isabel. — Muerte de la reina Isabel. — Jacobo I, primero de la dinastia de Estuardo. — Conspiracion de la pólvora. — Principio de la lucha entre la corona y el parlamento. Pág. 93

CAP. IV. — Carlos I. — Disolucion del primer parlamento. — Segundo parlamento y acusacion contra Buckingham. — Gobierno arbitrario de Carlos. — Tercer parlamento: peticion de derechos. — Próroga del parlamento: asesinato del duque de Buckingham. — Segunda legislatura: disolucion del tercer parlamento. — Nuevas causas de descontento público. — Sublevacion de Escocia. — Convocacion del parlamento largo. — Proceso y muerte de Strafford. — Paz con los escoceses. — Insurreccion de Irlanda. — Preparativos para la revolucion. — Asonadas. — Estalla la revolucion: sale el rey de Lóndres. — Guerra civil. — Encuentros entre los realistas y los parlamentarios. — La Escocia se declara por el parlamento, y la Irlanda por el rey. — Victorias de los parlamentarios. — Carlos se refugia en el campamento escocés, y es entregado á los parlamentarios. — Discordia entre el parlamento y el ejército. — Violencias del ejército contra el parlamento. — Fuga de Carlos I: vuelve á ser prisionero. — Nueva guerra con los escoceses. — Peticion del ejército para procesar al rey. — Inútiles esfuerzos de las cámaras en favor de Carlos. — Proceso del rey. — Ejecucion de Carlos I. — Abolicion de la dignidad real. Pág. 139

CAP. V. — República. — Campañas de Cromwell en Irlanda. — Cromwell disuelve el parlamento á fuerza armada. — Protectorado de Cromwell. — Estado de la Inglaterra á la muerte del protector. — Anarquía. — Jorje Monk. — Restauracion. — Carlos II. — Quebrantamiento de las promesas de Carlos. — Guerra con la Holanda. — Incendio de la Cité. — Paz con los holandeses. — Caída del ministerio. — Nueva guerra con la Holanda. — Acta del Test. — Bill del Habeas Corpus. — Sublevacion de los puritanos en Escocia. — Los Whigs y los Toris. — Conspiracion contra el duque de York y contra el gobierno. — Muerte de Russell y de Sidney. — Jacobo II. — Invasion y muerte de Monmouth. — Triunfo del partido católico. — Invasion del príncipe de Oranje en Inglaterra. — Fuga de Jacobo II. — Destitucion de Jacobo II y fin de la casa de Estuardo. — Guillermo III. — Paz con la Francia. — Nueva liga contra la Francia. — Reinado de Ana. — Guerra con la Francia. — Reunion de Inglaterra y Escocia. — Caída de Marlborough. — Paz con los franceses. — Jorje I. — Conspiracion contra el rey. — Jorje II. — Carlos Eduardo en Escocia. — Conquista del Canadá. Pág. 161

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO VI.

Jorje III. — Rebelion de los Estados Unidos de América. — Guerra con los franceses. — Reunion de los parlamentos de Inglaterra é Irlanda. — Batalla naval de Trafalgar. — Nuevo ministerio. — Bloqueo continental. — Recomposicion del ministerio. — Enfermedad de Jorje III. — Paz jeneral. — Tratado de la Santa Alianza. — Alborotos en Inglaterra. — Bombardeo de Arjel. — Jorje IV. — Proceso de la reina Carolina. — Jorje Cauning. — Emancipacion de los católicos. — Daniel O'Connell. — Guillermo IV. — Consecuencias de la revolucion de julio. — Reforma electoral. — Tratado de la cuádruple alianza. — Vitoria I Alejandrina, actual reina de la Gran Bretaña é Irlanda. — Guerra con los chinos. — Cuestion de Taiti.

JORJE III. — (1760) Este monarca, nieto de Jorje II, é hijo de Federico, príncipe de Gales, y de Augusta, princesa de Sajonia-Gotha, tenia veintidos años cuando fué llamado á tomar el cetro de la Gran Bretaña: como era de un carácter franco y amable se hizo muy popular. El alma de la administra-

ción en esta época, era William Pitt, después conde de Chatham, que desempeñaba el ministerio de la guerra, y resolvió proseguirla con vigor en el continente. La Francia, que tenía necesidad de descanso para reparar su marina y sus ejércitos, propuso la paz y se abrieron negociaciones (1761). Pitt supo que el duque de Choiseul, primer ministro de Luis XV, concluía al mismo tiempo con la España el tratado conocido con el nombre de *Pacto de familia*, y tuvo bastante influencia en el consejo para hacer desechar las demandas de la Francia; pero cuando propuso declarar la guerra á España para humillar, decía, á toda la casa de Borbon, cuyo poder combinado podría ser causa de la ruina de Inglaterra, encontró tal oposicion en sus colegas que se vió obligado á hacer dimision de su ministerio. Le sucedió el conde de Egremont, opuesto al rompimiento con España; pero antes de concluirse el año, el nuevo ministerio tuvo que adoptar la opinion que habia combatido. Carlos III, rehusó con altanería reconocer las disposiciones del tratado que le ligaban á la Francia, y se le declaró la guerra. Esta lucha, que no fué mas que una série de reveses

para la España, solo duró un año (1762). Triunfante la Inglaterra en mar y tierra, solo le faltaba concluir felizmente la guerra de Alemania y gozar, por fin, de sus conquistas. Las potencias rivales suyas se mostraron favorables á su deseo. Los plenipotenciarios de la Gran Bretaña, de España y Francia, reunidos en París, firmaron los preliminares de la paz, por cuyo tratado la Francia perdió la Acadia, el Canadá, la Dominica, Tabago y el Senegal; pero recobró á Guadalupe, la Martinica y sus posesiones en la India. La Inglaterra se hizo ceder además Menorca, la Florida y Pensacola. Esta paz, que fué seguida de un tratado entre el rey de Prusia y María Teresa, proporcionó á la Gran Bretaña tal acrecentamiento de poder comercial, que desde entonces pudo ser justamente llamada reina de los mares.

Era urjente para el ministerio reparar el desórden de la hacienda, y á fin de disminuir las cargas de la metrópoli, lord Greuville resolvió hacer pesar una parte de ellas sobre las colonias de América. En consecuencia hizo adoptar un bill que establecía el impuesto del timbre en aquellas provincias leja-

nas (1765). Luego que se tuvo conocimiento de esta medida, por todas partes se organizó un sistema de oposicion: numerosas publicaciones salieron de la prensa para incitar á la resistencia. En Boston quemaron las casas de los agentes ingleses y destruyeron sus propiedades: formáronse asambleas provinciales y cada una envió un diputado á Nueva-York, á fin de resolver de comun acuerdo las medidas que debian adoptarse. Este congreso, que se puede considerar como base de la confederacion americana, declaró que las colonias no admitirian el timbre, y que los jéneros ingleses no serian recibidos en los puertos americanos. La cesacion de las relaciones comerciales entre las dos rejiones, obligó al ministerio á revocar el acta del timbre (1766).

En 1767, William Pitt, que estaba animado de mejores disposiciones en favor de las colonias, entró en el ministerio como lord del sello privado. Sir Carlos Townsen, canceller del echiquier, siempre preocupado con la idea de socorrer al tesoro, aprovechándose de una indisposicion de su colega, hizo pasar un bill que establecia un impuesto sobre el té en América.

Pitt, viendo perdida su influencia, volvió á entrar en la vida privada, y lord North que sucedió á Srafton, como lord de la tesoreria, principió desde entonces su larga y despótica carrera de primer ministro (1770).

REBELION DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA. — El bill que establecia el impuesto sobre el té en América fué recibido como el acta del timbre. El pueblo tomó la patriótica resolucion de abstenerse de una bebida cuyo uso era universal. En 1773, la llegada de tres navíos cargados de té, que la compañía de las Indias Orientales obtuvo permiso para esportar libre de derechos, aumentó la fermentacion hasta tal punto, que habiéndose negado los capitanes á volverse con sus cargamentos, una multitud armada se precipitó sobre las embarcaciones, y arrojó al mar las cajas del té. Para castigar la insurreccion de los habitantes de Boston, el parlamento ordenó que se cerrase el puerto, retiró la carta de la provincia y volvió á la corona la posesion de sus antiguos derechos, á pesar de la viva oposicion del jóven Carlos James Fox, que en esta ocasion importante apareció por la primera vez á la cabeza de la falanje anti-ministerial, y desde enton-

ces fué el antagonista declarado de la corte. El ataque dirigido contra la provincia de Massachusetts, cuya capital era Boston, se tuvo por jeneral, y convocaron un nuevo congreso en Filadelfia (setiembre de 1774). Cincuenta y un representantes de las trece provincias acudieron á esta asamblea memorable, que al separarse publicó una declaracion de derechos, en la cual aun estaba reconocida la autoridad del rey. Un descendiente del célebre Guillermo Penn y el sabio Benjamin Franklin pasaron á Inglaterra á presentar á Jorge III una esposicion en que pedian paz, libertad y seguridad. En vano, en la cámara alta, lord Chatham apoyó esta peticion con su elocuencia y talento: los dos delegados fueron despedidos como enviados de un pueblo sublevado. La provincia de Massachusetts instituyó un cuerpo de milicia y compañías prontas á marchar á la primera señal.

GUERRA CON LOS AMERICANOS.— El jeneral Gage, que mandaba en Boston envió un cuerpo de mil hombres para que destruyesen un almacen de armas y municiones que los sublevados habian establecido en Concord (1775). Los ingleses lo consiguieron, pero á su vuelta fue-

ron atacados por las compañías del pais, y hubieran perecido todos á no llegarles á tiempo un refuerzo numeroso: con todo murieron trescientos ingleses, y este combate fué la señal de la guerra.

El congreso reunido en Filadelfia, que tomó el título de *Representantes de la América del Norte*, conoció que era necesario dar á las milicias una direccion uniforme y un jefe, y fué elegido Jorge Washington, de la Virginia, que se habia distinguido combatiendo contra los franceses en el Canadá. Washington, animado del patriotismo mas desinteresado, no dudó en cargar con la inmensa responsabilidad que se le ofrecia; tomó el mando de las tropas que sitiaban á Boston, y bien pronto obligó á los ingleses á evacuar esta plaza (1776).

El congreso de Filadelfia resolvió entonces proclamar la independenciam de la América setentrional, y el 4 de julio de 1776, adoptó por unanimidad el célebre manifiesto que constituia en nacion libre y en república las trece colonias inglesas, con el nombre de Estados- Unidos de América.

Despues de esta declaracion que produjo un entusiasmo uni-

versal, llegó de Inglaterra un cuerpo de veinte mil hombres; el jeneral Howe tomó la ofensiva y entró en Nueva-York, mientras el jeneral Clinton se apoderó de Rhode-Islande. En la campaña siguiente los independientes fueron batidos, y los ingleses entraron triunfantes en Filadelfia. La causa de la nueva república parecia perdida, cuando el inglés Burgoyne, que salió de Quebec con un ejército de diez mil hombres, fué envuelto por el jeneral Gates en Saratoga y le obligó á deponer las armas. Esta victoria reanimó á los americanos y permitió al ejército del Norte reunirse con el de Washington.

Entretanto la Francia, á consecuencia de una negociacion hábilmente dirigida por el doctor Franklin, se declaró por la república naciente y concluyó con ella un tratado de alianza (1778); y el jóven Lafayette, seguido de otros muchos oficiales de distincion, fué á ofrecer á los independientes su espada, su fortuna y su vida. Luego que se supo este tratado en Inglaterra, todos los partidos se unieron: el mismo lord Chatham, atacado de una enfermedad mortal, se hizo llevar á la cámara de los lores para declarar que mientras tuviese un

soplo de vida no consentiria que su patria fuese humillada por los Borbones; y á pocos dias murió. Declaróse, pues, la guerra á la Francia: las hostilidades entre ambas naciones principiaron por la batalla naval de Ouessant, en que despues de un sangriento combate, las dos escuadras tuvieron que volver á sus respectivos puertos. En seguida se apoderaron los ingleses de Pondichery y de Santa Lucía, y los franceses de San Vicente y de Granada (1779). La España reconoció tambien la independencia de los Estados-Unidos, y sus naves unidas á las de la Francia, bloquearon á Gibraltar y amenazaron á la Inglaterra con una invasion. El almirante sir Jorje Rodney atacó y deshizo la armada española en el cabo de San Vicente; y luego se dirigió á las Indias Orientales, donde dió tres combates al almirante frances; pero estos encuentros no tuvieron resultado alguno.

En la campaña de 1779, los independientes americanos habian experimentado una série de reveses que empezaron á desalentar á los soldados, cuando llegó el jeneral Rochambeau con un socorro de seis mil franceses, y Washington pudo tomar entonces la ofensiva. Al mismo

tiempo se asoció un nuevo enemigo á la liga contra Inglaterra: este era la Holanda, que hacia mucho tiempo que proveía á los americanos de armas y municiones. La guerra principi6 entonces con mas vigor en las colonias del Sur: el inglés Cornwallis, obligado á retroceder, se retir6 á la Virginia y se fortific6 en York-Town. Washington, Rochambeau y Lafayette marcharon en su seguimiento y le atacaron en York-Town. Cornwallis tuvo que capitular, y su cuerpo de ejército depuso las armas (1781).

La Inglaterra perdi6 desde entonces toda esperanza de recobrar la América. Lord North, obstinado partidario de la guerra, present6 su dimision, y el ministerio se reconstituy6 enteramente. El marqués de Rockingham, el conde de Shelburne y el joven Carlos Fox fueron los principales miembros del nuevo gabinete. La paz era jeneralmente deseada, y se envi6 á lord Grenville á París con plenos poderes para tratar con la Francia y la América; pero á pesar de estas negociaciones continuaron las hostilidades. Los franceses se apoderaron de San Crist6bal y de Monserrat en la América inglesa; las islas de Bahama se rin-

dieron á los españoles, y la Jamaica fué amenazada por la escuadra franco-española que llevaba á bordo veinte mil hombres de desembarco. En esta circunstancia, el almirante Rodney sostuvo dignamente el honor de las armas inglesas: bati6 completamente cerca de la Dominica á los franceses mandados por el conde de Grasse, al cual hizo prisionero. Rodney volvi6 á Inglaterra, donde recibió las gracias de las cámaras y la dignidad de lord (1782). En este tiempo el almirante Howe y el intrépido jeneral Elliot, obligaron á los franceses y españoles á levantar el bloqueo de Jibraltar, incendiando las baterías flotantes del ingeniero de Arson. Los franceses eran mas felices en la India; el bailio de Suffren consigui6 algunas ventajas sobre la armada inglesa, y secundado por el sultán Tippou-Saëb, se apoder6 de algunas ciudades importantes.

INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—Entretanto, vuelto Fox al ministerio, despues de una corta ausencia, emprendió de nuevo su plan favorito, la paz jeneral. Las negociaciones de París llegaron á su término, y el 3 de setiembre de 1783, se firm6 un tratado entre todas las potencias beligerantes. Se reco-

noció la independencia de los Estados-Unidos; á España se le devolvieron Menorca y la Florida; la Holanda cedió á la Gran Bretaña á Negapatnam en la India: la Francia fué la que menos ventajas obtuvo: solo se le devolvieron Gorea y algunos establecimientos en la India. Tal fué el resultado de una guerra que duró siete años, costó á la Inglaterra mas de cuarenta mil soldados y aumentó su deuda pública con ciento cincuenta mil libras esterlinas.

Terminada la guerra americana, el gobierno inglés se ocupó en destruir los graves abusos introducidos en la compañía de las Indias. Anteriormente habia Fox presentado un bill para este objeto, que fué desechado por su complicacion. En 1784, William Pitt, hijo de lord Chatham, fué nombrado primer lord de la tesorería y canciller del echiquier, aunque solo tenia veinticuatro años de edad: este grande hombre de estado hizo adoptar tres bills que sometian las operaciones de la compañía á la revision del gobierno.

En 1787 sintió Jorje III los primeros accesos de aquella enajenacion mental que afligió el resto de sus dias. Este acontecimiento esparció la mayor ajita-

cion entre el pueblo, y cuando se trató del nombramiento de rejencia del reino, se empeñaron los mas acalorados debates en las dos cámaras. Fox queria que fuese confiada al príncipe de Gales; Pitt, al contrario, sostenia que solo al parlamento pertenecia el derecho de proveer á la vacante del trono. Prevaleció la opinion de Fox; pero antes que se votase el acta de rejencia, el rey recobró su salud (1789).

GUERRA CON LOS FRANCESES.—

La revolucion francesa de 1789 tuvo al principio grande eco en Inglaterra, donde los periódicos ensalzaron por mucho tiempo el valor del pueblo francés. La oposicion parlamentaria abrazó con calor la defensa de aquel gran movimiento nacional; pero despues de la muerte del desgraciado Luis XVI, cuando la Francia se entregó á los sangrientos excesos del terror y proclamó máximas subversivas de todo gobierno monárquico, el ministerio inglés se asustó. Pitt prohibió las sociedades populares de Londres y de otras ciudades que parodiaban los clubs de los jacobinos franceses, y pidió la suspension del bill del *Habeas corpus*. Burke compuso un libro, no muy moderado, en defensa de

la dignidad real; Tomás Payne compuso los *Derechos del hombre* para refutarle, y fué acusado ante el tribunal del Banco del rey, y condenado. El embajador francés Chauvelin recibió orden de salir inmediatamente de la Gran Bretaña: la Convención, mirando la despedida de su encargado de negocios como un acto de hostilidad, declaró la guerra á Jorje III y al estatuder, que accedieron inmediatamente á la famosa coalicion de Pilnitz.

Un ejército inglés mandado por el duque de York, hermano del rey, se reunió á las tropas de Prusia y del Austria en los Países Bajos. Los aliados se apoderaron de Condé y de Valenciennes; pero se frustró una tentativa del duque de York sobre Dunkerque. En 1794 los ejércitos coaligados sufrieron algunos golpes: el jeneral Jourdan los batió completamente en Fleurus. Los ingleses conservaban en el mar su superioridad. Howe destruyó enteramente la armada francesa mandada por el almirante Villaret-Joyeuse, que salió de Brest para escoltar un convoy considerable. La mayor parte de las colonias francesas en la India y en América fueron invadidas: la isla de Córcega se sometió á los ingleses; pero en 1796 volvió á

entrar bajo la dominacion de la Francia.

En el continente, aprovechándose el jeneral Pichegrú de un invierno rigoroso (1795), atravesó el Meusa sobre el yelo y obligó á los ingleses á reembarcarse. Los holandeses, cuya mayorfa soportaba á duras penas el yugo del estatuder, recibieron á los franceses como sus libertadores y hermanos, y se unieron á ellos contra la Inglaterra. La España trató tambien con la república; y la Prusia, retirada de la coalicion, permaneció neutral. Pero Pitt estaba demasiado obstinado en su odio contra la Francia y disponia de bastantes recursos para pensar en la paz. La guerra civil encendida en la Vendee por los realistas se había estendido hasta la Bretaña. El gobierno inglés tomó á su sueldo los rejimientos emigrados del príncipe de Condé, reunió en cuerpo los jentilhombres franceses refugiados y los embarcó en una escuadra con ochenta mil fusiles, cañones y municiones. Desembarcaron en la bahía de Quiberon: los emigrados se apoderaron del fuerte de Pen-tiebre; pero el intrépido jeneral Hoche los atacó con tanta impetuosidad, que en un momento los derrotó completamente. La ma-

yor parte quedaron prisioneros, y la capitulacion otorgada por el jeneral republicano no pudo salvarlos del suplicio decretado por la terrible Convencion.

El éxito desgraciado de esta expedicion hizo impopular al ministerio. Pitt, estrechado por la voluntad de la nacion y por la oposicion parlamentaria, á cuyo frente se hallaba Sherindan, se decidió á abrir negociaciones para la paz. Lord Malmesbury fué enviado á París (1796): este diplomático llevaba orden de no acceder á la paz sino con la condicion de que los Países Bajos serian restituidos al Austria. El Directorio estaba poco dispuesto á abandonar una posesion que la Francia miraba como la principal de sus conquistas, y rompió las conferencias: de consiguiente continuó la guerra. La España, aliada de la Francia, equipó una armada de veinticinco buques; sir John Jervis la atacó en el cabo de San Vicente, tomó cuatro naves y obligó á las restantes á refugiarse en el puerto de Cadiz (1797). La Holanda, otra aliada de la república francesa, sufrió tambien grandes pérdidas.

A pesar de estas victorias, la Inglaterra estaba lejos de gozar de la calma interior: el acrecen-

tamiento de la deuda pública habia alarmado á la nacion: una insurreccion de la marina vino todavía á agravar la situacion. Las tripulaciones de la escuadra de la Mancha resolvieron no hacer servicio alguno hasta que el ministerio satisficiera á sus reclamaciones, que eran el aumento de paga y la abolicion del reclutamiento de marineros. Pitt las satisfizo sobre el primer punto, pero fué incesorable en el segundo. Un tal Ricardo Parker, principal autor de la revuelta, y nombrado almirante por sus compañeros, fué preso y ahorcado en Lóndres: este acto de severidad deshizo la insurreccion.

REUNION DE LOS PARLAMENTOS DE INGLATERRA E IRLANDA.—En esta época llegó á ser la Irlanda un manantial de embarazos para el ministerio. Hacia mucho tiempo que la fermentacion era grande en este pais, donde los católicos soportaban con impaciencia la opresion en que vivian. A instigacion de la república francesa se sublevaron varios condados (1798), y reunidos los insurjentes á un cuerpo de tropas francesas que habia desembarcado en sus costas, obtuvieron algunas ligeras ventajas; pero atacados por Cronwallis, virey de la isla, se vieron obli-

gados á deponer las armas, igualmente que sus auxiliares. A consecuencia de esta victoria Pitt resolvió llevar á cabo lo que ya habia intentado, de unir el parlamento de Irlanda al de Inglaterra. Esta medida que quitaba al pais su última libertad, fué combatida enérgicamente por muchos miembros del parlamento de Dublin; pero el oro y las promesas ganaron á la mayoría y se efectuó la reunion legislativa de los tres reinos (1799).

Entretanto el Directorio habia decretado la famosa expedicion de Egipto: el jeneral Bonaparte fué elejido para dirigir esta lejana empresa, y se embarcó en Tolon con treinta mil veteranos del ejército de Italia. Apenas pusieron el pie los republicanos en la tierra ejipticia, el almirante Nelson atacó á la armada francesa anclada en la rada de Aboukir: la lucha fué horrible; en ella murió el almirante Brueys, y quedaron en poder de los ingleses once navíos y dos fragatas enemigas. El valiente Nelson, á quien el rey de Inglaterra hizo baron del Nilo en premio de su victoria, vino en seguida á bloquear á Malta, la cual habia sido tomada por Bonaparte en su travesía de Francia á Egipto: la ciudad capi-

tuló y la guarnicion fué trasportada á su patria. La república francesa tomó el desquite de estas victorias de los ingleses en el Mediterráneo, sobre un ejército anglo-ruso desembarcado en Holanda: el jeneral Brunet batió completamente al duque de York en Berghen y le obligó á deponer las armas (1799).

GUERRA CON LA INDIA. — En este tiempo, Tippou-Saëb, en la India, instigado por Bonaparte, tomó las armas contra la Gran Bretaña: el jeneral Harris salió de Madrás con veinte mil hombres, penetró en los estados del sultan y marchó sobre Seringapatnam su capital. En un asalto terrible en que la artillería incendió el palacio imperial, el desgraciado príncipe cayó gloriosamente cubierto de heridas. Su muerte terminó la guerra, y el Mysore fué repartido entre la Compañía de las Indias y sus aliados.

Despues de estos combates, la Francia y la Inglaterra, cansadas de tantos sacrificios, sentian la necesidad de la paz. El inflexible Pitt hizo su dimision, y Addington, que le sucedió, se puso de parte de los que deseaban la paz. Entonces se concluyó el célebre tratado de Amiens (1802), por el cual la Inglaterra restitu-

yó á la Francia y á sus aliados todas las conquistas que habia hecho durante la guerra, escepto la isla española de la Trinidad, y los establecimientos holandeses en Ceilan. El Egipto entró bajo el dominio del Gran Señor; Malta fué devuelta á sus caballeros, y los franceses evacuaron los estados de la Iglesia y el reino de Nápoles.

Con todo, esta paz no fué mas que un armisticio. Bonaparte, devorado de una ambicion gigantesca y nombrado primer cónsul, solo pensaba en estender el poderío francés. La reunion del Piamonte á la república, y la invasion de la Suiza por un ejército francés con el pretexto de restablecer la concordia entre los cantones, provocaron las reclamaciones de la Gran Bretaña: Bonaparte recibió mal las amonestaciones del embajador Wintworth. La Inglaterra, no pudiendo permanecer inmóvil espectadora de las invasiones de su rival, mandó embargar todas las embarcaciones que se hallaban en sus puertos con pabellon francés (1803). La Francia respondió á esta medida declarando prisioneros á todos los ingleses que residian en su territorio; y reuniendo al mismo tiempo Bonaparte un ejército de ciento

cincuenta mil hombres en las costas de la Mancha, amenazó á la Inglaterra con una invasion. Siendo pues inminente la guerra, Addington no era el ministro que convenia para sostenerla con vigor; de consiguiente se llamó otra vez á Pitt (1804).

BATALLA NAVAL DE TRAFALGAR. — Este enemigo implacable de la Francia, despues de haber aumentado las fuerzas británicas, mantuvo con el oro de su pais la liga de las potencias del Norte de Europa contra Bonaparte, que ya era emperador de los franceses, con el nombre de Napoleon I. La España, que en vano habia pedido satisfaccion por la pérdida de varias de sus embarcaciones cargadas de riquezas, apresadas por el capitan Moor á su vuelta del rio de la Plata, declaró la guerra á la Gran Bretaña. Las escuadras combinadas de Francia y España, fueron atacadas en el cabo de Trafalgar por el almirante Nelson, y los ingleses obtuvieron una victoria decisiva que aniquiló los restos de la marina francesa (octubre de 1805). Nelson pagó con su vida el triunfo que proporcionó á su patria, y el almirante español Gravina tambien fué herido mortalmente.

Napoleon habia reunido un inmenso ejército en Boloña con objeto de hacer una invasion en Inglaterra; pero en el momento de ejecutar este gran proyecto, supo que los rusos y austriacos marchaban contra la Francia. Inmediatamente se dirigió á Alemania, y despues de haber derrotado á los emperadores de Austria y Rusia en Austerlitz (diciembre de 1805), les obligó á pedir la paz y á reconocerle como emperador. Pitt sintió tanta pena por el rompimiento de la coalicion, que habia sido obra suya, que cayó enfermo y murió poco tiempo despues (enero de 1806), á los cuarenta y siete años de edad.

NUEVO MINISTERIO. — Muerto Pitt, se formó un ministerio de la oposicion, compuesto del lord Eskine, del conde de Fitz-Williams, de lord Grenville, de lor Howik y del ilustre Fox, que luego que se instaló hizo adoptar á las cámaras un bill que inmortalizará su nombre, el bill que prohibió el tráfico de negros; pero este amigo de la humanidad, este Mirabeau de la Inglaterra, debia cesar bien pronto de hacer oír sus jenerosos acentos; atacado de una enfermedad, espiró á la edad de cincuenta y ocho años (setiembre

de 1806): su muerte fué jeneralmente sentida.

BLOQUEO CONTINENTAL. — La Prusia estaba entonces unida á la Inglaterra y á la Rusia para combatir á la Francia. Napoleon deshizo sucesivamente á los prusianos y á los rusos (1807) y obligó al emperador Alejandro á firmar la paz de Tilsitt. Desde Berlin, en donde habia entrado triunfante, lanzó aquel famoso decreto que cerraba todos los puertos del continente á las naves de Inglaterra: todos los aliados de la Francia accedieron de grado ó por fuerza á esta medida conocida con el nombre de *bloqueo continental*. No habiendo querido el rey de Portugal renunciar á la alianza inglesa, Napoleon hizo invadir su reino por un ejército francés. Entretanto una escuadra inglesa forzó la entrada de los Dardanelos y destruyó la armada otomana, sin poder separar al sultan de su alianza con Francia. Una expedicion hecha para quitar el Egipto á los turcos no tuvo mejores resultados: y el jeneral Whitelocke, encargado de la conquista de Buenos Ayres, tuvo que abandonar esta ciudad despues de haberla tomado.

RECOMPOSICION DEL MINISTERIO. — El ministerio, animado de las

jenerosas inspiraciones de Fox, y queriendo entrar en la carrera de las mejoras que este habia abierto, propuso un bill para que los católicos fuesen admitidos á todos los empleos del ejército de mar y tierra (marzo de 1807). El rey, con pretexto de permanecer fiel á su juramento, desaprobó esta medida, y los ministros presentaron su dimision: fueron reemplazados por el duque de Portland, el elocuente Perceval, lord Eldon, lord Castlereagh, y sir Jorje Canning. La primera medida adoptada por el nuevo ministerio reveló la marcha que este se proponia seguir. En represalias del bloqueo continental prohibió á todas sus embarcaciones frecuentar los puertos de Francia y de sus aliados, é intimó á las potencias marítimas que optasen entre las dos naciones. Habiéndose manifestado indeciso el rey de Dinamarca, inmediatamente marchó una escuadra inglesa para atacar á Copenhague; el monarca se negó á entregar sus navíos de guerra; la ciudad fué bombardeada durante tres dias, y por último se rindió: sus navíos fueron presa del vencedor y conducidos en triunfo al Támesis. Semejante violacion del derecho de jentes escitó la indignacion de la Europa.

Entretanto la Inglaterra principiaba á sentir los efectos de una medida que debia herirla en el corazon: su comercio y su industria perecian por falta de salida. Semejante estado no podia durar mucho tiempo sin producir una crisis interior. Los acontecimientos de la península española dejaron entrever al ministerio alguna esperanza de arruinar el poderío de la Francia. Carlos IV, rey de España, tenia una querella con su hijo Fernando: eligieron por árbitro á Napoleon y se trasladaron á Bayona, donde fueron retenidos como prisioneros (1808). Carlos abdicó en favor del emperador de los franceses, el cual dió el trono de España á su hermano José. Indignados los españoles se declararon en favor de Fernando, y corrieron á las armas. Un cuerpo de ejército francés, á las órdenes del jeneral Dupont, fué deshecho en Bailen. La ocasion pareció favorable al ministerio inglés, y envió á Portugal un ejército de diez mil hombres á las órdenes de sir Arturo Wellesley (despues lord Wellington). El jeneral Junot atacó á los ingleses en Vimiera, pero fué batido tan completamente, que se vió obligado á firmar la capitulacion de Cintra,

en virtud de la cual su cuerpo de ejército fué trasportado á Francia.

Napoleon, para vengar las derrotas de sus jenerales, entró él mismo en la península con un poderoso ejército. Las victorias de Tudela y Somosierra le abrieron el camino de Madrid, adonde condujo á su hermano José (diciembre de 1808). Con la noticia de estas victorias, el ejército inglés que marchaba hácia Madrid, retrocedió, y en su retirada fué batido por el mariscal Soult; perdió su jeneral y se embarcó en la Coruña.

Entanto que Napoleon se hallaba empeñado en la península, el Austria volvió á tomar las armas contra él. Con la velocidad del rayo marchó Bonaparte á Alemania (1809), batió al enemigo en diferentes puntos y se apoderó de Viena: el Austria, vencida, pidió y obtuvo la paz. Para hacer una diversion favorable al Austria, la Inglaterra habia embarcado cincuenta mil hombres que debian apoderarse de la isla de Valcheren. Esta expedicion bombardeó á Flesinga que se rindió; pero fué menos dichosa en las aguas del Escalda; Anveres y todos los demás puntos que atacó le opusieron una vigorosa resistencia,

y la peste la obligó á volver á Inglaterra. En esta ocasion estalló la desunion en el ministerio. Lord Castlereagh y Canning tuvieron un desafío y presentaron su dimision. M. Perceval fué nombrado primer lord de la tesorería en lugar del duque de Portland. En compensacion de la desastrada expedicion de Valcheren, las armadas inglesas se apoderaron de la Martinica y de Guadalupe, de las islas de Francia y de Borbon, de Amboina y de Banda.

Despues de la partida de Napoleon, los ingleses, reunidos á los españoles, tomaron la ofensiva en la península. Sir Arturo Wellesley ganó contra el rey José la sangrienta batalla de Talavera, cuya victoria le valió la dignidad de par y el título de vizconde de Wellington. En la siguiente campaña (1810), los franceses recibieron numerosos refuerzos: despues de tomar varias plazas, invadieron la Andalucia y sitiaron á Cadiz, donde se hallaban reunidas las córtes españolas, trabajando en formar una constitucion para su pais. Esta héroica ciudad detuvo la marcha de los vencedores. El mariscal Massena batió á Wellington en Almeida; pero á su vez fué vencido en Busaco y o-

bligado á abandonar el Portugal (1811). El teniente jeneral Graham venció al mariscal Victor en Barrosa. Lord Beresford dió al mariscal Soult la batalla de la Albuera, en que ambas partes se atribuyeron la victoria; Suchet batió al jeneral español Blacke y se apoderó de Valencia.

ENFERMEDAD DE JORJE III.—

Al principio del año 1811, Jorge III recayó en la funesta enfermedad cuyos primeros síntomas habia experimentado veinte años antes. La direccion de los negocios fué entonces definitivamente confiada al príncipe de Gales, que tomó el título de rejente. Ningun cambio hubo en la administracion ni en el ministerio hasta el año siguiente, que lord Castlereagh fué nuevamente llamado al consejo, al mismo tiempo que los lóres Grey y Grenville. Pocos dias despues de esta revolucion ministerial, habiendo sido asesinado M. Perceval por un negociante al entrar en la cámara de los comunes, fué nombrado primer lord de la tesorería el conde de Liverpool (1812).

Los desastres de los ejércitos franceses en Rusia volvieron el ánimo y la esperanza á los adversarios de Napoleon: los ingleses y los españoles redoblaron

sus esfuerzos para espulsar al rey José de la península ibérica. Wellington, despues de haberse apoderado de Badajoz y de Ciudad-Rodrigo, y ganado la accion de Salamanca, entró en Madrid; pero obligado á abandonar esta capital, se retiró á Portugal. Los franceses veian cada dia disminuirse sus filas por la obstinada resistencia de la España entera levantada contra ellos; y Napoleon, ocupado en la guerra del Norte, no podia enviar nuevos ejércitos en su auxilio. Wellington, habiendo recibido refuerzos, continuó la campaña (1813): batió completamente al mariscal Jourdan en Vitoria, y los franceses principiaron ya á retroceder. El mariscal Suchet todavía hizo sufrir un descalabro á sir John Murray delante de Tarragona; pero este suceso no detuvo la retirada de los franceses. El jeneral Graham tomó á San Sebastian, Pamplona capituló, y las tropas de Wellington no tardaron en presentarse en el territorio frances.

Por otra parte, la liga formidable de todos los soberanos del Norte, que el ministerio inglés habia conseguido reunir contra el dominador de la Europa, invadió la Francia. Napoleon, a-

bandonado de todos sus aliados, sostuvo con la sola bravura de los soldados nacionales esta memorable campaña, en la que brillaron sus talentos militares con todo su esplendor (1814). Batió tan completamente á los aliados en diferentes puntos, que se abrieron negociaciones para la paz; pero no tuvieron resultado. Los aliados entraron en la capital de Francia (31 de marzo) y declararon que no querían tratar con Napoleón. El senado destituyó entonces al emperador y proclamó á Luis XVIII.

Entretanto un cuerpo inglés, desembarcado en los Países Bajos, sitió inútilmente á Anvers, defendida por el valiente Carnot, y fué rechazado vigorosamente por el jeneral Maison. En el Mediodía Wellington, llamado á Burdeos por los realistas, para marchar libremente tuvo que dar al mariscal Soult la sangrienta batalla de Tolosa, cuya victoria le costó mas cara que una derrota.

PAZ JENERAL. — Por último, el 30 de mayo, se firmó en París un tratado entre las potencias aliadas: todas las antiguas dinastías destronadas por Napoleón volvieron á tomar posesion de sus estados: Malta, la isla de Francia, Tabago y santa Lucía

se dejaron á la Inglaterra. La Holanda y la Béljica reunidas formaron un reino destinado á servir de barrera contra la Francia, que fué reducida á los límites que tenia antes de la revolucion de 1789. De este modo vió la Gran Bretaña destruido el poderío de su rival, y este abatimiento era obra suya; pero para conseguirlo tuvo que aumentar su deuda con sesenta y siete millones quinientas mil libras esterlinas; y su miseria interior era tan grande que las clases obreras se habian sublevado en varias ciudades manufactureras.

En este año cesó tambien la guerra entre la Inglaterra y los Estados- Unidos, que duraba desde 1811, y cuyo orijen fué la sujecion que los americanos sufrían por la interrupcion de su comercio con Francia; hasta que cansadas ambas partes de una lucha ya sin objeto, firmaron el 24 de diciembre de 1814, el tratado de Gante.

TRATADO DE LA SANTA ALIANZA. — El 1.º de marzo de 1815, Napoleón salió de la isla de Elba que le habia sido señalada para su retiro, y volvió á subir al trono de Francia. Inmediatamente las potencias aliadas reunidas en Viena, le declararon e-

remigo y perturbador del jénero humano, y reunieron sus esfuerzos para concurrir á la paz jeneral. En menos de seis semanas, el jenio de aquel grande hombre improvisó un ejército de ciento veinte mil hombres, y atacó súbitamente á los prusianos é ingleses en Ligny, consiguiendo la primera ventaja; pero al dia siguiente (18 de junio) tuvo lugar la batalla de Waterloo, que fué el mayor desastre de los tiempos modernos: la defeccion de algunos franceses y las tropas de refresco de Wellington decidieron la victoria en favor de los aliados. El ejército imperial fué destruido despues de haber hecho prodijios de valor. Napoleon dejó el campo de batalla y volvió á París, donde depuso segunda vez la corona: confiando en la lealtad británica se embarcó en el navío inglés *Belerosfonte*, y escribió al rejente pidiendo la proteccion de un enemigo jeneroso; pero la lealtad que invocaba se desmintió en esta ocasion; el ministerio inglés le declaró prisionero de las potencias aliadas y le hizo trasportar á la isla de Santa Elena, donde espíó durante seis años, bajo la vijilancia de los agentes ingleses, aquella gloria que tantas lágrimas habia costa-

do á los pueblos, y murió el 5 de mayo de 1821. Despues de la batalla de Waterloo, los aliados decidieron la ocupacion de la Francia durante cinco años por un cuerpo de ejército de cada una de las potencias beligerantes. Algun tiempo despues firmaron aquella famosa acta que calificaron de tratado de la *Santa Alianza*.

ALBOROTOS EN INGLATERRA. —

En todos los puntos de Inglaterra reinaba la mayor angustia á causa de los numerosos esfuerzos que habian hecho para sostener la guerra continental (1816), y la escasez de trigo, cuya cosecha faltó casi en toda la Europa, agravó mas y mas su situacion. Las clases obreras, reducidas á la desesperacion por falta de trabajo, formaron reuniones tumultuosas, y el gobierno, para apaciguar estas turbulencias, recurrió á la suspension del bill del *Habeas corpus*, é hizo ajusticiar á los principales autores de la formidable revuelta de Spafield. Estas medidas restablecieron el orden pero no remediaron la miseria.

BOMBARDEO DE ARJEL. — En esta época fué enviado lord Exmouth con una armada para evitar las depredaciones de los piratas berberiscos sobre el co-

mercio de las naciones de segundo orden. El dey de Arjel contestó á las intimaciones de la Inglaterra haciendo asesinar á los pescadores de coral reunidos en el cabo de Bona: entonces la escuadra de lord Exmouth, reunida á los navíos holandeses del almirante Van-Capellen, bombardeó á Arjel, incendió la mayor parte de la ciudad, destruyó la marina del dey y le obligó á firmar la paz.

La tranquilidad pública estaba continuamente amenazada en los condados manufactureros, por las numerosas reuniones de las clases obreras escitadas por oradores demagójicos. Convocóse una de estas reuniones el 18 de agosto de 1819: mas de cien mil radicales acudieron á ella, hallándose á su frente el atrevido reformador Hunt. Situado el orador popular en una tribuna improvisada, apenas principió á arengar á la multitud, cuando un escuadron de húsares cargó sobre aquellos hombres indefensos, mató gran número de ellos, hirió mas de cuatrocientos, dispersó los restantes, y prendió á Hunt y á los que le rodearon para defenderle: los principales promovedores fueron juzgados en York y condenados á prision. Para evitar la

repeticion de semejantes desórdenes, el parlamento declaró ilegal toda reunion que no fuese presidida por la autoridad local.

El 29 de enero de 1820, Jorge III terminó su penosa existencia en el castillo de Windsor: este rey, que poseía grandes virtudes privadas, llevó á la tumba el sentimiento de sus pueblos: tenía ochenta y dos años y reinó sesenta. Sucedióle el príncipe de Gales con el nombre de Jorge IV.

JORGE IV. — (1820) Apenas fué proclamado Jorge IV, se descubrió una conspiracion tan odiosa como insensata. Muchos individuos oscuros, á cuyo frente se hallaba un tal Thistlewood, oficial que fué de uno de los regimientos de las Indias Orientales, formaron el proyecto de asesinar á los ministros en un banquete que debia darles su colega lord Harrowby, destituir al rey y proclamar un gobierno dirigido por los radicales. Denunciados por un espía de la policia que se habia introducido entre ellos, fueron arrestados en una taberna once de los conspiradores, bien provistos de armas para ejecutar su crimen. Thistlewood y cuatro de sus cómplices fueron condenados á

muerte; los otros seis deportados por toda su vida.

PROCESO DE LA REINA CAROLINA. — A poco tiempo otro acontecimiento no menos importante llamó la atención pública. Desde 1814, la esposa del príncipe reente, á consecuencia de escandalosas desavenencias, suscitadas por su conducta demasiado lijera, habia abandonado la Inglaterra y viajaba por el continente, acompañada de aventureros italianos, entre los cuales sobresalia el ex-postillon Bergami. Luego que supo la elevación de su marido al trono, se dispuso á volver á Inglaterra para reivindicar sus derechos. En vano le propusieron el rey y sus ministros una pensión de cincuenta mil libras esterlinas si consentia en no tomar el título de reina y continuaba permaneciendo en el continente: desembarcó el 6 de junio, y al día siguiente entró en Lóndres, en medio de las aclamaciones de la multitud que la saludó como reina, á pesar de que su nombre estaba escluido de la liturgia. El rey envió un mensaje á las cámaras para informarlas de la conducta de aquella que queria participar del trono, y para pedir la disolucion de su matrimonio. Los lores decidieron en se-

sion secreta que ellos juzgarian el negocio. Carolina eligió por su abogado á M. Brougham. Despues de tres meses de escandalosos debates, no habiendo obtenido la tercera lectura del acta de acusacion mas que una mayoría de nueve votos, los ministros no quisieron llevarla ante la cámara baja, porque temian una fuerte oposicion, y abandonaron una causa que habian seguido con tanto calor. Esta retirada, á los ojos de los partidarios de Carolina era una prueba de su inocencia. Sin embargo, poco tiempo despues consintió en recibir la pensión que se le habia ofrecido, y los ministros obtuvieron que su nombre no fuese restablecido en la liturgia (1821).

JORJE CANNING. — En el transcurso del año 1821, Jorje IV visitó la Irlanda, sus estados de Hanover y la Escocia: hallándose en este último pais, recibió la noticia de la muerte del marqués de Londonderry (lord Castlereagh). Este hombre de estado, á quien la santa alianza habia hallado tan dócil á su voluntad, puso fin á sus dias abriéndose la arteria carótida con un cortaplumas. El majistrado encargado de averiguar las causas de su muerte declaró que aquel suici-

dio había sido un efecto de demencia; pero mas bien puede creerse que el motivo fué el desaliento y el embarazo de su situación política. Jorje, cediendo á la opinion pública, eligió para remplazar á un ministro tan impopular, á sir Jorje Canning, cuyo mérito conocia, aunque no le perdonó el haberse mostrado hostil al bill de acusacion contra la reina. Canning, que acaba de ser nombrado gobernador jeneral de la India, no dudó en renunciar á una fortuna cierta por encargarse de la direccion de los negocios de su país (1822), á los que hizo seguir una marcha enteramente liberal. El congreso de Verona reveló el cambio efectuado en la política de Inglaterra. Las potencias del Norte decidieron en él que entrarían en España cien mil franceses para restablecer el gobierno absoluto de Fernando VII y destruir la Constitucion de 1812; Wellington, representante de la Inglaterra, segun las instrucciones que tenia, protestó contra esta intervencion (1823). En 1825 se abolió la esclavitud en las colonias inglesas: el año siguiente se firmaron tratados de comercio con las nuevas repúblicas de la América del Sur, y la independendencia de Colombia,

de Méjico y de las provincias de la Plata fué definitivamente reconocida por la Gran Bretaña.

EMANCIPACION DE LOS CATÓLICOS. — En 1824 se principió á formar en Irlanda la *Asociacion Católica*, á cuyo frente se hallaban algunos abogados de Dublin y el famoso Daniel O'Connell. Esta asociacion llegó á ser tan poderosa que despertó los temores del gobierno. Propúsose un bill pidiendo su abolicion, el cual fué vivamente combatido por Brougham y defendido por Canning; pero la discusion hizo conocer que el ministro estaba á favor de la emancipacion de los católicos, y que esta gran medida era el objeto de su carrera política. Entonces sir Francisco Burdett presentó una proposicion para que se declarase á los católicos elejibles para todos los empleos: Canning sostuvo el bill con su acostumbrada elocuencia, y los comunes le adoptaron; pero le desecharon los lores.

Habiendo terminado el parlamento su sesta legislatura, se hicieron las elecciones jenerales bajo la influencia de las dos grandes cuestiones que estaban al órden del dia; la ley sobre cereales y la emancipacion (1826). A la apertura del nuevo parlamento, el ministerio presentó á

las cámaras los tratados entre Inglaterra y Portugal; D. Miguel, sostenido por la España absolutista, acababa de usurpar la corona á su sobrina Doña María de la Gloria, á favor de la cual habia abdicado su padre D. Pedro, emperador del Brasil. El parlamento declaró que el apoyo prestado á D. Miguel por Fernando VII establecía el *casus foederis*, y el ministerio envió inmediatamente al Tajo un navío con tropas de desembarco. La enfermedad y retirada del anciano lord Liverpool ocasionaron la dislocacion del ministerio. Canning, encargado de recomponer el gabinete, se dirigió á los whigs y á los toris moderados, y formó lo que él llamó un ministerio de coalicion. A consecuencia de la defeccion de gran número de miembros del parlamento, que se asustaron del sistema liberal del primer ministro, la oposicion tory formó la mayoría. Los lores, despues de una enmienda de Wellington, modificaron la ley sobre cereales, y establecieron una especie de impuesto sobre los granos extranjeros. La cámara de los comunes desechó el bill de emancipacion por una mayoría de cuatro votos. Estos golpes acabaron de arruinar la salud de Canning, ya muy que-

brantada con las luchas anteriores, y falleció en 1827: su muerte fué sentida no solo por la Inglaterra sino por la Europa entera. El último servicio que este grande hombre prestó á la causa de la humanidad, fué la conclusion de un tratado entre Inglaterra, Francia y Rusia, por el cual estas potencias reconocieron la independencia de la Grecia, y se obligaron á hacer cesar las hostilidades entre las partes beligerantes. Irritado el sultan con esta intervencion favorable á los helenos, á quienes miraba como súbditos rebeldes, rehusó someterse al armisticio que querian imponerle las potencias aliadas, y mandó á Ibrahim-Bajá que continuase la guerra de esterminio que durante dos años hacia en la Morea. El 20 de octubre de 1827, las escuadras francesa, inglesa y rusa, entraron en el puerto de Navarino, donde habia anclado una armada ejipcia. Tratóbase de obligar á Ibrahim á respetar el armisticio. La escuadra inglesa destacó una chalupa para ir á parlamentar, y un brulote turco hizo fuego sobre ella: esta agresion fué la señal de un combate que duró cuatro horas y que terminó por la destruccion completa de la armada ejipcia. Este atrevido golpe de mano,

que ocasionó un estrepitoso rompimiento entre la Puerta y la Rusia, aseguró la libertad de la Grecia.

Lord Goderich, elegido por el rey para continuar el sistema de Canning, se disgustó bien pronto de los embarazos que le suscitaba la oposicion tory, y presentó su dimision de primer lord de la tesorería. Wellington se encargó de recomponer el gabinete, del cual habia de ser jefe, y, reconociendo el imperio de las circunstancias, formó un ministerio misto, en el que quedaron los wigs Huskinson y Palmerston (enero de 1828). A la apertura del parlamento, lord Jonh Russel propuso un bill para abolir el acta del *Test* y la de corporacion, que obligaba á todo funcionario, antes de ejercer algun empleo, á comulgar segun el rito de la iglesia anglicana. Este bill fué adoptado por ambas cámaras. No sucedió lo mismo con la proposicion de sir Francisco Burdett en favor de la emancipacion, pues aunque la adoptaron los comunes, fué nuevamente desechada por los lores.

DANIEL O'CONNELL. — Esta segunda negativa ecsasperó á los irlandeses: la asociacion levantó la cabeza á despecho de la ley que la habia disuelto. Habiendo

hecho dimision de su cargo un diputado del condado de Clare, fué elegido en su lugar el *gran promovedor* O'Connell. Lord Anglesey, lugarteniente de Irlanda, que se esforzaba en calmar la efervescencia de la asociacion con medidas conciliadoras, fué remplazado por el duque de Northumberland. O'Connell clamaba contra la intolerancia y la tiranía, y era tal su influencia sobre la asociacion, que si él hubiese querido entonces, toda la Irlanda hubiera corrido á las armas. El ministerio comprendió, por último, que ya no era tiempo de contemporizar: Wellington y Peel, modificando sus opiniones personales, inclinaron al rey á que relevase á los católicos de su incapacidad civil. En consecuencia, al principiar la legislatura de 1829, el lord canceller presentó á la cámara de los comunes el bill de emancipacion, al mismo tiempo que propuso medidas para disolver la asociacion irlandesa. Despues de algunos debates borrascosos, el bill triunfó de todas las resistencias que halló en los comunes y fué adoptado por una mayoría de trescientos veinte votos contra ciento cuarenta y dos. Presentado en la cámara de los lores fué vivamente combatido

por todos los representantes del torismo, de la aristocracia y del clero; pero los esfuerzos de Wellington consiguieron una mayoría de ciento cuatro votos, y fué sancionado por el rey.

Despues de la adopcion del bill, O'Connell se presentó en la cámara de los comunes como diputado del condado de Clare; mas habiéndose negado á prestar el juramento de supremacia y abjuracion prescrito por la ley, fué anulada su eleccion. Volvió á Irlanda, donde le recibieron con el mismo entusiasmo, y salió reelegido por una gran mayoría.

Le emancipacion estaba muy distante de satisfacer las ecsijenias de la oposicion y la necesidad de reforma que atormentaba á los tres reinos. La muerte del rey vino á complicar la situacion (1830). Jorje IV sucumbió á una osificacion de los vasos del corazon: tenia sesenta y ocho años de edad, y habia reinado once. Este príncipe fué modelo de urbanidad y amaba las letras y las artes; los hombres que las cultivaban disfrutaron frecuentemente de la generosidad del monarca.

GUILLERMO IV. — (1830) Enrique Guillermo, duque de Clarence, hermano de Jorje IV, le

sucedió con el nombre de Guillermo IV. Las funciones de almirante que habia desempeñado distinguidamente y el apoyo que acababa de prestar á la causa de los católicos, le habian adquirido cierta popularidad. Con todo, conservó el ministerio de su predecesor; y la oposicion, que se habia lisonjeado al principio de que hallaria un apoyo en el nuevo rey, comprendió que le era preciso continuar sus ataques contra una administracion que ya habia hecho vacilar. El rey envió un mensaje anunciando la disolucion del parlamento: los wigs clamaron contra esta medida que calificaron de inoportuna, y lord Grey pidió que el parlamento continuase reunido hasta que este proveyese á la tutela de la princesa Vitoria, hija del duque de Kent, y heredera única de la corona despues de la muerte del rey. Esta proposicion causó violentos debates; pero los ministros vencieron y el parlamento fué disuelto.

CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCION DE JULIO. — Entretanto que la Inglaterra se preparaba á la lucha electoral, la revolucion de julio estalló en Francia y conmovió la Europa. En ninguna nacion se sintieron sus consecuencias mas violentamente que

en Inglaterra. Por todas partes hubo reuniones para dirigir felicitaciones al pueblo de París, y se abrieron suscripciones en favor de los heridos de *la gran semana*. Las elecciones, hechas bajo la influencia de este acontecimiento, fueron enteramente favorables á los wigs. Sin embargo, el ministerio tuvo el talento de reconocer inmediatamente el gobierno francés, producto de las barricadas. El rey, en su discurso de apertura, anunció su buena inteligencia con el rey de los franceses; pero Wellington declaró que no consentiría en ninguna reforma electoral. Esta declaración aumentó la irritación del país: la Irlanda, apoyada en el ejemplo de la Bélgica, hizo oír las palabras de *reforma radical* y de *llamamiento de la union*, y se formó una asociación anti-unionista, que fué preciso disolver por la fuerza.

En Inglaterra también hubo en muchos condados sublevaciones de obreros que querían aumento en los jornales. En medio de esta fermentación, los ministros pretendieron haber descubierto una conspiración contra la vida de Wellington, y se aprovecharon de esta ocasión para impedir que el rey y la reina asistiesen al banquete de Guild-

Hall, que á cada advenimiento ofrecía el cuerpo municipal. La oposición se quejó de que el ministerio intentaba separar al monarca de la nación: y habiendo conseguido en la votación de los presupuestos dejar en minoría al ministerio, este tomó el partido de retirarse. Desde entonces la reforma electoral estuvo al orden del día. El monarca encargó á lord Grey la formación de un ministerio que pudiese conjurar la borrasca que amenazaba á la Inglaterra. Lord Grey, deseando hacer triunfar los principios que sostenía por espacio de treinta años, eligió sus colegas entre los whigs aristócratas y los toris moderados: M. Brougham fué nombrado lord canceller; lord Althorp canceller del echiquier; los lores Melbourne, Palmerston y Goderich secretarios de Estado; el marqués de Landown presidente del consejo; y lord Grey primer ministro.

El nuevo ministerio se ocupó al principio de hacer adoptar un bill, por el cual se nombró á la duquesa de Kent rejenta y tutora durante la menor edad de su hija: en seguida prorogó el parlamento al 3 de febrero (1831), declarando que aquel intervalo le era indispensable para prepa-

rar la gran medida de la reforma parlamentaria que le servia de enseña.

REFORMA ELECTORAL. — Terminado el plazo, lord Russel sometió á la cámara de los comunes el bill propuesto por el ministerio: los toris, previendo que su derrota estaba próxima, reunieron todas sus fuerzas para alejarla, é hicieron esfuerzos inauditos de elocuencia; y á pesar de los conatos no menos grandes de los whigs, el bill fué desechado por una mayoría de 299 votos contra 291: el ministerio no tenia otra alternativa que retirarse ó disolver la cámara. El rey comprendió que arriesgaba su corona si no se asociaba mas francamente á sus ministros; se presentó en persona al parlamento, y anunciándole que su intencion era consultar á la nacion sobre una medida lejislativa tan importante, disolvió la cámara y convocó otra para el 14 de junio. Esta decision real fué acojida en Lóndres y en las principales ciudades del reino con brillantes iluminaciones.

La lucha empeñada entre los toris, que se llamaban *conservadores*, y los whigs, que tomaron el título de *reformistas*, hicieron las elecciones tumultuosas: la victoria fué vivamente dispu-

tada; al cabo triunfó el partido popular y los ministros obtuvieron una cámara que dos meses despues votó el bill de lord John Russel; pero fué desechado por los lores. El rey prorogó el parlamento, anunciando que el bill seria reproducido.

Los comunes, irritados por la negativa de la cámara alta, y para impedir que se retirasen los ministros, votaron que habian merecido bien de la patria. El pueblo manifestó su descontento atacando las casas de los lores que habian votado contra el bill: la ecsasperacion no fué menor en las provincias que en Lóndres; pero en ninguna parte fueron mas terribles los excesos del populacho que en Bristol: quitó las autoridades civiles y militares, abrió las cárceles, é incendió todo un cuartel; fué preciso desplegar una fuerza armada considerable para hacer entrar en su deber á estos hombres ébrios y cubiertos de sangre: hubo mas de cien muertos y heridos.

El parlamento, prorogado para el mes de octubre, no se reunió hasta el de diciembre: lord John Russel reprodujo el bill, en el que habia hecho algunas mejoras con respecto á los pormenores. La cámara de los comu-

nes, despues de una discusion de dos meses (marzo de 1832), le adoptó por una mayoría de trescientos cincuenta y cinco votos contra doscientos treinta y nueve. Inmediatamente fué sometido al ecsámen de los lores; pero á la segunda lectura ya conocieron los ministros que no obtendrian la tercera si no se creaban nuevos pares; el rey no aprobó esta medida, y presentaron su dimision. La retirada del ministerio produjo una sensacion desagradable en la cámara de los comunes, y á consecuencia de una proposicion que hizo uno de sus miembros, la cámara dirijió al rey una peticion suplicándole que no eligiese sus ministros sino entre los hombres favorables á la reforma. Las peticiones de las reuniones de las provincias no fueron tan respetuosas: en ellas espresaban claramente su intencion de abolir la cámara alta y negarse á pagar toda contribucion, si la nacion no obtenia una pronta satisfaccion. Guillermo, imaginando que solo un ministerio tory seria capaz de vencer la resistencia de los lores, sondeó á los hombres de este partido; pero las demostraciones de la opinion popular fueron tan enérgicas, que ni lord Wellington ni sir

Roberto Peel se atrevieron á encargarse del poder: lord Grey fué nuevamente llamado con facultad de hacer cuanto juzgase conveniente para asegurar la adopcion del bill. Los lores se sometieron por último á la necesidad; muchos de la oposicion se retiraron para dejar al ministerio la mayoría que necesitaba. En fin, el 4 de junio de 1832, fué adoptado el bill con algunas ligeras modificaciones, á que los comunes asintieron. Inmediatamente recibió la sancion real y se promulgó como ley del Estado. Despues se adoptaron otros dos bills relativos al sistema electoral de Escocia é Irlanda.

TRATADO DE LA CUADRUPLE ALIANZA. — Con motivo de la guerra civil de España y de Portugal, en cuyas dos naciones dos tios disputaban la corona á sus dos sobrinas, la Inglaterra y la Francia se declararon á favor de las dos reinas, y para espulsar del territorio portugués á D. Miguel y á D. Carlos, formaron en 1834 el tratado llamado de la cuádruple alianza entre Portugal, España, Francia é Inglaterra. Esta última se comprometia, por el artículo tercero, á cooperar por su parte con una fuerza naval para secundar las operaciones y deter-

minaciones necesarias al cumplimiento de los acuerdos insertos en el tratado.

En lo restante del reinado de este monarca, lo mas notable que ocurrió en Inglaterra, fué la autorizacion que concedió al gobierno español para que tomase á sueldo los súbditos ingleses que quisieran alistarse voluntariamente para hacer la guerra en España á favor de la reina Isabel, cuyos derechos le disputaba su tío D. Carlos María Isidro. Al mismo tiempo que el gobierno inglés suspendió en favor de la reina de España todas las leyes que prohiben el levantamiento de tropas inglesas para pelear en favor de otros estados que no sean los suyos, proporcionó al gabinete de Madrid cuantos recursos estuvieron en su mano, como armas, municiones, barcos de transporte, etc., etc.

No fué esto solo lo que el gobierno inglés hizo en favor de la España; sino que se interesó su filantropía en la causa de la humanidad, horrorizada por los torrentes de sangre que se derribaban en la lucha empeñada en las provincias vascongadas, porque era una guerra á muerte en que no se daba cuartel. El ministerio inglés comisionó á

lord Elliot para que pasase á dichas provincias y procurase inspirar sentimientos mas humanos á los dos partidos beligerantes, y en efecto consiguió que asintieran á firmar el tratado conocido con el nombre de Elliot, en el cual se estipulaba la conservacion de los prisioneros, y las condiciones con que habian de hacerse los canjes.

Guillermo VI murió el 20 de junio de 1837, y le sucedió su sobrina

VITORIA I ALEJANDRINA.—Esta princesa, que actualmente reina, nació en 24 de mayo de 1819, y subió al trono del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda con general aplauso de sus pueblos. En 1840, contrajo matrimonio con el príncipe Alberto Francisco de Sajonia Coburgo Gotha, de cuya union ha tenido un príncipe y dos princesas.

Los dos acontecimientos mas notables del reinado de Vitoria I han sido la guerra de los ingleses con los chinos en 1849, la cual no terminó hasta 1843 (1), y la cuestion de Taiti, que pudo haber producido un rompimien-

(1) Véase el tomo XXII de esta obra, páj. 93, donde se hace relacion de la guerra de la China.

to con la Francia y alterado la paz europea.

CUESTION DE TAITI. — (1844)

Taiti es una de las islas de la Sociedad, descubierta por el español Quirós en 1606, visitada por Bougainville en 1768, y por Cook al siguiente año; pero ni los franceses ni los ingleses hacian gran caso de este pais hasta que la sociedad de las misiones de Lóndres envió algunos misioneros en 1797, que principiaron á civilizar el pais. El rey Pomaré II abandonó su religion idólatra y se hizo bautizar en 1803 á sí y á sus súbditos, y dos años despues, apenas quedaba huella alguna de la antigua religion; pero los misioneros no se contentaron solo con convertir á los indíjenas, sino que quisieron gobernarlos, y en 1821 se apoderaron del heredero del trono que sufrió el yugo de los luteranos, lo mismo que dos reinas que le sucedieron en el trono.

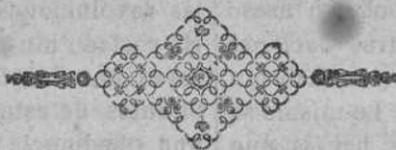
En 1836 envió la Francia dos misioneros á Taiti, y apenas desembarcaron, los luteranos amotinaron contra ellos á los habitantes del pais, y estuvieron muy espuestos á ser asesinados. Los salvó el encargado de negocios de Francia, que fué asesinado poco despues. El gobierno frances, para vengar el ultraje

hecho á su pabellon, envió al capitán Dupetit-Touars, que llegó á Taiti en la fragata Venus, entró en la bahía de Papeiti, destruyó gran parte de la poblacion con su artillería y ecsigió que cualquiera frances, fuese sacerdote ó seglar, pudiese habitar libremente en las islas; que se le pagase una multa de dos mil lardos, y que se hiciese un saludo al pabellon frances. La reina Pomaré, que odiaba á los ingleses porque la tenian en tutela, se apresuró á aceptar estas condiciones; pero luego que la fragata Venus se retiró de aquellas aguas, el cónsul ingles Pritchard hizo revocar el tratado. Los franceses se presentaron de nuevo á ecsijir satisfaccion, y la reina Pomaré, deseosa de librarse de la tutela de Pritchard, pidió el protectorado de la Francia, que le fué concedido (1843). Las intrigas de los ingleses consiguieron indisponer con el capitán Dupetit-Touars á la reina Pomaré, la cual, sin cuidarse del protectorado, enarboló su propia bandera. Mr. Dupetit-Touars se dirigió á Taiti, desembarcó sus tropas, destruyó á la reina y tomó posesion de la isla á nombre de la Francia, enarbolando su pabellon. El cónsul ingles protestó contra la toma de posesion

de los franceses y esparció proclamas para amotinar el país, por lo cual fué desterrado de la isla por los franceses.

Interpelado el gabinete inglés en las cámaras, acerca de estos acontecimientos, contestó sir Roberto Peel «que estaba decidido á pedir al gobierno francés una satisfaccion cumplida por el insulto grosero y el hecho indigno de haber atropellado á un agente británico que en aquellas islas representaba al gobierno de su país.» Estas espresiones tan duras del jefe del gabinete inglés, hicieron concebir sérios temores de un rompimiento entre ambas naciones, y tuvo á la Europa en expectativa por algun tiempo; pero se ha compuesto el negocio amistosamente y la paz no se ha alterado. Lord Aberdeen ha ecsijido en nombre de su gobierno á la Francia que des-

apruebe la conducta de sus agentes en las islas de la Sociedad, que destituya á MM. de Bruat y d' Aubigny, y que pague una indemnizacion á M. Pristchard por los perjuicios que ha sufrido. El gobierno francés ha convenido en todo menos en separar del mando de aquella estacion á sus oficiales de marina, y la Inglaterra se ha dado por satisfecha. Así ha terminado una cuestion que pudiera haber causado una guerra jeneral si el rompimiento entre la Francia y la Inglaterra hubiese llegado á verificarse. Sin embargo, estas dos naciones rivales, á pesar de las relaciones amistosas que conservan, por la prudencia de ambos gobiernos, se odian mutuamente, pero se temen al mismo tiempo y ninguna quiere ser la primera en romper.



CAPITULO ADICIONAL.

ESCOCIA E IRLANDA.

Escocia — Antiguos habitantes, gobierno, costumbres y trajes. — Malcolmo I, Indulfo Dufa, Culno. — Kenetho I, Constantino y Grimo, Malcolmo II. — Duncan I, Macabeto. — Malcolmo III. — Duncan II. — Edgardo, Alejandro, David. — Malcolmo IV. — Guillermo, Alejandro II. — Alejandro III. — Interregno. — Juan Bailleul. — Roberto Brucio. — David II. — Roberto II. — Roberto III. — Jacobo I. — Jacobo II. — Jacobo III. — Jacobo IV. — Jacobo V. — María Estuardo. — Jacobo VI. — Reunion de las coronas de Inglaterra y Escocia. — ESCOCIA, desde sus tiempos primitivos hasta su reunion con la Inglaterra. — Idioma y literatura inglesa.

ESCOCIA.

ANTIGUOS HABITANTES, GOBIERNO, COSTUMBRES Y TRAJES. — Sería muy difícil determinar cuáles han sido los antiguos habitantes de Escocia. Este país ha podido ser poblado por la Inglaterra como mas cercana. Cubierto entonces de los galos, pictas y jermanos, podrian acaso haber venido de otras naciones á habitar este país y se habrian naturalizado en él. Lo mismo se puede decir de las bahías que cortan la Escocia, anteriores á la irrupcion de los daneses y de los noruegos, porque los antiguos anales dicen que estos en-

contraron gigantes. La impresion de las costumbres antiguas se ha conservado entre los habitantes de las montañas, que estaban divididos por tribus muy afectas á sus jefes, cuyas pretensiones adoptaban sin cesamen, y á los cuales seguian ciegamente á la guerra, lo que ha hecho frecuentes y perjudiciales las revoluciones de los señores. Ha costado mucho trabajo á los reyes hacer infundir á los habitantes de este país la idea de una obediencia debida á otros que á los jefes de las tribus: en cuanto á las costumbres, su vida es frugal, y se visten con sencillez: la moderacion en estas

dos necesidades de la vida es respecto á los escoceses, segun su historiador Buchanau, una virtud de todos los tiempos. Sus manjares ordinarios son la pesca y la caza: hacen cocer esta con la piel de los animales que han matado: en la caza apagan la sed bebiendo la sangre de su presa. En los convites beben el caldo de los manjares y la leche fermentada guardada largo tiempo: los vestidos desproporcionados les agradan mas que los otros, y en otro tiempo preferian lo colorado y lo blanco; sin embargo á ellos les gusta el color moreno, y en particular el verde de la oruga, cuya planta usan mucho, pues de sus hojas forman la cama, asi por su flexibilidad, como porque creen tiene la propiedad de absorver la traspiracion, de dar tono á los nervios y vigor para todos los ejercicios.

Sus vestidos exteriores son muy largos, y por lo regular se reducen á piezas de tela sin cortar, con las cuales se cubren durante sus viajes, ó cuando van al ejército: duermen pacíficamente envueltos en esta especie de capas, aunque cargadas á veces de nieve, y caladas por las lluvias frias de sus climas. Se complacen en el descuido y en el desórden de sus muebles, y si

se le presenta una cama adornada con colchones y almohadas, la levantan y se echan en tierra para no perder, segun dicen, la costumbre de la austeridad nacional.

Sus armas defensivas y ofensivas son un casco de hierro y una cota de malla que baja hasta los talones: para atacar se sirven del sable, del hacha, de flechas dentelladas y barbadas. No usan tambores; sus trompetas son de hueso, que producen un sonido muy agudo, y en jeneral aman mucho la música. Las cuerdas de una especie de lira comun entre ellos son de nervios, ó de alambre: las hacen resonar con el arco, ó con la uña, la cual dejan crecer espresamente, y sobre estos instrumentos desplagan todo su lujo, adornándolos de oro, de pedrerías, y de todo lo que tienen mas precioso. Se acompañan con la voz, y cantan las hazañas de sus héroes, ejecutadas en lo antiguo por sus jefes. Estas poesías, aunque destituidas de gracia, estan llenas de fantasía, y ofrecen muchas veces imágenes sublimes. Los escoceses, como pescadores, pastores y cazadores, son groseros, pero francos en la amistad, fieles en sus matrimonios, religiosos se-

gun sus luces, y mas felices en sus cuevas y bosques que los que habitan en las ciudades bajo sus techos labrados, y sobre la pluma, donde se adormecen entre la perfidia y la blandura.

Se tienen noticias acerca de la historia de Escocia, como unos trescientos años antes de nuestra era vulgar. Entonces los habitantes atacados por los pictas y por los jermanos, no pudiendo convenir entre sí sobre la eleccion de un jefe, hicieron venir uno de Irlanda llamado *Fergus*: le nombraron rey, y se ofrecieron á conservar este título á su posteridad. Bajo el gobierno de estos príncipes los escoceses rechazaron á los romanos, los cuales lejos de poderlos subyugar, se vieron precisados á hacer contra ellos un terraplen. Setecientos años despues de este primer *Fergus*, se conoció en Escocia otro monarca del mismo nombre que limpió su reino del resto de estos conquistadores, que se habian introducido allí. Los dos *Fergus*, tan distantes el uno del otro, pasan por los fundadores del trono de Escocia, y *Kenetho*, que reinaba hácia el año 820, ó 110 años despues de la fundacion, pasa por el restaurador; porque volvió á la coro-

na su brillo oscurecido, tanto por las divisiones intestinas, como por las invasiones de los extranjeros, y es considerado como el rey sesenta y nueve.

MALCOLMO I, INDULFO, DUFO, CULNO. — A *Kenetho* sucedieron seis príncipes buenos y malos, felices ó perturbados por intrigas que ocasionaron quereallas, venganzas, asesinatos, y otros sucesos de los que se hallan en todas las historias. El último de estos reyes se hizo monje, á ejemplo de algunos de sus predecesores. *Buchanan* advierte que los obispos, menos celosos entonces de riquezas y de honores que de ciencias y de santidad, no tenian asiento fijo, y predicaban indistintamente en todos los lugares. El principal fin de su mision era la reforma de costumbres, entonces depravadas; y queriendo favorecerles *Malcolmo I*, fué asesinado despues de algunos años de un reinado bastante feliz. *Indulfo*, persiguiendo con demasiado ardor á los enemigos que habia vencido, cayó muerto herido de una flecha; y *Dufo* (967), hijo de *Malcolmo*, recobró la sucesion que *Indulfo* habia interrumpido. Era un excelente príncipe, y fué asesinado como su padre por haber tratado de reprimir las veja-

ciones de los nobles, opresores del pueblo, y en su lugar eligieron á Culno (972), hijo de Indulfo, que vengó la muerte de Dufó; mas despues de haber reinado los primeros años con sabiduría, se dejó arrastrar de tales desarreglos que arruinaren su salud, y le hicieron digno de desprecio. Se trató de quitarle la diadema; pero con la muerte se ahorró esta infamia.

KENETHO I, CONSTANTINO Y GRIMO, MALCOLMO II. — La memoria de las virtudes de Dufó hizo llamar el trono á su hijo Kenetho, quien sostuvo durante casi todo su reinado la guerra contra los daneses, que se habian establecido en los cantones de Escocia. En una batalla que hubo entre los dos pueblos, los escoceses, derrotados por los daneses huían en desorden, y habiéndolo advertido un paisano llamado Hayo, que trabajaba en sus campos, acompañado de sus dos hijos tan fuertes y valientes como él, se armaron de lo que encontraron á la mano, y todos tres aguardaron á los que huían en una estrechura. Se empeñaron en detenerlos, les suplicaron, les amenazaron, y en fin les hicieron ver con valentía que querian ser para los pusilánimes peores que los daneses. Los

mas tímidos que se precipitaban con el tropel se detuvieron, y los mas valientes que se dejaban arrastrar por la multitud, se juntaron con los tres labradores. Como el miedo habia aumentado el peligro, la confusión habia hecho creer mayor la victoria; pero los prófugos, habiendo vuelto la cara al enemigo, dieron con impetuosidad sobre él, y ganaron la batalla.

El rey ofreció al labrador y á sus hijos vestidos soberbios para una entrada triunfante que les señalaba; pero ellos rehusaron estos vanos adornos, y en medio de los señores que les hacian obsequios, parecieron con sus vestidos ordinarios, mas apreciables por su sencillez que lo habrian sido por una rica magnificencia. Hayo llevó sobre el hombro su temible yugo, y en premio se le dió el campo mas fértil de la Escocia, que sus descendientes han poseido por largo tiempo. Se añadieron á esto los títulos de nobleza, y por armas tres escudos, emblemas de los tres defensores de la patria; pero el yugo, instrumento de su victoria, y el sello de su honorífica profesion, fué olvidado.

Se ha visto que la sucesion al trono no estaba fijada en la lí-

nea directa; al contrario, parece que se trataba de cruzar las líneas colaterales, y por lo regular era el hermano ó el sobrino quien heredaba, en perjuicio del hijo. Kenetho se propuso variar este uso, y á fin de experimentar menos obstáculos hizo envenenar á Malcolmo, su pariente mas cercano, de una edad madura, y jeneralmente estimado, á fin de que su hijo Malcolmo, de corta edad, se encontrase desembarazado de un rival. Dió al mismo tiempo cuantos pasos contempló necesarios para hacer erijir en ley el objeto de sus deseos, y salió con la empresa. Hasta entonces la conducta de Kenetho habia sido pura é irreprochable; pero la ambicion y el amor desarreglado de su posteridad le hicieron manchar con un crimen muchos años de virtud. Se arrepintió, y pasó con sus remordimientos una vida tan desgraciada que la terminó un asesinato.

Tampoco supo trasladar pacíficamente la soberanía á su hijo Malcolmo, pues Constantino, tio del príncipe, y Grimo, hijo de Dufo, se apoderaron cada uno de una parte de Escocia (976) y dejaron poco pais al hijo de Kenetho: mas habiendo llegado este á la edad de los com-

bates, hizo la guerra á sus rivales con sucesos tan completos y favorables, que sus competidores se vieron reducidos á cederle el trono, y desaparecieron (993); pero sus partidarios le tendieron redes, y fué víctima de los asesinos sin dejar hijos varones.

DUNCAN I, MACABETO.—Dos de sus hijas, casadas con grandes señores de Escocia, tenian cada una su hijo. El de la primojénita, llamado Duncan (1025), sucedió á su abuelo: era indolente y perezoso, faltas ambas muy perjudiciales en tiempos de revolucion. Atormentado por los partidos confió el cuidado de sus negocios á su primo Macabeto, quien los dirijió muy bien, y triunfó de las facciones; pero con el buen éxito le vino el deseo de recoger el fruto, y así es que hizo asesinar á su primo, se apoderó del trono, y procuró asegurarse en él persiguiendo á los que se hubieran podido oponer á su usurpacion (1030). Sin embargo, escaparon de sus garras Malcolmo y Donald, hijos del príncipe asesinado, y se salvaron en Inglaterra. El usurpador dió á conocer entonces sus cualidades, que habrian podido honrar á un rey lejítimo: publicó leyes sabias, las hizo

observar, y se preció de justiciero para con todos. Esta conducta apreciable no impidió que se levantasen descontentos, y la facilidad que habia hallado Macabeto para sublevar á los grandes contra su primo le hizo temer de ellos; mas para quitarles la ocasion de perjudicarle, trató de obstruirles los medios, persiguiéndolos, apoderándose de sus castillos, ofendiéndolos con afrentas, y envileciéndolos á los ojos del pueblo para ponerlos en estado de no poder formar partidos.

Uno de los mas maltratados, llamado Macdufo, despues de haber padecido mucho tiempo se salvó en Inglaterra, donde encontró al jóven Malcolm, hijo del difunto monarca Duncan. Escortóle á vengar la muerte de su padre, y á recobrar la corona de que se habia apoderado Macabeto, y le mostró el camino al trono, trazado, por decirlo asi, por los vicios que hacian odioso al usurpador. El jóven príncipe habia sido buscado muchas veces por agentes secretos de su tio, que por el ánsia de la diadema se habian empeñado en llevarle á Escocia para entregarle al tirano, y tratando de saber si Macdufo era tambien uno de aquellos traidores encargados de

hacerle caer en el lazo, le respondió: «No ignoro lo que tú me dices del usurpador; pero tú, que me incitas a correr detras de una corona, no me conoces, y yo debo confesar que me siento dominado de las pasiones que han perdido muchas veces á los reyes, especialmente del amor desenfrenado á las mujeres y de la avaricia. Me oculto al presente; pero cuando la autoridad soberana me permita entregarme á mis inclinaciones, conozco que no me podré contener, y en vez de proporcionarme una ventaja, como vosotros decís, me habreis precipitado sin duda en el abismo.»

— «Esa pasion de que me hablas, tan desenfrenada, al sexo femenino, puede ser moderada, replicó Macdufo, por medio de un matrimonio con una princesa amable. En cuanto á la avaricia es regular os falte si cesa la necesidad y viene la abundancia.» — «Es preciso decirlo todo; contestó el príncipe; yo no siento en mí aprecio alguno por la virtud. Como juzgo de los demas por mí mismo, no me fio de nadie ni me creo obligado á guardar mi palabra.»

— «¡Oh mónstruo! exclamó Macdufo; mónstruo digno de ser

echado á los desiertos mas horribles.» Se iba despues de esta esclamacion, y le detuvo Malcolmo diciéndole «que su indignacion, espresada con tanta franqueza, lejos de desagradarle, le daba la mejor opinion de él: que le habria sido difícil poner su confianza en un hombre que hubiese creído poder conciliarse con los vicios que manifestaba; pero que su franqueza le inspiraba seguridad.» Se esplicaron ambos y estuvieron bien pronto de acuerdo. Se realizaron los medios de acierto que ofrecia Macdufo, y cuando Malcolmo se manifestó al pueblo, este tan cansado como los grandes, abandonó á Macabeto y corrió apresuradamente delante del nuevo rey. Era natural que un tirano detestado acabase desgraciadamente, y su muerte fué acompañada de circunstancias que atestiguaron que la divina venganza tomó allí parte: circunstancias horribles y sobrenaturales, mas propias, dice Buchanan, para figurar sobre el teatro que para describir las en la historia, fueron las ocurridas; y se dice que le hirió un rayo, y que espiró entre horribles dolores.

MALCOLMO III. — (1057) Malcolmo, puesto sobre el trono con

aplausos del mayor número, experimentó inquietudes de parte de los descontentos. Sabedor de que uno de ellos habia formado una conspiracion contra su vida, y que se habia de ejecutar en una emboscada, tomó el monarca al culpado consigo bajo pretesto de dar un paseo, dirigiéndole á un valle separado, y estando solo con él le recordó amistosamente sus beneficios, le reconvinó por sus funestos designios, y echando mano á la espada le dijo: «Si tú quieres á costa de mi vida reinar, en vez de perseguirme como asesino, atácame como hombre de valor, y obten por él la corona que me querias quitar por traicion.» El conjurado sorprendido de admiracion se echó á sus pies, y el monarca le perdonó. Habiéndose hecho público este acto de generosidad, atrajo á todos los demas á sus deberes, de que no volvieron á separarse. Reinó este príncipe mucho tiempo con fama, y pereció por un exceso de confianza. Sitjaba á una ciudad que le habian tomado: la guarnicion, aunque reducida á una estremidad, se negó á entregar las llaves á otro que al rey en persona. Se acercó este á los muros y se presentó sin pre-

caucion para recibirlas; pero un soldado que habia allí oculto le dió una lanzada y lo traspasó. Eduardo, su hijo primojénito, queriendo vengar la muerte de su padre acometió á los traidores, y recibió tambien una herida mortal.

DUNCAN II. — (1084) Este doble accidente volvió á perturbar el reino: quedaban al rey tres hijos lejitimos, y uno bastardo llamado Duncan: los tres primeros Edgardo, Alejandro y David, eran muy jóvenes para remplazar á su padre. Se presentó Donaldó su tio, y hermano de Malcomó; pero el bastardo Duncan manifestó sus pretensiones con demasiada firmeza para no hacer abandonar el partido de su tio. Durante la disputa la viuda de Malcomó, temerosa por sus hijos, se salvó con ellos en Inglaterra. Duncan conservó quince ó dieziseis meses el título de rey, y una precaucion que tomó para asegurarle fué precisamente lo que se le hizo perder. Esta precaucion consistió en buscar la alianza del rey de Noruega, que compró con condiciones perjudiciales al honor de su reino. Los grandes descubrieron este vergonzoso tratado, y la indignacion que les causó les hizo renun-

ciar á la obediencia de Duncan.

EDGARDO, ALEJANDRO, DAVID. — Fueron á buscar en su asilo á Edgardo (1083), hijo primojénito de Malcomó, y volvió con sus dos hermanos. No hallándose Duncan en estado de resistirse retiró á Noruega; Edgardo reinó en paz y murió sin hijos. Alejandro, su sucesor, privado tambien de su posteridad, dejó el trono á David (1114), su último hermano, cuyo reinado fué dilatado y ventajoso á la Escocia. Los autores no discrepan sobre las alabanzas que merecen estos tres hermanos por su sabiduría, su prudencia, justicia, y demas virtudes que heredaron de Malcomó su padre; pero varían sobre lo que se debe pensar acerca de su liberalidad para con el clero, pues unos la alaban, y otros la censuran con rigor. La censura de estos últimos es justa si se atiende á que estos príncipes estendieron su jenerosidad hasta el punto de despojar la casa real de sus bienes en favor de la Iglesia.

David tuvo la desgracia de sobrevivir á un solo hijo, cuyas bellas cualidades hicieron sentir su muerte tanto á la Escocia como á su padre. El buen rey, aunque oprimido con este golpe, quiso en una asamblea je-

neral que convocó al efecto consolar á sus vasallos aflijidos, y les habló de este modo: «Lo que ha sucedido es la suerte comun: la vida es una prenda, un préstamo que es preciso devolver pronto ó tarde. Poco importa el momento en que la deuda será escijida. Cuando vemos morir á un hombre de bien ¿por qué nos aflijimos? El no nos deja sino para ir á su verdadera patria, adonde le seguiremos bien pronto. Si mi hijo ha hecho el primero este viaje, tiene la ventaja de ver el primero á mis virtuosos hermanos y demas parientes, y de gozar mas pronto de su compañía. Dejemos pues nuestras quejas y sentimientos, no sea que continuándolas parezca que no nos conmueve nuestra pérdida, sino que sentimos la felicidad de mi hijo. Os lo suplico por él y por mí, y os lo pido por sus hijos.»

MALCOLMO IV.—(1143) En efecto, habia dejado tres: Malcolmo, el primojénito, sucedió á su abuelo David. La buena educacion que habia recibido, y los frutos que produjo dieron grandes esperanzas, que no fueron desmentidas. Sin embargo, sus virtudes civiles y relijiosas le hicieron temer demasiado la guerra, y el candor de su ca-

rácter le espuso á ser engañado por Enrique II, rey de Inglaterra. Este monarca le atrajo á su corte con pretextos encubiertos bajo la apariencia de amistad. Luego que le tuvo á su disposicion le llevó á pesar suyo á una expedicion contra la Francia, á fin de hacerle perder la buena armonía que conservaba con los franceses, y privarle de los socorros que podia sacar de este reino cuando Enrique quisiera invadir la Escocia, cuyo proyecto meditaba. Este consentimiento forzado de Malcolmo le privó insensiblemente del amor de sus vasallos, y los indujo á una rebelion, de la cual se aprovechó Enrique como se esperaba. Sin embargo, los escoceses abrieron los ojos, se compadecieron de la debilidad del jóven monarca, y manifestaron el deseo de verle sentado en el trono por un matrimonio que le diese herederos. El piadoso Malcolmo declaró acerca de esta proposicion que tenia hecho voto de virginidad, el cual no podia ser desagradable á Dios, porque le hizo en el vigor de la juventud, y su divina Majestad le habia concedido la gracia de no quebrantarlo, y de prepararle herederos. Murió soltero á los veinticinco años.

GUILLERMO, ALEJANDRO II. — Estos herederos de que hablaba Malcolmo eran sus dos hermanos, de los cuales le sucedió Guillermo (1157), que era el mayor. Fué llevado, como su hermano, á una expedicion contra la Francia: vuelto á su reino resolvió vengarse de esta afrenta, y recobrar los cantones que el inglés habia invadido; pero cayó en una emboscada, y le condujeron segunda vez á Francia, donde estaba Enrique. Este monarca puso á precio la libertad del escocés, la cual no se le concedió hasta que confirmó las usurpaciones de Enrique. Las turbaciones que ocurrieron en Inglaterra presentaron á su vez al rey de Escocia la ocasion de recobrar lo que se habia visto precisado á abandonar: por este medio dejó su reino un poco restaurado á su hijo Alejandro, que le sucedió. Un tratado arregló los derechos disputados entre las dos coronas, y proporcionó al nuevo monarca un reino tan tranquilo, como podia serlo en un pais lleno de señores turbulentos.

ALEJANDRO III. — (1243) La misma convulsion se hizo sentir en el reino bajo el gobierno de su hijo, llamado como él Alejandro. Habiendo ceñido á los diez-

seis años la diadema de su padre, fué mas feliz que él, porque la Inglaterra era gobernada por un príncipe débil: se le devolvieron todas las posesiones usurpadas en tiempo de sus antecesores, y los sucesos de Alejandro contra el extranjero afirmaron su autoridad sobre sus vasallos. Su matrimonio con la hija del rey de Inglaterra apaciguó durante su vida las quereallas entre las dos naciones. Alejandro tuvo que sentir de parte del clero, demasiado ambicioso, del papa y de sus codiciosos legados, cuyos rayos, aunque lanzados sin fundamento, conmovieron lo bastante para que abandonase todas sus pretensiones á fin de obtener la paz. Este príncipe publicó leyes muy sabias: habia dividido su reino en cuatro partes, y residia tres meses en cada una: durante esta época los mas pobres de sus vasallos tenian el derecho de presentarse á él y los escuchaba con bondad: los grandes de una provincia le acompañaban con sus vasallos armados hasta la provincia vecina, donde era recibido del mismo modo. Vivía en medio de sus pueblos sin serles gravoso, y sus vasallos le amaban por sus buenas prendas; pero un accidente funesto acabó

sus días, cayendo del caballo y rompiéndosele la cabeza. Su muerte fué llorada de todo el reino.

INTERREGNO. — A la pena de perder tan buen príncipe se añadió la inquietud sobre el estado en que dejaba la Escocia, porque se había estinguido toda la línea masculina de sus reyes. No quedaba mas que una nieta de Alejandro, que estaba en la cuna, y nacida de su hija, que murió esposa del rey de Noruega. A fin de extinguir hasta las chispas que podían encender la discordia entre los dos reinos, pidió Eduardo, rey de Inglaterra, á la pequeña princesa en matrimonio para su hijo tan niño como ella. La proposición fué aceptada; pero los embajadores enviados á Noruega para traer esta prenda de paz y de union, encontraron que la muerte acahaba de frustrar las esperanzas de los dos pueblos. Entonces se presentaron multitud de pretendientes al trono: los principales eran Juan Bailleul y Roberto Brucio, ambos descendientes de una nieta del rey difunto, y que representaban derechos que embarazaban á los escoceses. Los rivales tenían cada uno tan gran número de partidarios, que despues de conti-

nuos choques, que duraron muchos años, juzgaron los estados á propósito remitir la decision del litis á Eduardo, rey de Inglaterra. Este monarca creyó la ocasion favorable para hacer de la Inglaterra y de la Escocia un solo reino, reunion que habian intentado muchas veces inutilmente sus predecesores, y que él deseaba con ardor. Empleó todos los medios de una falsa política, sembró la division entre los grandes, indispuso á los unos con los otros, alejando siempre la decision bajo diferentes pretextos; mas convencido por la repugnancia que encontraba de que no lograria su fin, resolvió contentarse con una parte, y limitó su pretension á un homenaje y á otros derechos útiles. Con estas condiciones ofreció secretamente la corona á Roberto Brucio, cuyo derecho parecia el mas dudoso, persuadido de que este señor no titubearia en fijar la incertidumbre de sus esperanzas á este precio; pero encontró un príncipe magnánimo que le respondió con valor: «El deseo de reinar no es en mí tan vivo que le sacrifique á la independencia de mi corona, y á la libertad de mis pueblos.» Juan Bailleul no fué tan escrupuloso, y aceptó la

proposicion de Eduardo, quien le proclamó rey.

JUAN BAILLEUL. — (1292) De la mala fé de Eduardo, que habia abusado de la confianza de los escoceses, resultó lo que sucede regularmente en las grandes injusticias. Entre los señores convocados para la instalacion del nuevo rey, unos se negaron á firmar el convenio de Bailleul, y otros no pusieron su nombre sino violentados ó por fuerza. El monarca mismo se vió precisado para obtener la estimacion de sus pueblos á renunciar al empeño vergonzoso que habia contraido, y manifestó su retractacion al rey de Inglaterra. Este acto de firmeza encendió la guerra, que fué desgraciada para Bailleul, el cual cayó en poder de Eduardo y le confinó á los estados de Francia, donde pasó una vida poco honorífica, mientras que muchos valientes escoceses, abandonados por la principal nobleza, se empeñaron en sacudir el yugo del inglés, que los grandes sufrían con una paciencia vergonzosa.

El jefe de estos hombres valientes se llamaba Guillermo Vallaceo, de buena familia, aunque falta de bienes de fortuna. Sus padres le habian criado en el odio contra los ingleses, que

la perfidia de su rey hacia aborrecibles á muchos patriotas. Vallaceo reunió un buen número de los mas irritados y valientes, y estrechó de tal modo á las guarniciones inglesas, que las victorias que logró le valieron el nombramiento de virey, no por los grandes, que le tenían envidia, sino por el pueblo. Eduardo tuvo á menos ir en persona contra semejante jefe, y envió jenerales, que, aunque de mérito, fueron batidos y derrotados, pues en un solo dia este salteador, como le llamaba Eduardo, consiguió tres victorias.

Llegando la fuerza á ser inútil, y tomando esta guerra un carácter serio, recurrió el rey de Inglaterra á las ofertas y promesas como á los demas medios de seduccion, que hizo presentar á Vallaceo por los primeros personajes de la nacion á quienes habia atraído á su partido; entre ellos Roberto Brucio hijo del monarca prisionero, y Roberto el competidor de Bailleul. Eduardo habia atraído á la corte á este jóven príncipe despues de la muerte de su padre, y le tenía vacilante entre la esperanza de obtener el cetro de Escocia si se mostraba dócil á su voluntad, y el temor de verse privado

de él si manifestaba claramente sus deseos. Para mantenerle en este estado de incertidumbre que le hacia dependiente, le insinuaban los ministros ingleses que Vallaceo estendia sus pretensiones hasta el trono.

Despues de una victoria importante que consiguió este jeneral, le pidió Brucio una conferencia que tuvo efecto al frente de sus tropas, mediando un arroyo entre los dos. El príncipe le manifestó que estaba admirado de que por la débil esperanza del favor popular hiciese tales movimientos y se espusiese á tales peligros; «porque, añadió, aunque estermineis á todos los ingleses, no esperéis jamas que los grandes de Escocia consientan en reconocer por su soberano.» Vallaceo respondió: «Jamás me he propuesto semejante premio de mis trabajos. El cetro no es el objeto de mis deseos, ni conviene á mi fortuna; pero viendo que tú, á quien es debido el trono, abandonas debilmente á nuestros conciudadanos, y los dejas espuestos, no á las cadenas, sino al hacha de un enemigo cruel, he tomado su causa en mi mano, y mientras que me quede un soplo de vida defenderé sus bienes y su libertad. Respecto de vos-

otros que preferís la seguridad de una vergonzosa servidumbre á los peligros de una honesta libertad, seguid la fortuna, supuesto que ella sola merece vuestra atencion. En cuanto á mí, yo moriré libre en mi patria, con la gloria de haberla defendido hasta el último extremo.»

Esta esperanza del desgraciado Vallaceo no se realizó. El rey de Inglaterra le rodeó de traidores que le entregaron, y en lugar de obrar jenerosamente Eduardo con un hombre de tal mérito, le hizo dar azotes, como á un malvado, y degollar en la gran plaza de Lóndres. A fin de sujetar para siempre la Escocia á su cetro se propuso borrar hasta la memoria de lo que habian sido los escoceses; para lo cual abolió sus antiguas leyes, y no se juzgó ya sino por las de Inglaterra. Sustituyó á los ritos escoceses la liturgia inglesa: los diplomas, los tratados y los actos mas respetables fueron sacados de los archivos y destruidos; el usurpador no dejó subsistir un monumento ni aun una piedra que pudiese recordar los hechos capaces de resucitar en los corazones la antigua magnanimidad de la nacion. Creyó el tirano haber disipado por este medio todo jérmén de revolucion,

tanto mas, cuanto que habia hecho trasportar á Inglaterra las principales familias que se guardaban á su vista. Roberto Brucio y los demas señores sospechosos eran detenidos en la corte para poderles espiar desde cerca. Estas precauciones no impidieron que los mas fatigados de la esclavitud que tanto gravitaba sobre sus cabezas, se conjurasen para sustraerse á la tiranía. Se aprovecharon de un dia de invierno en que la nieve cubria la tierra, hicieron herrar sus caballos al revés, para que sus pisadas engañasen á cuantos quisiesen perseguirlos, y lograron así llegar sin trabajo alguno á Escocia, en donde se habia formado secretamente un partido dispuesto á recibirlos.

ROBERTO BRUCIO. — (1309) Este príncipe fué proclamado rey; pero aunque tenia muchos partidarios, tambien habia una faccion contraria suya, que unida á los ingleses le redujo á estrechos crueles. No solamente fueron inútiles sus primeros esfuerzos, sino que parecia que todas las desgracias se reunian contra él. Tuvo el sentimiento de ver á sus tropas dispersadas, á sus amigos muertos, y él mismo se vió precisado á huir de retiro en retiro: ya solo, ya seguido de un

compañero, recorria los bosques y se escondia en las cavernas; jamas se creia en seguridad sino cuando podia pasar por lo que ya no era. Su diadema, que mas bien le servia para señalar su cabeza á los asesinos, que para ser respetado y protegido, fué teñida con la sangre de sus cuatro hermanos y otros muchos de su familia, sin distincion de mujeres y niños, que perecieron victimas de la crueldad de los ingleses.

Encontró en fin un asilo bajo el techo agreste de un anciano caballero, donde permaneció algunos meses. Como no se oyó hablar mas de él, le creyeron muerto: los ingleses empezaron á olvidarse de este enemigo, y á portarse con fiera é insolencia, compañeras inseparables de la seguridad. Roberto, aprovechándose de su descuido, volvió á presentarse, y se introdujo por sorpresa en una ciudadela importante. Este golpe repentino y ruidoso despertó á sus partidarios, que acudieron en tropel á su rededor, y bien pronto se encontró al frente de una tropa de soldados valientes, resueltos á vencer ó á sepultarse bajo las ruinas de su patria. Los destacamentos que los ingleses enviaron contra él fueron des-

truidos, y entonces se resolvieron á entrar en Escocia con un ejército formidable, tanto por el número, como por la esperanza del botin. Roberto les opuso otro no tan numeroso, pero inflamado del ardor que inspira la necesidad de defender sus hogares, y de salvar lo que mas se ama.

Apenas entraron en Escocia los ingleses, cuando acometió á Roberto una enfermedad, que por algun tiempo se creyó mortal, y aun no habia empezado su convalecencia cuando se encontraron los dos ejércitos. El monarca, lejos de huir del combate, sin dejarse intimidar por los numerosos batallones, manifestó á sus tropas un aspecto sereno y un rostro firme. Se hizo llevar á caballo, sosteniéndole los soldados, y marchó á la cabeza: animados los escoceses con este espectáculo, cayeron con impetuosidad sobre el enemigo, y lograron una victoria completa.

Desde este momento su vida no fué mas que una série de prosperidades. Es preciso confesar que Brucio las mereció, y que si la fortuna le permaneció fiel, lo debió á su prudencia y á su buena conducta, con las que supo fijar su inconstancia. Buchanan, que no pasará ciertamente por panejirista de los reyes, hace de

él este retrato: «Roberto Brucio se hizo célebre por todo jénero de virtudes: sería difícil encontrar desde los tiempos heróicos un príncipe que se le asemeje: valiente en la guerra, era un modelo de moderacion y de justicia en la paz. Aunque sus victorias inesperadas, despues que la fortuna satisfecha de sus desgracias se cansó de perseguirle, le hacen un príncipe asombroso, todavía es mas admirable en la adversidad que en la prosperidad. ¿Qué valor no fué necesario para no atemorizarse con tantos males como caian sobre él á la vez? Su mujer cargada de cadenas; sus cuatro hermanos, príncipes valientes y animosos, cruelmente asesinados; casi todos sus amigos aflijidos al mismo tiempo con toda especie de calamidades; los que habian podido escapar de la muerte desterrados y despojados de sus bienes; el mismo Brucio privado no solamente de un rico patrimonio, sino tambien de su reino por el monarca mas poderoso y mas hábil de su siglo. Con todo eso, aflijido al mismo tiempo por una multitud de males, en medio de las sombras de la muerte que una enfermedad grave le hacia esperar, no desconfió en recobrar su corona.

Jamás dijo ni hizo cosa que fuese indigna de un rey. Como Marco Bruto y el segundo Caton, no cargó sobre sí mismo las manos homicidas: no se dejó dominar, como Mario, de la cólera; ni ejerció contra sus enemigos una cruel venganza. Al contrario, despues de haber reconquistado su reino se portó con los que le habian hecho mayor mal, no como enemigo reconciliado, sino como rey.» Hasta el último estremo y en las angustias de una enfermedad dolorosa que le condujo al sepulcro, fué su única ocupacion la felicidad de sus pueblos. Roberto dejó este reino, que le habia costado tanto, á un hijo de ocho años, lo cual causaba inquietudes; pero las sosegó como pudo, nombrándole un tutor tan escelente, que despues de su muerte los estados confirmaron su disposicion, y aun establecieron tambien, conforme á su voluntad, que si este hijo llegaba á morir sin sucesion, pasaria la corona á Roberto Estuardo, hijo de su hija.

DAVID II.—(1329) David Brucio fué, conforme á la voluntad de su padre, coronado con permiso del papa, á quien se le pidieron con el fin de dar mayor autenticidad á la ceremonia. Esta

precaucion no impidió que el derecho del jóven monarca fuese contestado é impugnado así por los ingleses, los cuales fomentaban entre sí el derecho de los Bailleul, dispuestos á oponerse á los Brucios, como por los escoceses descontentos ó arrastrados del deseo de sacar mayor ventaja de las revoluciones. Los vasallos fieles de David, creyendo que la presencia de un niño les podia ser mas perjudicial que útil, le enviaron á Francia con su madre, y libres ya de este cuidado se batieron con valor contra los ingleses y sus compatriotas infieles.

De vez en cuando enviaban comisionados á su jóven rey para saber por sí mismos qué esperanzas podrian concebir de él. Cuando le creyeron en estado, si no de favorecerles, al menos de dar con su presencia una preponderancia á su partido, le atrajeron á él. David combatió con ellos cara á cara y con buen buen éxito; pero en una batalla decisiva fué su ejército enteramente destruido por Filipina, reina de Inglaterra, mientras que el rey hacia la guerra en Francia. Eduardo, feliz con su mujer y tambien con su hijo, vió en sus cadenas á Juan rey de Francia, hecho prisionero

por Eduardo, llamado por sobrenombre el príncipe *Negro*, y á David rey de Escocia hecho prisionero de su esposa. Razones políticas abreviaron al cautiverio de David, el cual volvió libre á su reino, y le gobernó con prudencia, aunque duramente, porque las circunstancias exijian severidad. El capricho revoltoso de los grandes no pudo ser domado sino por la estincion de muchas familias. David murió á los cuarenta y siete años, mas temido que amado, con la reputacion de un príncipe hábil, cuya fortuna hizo traicion muchas veces á su capacidad.

ROBERTO II. — (1370) David no dejó hijos; y segun lo dispuesto por Roberto I, su padre, pasó el cetro á Roberto, hijo de su hermano: por él subió al trono de Escocia la familia de los Estuardos. Este príncipe amaba mucho la paz, pero sus vasallos no siempre le permitieron seguir su inclinacion. Eran entonces los tiempos de la caballería, y los nobles se habrian creído deshonrados si hubiesen disfrutado de una tranquila indolencia en sus castillos. Provocabábase mutuamente unos á otros, y el deseo de gloria era en ellos el móvil principal de sus combates; pero el pillaje era el ver-

dadero aguijon de los vasallos que ellos atraian para que los siguiesen. Ingleses y escoceses se provocaron tambien en todo este reinado con sucesos varios, pues las leyes de la caballería eran observadas con mucho rigor entre los nobles, y cualquiera que no hubiese cumplido fielmente las condiciones del cartel, ó que por su palabra hubiese salido libre, y no hubiese vuelto á ponerse en el día ó plazo determinado á disposicion del vencedor, habria sido para siempre despreciado y desterrado. La caballería mantenía asi en un estado perpétuo de guerra á la nacion.

Eduardo sufría esta manía porque no la podia destruir; pero procuraba poner un freno por medio de treguas que concedía ya á unos ya á otros de los mas ardientes rivales. Los cuidados que se tomaba mantuvieron por algun tiempo en su reino la buena policia á pesar de los obstáculos que oponía la locura de aquella época. Este monarca es célebre por la constancia en sus resoluciones y la fidelidad en su palabra. La alianza de los franceses, ya antigua y confirmada por su predecesor, que habia sido educado entre ellos, le sirvió para desterrar entera-

mente á los ingleses de Escocia; pero si el valor de los aliados le fué útil, su carácter turbulento, y el precio ecsajerado que ecsijian, le presentaron grandes ó invencibles obstáculos.

ROBERTO III. — (1390) Cuando murió Roberto II solo tenia un hijo llamado Juan; pero los estados le hicieron tomar el nombre de Roberto, sin duda por la atencion que habian merecido todos los reyes que gobernaron con este nombre. Las inclinaciones de este príncipe eran pacíficas como las de su padre: confió tambien la direccion del ejército á su hermano, llamado como él Roberto, y al cual dió el título de gobernador del reino. Se cree que el gobernador, conociendo el carácter de su hermano, habia concebido ya el proyecto de apoderarse de la autoridad soberana, y la escesiva confianza del monarca le suministró los medios de poner en práctica este criminal designio; pero otra diversa imprudencia del rey aceleró y facilitó su ejecucion.

Parece que el monarca, débil é indolente, no sabia tomar ni aun para su familia la autoridad que conviene á un padre y á un rey. Todos se quejaban de los desórdenes de David, su hijo

primojénito; pero mientras vivió la reina, señora de mérito, el jóven príncipe contenido por los consejos y firmeza de su madre, se habia reducido á ciertos límites; mas cuando esta murió, soltó la rienda á todas sus pasiones, seducciones, violencias y muertes, pues en nada reparaba para apoderarse de las mujeres y de las doncellas que le agradaban. Cansado el rey de las quejas que de todas partes le enviaban, y no encontrando arbitrios para que su hijo volviese á sus deberes, escribió á su hermano para que le tuviese en su compañía, y le arrestase hasta que pudiese contar con la enmienda.

Contento el gobernador con tener tan bello pretesto para deshacerse de su sobrino, en vez de cuidar de su enmienda le encerró en una ciudadela con la firme resolucion de hacerle morir de hambre. El suplicio del desgraciado jóven duró mucho por la compasion de una jóven hija del carcelero, y la de una mujer que era su nodriza. La primera le mantuvo algun tiempo con galletas delgadas, que ocultaba debajo de su sombrero cuando iba á visitarle. La segunda le obligaba á chupar su leche por medio de una cañita que le introducía por una rendija de la

pared. Ambas fueron descubiertas, y castigadas con pena de muerte: tambien el desgraciado príncipe, privado de estos socorros, murió despues de haberse roído los brazos con rabia y desesperacion. El rey supo la muerte de su hijo primojénito, y aunque se le ocultaron las circunstancias terribles, no dejó de averiguar lo bastante para creer que fué por culpa de su hermano; y temiendo no sobreviniese igual desgracia á su segundo hijo Jacobo, le envió á Francia. Una tempestad le arrojó sobre las costas de Inglaterra, y aunque el inglés no estaba á la sazón en guerra con la Escocia, retuvo sin embargo en su poder al príncipe como prisionero. Herido de esta nueva como de un rayo el triste padre, cayó sin conocimiento en brazos de los que le rodeaban, y este primer accidente fué seguido de una enfermedad de debilidad, durante la cual aborreció todo alimento. La consuncion que le mortificaba le puso horrible, y le daba la figura de un cadáver antes de su muerte; espectáculo que movia á compasion, porque habia sido el hombre mas hermoso del reino, y uno de los mas amables.

JACOBO I. — (1424) Los esta-

dos confirmaron al gobernador la autoridad de que disfrutaba. Se adviertè que no se apresuró á reclamar á su sobrino: por otra parte los ingleses le guardaron voluntariamente como una prenda de la paz de que necesitaban, porque estaban en guerra abierta con la Francia. Por esta causa, durante la administración del gobernador no hubo mas que hostilidades pasajeras y poco importantes entre las dos naciones inglesa y escocesa. El rey de Inglaterra se arrepintió despues de la buena educacion que dió á su jóven prisionero: dispuso que á su presencia hiciese la primera campaña contra la Francia, y le trataba con mucha distincion en su corte.

Muerto el gobernador, que reinó quince años bajo el nombre de su sobrino, los estados reconocieron á su hijo Morducio, en quien no se encontraban ni las cualidades de un administrador, ni las de un padre de familia. Su incapacidad y sus defectos desagradaron á los señores escoceses, y les obligaron á pedir su rey. Encontraron á los ingleses tanto mas prontos á devolverle, cuanto que creian haber inspirado al jóven monarca, por su educacion, disposiciones favorables para su nacion. A fin

de unirse á él por vínculos mas fuertes le dieron en matrimonio una bella inglesa á quien amaba.

Jacobo volvió acompañado de su esposa á Escocia despues de dieziocho años de ausencia, y ambos consortes fueron recibidos y coronados en medio de los trasportes de alegría del pueblo, que rebosaba de contento por verse con su rey legitimo. Esta gran satisfaccion duró poco, porque en todo cuanto los ingleses habian hecho por el rey de Escocia aparentando jenerosidad, no habian olvidado sus propios intereses. El monarca habia tenido precision de obligarse á pagar una fuerte suma, tanto por sus alimentos como por su rescate de prisionero; y para cumplir con su obligacion tuvo que imponer nuevas contribuciones á sus pueblos. Los impuestos concedidos fueron cobrados con una dureza que causó murmuraciones, y ocasionó revueltas que apoyaron algunos grandes. Jacobo se apoderó de los jefes, cuya sangre corrió sobre los cadalsos. En cuanto á los actos de justicia severa, se le censura el haber añadido circunstancias bárbaras, por ejemplo, enviar á su propia tia la cabeza ensangrentada de su marido y de sus hijos. Intentaba no

solamente castigar así á sus parientes por haber fomentado la rebellion, sino tambien esperaba que esta mujer altanera, en el primer trasporte de su cólera, dejaría escapar palabras que manifestarian de un modo claro el autor de la conjuracion; pero se engañó, porque ella se contuvo, y dijo solamente con una tranquilidad afectada: «Si ellos eran culpados, el rey ha hecho justicia.»

Es cierto que los excesos que cometian tales jefes de partido, conspiradores y otros, escijirian acaso y autorizarian tales actos de rigor. Uno de estos hombres feroces, impaciente de las quejas de una viuda, á quien habia despojado de sus bienes; irritado de las amenazas que hacia á cada instante de irse á quejar al rey, la hizo clavar herraduras en las plantas de los pies como á un caballo, diciendo que lo hacia asi para que sintiese menos la aspereza del camino. Cuando se curó esta mujer presentó sus plantas al rey, y este mandó traer al culpado, le hizo herrar del mismo modo, y pasear tres dias por las calles de la capital.

El monarca empleó contra los salteadores de caminos un medio puesto ya en práctica con buen éxito por su padre: consistia en

desahacerse de los unos por medio de los otros; como se reunian por familias y robaban de concierto, la division del botin escitaba muchas veces entre ellos quejas que no se terminaban sino por odios sangrientos. Roberto envió á sus acantonamientos comisionados, los cuales en vez de reconciliarlos estaban encargados de fomentar sus odios por motivos de pundonor. Se les irritó tan bien, que ellos consideraron como una proposicion muy digna de su valor la que se les hizo de juntarse en el mayor número que pudiesen, y terminar sus querellas en el palenque en un combate á todo trance.

La lid se empezó á presencia del rey y de su corte. Dieron, en número de trescientos por cada parte, el espectáculo de una batalla que el encarnizamiento hizo dejenerar en una especie de matanza, en la cual los heridos y estropeados no obtenian gracia alguna, quedando vivos únicamente dos de una parte y uno de otra. Jacobo, hijo de Roberto, se valió de esta astucia de su padre con igual écsito, y esta matanza jurídica restableció por algun tiempo la calma en los cantones que infestaban aquellos bandidos.

Roberto trabajó en suavizar

las costumbres de sus vasallos, inspirándoles amor á las ciencias. Los persuadió con su ejemplo para que conociesen que este gusto no era incompatible con los ejercicios militares, única ocupacion de que los escoceses se gloriaban entonces. Reformó los pesos, las medidas y la moneda, y por este medio dió alguna actividad al comercio. La emulacion de los estudios, que hizo florecer entre el clero y en los monasterios, fué muy útil á la religion. Roberto, sóbrio y modesto, se opuso al lujo y á los banquetes demasiado suntuosos que duraban hasta la noche, y de los cuales se habia hecho costumbre. Reprimió tambien muchos desórdenes, mas no logró reducir á sus vasallos á la antigua moderacion.

Estas reformas, aunque sabias, escitaron murmuraciones, y uno de sus parientes, que hacia mucho tiempo que buscaba la ocasion de usurpar el trono, la creyó llegada viendo el descontento de algunos, y tomó tan bien sus medidas, que al frente de una tropa de conjurados pudo acometer al rey estando desarmado en el aposento de la reina. Esta princesa se arrojó delante á parar los golpes que dirigian á su es-

poso, y recibió muchos; pero á pesar de sus esfuerzos el rey recibió veintiocho heridas, muchas de las cuales eran mortales, y espiró bajo del puñal de sus enemigos.

Los conjurados, que creían al rey aborrecido, se admiraron de la indignacion que estalló por todas partes; olvidáronse los defectos del monarca para no pensar sino en sus grandes cualidades y en sus virtudes: sus vasallos sintieron mucho la muerte de este príncipe, herido traidoramente á la edad de cuarenta y cuatro años, y cuando la policía establecida en su reino por sus cuidados y sus trabajos empezaba á ofrecerle una época de tranquilidad. Los asesinos fueron todos castigados con el último suplicio. El del jefe duró tres dias con las invenciones de crueldad, que se podrian tolerar únicamente si pudiesen llegar á ser un freno para el crimen.

JACOBO II. — (1460) Su hijo Jacobo apenas tenia siete años. Durante su menor edad se dividió la autoridad entre dos personajes de las familias mas ilustres, á saber: Alejandro, al cual se confió el cuidado de la guerra con el título de virey; y Guillermo, ya canciller, que

cuidaba de la policía. Este fué encargado tambien de la educacion del rey, y de la guarda de su persona. La reina, con quien no se contó para estas disposiciones, se ofendió de ello: introdújose con el canciller con buenos modos, y cuando él lo pensaba menos le quitó á su hijo con la anuencia del virey. Avergonzado el anciano ministro de ser el juguete de una mujer, se manejó de tal manera que recobró su pupilo, y contra la esperanza de los que tenían interes en que estuvieran desunidos los dos jefes del gobierno, se reconciliaron entre sí, y su administracion dirigió al rey hasta el momento en que pudo tomar el timon del gobierno. La reina madre los dejó dueños de su hijo y del reino, porque se habia vuelto á casar con un señor jóven que mereció todas sus atenciones.

Puede juzgarse del modo de administrar justicia por los dos hechos siguientes, el uno del tutor, y el otro de su educando. Habia un señor jóven muy rico y acreditado, cuyos procederes altivos manifestaban mucha ambicion. Estaba, como suele suceder, mezclado en acciones licenciosas, que sirvieron al ministro de pretesto para llamarle

á la corte. Vino con la seguridad de su edad juvenil: el rey le recibió bien y le admitió á su mesa; pero mientras el imprudente celebraba una acojida tan lisonjera, el canciller le hizo separar de la presencia del monarca, llevar á una prision, y degollar sin forma de proceso. Como la juventud es naturalmente inclinada á la compasion, Jacobo dejó escapar algunas lágrimas sobre la suerte del desgraciado; pero el canciller le reconvino con aspereza acerca de esta muestra de ternura, manifestándole que cuando se trataba de un hombre que podia llegar á ser perjudicial, la humanidad debia ceder á la política. Jacobo se acordó demasiado de esta leccion en un caso casi del todo semejante. Instaba mucho á un señor poderoso para que desistiese de una alianza formada con otro para defender ciertas prerogativas. El aliado se defendia diciendo «que el honor no le permitia romper un tratado confirmado por su juramento.» — «¿No lo quieres tú? respondió el monarca irritado. Está bien; pues yo mismo le romperé.» Al decir estas palabras le atravesó con su puñal el pecho, y cayó muerto á sus pies.

Se concede por otra parte á

Jacobo II nobleza en los sentimientos, mucho valor contra los enemigos obstinados, y clemencia para con los vencidos. Acaso las continuas guerras que ocuparon su reinado, y los principios duros inculcados por la educacion del canciller, endurecieron su carácter. Murió á los veintinueve años de un tiro que recibió delante de una plaza que sitiaba. Cuando ocurrió este accidente llegaba la reina al campo de su esposo, y sin sorprenderse juntó los jefes del ejército, les presentó su hijo, que tenia solos siete años, y le hizo proclamar rey. La muerte de Jacobo II se ocultó á la guarnicion enemiga, porque mejor instruida habria podido continuar defendiéndose; pero creyendo que se entregaba al monarca difunto, remitió las llaves al niño.

JACOBO III. — (1479) Su madre obtuvo la tutela hasta la época en que se congregaron los estados. Estos confiaron el gobierno á un consejo compuesto de señores de todos los partidos que se habian declarado despues de la muerte del rey. La educacion del jóven monarca Jacobo, la de sus dos hermanos Alejandro y Juan, y la de sus dos hermanas, fué confiada á la rei-

na; pero es cosa admirable que reinase la concordia entre los individuos de un consejo tan estravagantemente compuesto. Despues de algunas turbaciones bien pronto sosegadas, disfrutó la Escocia por seis años de una tranquilidad perfecta. Cuando el rey cumplió los trece años le persuadieron los aduladores que ya tenia edad para gobernar por sí mismo, y le incitaron á hacer muchas cosas no solamente sin que las supiesen los rejentés, sino á veces contra su voluntad. Los lisonjeros le arrancaron del poder de los tutores, que no pudiendo resistir mas se retiraron, pero los reemplazó una faccion dominante, é hizo que los estados, compuestos de sus partidarios, elevasen á su jefe el duque de Altona á la dignidad de virey, con plenos poderes hasta que Jacobo cumpliese veintiun años; pero los mismos artificios que habian librado al jóven monarca de una faccion, le pusieron en poder de otra. El duque de Altona se habia apoderado de Jacobo por la adulacion y una absoluta complacencia á la voluntad del monarca; mas luego que se vió dueño de su espíritu, cesó de adularle en sus vicios y en sus pasiones. La faccion contraria persuadió al rey que el

no ceder en todo á sus deseos era quererle sujetar; con lo que hicieron aborrecible al pedagogo, y Jacobo no solamente retiró su favor al duque su cuñado, sino que por divorcio le quitó su mujer, de la cual habia tenido dos hijos, á saber: Jacobo y Grecina, y la casó con un tal Amilton, de quien tuvo tambien otros dos, Jacobo y Margarita, y él mismo casó con una hija del rey de Dinamarca.

Viciado Jacobo con la adulacion, sufría con enojo las contradicciones y con mas impaciencia la censura, la cual le infundia una terrible aversion á los grandes señores, á quienes su nacimiento y clase autorizaban á veces para darle consejos; pero él los desechó con modales ásperos, y ellos se retiraron resentidos de su conducta. Entonces llegó á ser la corte un mercado ó plaza, donde se vendian públicamente los empleos y las dignidades civiles y eclesiásticas. Entre los personajes perjudiciales que el rey admitió cerca de su persona, se cuentan los adivinos y los preteadidos hechiceros, en quienes tenia grande confianza. Le predijeron que seria asesinado por sus vasallos, y esta amenaza, á la cual dió crédito, le hizo sospechoso y cruel. Se

rodeó de jentes de la mas baja esfera, como de las que menos tenia que temer: un albañil llegó á ser su ministro, y un cantor ingles su favorito preferido, á quien colmó de riquezas y condecoró con sus órdenes.

Semejantes preferencias suscitaron violentas murmuraciones. Juan, hermano del rey, fué puesto en una prision, y le cortaron las venas por haber hablado libremente. Alejandro, tambien hermano suyo, encerrado en la ciudadela de Edimburgo, acaso no habria evitado el sufrir una suerte igual, si no hubiese hallado medio de salvarse; en su evasion se cita una circunstancia que le hace honor. Su camarero, enviado delante por su amo para reconocer la cuerda por la cual debia bajar, la encontró corta, y al caer se quebró una pierna. El príncipe bajó, y temiendo que si encontraban allí al criado le castigarían su fidelidad, le tomó sobre sus hombros, y le llevó por bastante espacio de camino hasta que llegó al navío que le recibió. Tantas violencias cansaron la paciencia de los grandes. Una guerra contra los ingleses les presentó ocasion de reunirse en cuerpo de estados. Los indignos cortesanos que tenian al rey como cautivo, parece que temian

vivamente el fin de esta asamblea, y no era sin razon, porque encontrándose los señores con fuerza agarraron á estos favoritos y los entregaron al pueblo: este, irritado de la alteracion de monedas, de la carestía de víveres, y de otras calamidades que le afligian, hizo pronta justicia á los que creyó ser sus autores. Mató á unos, colgó á otros, y los que no perecieron se vieron precisados á huir. Los grandes perdieron al rey bajo la palabra que les dió de mudar de conducta; pero no la cumplió sino con su hermano Alejandro. Este príncipe, socorrido de los ingleses, entre quienes se habia salvado, favorecido de muchos escoceses, cuya amistad le habian conciliado sus desgracias, se encontraba en estado, si hubiese querido, de destronar á su hermano; pero él no hizo uso de sus fuerzas, y le dejó jenerosamente la corona. El agradecimiento para con Jacobo, fué formarle un proceso, que le obligó á huir segunda vez á Inglaterra, desde donde pasó á Francia, y allí murió dejando dos hijos, Alejandro y Juan.

El rey perdió á su mujer, que segun la opinion pública, contribuia á contenerlo todavia dentro de algunos limites. Libre ya

de este freno, se abandonó de nuevo á los adadores y á los adivinos. Estos, para hacerle que aborreciese á la nobleza, le pronosticaban siempre empresas funestas de los nobles. Volvieron, pues, á comenzar sus terrores y con ellos sus crueldades, tanto que le obligaron á tomar la resolución de librarse de una sola vez de todos sus temores por medio de una matanza jeneral. Habia inventado un pretesto para atraer á los principales nobles á la ciudadela de Edimburgo, donde habitaba. Su intencion era hacer allí asesinar á todos, y comunicó su proyecto á uno de ellos que creia serle adicto; pero desconfiando este de un principe de tal carácter, y temiendo ser envuelto en la matanza, reveló el secreto á los demas.

Advertidos del lazo, les fué fácil evitarle; mas no contentos con estar á la defensiva, se presentaron en actitud hostil, y á fin de dar mayor consideracion á su causa, nombraron comandante al hijo del rey, á cuyas órdenes se pusieron. El padre, advirtiendo que no era el mas fuerte, hizo proposiciones; pero los grandes declararon abiertamente que no escucharían promesa alguna mientras que el monarca no renunciase la corona y la die-

se á su hijo. No hubo, pues, medio de avenencia: llegaron á las manos, y Jacobo pereció en la batalla: unos dicen que por el hierro de los conjurados; otros que por la mano de asesinos pagados por su propio partido. Solo tenia treinta y cinco años.

JACOBO IV. — (1488) El ejército victorioso declaró tirano al monarca vencido; y los jefes de la insurreccion tuvieron suficiente autoridad para hacer decidir en los estados de la asamblea, por medio de la influencia que tenian, que los que habian levantado el estandarte contra el rey se habian hecho beneméritos de la patria, y que jamás serian perseguidos por esta accion. La decision no agradó á toda la nobleza, y de la diversidad de opiniones tuvieron origen las querellas que perturbaron la juventud de Jacobo IV. Llegando este al trono á la edad de quince años mostró suma prudencia, y sin aprobar la revolucion contra su padre, parecia haberse olvidado de que existian culpados en ella. En cuanto á sí mismo jamás se tuvo por inocente del todo en haber favorecido á los rebeldes, pues cuando les prestó su nombre se obligó por una especie de voto á hacer, cuando le fuese posi-

ble, una peregrinacion á Jerusalem en espiacion de su culpa; y para prueba de que no lo olvidaba, llevó sobre sus carnes, mientras vivió, una cadena de hierro que aumentaba cada año con un anillo mas.

La hermosa presencia de Jacobo IV, ventaja que en un príncipe no es digna de despreciar, inclinaba á los corazones en su favor, y su espíritu vivo y alegre los atraia. Todo le salia bien, y llegó á decirse de él que la fortuna parecia estar á sus órdenes; bien que la dominaba por sus bellas cualidades de accesible, justo, severo contra los malos, aunque enemigo de los suplicios, y tan asegurado de la pureza de sus intenciones que escuchaba sin alterarse, así las censuras de los malos como las reconvenciones mas amargas de sus amigos. No se le tachaba otra cosa que sus modales demasiado populares, y una familiaridad que desdecia de su dignidad.

La única falta importante que cometió fué castigada cruelmente. Hacia la guerra á los ingleses, como era costumbre entre los dos pueblos, y aunque el número de sus soldados era inferior, creyó poderlo suplir con el valor de su nobleza, de la cual se componia casi todo su

ejército. Hallándose en presencia del enemigo se resolvió á dar la batalla á pesar de los consejos y de las súplicas de los jefes mas experimentados; acaso fué la vergüenza de su obstinacion y los remordimientos que de ello sintió, lo que causó su muerte. El valor, como se le habia predicho, hubo de cerder al número, y viendo desordenado su ejército se precipitó entre los batallones enemigos, y desapareció. No habiéndose hallado su cuerpo, los escoceses, que le amaban, se empeñaron en sostener por mucho tiempo que no habia muerto, que acaso habia ido á cumplir su voto á Jerusalem, y que se le volveria á ver algun dia. Cuando pereció acababan de empeñarle sus grandes gastos, mas fastuosos que útiles, á imponer tributos extraordinarios. Tenia solos cuarenta años, y dejó de Margarita su esposa, hermana de Enrique VIII, rey de Inglaterra, dos hijos, de los cuales el mayor no tenia mas que dos años.

JACOBO V. — (1513) Por un testamento hecho antes de entrar en campaña, Jacobo IV habia nombrado por rejente á la reina, mientras no se casase; y aunque esto era contra la costumbre del reino, sin embar-

go las batallas habian destruido tantos nobles, que no hubo quien se opusiese á esta última disposicion, y se dejó á la reina en posesion de la autoridad; mas apenas pasó un año cuando se volvió á casar. Bien hubiera querido conservar la rejencia; pero hizo muy débiles esfuerzos para ello, y sin aparentar pena vió pasar la tutela á un tio segundo de sus hijos, al que nombraron virey. Este llamó á la corte á un bastardo de Jacobo IV, de mas edad que los hijos lejitimos, cuyo principe ha sido conocido con el nombre de conde de Murray, muy célebre por el gran papel que hizo en las turbaciones que ajitaron el reino.

No duró mucho la indiferencia de la reina por la rejencia, porque algunos consejeros interesados la persuadieron que no debia haber renunciado tan facilmente la autoridad, y la animaron para que la recobrase. La reina se dispuso á seguir este consejo; pero advertido á tiempo el virey se apoderó del jóven monarca, cuya guarda habia sido confiada á la madre, é hizo que condujesen decentemente á esta príncesa á Inglaterra al lado de su hermano Enrique VIII. La rejencia, ob-

jeto continuo de la envidia, era ansiada por todos los principes de la sangre, los cuales eran muchos y se creian igualmente dignos, de suerte que la menor edad de Jacobo V puede ser considerada como una lucha perpétua entre sus parientes, ó como una querella de familia, en la cual los pueblos se veian precisados á tomar parte, aunque el écsito les fuese bastante indiferente.

Todos estos parientes no se perdouaban entre sí mismos, y mientras duró la menor edad del principe, y aun despues de estar ya en disposicion de tomar las riendas del gobierno, fué la Escocia como un suplicio manchado con la sangre de la principal nobleza. Las puertas de las ciudades, y las hocas de los campos cargadas de cabezas de proscritos, presentaban un horrible espectáculo. No es pues de admirar que educado Jacobo V en medio de estas alternativas sangrientas, hubiese contraido el carácter sombrío que se le atribuye. No pensó en casarse Jacobo hasta los veintiseis años, y se habria aprovechado de esta vida favorable á sus pasiones, si el bien de su reino no hubiese ecsijido que le dejase herederos lejitimos. Enrique VIII, su tio,

le proponia una de sus hijas, y era posible que este matrimonio reuniese bajo de su mando los dos cetros de Inglaterra y Escocia, porque la posteridad de Enrique, á pesar de todos sus matrimonios, amenazaba ruina. Estas conveniencias no prevalecieron por el temor de tener un dueño absoluto en un suegro tal como Enrique VIII, y así no admitió á su prima, sino que casó con Magdalena, hija de Francisco I. Yendo á buscarla él mismo á Francia reparó en María, hija del duque de Guisa, viuda del de Longueville, de una hermosura admirable, y Jacobo, en su interior, se la destinó por esposa en el caso de que le faltase Magdalena, cuya salud no era muy segura. En efecto, murió al cabo de dos meses, y el rey de Escocia casó con María, que era sobrina del famoso cardenal de Lorena, de una familia que se jactaba de un afecto esclusivo á la religion católica. Aunque esta hacia algun tiempo que experimentaba varias alteraciones en Escocia, sin embargo era siempre la dominante. Jacobo habia sido educado en su seno, y se manifestaba muy afecto á ella; y esta era una de las razones que le habian impedido contraer una alianza con el rey de

Inglaterra, Enrique VIII, que se habia separado de sus primeros principios.

Es probable que las escortaciones y la liberalidad del clero escocés contribuyesen á hacer preferir el matrimonio de la princesa de Lorena; pero Enrique VIII se ofendió de esto, y bajo otros pretextos declaró la guerra á su sobrino. Jacobo admitió el desafio, y se presentó con valor en las fronteras al frente de treinta mil hombres. No esperando los ingleses tal esfuerzo, hicieron una retirada, y el rey de Escocia se apresuró á perseguirlos; pero quedó sorprendido al ver que la nobleza se negó á obedecerle. Estaba esta muy envidiosa del favor que el monarca concedia al clero, ó por mejor decir, codiciosa de los bienes de la Iglesia; pues la mayor parte de los nobles habia abrazado ya las opiniones de los sectarios, y miraba las riquezas eclesiásticas como una presa segura en el caso de mudar de religion, así como habia sucedido en Inglaterra.

La separacion de la nobleza no solamente impidió á Jacobo aprovecharse de su primera victoria, sino que tambien le atrajo algunos reveses; y como era sensible, valiente y tenaz, se a-

poderó de él la melancolía, de modo que le causó una calentura que le condujo al sepulcro. Mientras luchaba con ella le dijeron que su mujer acababa de parir: preguntó con vehemencia si era hijo ó hija; le dijeron que hija, á lo que replicó el príncipe con tristeza: «¡Conque niña!» y dejándose caer sobre su cama, añadió: «La corona viene de una mujer, y por una mujer se retirará: muchas calamidades estan reservadas á este pobre reino: Enrique se le apropiará, ya sea por las armas ó ya por un matrimonio.»

Sobrevivió Jacobo pocos días á esta prediccion, y murió á los veintinueve años de edad, sin haber disfrutado del cetro mas que las penas; porque no conoció el brillo ni el placer, si es que tiene alguno. Desde su juventud vivió errante, ó en las fortalezas cercadas de murallas, como prisiones, ó en palacios destruidos ó despojados muchas veces de lo necesario por las diferentes facciones. El furor de las guerras civiles habia hecho á los hombres tomar un aire atroz, y parecia que todos los que se acercaban al príncipe no se arribaban sino para esjir de él venganzas. En su corte, los nobles altaneros, divididos en

facciones, hacian temer por su semblante amenazador rompimientos funestos: tales eran los cortesanos que rodeaban la cuna de la desgraciada María Estuardo.

MARIA ESTUARDO.—(1542) Luego que pasó el tiempo de la lactancia, María Estuardo fué enviada á Francia para que la educasen en la corte de Enrique II, con Francisco, su hijo primojénito, que era quien se la destinaba por esposo. Por lo que dejamos dicho de la menor edad de los reyes anteriores, se puede juzgar de las turbaciones que ajitaron la de María Estuardo. La rejenia se disputó entre los concurrentes como un privilegio de sangre ó una renta de la familia. Legítimos y bastardos la pretendian igualmente; la reina se apoyaba tan pronto en unos como en otros, y al fin cansada de ser el juguete y el pretesto de las facciones, abandonó el timon del estado á quien le quisiese gobernar. A la tempestad levantada por la ambicion y la envidia se añadian las borrascas escitadas por el fanatismo religioso: el catolicismo luchaba contra la reforma con una desventaja conocida, y la nave del estado, batida por estas olas, estaba de continuo á pique de romper-

se. Tal era la situación del reino cuando María Estuardo vino á tomar el gobierno despues de la muerte de Francisco II, que la dejó viuda á los dieziocho años. María partió de Francia con sentimientos dolorosos, presajios de sus futuras desgracias. Esta jóven reina llegaba á Escocia adornada de dos coronas, y con justas pretensiones á otra tercera; mas Isabel que la llevaba, habia visto con temor á su prima tomar el título de reina de Inglaterra de resultas de la muerte de Enrique VIII; jamás la perdonó esta ostentacion de sus derechos, y se propuso no despreciar cosa alguna que los pudiese hacer valer. Las disensiones relijiosas que perturbaban la Escocia sirvieron oportunamente para su venganza, pues ganó el afecto de los protestantes, y les hizo sospechosa su soberana. Como esta era de la sangre de los Guisas y sobrina del cardenal de Lorena, rayo de los anti-católicos, no fué difícil hacerla un objeto de alarma para ellos. Estos nuevos evangelistas, como sucede al principio de las reformas, aparentaban una austeridad sombría, de la cual no se podia apasionar la jóven reina, alegre por naturaleza, y educada en una corte

idólatra de los placeres. Unas veces se reía y otras se indignaba de ver aquella severa afectacion en los modales; pero esto agradaba al pueblo, mientras que el carácter alegre de la reina y su lijereza, aunque inocente, eran para los protestantes un motivo de escándalo, y este fué el orijen de una aversion decidida entre la soberana y sus vasallos. Para hacer cesar las injustas murmuraciones pretestadas con el celibato de una princesa de esta edad y de este carácter, la aconsejaron que se casase, y lo verificó con su primo Darnley. Isabel, que se habia apropiado el derecho de mezclarse en todos los negocios de Escocia, manifestó no agradarle este matrimonio: de la poca justicia de sus quejas se infiere que no se habia propuesto otro fin que el de conservar con su prima un pretexto de desavenencia. No dejaba esta de tener un partido poderoso en Inglaterra, que trabajaba en hacer declarar á María heredera presuntiva de la corona, y lo habria logrado á pesar de las intrigas y de la mala fé de Isabel, si María Estuardo no se hubiese desacreditado con sus partidarios por su conducta.

El casamiento de María fué tan precipitado, que seducida

por las prendas exteriores de lord Darnley, no notó al principio que las cualidades de su corazón no correspondían con los encantos de su persona: era violento, insolente é ingrato; dado á los placeres mas groseros, era incapaz de un amor tierno y delicado. María, en los primeros trasportes de su pasión, le confirió el título de rey, y unió el nombre de su esposo al suyo en todos los actos públicos; pero cuando descubrió en él tantos vicios y debilidades, conoció su imprudencia en prodigarle tantos beneficios, y resolvió ponerles término. Indignado Darnley con este cambio de conducta, juró vengarse de todos los que sospechase que tenían la culpa. Había entonces en la corte un piamontés, llamado David Rizzio, á quien la reina dió el empleo de secretario para los negocios de Francia, y poseía su confianza: el favor de que gozaba le había hecho tan insolente, que se había atraído el odio de toda la nobleza. No fué difícil á los amigos de Darnley persuadirle que Rizzio era el autor de la indiferencia de la reina para con él, y aun de escitar los zelos en su alma. Darnley, engañado con pérfidos consejos, autorizó el asesinato: los conjurados, entre los cuales se

hallaban lord Ruthven y Jorje Douglas, entrando precipitadamente en el aposento de la reina, se arrojaron sobre el que ellos llamaban traidor, y le dieron cincuenta y seis puñaladas: la sangre del desgraciado cubrió los vestidos de María, que, indignada de acción tan desleal, juró vengarse y no olvidar jamás aquel ultraje (1566).

Los conjurados, despues de haber andado errantes algun tiempo por Inglaterra, en la indigencia y el oprobio, imploraron la proteccion de Bothwell, nuevo favorito de la reina: este señor consiguió calmar el resentimiento de María, que solo contra su esposo conservaba un deseo implacable de venganza; sin embargo, le permitió tener una habitacion en el palacio de Edimburgo, doade la reina á poco tiempo dió á luz un hijo: sir James Melvil fué despachado inmediatamente para llevar esta dichosa noticia á Isabel, que luego que supo el nacimiento del príncipe, cayó en una profunda melancolía, y dijo á uno de sus comitivas: «¡La reina de Escocia es madre, y yo no soy mas que un árbol estéril!»

Entretanto que María y Darnley parecían reconciliados, se preparaba una horrible catás-

trofe. Darnley cayó enfermo en Glasgow: la reina marchó en busca suya, le manifestó mucha ternura, y le condujo á Edimburgo: allí, con pretexto de que la multitud de jente que atrae la corte, ocasionaba un ruido que podria perjudicar á su convalecencia, le trasladaron á una casa aislada lejos del palacio, en la que María continuó dándole pruebas de su afecto, y aun pasó muchas noches en una habitacion debajo de la de su esposo; pero el 9 de febrero de 1567, le dijo que aquella noche iba á dormir á palacio porque tenia que asistir al casamiento de una de sus damas. Serian cerca de las dos de la mañana cuando la ciudad de Edimburgo se alarmó por una conmocion espantosa, que luego se supo habia sido producida por una explosion de pólvora que voló la casa en que se hallaba Darnley, y que el cadáver de este principe habia sido hallado en un campo inmediato. El conde de Bothwell fué tenido jeneralmente por autor de este crimen, y el conde de Lenox, padre de Darnley, intentó una acusacion contra él; pero los jueces dieron en este proceso el veredicto que se les obligó á pronunciar: declararon inocente al acusado. Poco tiempo

despues, habiendo ido María á Stirling á ver á su hijo, Bothwell reunió un cuerpo de ocho mil caballos, con pretexto de dar caza á los malhechores que infestaban los campos; y colocado en emboscada, esperó el retorno de la reina, se apoderó de su persona y la condujo á Dunbar. La admiracion del pueblo fué grande cuando María hizo publicar que ninguna violencia le habian hecho, y que consentia en aceptar la mano de Bothwell, aunque estaba casado con otra mujer.

Tantos crímenes y desórdenes indujeron á los escoceses á sublevarse: lord Hume, con ochocientos caballos, embistió á la reina y á Bothwell en el palacio de Boetwick: Bothwell halló medio de escaparse y pasar á Dinamarca, donde murió miserablemente diez años despues; pero la reina no tuvo otro recurso que entregarse ella misma en manos de los lores confederados, que la condujeron á Edimburgo en medio de los insultos del populacho: al dia siguiente fué enviada con buena escolta al castillo de Lochleven, donde sufrió nuevos dolores y humillaciones. El conde de Murray, su hermano, jefe del partido protestante, fué declarado

rejente, y la infortunada princesa, temiendo por sus dias, firmó un acta de abdicacion en favor de su hijo, que fué unjido y coronado con el nombre de Jacobo VI, y el conde de Morton prestó el juramento en su nombre (1553).

No obstante, María se evadió del castillo de Lochleven; reuniéronse gran número de señores en su defensa, con un ejército de seis mil hombres: el rejente juntó tropas apresuradamente y vinieron á las manos en Langside, cerca de Glasgow; el combate fué sangriento y los defensores de la reina enteramente derrotados; María huyó aceleradamente del campo de batalla con poca comitiva, y llegó á las fronteras de Inglaterra: en su desesperacion, á pesar de los consejos de sus mas fieles amigos, resolvió buscar un asilo cerca de la reina Isabel, y despachó un correo para anunciarla su llegada é implorar su proteccion.

Esta resolucion fué el cúmulo de su imprudencia, si es cierto que durante los dias felices de su reinado en Escocia, desde que su prima se habia metido á darla consejos, le habia respondido con una carta irónica, referida por muchos historiadores.

María hablaba á la reina de Inglaterra sobre las licencias de su vida privada, sobre su apariencia de virtud, y aun sobre las imperfecciones corporales, cosas que las mujeres no perdonan. Añádase á esto que María poseía las gracias verdaderas que Isabel no tenia sino en pretension, que los derechos de la primera á la corona de Inglaterra eran claros por su nacimiento, y los de la segunda susceptibles de contestacion por su bastardía. Estos motivos de odio y de zelos esplican suficientemente la conducta de la princesa inglesa con respecto á su prima.

La política de Isabel no la permitió entonces manifestar su mala intencion contra María, y mandó que se la recibiese en sus estados con todos los respetos debidos á la clase de una reina; pero cuando la princesa refujada pidió á su protectora licencia para ir á visitar, la delicadeza de Isabel no permitió conceder á su parienta este favor hasta que se justificase de la muerte de su marido. La reina de Escocia salió mal de las conferencias entabladas para aclarar este hecho, pues sus abogados en vez de responder directamente á las acusaciones, como debian, viéndose reconvenidos eludieron la

respuesta con decir «que siendo reina era independiente, y por consecuencia no debía reconocer tribunal alguno:» escepcion que sirvió de pretesto á Isabel para encerrar á su prima.

Esta detencion ilegal chocó á la fiereza de los escoceses, y los mismos ingleses se irritaron de ver tratar así á la que debía haberse sentado sobre el trono, ó que á lo menos era su heredera presuntiva. Se formaron conspiraciones para librarla, y la presa dió oídos á una de ellas, pero de otras no tuvo mas que noticias, y aun estas las adquirió á veces por lo que se la dijo en la acusacion. Cada descubrimiento servia á Isabel de nuevo pretesto para agravar la prision de su prima, la cual era trasladada de una á otra, entretanto que aquella hacia correr sobre los cadalsos la sangre de los cómplices verdaderos ó imputados, á fin de que el castigo del crimen asegurase á los ojos del pueblo la complicidad de su parienta.

Hubo un tiempo en que María Estuardo escribia á su prima, solicitando su piedad por cartas espresivas; mas viendo que sus súplicas eran contestadas con desprecio y altivez, desistió de sus instaneias y se conformó con

su suerte. Isabel se cansó tambien de dar á las dos naciones el espectáculo de una reina acusada, no convencida, y sin embargo privada de su libertad, no tanto por el mal que habia hecho, como por el que podia hacer. En fin, despues de diezinueve años de cautiverio, se formó una conspiracion, en la cual se reunieron todos los agraviados, é hicieron tentativas para sublevar el reino de Inglaterra; sedujeron á muchos grandes, tuvieron inteligencia con los príncipes extranjeros, y especialmente con el rey de España y el papa, enemigos declarados de Isabel, y atentaron contra la vida misma de esta princesa.

Se citaron muchos escritos en apoyo de esta acusacion, y algunos testigos; pero María Estuardo en todo aquello que miraba á la conspiracion contra la tranquilidad del reino, respondió friamente, «que no habia podido impedir á los que la tenian buena voluntad ó afecto, que diesen de ello pruebas, procurando sacarla del cautiverio: que ella misma se creia autorizada por derecho natural para buscar todos los medios posibles de recobrar su libertad.» En cuanto al proyecto contra la vida de Isabel, lo negó formal-

mente María, y sostuvo que eran falsas las cartas que se le presentaban á este fin, como escritas por ella: que los testigos que se la oponian, ó eran supuestos, ó se les habia arrancado la declaración por el temor del tormento, y pidió que se los presentasen, esperando que no tendrian valor para sostener sus declaraciones en su presencia.

Se la respondió que la ley sobre los crímenes de alta traicion no permitia acceder á esta petición; y dándola por convencida, fué condenada á perder la cabeza, cuya sentencia firmó Isabel despues de vacilar algun tiempo. María Estuardo sufrió la muerte con valor: dijo, y se puede creer que así lo pensaba, que la muerte era para ella un beneficio que la libraba de todas sus miserias. Vivió cuarenta y cinco años, de los cuales si se rebaja el tiempo de su infancia y el que pasó en Francia, se puede decir que fué infeliz mas de la mitad de su vida. Ninguna princesa la escedió en gracias ni en finura; mas tampoco la igualó en imprudencia. Fué castigada por un crimen que tal vez no cometió, pero la Providencia la reservaba despues de diezinueve años de sufrimiento este castigo, si no del homicidio, á lo

menos de su indiferencia en el execrable atentado ejercido contra su marido.

JACOBO VI. — (1567) El reinado de Jacobo VI debe comenzar desde el momento en que su madre abdicó y renunció en ella la corona, cuando no tenia todavia dos años. Los estados nombraron rejente y tutor al conde de Murray, tio bastardo de su madre, quien en las diferentes catástrofes de su sobrina, aparentó contra ella el rigor de un censor severo, pero manifestó mucho respeto por su sobrino. Sus pasos tortuosos, y sobre todo su tolerancia en dejar á María Estuardo en prision, cuando con un poco de firmeza habria podido libertarla, han hecho creer que no le desagradaba tener distante este obstáculo, esperando hacer desaparecer cuando quisiese el que un débil niño le oponia; pero fué asesinado Murray, por una queja particular, en medio de sus proyectos, si los formó. Habiendo salido Jacobo de sus manos, pasó su menor edad en las de otros muchos, que se disputaron y quitaron alternativamente la rejencia.

Llegó á la mayor edad y no por eso fué mas independiente, pues las pretensiones de las familias, las del clero puritano,

las intrigas de Isabel, y la autoidad que ella se habia abrogado en todos los ramos del gobierno, le mantenian en una dependencia perpétua; de modo que apenas se atrevió á quejarse del asesinato jurídico de su madre. La reina de Inglaterra le respondió por un escrito altivo y pedantesco, que contenia muchas menos excusas que consejos de portarse mejor que la desgraciada María Estuardo. El temor de irritar á una princesa déspota de quien dependia su fortuna, porque podia darle la corona de Inglaterra, ó privarle de ella, le hizo sufrir esta afrenta con tanta mas paciencia, cuanto que despues de alguna murmuracion entre los escoceses, el rey los encontró poco dispuestos á fomentar con los efectos los esfuerzos de su resentimiento.

REUNION DE LAS CORONAS DE INGLATERRA Y ESCOCIA. — Accedió, pues, con respeto á la voluntad de Isabel, por cuya muerte llegó á ser soberano de Escocia y de Inglaterra. Obtuvo Jacobo sin oposicion esta corona por ser nieto de Margarita, hija primojénita de Enrique VIII: esto sucedió en el año 1603, por lo cual se reunieron los dos reinos, que desde este príncipe no han formado mas que uno. La

Escocia ha encontrado en esta reunion la doble ventaja de verse libre de las continuas guerras que por precision tenia que sostener contra la Inglaterra, y las guerras civiles que los señores, demasiado poderosos para ser contenidos por su rey, no dejaban de suscitar en su seno con grande perjuicio de los pueblos.

Como la suerte de los príncipes de la casa de Estuardo es un fenómeno tan singular, no será fuera de propósito reunir aquí bajo un solo punto de vista sus principales circunstancias, usando del pincel de un autor diestro en las descripciones. El primero de los reyes de Escocia llamado Jacobo, despues de haber estado dieziocho años prisionero en Inglaterra, murió asesinado por mano de sus vasallos. Jacobo II pereció á los veintinueve años en una batalla contra los ingleses. Jacobo III, preso por su pueblo, fué muerto por los revoltosos en una batalla. Jacobo IV desapareció en un combate que perdió. Su nieta María Estuardo, despues de haber estado diezinueve años presa y debilitada, fué degollada en Inglaterra. Carlos I, nieto de María, vendido por los escoceses y sentenciado á muerte por los ingleses, pereció en un

cadalso. Jacobo, su hijo, segundo de Inglaterra y sétimo de Escocia, fué echado de sus reinos, y hasta el nacimiento le disputaron, para colmo de sus desgracias. No trató de subir al trono de sus padres sino para hacer perecer en los suplicios á sus amigos; y así se ha visto que el príncipe Carlos Eduardo, en quien se reunieron las virtudes de sus padres y el valor de su abuelo materno Juan Sobieski, ejecutó muchas hazañas, y sin embargo sufrió infortunios increíbles. Una série de desgracias persiguió por espacio de cuatrocientos años á la casa de Estuardo.

IRLANDA.

La isla de Irlanda presenta la figura de un huevo, salvas sus irregularidades, que forman una multitud de bahías: su estension es como la mitad de Inglaterra: la tierra, muy fértil, abunda en todo jénero de producciones: los pastos forman su principal riqueza: no carece de minerales: el hierro y el plomo se encuentran fácilmente: hay grandes lagos, bellos rios, fuentes termales y petrificantes: montañas poco elevadas y llenas de árboles: se encuentran lobos, mas no animales venenosos, pues se dice

que mueren de repente al instante que los llevan allí.

Los irlandeses son altos y robustos: sus anticuarios los hacen descender de los españoles que arribaron á esta isla mil años antes de Jesucristo, mandados por un jefe llamado Milesio, por lo cual los llamaron milesianos. Confiesan, sin embargo, que hallaron allí otros habitantes, y aun gigantes, tambien idólatras, que ademas del sol, la luna y los otros astros, adoraban los utensilios de las casas y de la labranza, en memoria sin duda de los que los habian inventado. A este culto sucedió la relijion de los druidas, que tal vez la tomaron de los galos trasladados á su pais. Tuvieron poetas como los escoceses, cuyas composiciones se cantaban: sus matrimonios se hacian en público con ceremonias propias para inspirar respeto á esta union: la música estaba muy honrada, y se disputaban el premio en las fiestas públicas; por eso tambien los que sobresalian en los ejercicios militares obtenian las coronas. Suponen haber tenido sus anales setecientos años antes de Jesucristo, y que la nacion mantenía hombres recomendables por sus virtudes para formar dichos anales, cuyas obras se sujetaban al ecsámen de

la asamblea general. Sus escritores nos presentan antes de nuestra era comun una lista de setenta y seis reyes, que citan por sus nombres y sobrenombres, esplicando sus jenealogías; pero se ven bien embarazados para encontrar algunos hechos que merezcan colocarse en la historia.

Hacia el año 70, cuando dominaba todavía la tribu milesiana, se suscitó una guerra civil entre nobles y plebeyos. Los primeros decian descender de jefes y soldados españoles que habian conquistado la isla: tenían bajo su yugo de hierro como vasallos y esclavos al resto de la nacion, compuesto de artesanos y trabajadores descendientes de los primeros habitantes, ó de otras razas entregadas á las artes mecánicas que sucesivamente se habian establecido en Irlanda. Como el número de plebeyos sobrepujaba al de los nobles, venció á estos y los arrojó con su rey de aquellos estados; pero los vencedores no pudieron convenirse jamás sobre el gobierno que eligieron. Después de muchos años de turbaciones los plebeyos volvieron á llamar á los descendientes de los nobles y al heredero de su rey, al cual repusieron en el trono.

Se encuentra en el testamento de un rey del segundo siglo, una enumeracion de legados que dan á conocer las artes de utilidad y de lujo que á la sazón se conocian en Irlanda, porque dejaba á sus hijos, entre los cuales habia dividido su reino, navíos de carga, y escudos en sus cajas guarnecidas de brocados de oro y de plata: les dejó tambien espadas con puños de oro de un trabajo esquisito; carros con sus mulas; copas de oro; cubetas de madera de tejo; cincuenta caballos pios con sus bridas y brocados de bronce; mesas de madera fina para jugar; tableros de damas y de ajedrez; todo esto cincelado, guarnecido y dorado; cincuenta bolillas de metal con los tacos de la misma materia; mesas para jugar á estilo de los atletas (vendrian á ser una especie de villares, para los cuales estaban destinados estos instrumentos pesados); sobretodos de seda de diferentes colores, especialmente azafranados; banderas militares bordadas de oro; calderas de cobre; caballos de regalo en gran número, enjaezados, y cien vacas con pintas blancas y con sus terneros, unidas de dos en dos bajo su yugo de metal. Se omiten los utensilios de la casa y labranza,

verdaderas riquezas, porque son comunes á todos los tiempos y á todos los paises.

Si los reyes de Irlanda no hubiesen dividido entre sus hijos mas que sus tesoros, su monarquía habria formado una union terrible; pero separaron sus provincias para hacer mayorazgos á sus hijos. Acaso establecieron entonces alguna subordinacion entre estos príncipes, y aun dependencia con respecto al primojénito ó á aquel que poseyese la parte principal. Tambien seria bueno advertir que la Irlanda se gobernó por mucho tiempo como la Alemania. El monarca que dominaba en la capital era tenido por emperador, y los demas como electores. Habia asambleas jenerales, en las cuales se trataban los negocios comunes. Tan difícil seria desarrollar el caos de las filiaciones de estos príncipes, como molestó al lector la repeticion continúa de las guerras que se hacian, y que no son por lo regular sino invasiones y salteamientos. Los demas hechos de estos reinados presentan pocas cosas de importancia.

El cristianismo penetró en Irlanda á principios del siglo II. Se describe esta relijion tan floreciente, que la isla suministró

un gran número de santos, los cuales se repartieron en Inglaterra y hasta en Francia. Hay pocos reinos donde los monasterios se hayan multiplicado tanto, ni poblado mejor, especialmente en tiempo de la predicacion del célebre S. Patricio, apóstol de los irlandeses. Se puede juzgar del celo del pueblo, por lo que sucedió á Ongo uno de sus reyes. Estándole bautizando el obispo, se apoyó en su báculo, que tenia una punta de hierro con la que hirió el pie del rey, y este permaneció inmóvil, sin dar señal alguna de dolor en todo el acto. «¿Por qué no os habeis quejado?» dijo el obispo, admirado, cuando advirtió su distraccion.» — «Yo creia, respondió el rey, que esto hacia parte de la ceremonia.»

A mitad del siglo IX hicieron los daneses en Irlanda una irrupcion, y se apoderaron de una parte del pais. Turjesio, su jefe, á fin de asegurar su conquista, estableció en cada territorio un capitán, en cada monasterio un abad, en cada lugar un sarjento, y en las principales casas un soldado, todos dinamarqueses. Malaquía, uno de los príncipes de los cantones subyugados, se encontró sujeto como los demas á esta vergonzosa servidumbre, y sin embargo se tuvo por feliz,

Con tal que el extranjero le dejase disfrutar de su castillo, donde le honraba alguna vez con su presencia. Turjesio, en una de estas visitas, vió á Melcha, hija de Malaquía, y se enamoró de ella; manifestó claramente al padre el deseo de poseerla como una de sus concubinas. El irlandés, que no se habria negado á un matrimonio lejítimo, se horrorizó de esta proposicion, y disimulando pidió al tirano solamente que permitiese á su hija tomar por compañeras quince jóvenes bellas de su nacion. Esta disposicion convenia maravillosamente á Turjesio, que tenia quince capitanes, á quienes podia regalarlas. Concedida la condicion, Malaquía disfrazó de doncellas á quince jóvenes sin barba, y los armó de puñales. Asi que los introdujo con los dinamarqueses, matan cada uno al suyo, se reunen con Melcha, la libran de los grandes esfuerzos del infame Turjesio, á quien prendieron y pasearon con ignominia por los principales lugares de su tiranía, precipitándole por último en un lago. Por todas partes mataron á los dinamarqueses, y Malaquía, cuya astucia habia producido esta revolucion, subió al trono, en el cual se sostuvo su familia

hasta el segundo Malaquías á principios del siglo XI.

Los daneses sostenian siempre la guerra con los reclutas que enviaban á Irlanda. Malaquía II, como que carecia de talentos militares, no pareció á los irlandeses propio para gobernarlos en un tiempo en que era necesario estar siempre en guerra contra los extranjeros. Se le hizo entender que se debía contentar con su pequeño reino paterno, sin tratar de conservar la principal corona que le daba un derecho sobre los demas reyes. Consintió en lo que inútilmente habria tratado de impedir, y le nombraron un sucesor llamado Brieno. El nuevo rey tuvo una asamblea jeneral para sancionar las leyes sabias que publicó: restableció las antiguas escuelas públicas, fundó otras nuevas, hizo levantar fortalezas, construyó puentes y calzadas, se aplicó á poner floreciente el comercio, y á fin de quitar en las familias la confusion que causaba la identidad de los nombres, mandó que los padres, hijos y parientes fuesen distinguidos con los sobrenombres.

Mientras que empleaba sus cuidados en estas instituciones útiles, la imprudencia de uno de sus hijos fué causa de que se

formase contra él una coligacion de otros muchos reyes. Este joven habia insultado á uno de ellos en la misma corte de su padre, y acaso Brieno no tuvo la firmeza necesaria para hacer reparar la injuria. Los demas monarcas tomaron por su cuenta el desagravio, y se vino á las armas. Malaquía, que habia sido destronado, levantó tropas como los demas, y avanzó hasta el campo de batalla; pero durante la accion quedó tranquilo, sin declinar ni hácia uno ni hácia otro partido. Esta neutralidad no fué indiferente, sino muy útil á los confederados, los cuales ganaron la victoria. Brieno sobrevivió poco á la deshonra de su destruccion, y á la liga de los reyes de Irlanda, reconciliada con Malaquía por su inaccion: le repuso sobre el trono principal de que se le habia hecho bajar, y llevó esta corona con la reputacion de un buen príncipe, hasta que murió en el año de 1022. Desde este príncipe no ha habido en Irlanda monarca que verdaderamente dominase sobre los demas; y los mismos que en algunas comarcas han llevado la diadema, son conocidos con un término irlandés, que significa *rey con oposicion*. Sin embargo, al fin del siglo XII se ve en la corte un

rey poco mas ó menos dominante: llamábase *Roderik-O-Conor*. Durante su reinado, Derforquilla, hija del rey de Midia, fué obligada por su padre á dar la mano á Roinrko, rey de Befny; pero ella reservó su corazon á Dermod, hijo del rey de Lajenia. Cuando su mismo amante llegó á ser rey por la muerte de su padre, se aprovechó ella de la ausencia de su marido, y dispuso que Dermod la condujese como por fuerza á Lajenia. Roinrko se dirigió á Roderik para que le ayudase á tomar venganza de tal afrenta: para ello juntó á los demas reyes, y reunidos cayeron sobre el raptor: Derforquilla fué apresada y confinada en un convento; y Dermod, privado de su reino, buscó un asilo entre los ingleses.

Hacia mucho tiempo que estos vecinos ambiciosos proyectaban la conquista de Irlanda, en donde tenian ya establecimientos. Dermod ofreció á Enrique II, que reinaba entonces, hacerle homenaje de sus estados si le ayudaba á recobrarlos, y el inglés aceptó la proposicion enviando tropas á Irlanda; pero á su entrada en esta isla le hizo ver que no se contentaria con solo el vasallaje de un príncipe. Dos bulas del papa, que hizo pu-

blicar, le mandaban reformar las costumbres de los irlandeses y sostener la religion cristiana, sin embargo de estar allí mas floreciente que en Inglaterra; pero estas bulas no fueron mas que un pretesto y un medio de invasion, de lo cual sacó Enrique las mayores ventajas.

Los reyes irlandeses, bajo las órdenes de Roderik, se reunieron contra Dermot y contra el rey de Inglaterra; pero este los dividió con proposiciones pérfidas. Los que se sometian al homenaje eran tratados favorablemente, y sus estados gozaban de la mayor tranquilidad, mientras que los de sus vecinos eran destruidos por el hierro y por el fuego. Despues de haberlos causado así, el rey de Inglaterra les ofrecia la salvaguardia de su proteccion, la que compraban con el homenaje. Roderik se encontró por algun tiempo solo para sostener la independenciam de la corona; pero cedió al fin, y por su sumision se hizo Enrique señor soberano de Irlanda en el año de 1172. Sin embargo, solo á la larga, y á medida que se han ido estinguendo las familias reales, es como los ingleses han gozado de una autoridad sin límites, que todavia tiene sus ontestaciones.

Los reyes de Inglaterra han puesto en práctica cuantos medios han podido para sujetar á los irlandeses, pueblo feroz y celoso de su independenciam, y á falta de reyes les han dado príncipes, duques, grandes justicieros, y últimamente un virey. Se han valido hasta de la persecucion y de la anarquía, habiendo tambien adoptado los ministros ingleses la idea de no hacer justicia al ofendido, y salvar al culpado. El rey reprendió en una ocasion á uno de ellos porque no habia castigado un detestable asesinato, y le respondió: «Dejad á los rebeldes que se maten; mientras que se batan entre sí no os haran la guerra, y es mas ganancia para vuestro tesoro.» Si se hubiese de medir la sangre que ha hecho verter Isabel, la que ha corrido con la cuchilla de Cromwell, los arroyos que han demarrado los políticos en defensa de su religion y de los partidarios de la casa de Estuardo, todos prontos á sacrificarse por esta desgraciada familia, nos admiraremos de que la nacion irlandesa no haya sido esterminada; pero á pesar de la identidad del soberano, y de los intereses comerciales y civiles comunes á los dos pueblos, ha quedado entre ellos

un odio nacional que se da á conocer por las expresiones, y á veces hasta por las miradas.

Si los irlandeses se mantuvieron pacíficos en el reinado de Carlos II, la historia de los siglos pasados nos presenta este pais envuelto en sangrientas guerras con la Inglaterra, y en continuas discordias y revoluciones interiores; y no es menos triste el cuadro que ofrece en nuestros dias, del que daremos un breve apunte.

Luego que enfermó el rey Jorge III, suplicaron los irlandeses al príncipe de Gales tomase el título de rejente de Irlanda; mas éste, si bien agradeció su respetuoso recuerdo, dejó de acceder á su solicitud por haberse restablecido el rey. Para granjear el afecto de los irlandeses concedió el parlamento grandes privilejios á los católicos, cuales fueron la facultad de contraer matrimonios con los protestantes, su admision á votar para las elecciones de miembros del parlamento, y la supresion de algunas leyes dirigidas á negarles la participacion de ventajas comerciales y fabriles, y de otros beneficios comunes á la sociedad, de los cuales habian sido excluidos anteriormente. A favor de estas providencias espe-

raba el gobierno inglés destruir todos los elementos de discordia que ecsistian en aquella isla, y conservar en ella una tranquilidad sólida y duradera, cuando á fines del siglo pasado estalló una horrorosa revolucion, fraguada y dirigida por el partido llamado *Irlandeses unidos*, y que trataban de establecer la independencia del pais. Corrieron á las armas y emprendieron una guerra contra sus dominadores, sobre los que obtuvieron al principio algunas ventajas; mas luego fueron derrotados y decapitado el jeneral insurjente Bagnenal Harvey, que con otros jefes habia sido hallado oculto en una bodega. Estallaron otras muchas insurrecciones igualmente sangrientas, que siempre fueron apagadas por la prudencia, valor y recursos de los ingleses. Figurándose estos que podría evitarse la renovacion de tales calamidades, reuniendo en uno los parlamentos de ambos reinos, se hizo la proposicion que fué desechada por la cámara de los comunes de Irlanda. Repetida despues, fué admitida en la cámara de los lores, sin oposicion, y en la de los comunes por una mayoría de cuarenta y dos votos. A pesar de estas nuevas relaciones de armo-

nía no se sosegaron las ánimos de los inquietos irlandeses, porque no fueron aquellas del agrado del pueblo en general. Se aprovecharon de esta contraria prevención los directores de la pasada revolucion, para formar otra tan furiosa como aquella; mas habiéndoseles volado un depósito de armas y municiones antes que hubiese madurado su plan, tuvieron que apresurar la explosión. El motin principió en Dublin á 23 de julio de 1803, y sus primeros tiros fueron dirigidos contra el castillo. El haberse detenido el inmenso tropel para asesinar al lord Justicia y á su sobrino, que hallaron por casualidad en su tránsito, salvó el castillo de las manos de los rebeldes, porque el tiempo que perdieron en cometer aquel atentado, bastó á la guarnicion para ponerse sobre las armas, y aun para tomar la ofensiva; de suerte que cojidos y decapitados muchos de los revoltosos, quedó restablecida muy pronto la calma.

Tantas insurrecciones apagadas con facilidad, y tantas tentativas malogradas, debieran haber hecho desaparecer de Irlanda todo jérmen revolucionario; mas no ha sido así á pesar de los esfuerzos, esmero y vijilancia del gobierno. Una de las pode-

rosas razones que impiden su tranquilidad es la diferencia de relijion, y el choque de las opiniones, de donde provienen las mas de las conmociones de nuestros dias, conducidas á tal punto de irritacion y tenacidad, que han empeñado sériamente la atencion del parlamento.

IDIOMA Y LITERATURA DE LAS ISLAS BRITANICAS.

La primitiva lengua de los habitantes de las islas británicas fué la céltica, que nunca sirvió para las ciencias ni para las letras: las únieas producciones en este idioma fueron los cantos de los bardos, de los cuales los mas célebres son los de *Osian*, que se colocan en uno de los primeros siglos de la era cristiana.

Bajo la dominacion de los romanos, aquellos que aspiraban á cierta instruccion, aprendian la lengua romana. Despues de la caida del imperio de los césares, los diferentes pueblos que se fijaron en Inglaterra importaron al mismo tiempo sus idiomas: primero los sajones, despues los daneses, en seguida los normandos; hasta que por último la influencia de la lengua francesa dió al carácter actual al idioma inglés que se usa en

el día en la mayor parte de Inglaterra y en las llanuras de Escocia.

La antigua lengua céltica se conserva aun, mas ó menos modificada, en las provincias de Gales y de Cornuailles, en las montañas de Escocia y en las campiñas de Irlanda: el dialecto celta usado en Inglaterra, se llama *kimrick*; el de Escocia lengua *gálica*: y el de Irlanda lengua *ersa* ó *irica*: estos tres dialectos difieren esencialmente entre sí.

La lengua inglesa propiamente dicha, que en el día es una de las mas cultivadas del mundo, no tomó parte en las letras hasta el siglo XIV, y la edad de oro de la literatura inglesa fué en el reinado de Ana, de la casa de Estuardo, al principio del siglo XVIII. El primer poeta inglés que tuvo alguna celebridad fué *Jeofredo Chaucer*, muerto en 1400. En el siglo XVI, *Edmundo Spenser* se distinguió igualmente como poeta. El XVII fué ilustrado por el jenio de *Shakespeare* (muerto en 1616) y de *Milton* (que falleció en 1674).

En el siglo XVIII la influencia de la literatura francesa dió un nuevo carácter á la literatura inglesa. El célebre poeta *Dryden*, abrió con buen éxito la

nueva escuela: despues de él aparecieron *Pope* y *Thomson*; este último autor del poema de las estaciones: *Young* publicó sus lamentos ó *pensamientos nocturnos*.

Los poetas mas ilustres del siglo XIX son: *Cowper*, poeta lírico y didáctico; *Wordsworth*, conocido por sus baladas; el inmortal lord *Byron*, cuyo nombre ha resonado en toda la Europa; *Campbell*, *Southey*, y *Coleridge*, célebres en el jénero descriptivo; *Tomás Moore*, irlandés, jenio de primer orden; en fin *Jorje Crabbe*, el mas popular, tal vez, de los poetas ingleses modernos, por la verdad en sus descripciones de las escenas de la vida vulgar.

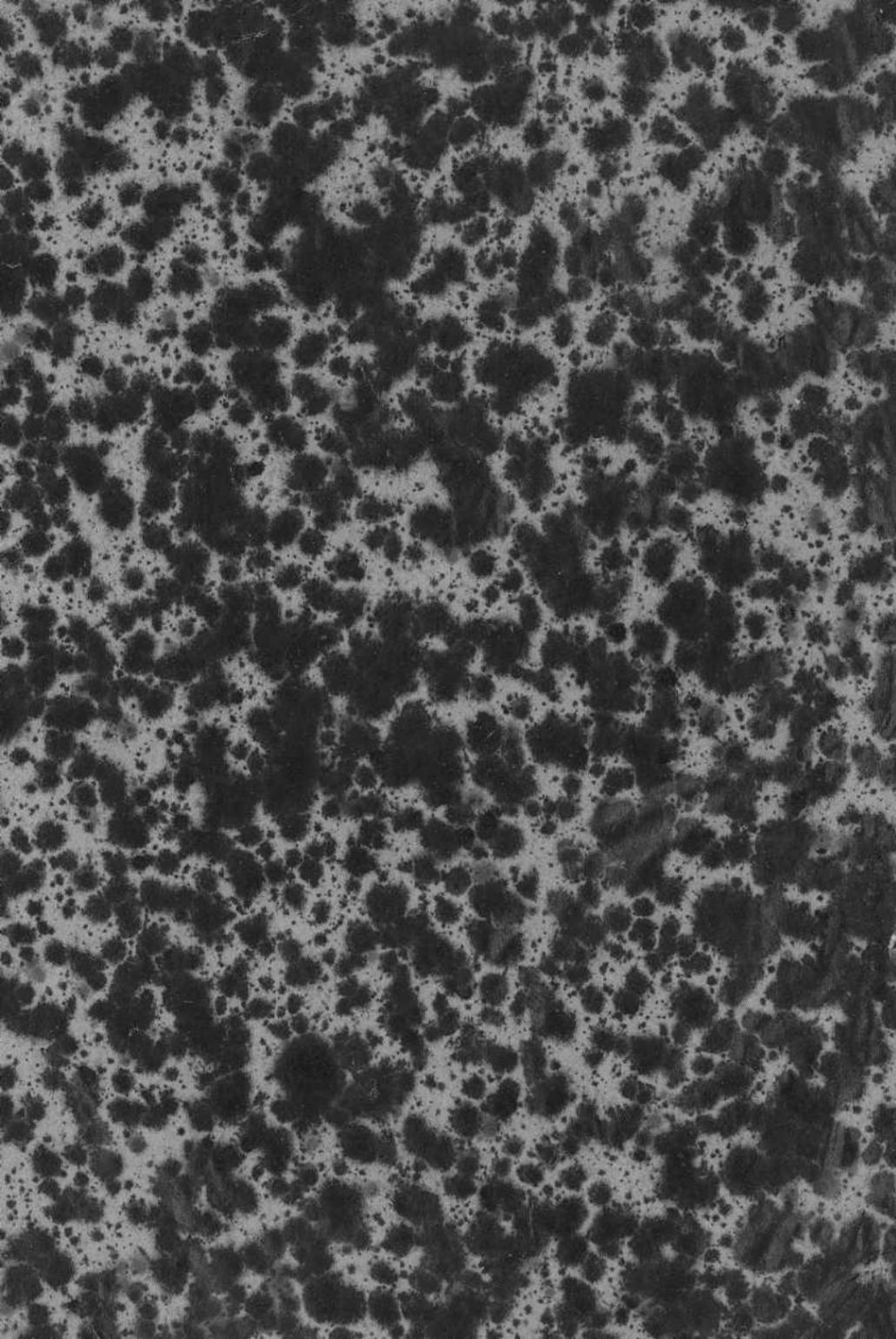
No cuenta la prosa menos autores célebres que la poesía. Despues de la lengua francesa, que le ha servido de modelo, la inglesa es la que se espresa en prosa con mas precision y claridad, y no hay ciencia alguna en cuyo estudio la literatura inglesa deje de presentar en el día obras profundas. No es posible que podamos nombrar aquí todos los autores que han ilustrado la lengua inglesa: nos limitaremos á citar aquellos que mas han contribuido á formar el estilo, y cuyas obras han tenido la mayor

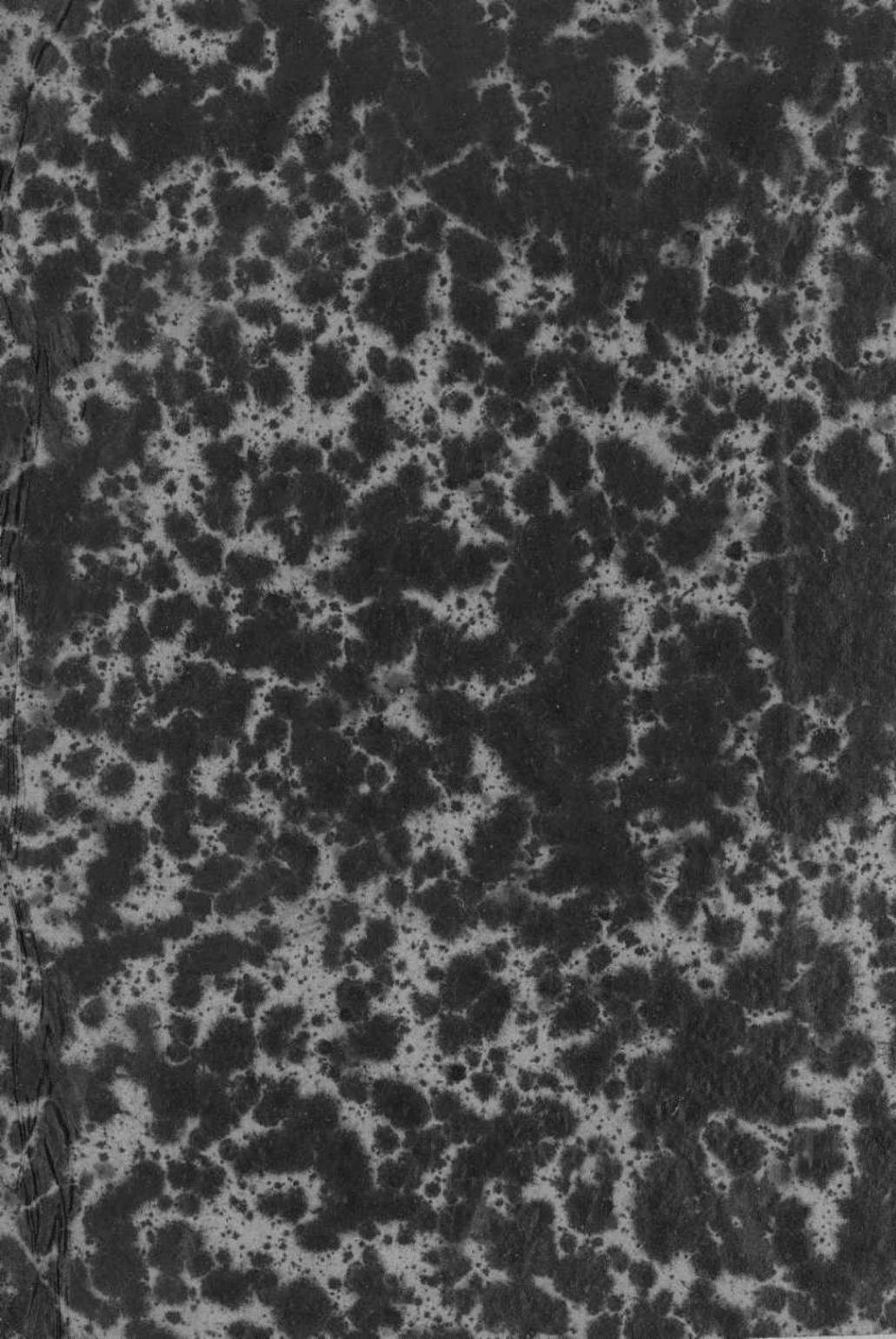
aceptacion asi en Inglaterra como en el resto de la Europa. Estos son: en el siglo XVII, *Bacon*, el filósofo *Hobbes* y el orador *Aljernon Sidney*: en el siglo XVIII, en las ciencias el gran matemático *Isaac Newton*; el filósofo *Locke*, el naturalista *Humphry Davy*, y el sabio *Johnson*; en historia *David Hume*, *Robertson* y *Gibbon*; en política, *Roberto Walpole*, *Edmundo Burke*, *Chatam*, *Fox*, *Pitt*, *Sheri-*

dan, etc.; en las bellas letras, sobre todo, en las obras de imaginacion, *Steele*, *Addison*, *Swift*, *Richardson*, *Fielding*, *Sterne* (mas conocido con el nombre de *Yorick*), *Smollet*, y *Goldsmith*: por último, en el siglo XIX, *Walter Scott*, y su dichoso imitador *Eduardo Bulwer*. Dos prosistas célebres de la misma escuela, *Washington Irving* y *Cooper*, no son ingleses, sino ciudadanos de los Estados Unidos.

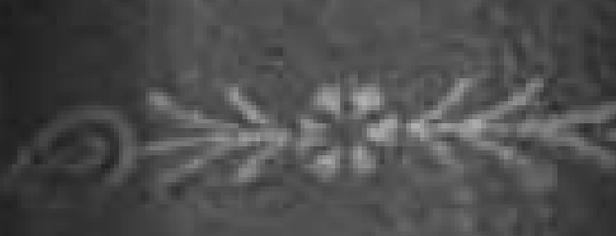
FIN DE LA HISTORIA DE INGLATERRA.











HISTORIA

DE

INGLATERA

